Norman Cohn

El mito de la conspiración judía mundial

Los Protocolos de los Sabios de Sion

Alianza editorial

Norman Cohn

El mito de la conspiración judía mundial

Los Protocolos de los Sabios de Sion

Alianza editorial

Índice

A David Astor

Prefacio a la edición de Alianza Editorial

Muchas veces me han preguntado cómo era que yo, historiador que ha dedicado la mayor parte de su vida activa a épocas muy anteriores, había llegado a hacer esta incursión en la historia moderna. Es una pregunta que no me cuesta trabajo contestar: lo hice intentando comprender cómo es que alguien llegó a concebir la gigantesca matanza que Hitler calificó de «solución final de la cuestión judía» y que hoy día nos hemos acostumbrado a calificar de Holocausto.

Porque, efectivamente, el Holocausto plantea un problema de tipo muy especial. Es cierto que sólo una tercera parte de los civiles asesinados por los nazis y sus cómplices eran judíos, y que las pérdidas civiles de algunas de las naciones de Europa oriental en guerra con el Tercer Reich –la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia– ascendieron al 11 o el 12% de toda la población. También es cierto que en la propia Alemania mataron con gases a un mínimo de 80.000 y un máximo de 100.000 reclusos en hospitales mentales, y que junto con los judíos perecieron unos 250.000 gitanos. Y, sin embargo, existe una diferencia. A los judíos se los persiguió con un odio fanático reservado en exclusiva para ellos. Los muertos representaron más de la mitad, quizá más de dos tercios, de los judíos europeos: entre cinco y seis millones, sin contar a los que murieron de hambre y enfermedades en los guetos. Y todo esto le ocurrió a un pueblo que no constituía una nación beligerante, ni siquiera un grupo étnico claramente definido, sino que vivía esparcido por toda Europa, desde el Canal de la Mancha hasta el Volga, con muy poco en común, salvo su descendencia de seguidores de la religión judía. ¿Cómo explicar ese fenómeno extraordinario?

Al igual que muchos otros, yo no paré de hacerme esta pregunta mientras se realizaba la labor de exterminio, pero hasta después de la guerra no empecé a abrirme el camino hacia lo que, según estoy convencido hoy día, es la respuesta correcta. En invierno de 1945, mientras esperaba a que me desmovilizaran en Europa central, obtuve por casualidad

acceso a una gran biblioteca de obras de ideólogos y propagandistas nazis y protonazis. Varios meses de lectura, reforzados por el contacto con miembros de las SS que estaban en proceso de interrogatorio e investigación, me infundieron la firme sospecha de que la campaña de exterminio de los judíos se debía a una superstición cuasi demonológica. Empecé a sospechar que la forma más mortífera de antisemitismo, del género que lleva a matanzas y a tentativas de genocidio, tiene muy poco que ver con verdaderos conflictos de intereses entre los vivos, y ni siquiera con el prejuicio racial en sí. Con lo que me tropezaba constantemente era, más bien, con el convencimiento de que los judíos –todos los judíos de todo el mundo– forman un conjunto de conspiradores empeñados en arruinar al resto de la humanidad, para después dominarla.

A medida que se fueron conociendo los datos del Holocausto, la historia del antisemitismo, que hasta entonces había sido el coto de un par de personas animosas, empezó a atraer la atención de muchos estudiosos, y empezaron a amontonarse los estudios sobre unos y otros aspectos del tema. Pero fue muy poco lo que se publicó que pudiera confirmar o refutar mi sospecha: cuando se celebró el juicio de Adolph Eichmann, en 1961, nadie había realizado todavía un estudio a fondo del mito de la conspiración judía mundial ni del papel que había desempeñado en cuanto a permitir la posibilidad del Holocausto.

Es cierto que la notoria falsificación a la que se dio el título de *Protocolos de los Sabios de Sion,* expresión y vehículo supremos del mito de la conspiración judía mundial, había recibido muchísima atención. Entre 1920, cuando apareció por primera vez en Europa occidental, y 1942, cuando Goebbels la explotaba con un cierto efecto, fue objeto de una docena de estudios críticos en inglés, alemán, francés y ruso. Varios de esos libros fueron obras eruditas; uno de ellos, *L'Apocalypse de notre temps,* fue una obra importante de investigación original, y no cabe duda de que habría dejado una huella si su publicación no se hubiera visto relegada a segundo plano por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y si los alemanes no hubieran confiscado y destruido la edición en cuanto llegaron

a París. Pero persistía una laguna considerable: no se había realizado ningún estudio acerca de cómo había nacido el mito de la conspiración judía mundial después de la Revolución francesa; de cómo había inspirado toda una serie de falsificaciones, que culminó con los *Protocolos;* de cómo se utilizaron los *Protocolos* para justificar las matanzas de judíos durante la guerra civil rusa; de cómo llegaron a poseer la mente de Hitler y se convirtieron en la ideología de los más fanáticos de sus seguidores en Alemania y otros países, y sirvieron así para abrir camino al Holocausto. Bajo el impacto del juicio de Eichmann decidí por fin iniciar ese estudio. El presente libro narra lo que descubrí.

Quizá resulte difícil aceptar que sea legítimo dedicar un estudio erudito, con todo el tiempo y la energía que ello implica, a una fantasía tan ridícula como los *Protocolos,* o a figuras tan oscuras como el escritorzuelo Hermann Goedsche, o el estafador barato Osman-Bey, o el pseudo místico medio loco Serguéi Nilus, o todos los demás. Pero es un gran error suponer que los únicos escritores importantes son los que se toman en serio las personas educadas en sus momentos de mayor cordura. Existe un mundo subterráneo en el que los sinvergüenzas y los fanáticos semicultos elaboran fantasías patológicas disfrazadas de ideas, que destinan a los «ignorantes» y los supersticiosos. Hay momentos en que ese submundo surge de las profundidades y fascina, captura y domina repentinamente a multitudes de gentes normalmente cuerdas y responsables, que a partir de ese momento pierden toda cordura y toda responsabilidad. Y ocurre a veces que ese submundo se transforma en una fuerza política y cambia el rumbo de la historia. Es un hecho indiscutible que los olvidados excéntricos de los que se habla en la primera mitad de este libro crearon un mito que, años después, habían de utilizar los gobernantes de una gran nación europea como justificación del genocidio.

Claro que los mitos no actúan en el vacío. El mito de la conspiración judía mundial hubiera seguido siendo monopolio de los derechistas rusos y de unos cuantos maniáticos de Europa occidental, y los *Protocolos* jamás habrían salido de la

oscuridad, de no haber sido por la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa y lo que siguió a ambas. Y jamás se habrían convertido en el credo de un gobierno poderoso y de un movimiento internacional de no haber sido por la Gran Depresión y la desorientación total que ésta produjo. Pero, por otra parte, todos estos desastres juntos jamás hubieran podido producir un Auschwitz sin la ayuda de un mito cuyo objetivo era despertar todas las posibilidades paranoicas y destructivas del ser humano. También he tratado de hacer justicia a esas dimensiones –a las que cabría calificar de sociológicas y psicopatológicas– de esta historia extraordinaria y terrible.

El mito de la conspiración judía mundial no ha muerto en absoluto, y de hecho sigue reapareciendo bajo disfraces ligeramente modificados en los puntos más diversos. Pero relatar esa influencia después de la Segunda Guerra Mundial exigiría otro volumen, y otra persona que lo escribiera. Lo que se narra en éste termina con el Holocausto.

Londres, marzo de 1980
N. C.

Expresiones de agradecimiento

Es probable que este libro jamás se hubiera escrito de no haber sido por David Astor, que lleva muchos años muy preocupado por el tipo de aberración del que trata la obra. Al permitirme que dejara durante algún tiempo la vida universitaria y me dedicara exclusivamente a investigar y escribir, redujo a unas proporciones manejables una tarea que, de otro modo, podría haber resultado abrumadora.

Boris Nicolaevsky, que actuó como testigo en el juicio de Berna de 1934-1935, y que murió inmediatamente después de que terminara este libro, no sólo puso a mi disposición documentos muy valiosos de sus archivos, sino también sus excepcionales conocimientos de la política revolucionaria y contrarrevolucionaria en la Rusia zarista. El Rev. Dr. James Parkes y el Dr. Léon Poliakov prestaron toda la sabiduría acumulada durante sus años de investigaciones sobre la historia del antisemitismo y me ofrecieron muchas críticas y

sugerencias utilísimas. También me resultó muy útil el gozar de acceso a la Biblioteca Parkes y a los frutos de la investigación del propio doctor Parkes sobre los *Protocolos*.

Los profesores Francis Carsten, John Higham, Walter Laqueur, George Mosse y Leonard Schapiro examinaron con su enorme erudición varios capítulos, y me salvaron de cometer muchos errores. Si después de todos los esfuerzos de estos críticos y guías el libro sigue adoleciendo de errores de hecho o de juicio, la culpa es exclusivamente mía.

El personal de la Biblioteca Wiener atendió mis múltiples solicitudes con la eficiencia y cortesía que pronto aprenden a dar por sentadas los usuarios de esa admirable institución, y el señor C. C. Aronsfeld también me orientó hacia grandes cantidades de datos que fácilmente podría yo haber pasado por alto.

Al nombrarme para una beca de investigación, el Centro de Estudios Avanzados sobre el Comportamiento de Stanford, California, me brindó un contexto ideal en el cual dar los últimos toques al libro, comprendida la oportunidad de comentar varios aspectos difíciles con algunos colegas muy estimulantes y serviciales.

Como el idioma materno de mi mujer es el ruso, me leyó todas las obras en ese idioma. La paciencia con que se ocupó de esta tarea es tanto más de agradecer si se tiene en cuenta lo terrible de muchas de las cosas que tuvo que leer. Ha sido una aportación indispensable, al igual que la crítica a la que sometió todo el manuscrito.

Celebro esta oportunidad de expresar mi gratitud a todos los que me han ayudado de estas formas tan diversas.

Agosto de 1966
N. C.

El mito de la conspiración judía mundial

Los Protocolos de los Sabios de Sion

... *Quantum mortalia pectora caccae noctis habent...*
[¡Cuánta noche ciega hay en los pechos de los hombres!]

Ovidio, *Las Metamorfosis*

1. Los orígenes del mito

1

Hay regiones muy grandes de la Tierra en las que tradicionalmente se ha visto a los judíos como seres misteriosos, dotados de poderes siniestros y extraños. Esta actitud data de la época, entre los siglos II a IV después de Cristo, en que la Iglesia y la Sinagoga competían para obtener conversos en el mundo helenístico, y en que, además, ambas trataban de arrancarse partidarios la una a la otra. Para aterrorizar a los cristianos judaizantes de Antioquía a fin de que rompiesen definitivamente con la religión original, San Juan Crisóstomo calificó la Sinagoga de «el templo de los demonios... la caverna de los diablos... una sima y un abismo de perdición», y calificó a los judíos de asesinos y destructores habituales, de pueblo poseído por un espíritu del mal. Y para proteger a sus catecúmenos contra el judaísmo, San Agustín habló de cómo quienes habían sido los hijos favoritos de Dios se habían transformado después en hijos de Satán. Además, se relacionó a los judíos con aquella temible figura del Anticristo, «el hijo de la perdición», cuyo reinado tiránico, según San Pablo y el Apocalipsis de San Juan, debe preceder a la segunda venida de Cristo. Muchos de los Padres enseñaban que el Anticristo sería un judío y que los judíos serían sus más devotos seguidores[1].

Siete u ocho siglos después, en el período más militante de la Iglesia católica, se resucitaron aquellas viejas fantasías y se las integró en toda una nueva demonología. A partir de la época de la Primera Cruzada se presentó a los judíos como hijos del Diablo, agentes empleados por Satanás con el fin expreso de combatir el cristianismo y hacer daño a los cristianos. Fue en el siglo XII cuando se los acusó por primera vez de asesinar a niños cristianos, de torturar la hostia consagrada y de envenenar los pozos. Es cierto que los papas y los obispos condenaban frecuente y enfáticamente aquellas invenciones, pero el clero bajo siguió propagándolas, y al final

llegaron a gozar de general credibilidad. Pero, sobre todo, se decía que los judíos rendían culto al Diablo, que los premiaba colectivamente al ponerlos en posesión de la magia negra, de modo que por indefensos que pudieran parecer los judíos vistos individualmente, como pueblo poseían unos poderes ilimitados para hacer el mal. Y ya entonces se hablaba de un gobierno judío secreto: un consejo de rabinos en la España musulmana que, según se decía, dirigía una guerra clandestina contra la cristiandad en la cual su arma principal era la brujería.

La propagación de esas ideas por el clero, siglo tras siglo, fue influyendo gradual pero decisivamente en la actitud de los laicos. Si el judaísmo, con su profundo sentimiento de elección y su complicado sistema de tabús, tendía en todo caso a hacer de los judíos un pueblo diferenciado, las enseñanzas y la prédica cristianas aseguraban que no sólo se los tratara como a meros extraños, sino como a enemigos peligrosísimos. En la Edad Media los judíos carecían casi totalmente de derechos y era frecuente que las turbas los asesinaran. Aquellas experiencias, a su vez, acentuaron mucho la tendencia judía a la exclusividad. Durante los largos siglos de persecuciones, los judíos se convirtieron en un pueblo totalmente extranjero, restringido obligatoriamente a los oficios más sórdidos y que miraba con ojos de amargura el mundo de los gentiles. Para casi todos los cristianos, aquellas extrañas criaturas eran demonios con forma humana, y parte de la demonología que se fue tejiendo en torno a ellos a lo largo de tantos siglos ha resultado extraordinariamente duradera.

El mito de la conspiración judía mundial representa una adaptación moderna de esa tradición demonológica antigua. Según ese mito, existe un gobierno secreto judío que, mediante una red mundial de organismos y organizaciones camuflados, controla partidos políticos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la marcha de la economía. Se dice que dicho gobierno secreto hace todo eso conforme a un plan secular y con el único objetivo de lograr que los judíos dominen el mundo entero, y también se dice que se está acercando peligrosamente al logro de ese objetivo.

En esa fantasía, los restos de los terrores demonológicos

antiguos se mezclan con ansiedades y resentimientos que son típicamente modernos. De hecho, el mito de la conspiración judía mundial es una expresión especialmente degradada y deformada de las nuevas tensiones sociales que surgieron cuando, con la Revolución francesa y la llegada del siglo XIX, Europa entró en un período de cambios excepcionalmente rápidos y profundos. Como todo el mundo sabe, fue una época en que se conmovieron las relaciones sociales tradicionales, dejaron de ser sacrosantos los privilegios hereditarios y se pusieron en duda valores y creencias seculares. La vida lenta y conservadora del campo se veía puesta cada vez más en tela de juicio por una civilización urbana que era dinámica, inquieta y dada a las innovaciones. La industrialización sacó al primer plano a una burguesía empeñada en aumentar su riqueza y ampliar sus derechos, y poco a poco una clase nueva, el proletariado industrial, empezó a ejercer presión en pro de sus propios intereses. Para mediados de siglo, la democracia, el liberalismo, el laicismo e incluso el socialismo eran fuerzas con las que era preciso contar.

Pero en toda la Europa continental había muchísima gente que abominaba de todas esas cosas. Se inició un combate prolongado y durísimo entre quienes aceptaban la nueva sociedad móvil y las oportunidades que ésta brindaba y quienes esperaban conservar o restablecer el orden tradicional que iba desapareciendo. Estos cambios, que afectaron a la sociedad europea como un todo, aportaron a los judíos de Europa tanto nuevas oportunidades como nuevos peligros.

En un país tras otro, en Europa occidental y central, se eliminaron las inhabilitaciones jurídicas que pesaban sobre los judíos. Casi todos ellos no querían más que vivir de igual forma que los demás, y se fueron adaptando tranquilamente a la nueva libertad. Pero, a juicio de mucha gente, «el judío» seguía teniendo una significación muy simbólica, y por dos motivos completamente diferentes. Por una parte, los judíos seguían siendo una comunidad identificable y –aunque eso iba desapareciendo rápidamente– exclusiva, lo cual significaba que conservaban algo de la calidad misteriosa que habían poseído en siglos anteriores. En cambio, quienes más detestaban el

mundo moderno llegaron a verlos como símbolos de ese mundo. Ello se debió a diversas circunstancias.

Desde hacía siglos, los judíos eran por fuerza residentes en las ciudades, y en ellas seguían concentrados en medida abrumadora, especialmente en las capitales. En la política, los judíos tendían naturalmente a ponerse del lado de las fuerzas liberales y democráticas, únicas que podían garantizar y ampliar sus libertades. Como se les seguía negando el acceso a muchas ocupaciones tradicionales, se sintieron alentados a inventar nuevas formas de ganarse la vida, y eso llevó a algunos a hacerse riquísimos. Y en general, cabe decir que la sensación de disponer de unas energías liberadas de golpe hizo que muchos judíos fueran extraordinariamente emprendedores, excepcionalmente dados al experimento y la innovación. En la industria y el comercio, la política y el periodismo, los judíos llegaron a identificarse con todo lo que era más totalmente moderno. El resultado fue que hacia 1870 ya resultaba posible ver en «los judíos» la suprema encarnación de la modernidad, al mismo tiempo que se continuaba considerándolos como seres extraños y semidemoníacos.

Claro que existían otros tipos completamente diferentes de antisemitismo. Por ejemplo, había un antisemitismo de izquierda formado por una mezcla de desprecio por la religión judía –a la que se le atribuía el origen del cristianismo– y de resentimiento por el poder de los banqueros judíos, sobre todo los Rothschild. En los movimientos socialistas de Francia y Alemania abundaba este tipo de antisemitismo, y no lograron deshacerse totalmente de él hasta fines de siglo. En cambio, el tipo demonológico de antisemitismo prosperaba entre quienes se sentían más totalmente desconcertados por la civilización del siglo XIX. Eran sobre todo la aristocracia terrateniente y el clero quienes veían en «los judíos» un símbolo de todo lo que más amenazaba al mundo, y no sólo a sus intereses materiales, sino a los valores que daban sentido a sus vidas. A aquella gente le agradaba mucho creer que unos cambios tan alarmantes no se debían a ningún defecto del Antiguo Régimen ni a procesos históricos impersonales, sino a las maquinaciones de un puñado de diablos con forma humana. Además, al

difundir esa idea podrían abrigar la esperanza de lograr algunos objetivos sumamente prácticos. Decir que la democracia, el liberalismo y el laicismo eran obra de los judíos era una forma de hacer que todas esas cosas resultaran sospechosas a ojos de un electorado cada vez mayor, pero poco educado.

Y así nació la nueva forma política del antisemitismo. A partir de entonces los políticos y los publicistas ultraconservadores explotarían deliberadamente el antisemitismo en su combate contra los progresistas. Y aunque a veces se seguía acusando a los judíos de cosas como asesinatos rituales, poco a poco esas supersticiones seculares fueron cediendo en importancia a la nueva superstición política relativa a un gobierno secreto judío. Naturalmente, esta nueva fantasía distaba tanto de la realidad como la antigua, pero también era igual de eficaz. Lo que los judíos fueran o quisieran en realidad, o lo que los judíos pudieran ser o hacer o querer, no tenía nada que ver con el asunto. La comprensión de cómo surgió la fantasía y cómo se difundió es mucho menos importante para entender a los judíos que saber lo que significa la manía persecutoria y cómo, dada una situación adecuada, se puede explotar deliberadamente ésta en multitudes de seres humanos normales. Era algo que ya había ocurrido antes, durante la obsesión persecutoria hacia las brujas que invadió Europa en los siglos XVI y XVII. Era algo que iba a volver a ocurrir a medida que el mito de la conspiración judía mundial empezó a hacer su mortífera labor.

2

Hoy día, cuando la gente piensa en el mito de la conspiración judía mundial piensa en la falsificación conocida por el nombre de *Protocolos de los Sabios de Sion,* que circuló por todo el mundo en millones de ejemplares en los decenios de 1920 y 1930. Pero los *Protocolos* no son más que el ejemplo más conocido y más influyente de una larga serie de supercherías y falsificaciones que datan casi de la Revolución francesa.

En su forma moderna, cabe hallar la raíz del mito de la

conspiración judía mundial en un clérigo, el abate Barruel. Ya en 1797 Barruel, en su *Mémoire pour servir l'histoire du Jacobinisme,* de cinco volúmenes, aducía que la Revolución francesa representaba la culminación de una conspiración secular de la más secreta de las sociedades secretas. A su juicio, el problema se inició con la orden medieval de los templarios, la cual no fue exterminada por completo en 1314, sino que había sobrevivido como sociedad secreta, comprometida a abolir todas las monarquías, derrocar al Papado, predicar la libertad sin límites a todos los pueblos y fundar una república mundial bajo su propio control. A lo largo de los siglos, esa sociedad secreta había envenenado a varios monarcas, y en el siglo XVIII había capturado a la masonería, que ahora estaba sometida totalmente a su control. En 1763, había creado una academia literaria secreta formada por Voltaire, Turgot, Condorcet, Diderot y d'Alembert, que se reunía periódicamente en casa del barón d'Holbach; con sus publicaciones, aquel grupo había socavado toda la moral y la verdadera religión entre los franceses. A partir de 1776, Condorcet y el abate Sieyès habían montado una enorme organización revolucionaria de medio millón de franceses, que fueron los jacobinos de la Revolución. Pero el meollo de la conspiración, los verdaderos dirigentes de la revolución eran los iluminados bávaros de Adam Weishaupt: «los enemigos de la raza humana, hijos de Satán». A aquel puñado de alemanes debían obediencia ciega todos los francmasones y jacobinos de Francia, y Barruel creía que, si no se ponía freno a aquello, ese puñado llegaría a dominar pronto el mundo.

No hace ninguna falta perder el tiempo con la afirmación de que la Revolución francesa fue el producto de una conspiración que databa del siglo XIV. En cuanto al oscuro grupo alemán llamado de los iluminados *(illuminati)*, no eran masones en absoluto, sino sus rivales, y en todo caso hacia 1786 ya se habían disuelto. Y también el papel desempeñado por los masones se simplificó y exageró fantásticamente. Evidentemente, es cierto que los masones compartían la preocupación por la reforma humanitaria que se suele relacionar con la Ilustración: por ejemplo, contribuyeron a la

abolición de la tortura judicial y de los juicios por brujería, y a mejorar las escuelas. Por otra parte, en la época de la Revolución, casi todos los masones eran católicos y monárquicos; de hecho, el rey Luis XVI y sus hermanos eran todos ellos masones; mientras que durante el Terror, los masones murieron a centenares en la guillotina y se persiguió a su organización, el Gran Oriente.

El hecho es que el propio Barruel nunca advirtió la actuación de influencias masónicas mientras estaba en marcha la Revolución. La idea se la expuso unos años después, en Londres, el matemático escocés John Robison, que por su parte estaba preparando un libro titulado *Proofs of a Conspiracy against all the Religions and Governments of Europe, carried on in the secret meetings of Freemasons, Illuminati and Reading Societies* (Pruebas de una Conspiración contra todas las Religiones y todos los gobiernos de Europa, organizada en las reuniones secretas de los masones, los *illuminati* y las Sociedades de Lectura). Barruel sintió la inspiración de preparar un libro sobre el mismo tema, de ser posible antes que el imprudente Robison. Y lo logró: su *Mémoire* se adelantó en un año a la de Robison, se tradujo al inglés, al polaco, al italiano, al español y al ruso, y convirtió a su autor en un hombre rico.

Sin embargo, en la época en que escribía sus cinco volúmenes, Barruel todavía imponía algunos límites a su imaginación. Aunque estaba más que dispuesto a echar la culpa de la Revolución a los masones, apenas mencionaba a los judíos, lo cual era bastante comprensible, dado que ningún judío desempeñó un papel importante en la Revolución en sí ni en la revolución filosófica que la precedió. Pero otros tenían menos inhibiciones que Barruel.

En 1806, éste recibió un documento que parece ser la primera de la serie de falsificaciones antisemitas que culminaría en los *Protocolos.* Se trataba de una carta de Florencia escrita ostensiblemente por un oficial del ejército llamado J. B. Simonini, de quien no se dispone de ningún dato más, y con el cual no logró establecer contacto el propio Barruel[2]. Tras felicitar a Barruel por haber «desenmascarado a las sectas infernales que están abriendo el camino al

Anticristo», señala a su atención la «secta judaica», sin duda «el poder más formidable, si se tiene en cuenta su gran riqueza y la protección de que goza en casi todos los países europeos». El misterioso Simonini pasa después a revelar alguna información extraordinaria que, según dice, obtuvo de manera astuta. En una ocasión, ante algunos judíos del Piamonte, afirmó que él había nacido judío, y aunque se había separado de esa comunidad durante la primera infancia, siempre había conservado su amor por su «nación». Al oír esto, los judíos le mostraron «sumas de oro y plata para distribuir a quienes abrazaran su causa»; prometieron hacerlo general simplemente con que se hiciera masón, le regalaron tres armas con símbolos masónicos y le revelaron sus mayores secretos.

Y éstos eran de lo más sorprendentes. Simonini se enteró, por ejemplo, de que Manes y el Viejo de la Montaña eran judíos ambos (aunque en realidad ninguno de ellos lo era)[3]; y que la orden de los francmasones y los *illuminati* habían sido fundadas por judíos (aunque en realidad se sabe quiénes fueron sus fundadores, y no eran judíos). Lo que es todavía más sorprendente: descubrió que sólo en Italia más de 800 eclesiásticos eran judíos; entre ellos había obispos y cardenales, y que se esperaba que dentro de poco hubiera un papa. En España imperaba un estado de cosas muy parecido; y de hecho en todas partes los judíos se hacían pasar por cristianos. Igualmente amenazadoras eran sus estratagemas políticas y económicas. Algunos países ya habían concedido todos los derechos civiles a los judíos, y faltaba poco para que los países restantes, hostigados por las conspiraciones y seducidos por el dinero, hicieran lo mismo. Una vez logrado esto, los judíos comprarían todas las tierras y todas las casas hasta que los cristianos se quedaran sin nada. Y entonces se realizaría la última fase de la conspiración: los judíos «se prometían a sí mismos que en menos de un siglo serían los amos del mundo, que abolirían todas las demás sectas y establecerían el imperio de la suya, que convertirían todas las iglesias cristianas en sinagogas y reducirían a los cristianos restantes a un estado de total esclavitud». No quedaba más que un obstáculo serio: la Casa de Borbón, que era la peor enemiga

de los judíos, y los judíos la aniquilarían.

Barruel observó que la publicación de la carta de Simonini podría provocar una matanza de judíos; y por una vez tenía razón en lo que decía, pues de hecho la carta contiene efectivamente en embrión todo el mito de la conspiración judeo-masónica. Pero la carta también señala muy claramente las circunstancias que dieron su origen al mito. Huelga decir que no tenía nada que ver con la verdadera relación existente entre los judíos y los masones, que era muy tenue. En el siglo XVIII, los masones eran en general hostiles a los judíos (igual, dicho sea de paso, que lo eran los iluminados bávaros). En la época de la carta de Simonini muchas logias seguían sintiendo renuencia a aceptar miembros judíos. En ningún momento hubo judíos, ni personas de origen judío, que tuvieran un papel desproporcionado en la masonería.

Ésos son los hechos desnudos. Pero los hechos de ese tipo jamás han disuadido a nadie que deseara creer en la conspiración judeo-masónica. ¿No había demostrado Barruel que la Revolución francesa era obra de una conspiración masónica? ¿Y no se habían beneficiado los judíos de la Revolución? No hacía falta nada más para demostrar que los masones y los judíos tenían unas relaciones estrechas y, de hecho, eran prácticamente idénticos.

Naturalmente, es cierto que la Revolución francesa, igual que antes de ella la Revolución estadounidense, había ayudado efectivamente a los judíos. Como había proclamado «los derechos del hombre» y defendido los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad, estaba lógicamente obligada a conceder los derechos civiles a los judíos franceses. Y no sólo eso: dondequiera que llegó el poder de Napoleón se emancipó a los judíos; en la carta de Simonini se puede oír el estrépito que hacían los guetos italianos al derrumbarse ante los ejércitos franceses. Con eso bastaba y sobraba para convencer a los reaccionarios de que Napoleón era el aliado de los judíos, si es que no era él mismo judío. Quienes se identificaban con el *Ancien Régime* tenían que explicar de alguna forma el derrumbamiento de un orden social que consideraban como algo establecido por Dios. El mito de la conspiración judeo-

masónica aportaba la explicación que necesitaban.

Y entonces, en 1806, Napoleón convocó una asamblea de judíos franceses notables –casi todos ellos rabinos y eruditos– en París. Naturalmente, los motivos del emperador eran puramente políticos y administrativos: le interesaba liquidar el sistema de préstamos de dinero que, como herencia de los días anteriores a la emancipación, seguían practicando los judíos de Alsacia, y además quería convencerse de que la población judía le era tan sumisa como el resto de Francia. Pero calificó la asamblea de «Gran Sanedrín» –como el tribunal supremo judío de la Antigüedad–, con lo cual sugirió automáticamente que a lo largo de los siglos había existido en secreto un gobierno judío. Sobre todo, a ojos de muchos enemigos de Napoleón, la convocatoria de este «Sanedrín» determinó de una vez para siempre que él era el Anticristo que, en los últimos días de la Tierra, ha de aparecer como mesías de los judíos. El periódico *L'Ambigu,* de los *émigrés* franceses de Londres, comentaba:

> ¿Es que espera convertir a estos hijos de Jacob en una legión de tiranicidas?... El tiempo lo revelará. No podemos hacer más que observar cómo este Anticristo combate los decretos eternos de Dios; ése debe ser el último acto de diabólica existencia[4].

En Moscú, el Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa rugía:

> Hoy se propone reunir a los judíos, a los que la ira de Dios había desperdigado por la faz de la Tierra, exhortarlos a que destruyan la Iglesia de Cristo y a que proclamen a un falso Mesías en su persona[5].

La carta de Simonini, con su mención del Anticristo y su tono profético, encajaba perfectamente en un ambiente así. Barruel, naturalmente, la hizo distribuir por círculos influyentes de Francia con el objetivo expreso «de impedir el efecto que podría producir el "Sanedrín"»[6].

De hecho, parece que la carta de Simonini dio una nueva orientación a las ideas del propio Barruel. Poco antes de su muerte en 1820, a los 79 años de edad, Barruel abrió su mente a un tal padre Grivel, y lo que salió de ella fue el mito de la conspiración judeo-masónica, elaborada hasta mucho más allá de las sugerencias contenidas en la carta de Simonini[7]. Había

preparado un largo manuscrito, que destruyó dos días antes de morir, para demostrar la existencia desde hacía siglos de una conspiración revolucionaria que iba de Manes hasta los masones, pasando por los templarios medievales. En cuanto a los judíos, creía que habían hecho causa común con los templarios y que desde entonces habían ocupado puestos de mando en la conspiración. En aquella época, Europa estaba cubierta por una red de logias masónicas que penetraba hasta cada aldea de Francia, España, Italia y Alemania, y toda la organización estaba rígidamente controlada por un consejo supremo de 21 personas, que contenía nada menos que a nueve judíos. El consejo no tenía una sede fija, pero en cualquier parte donde se reunieran en congreso los estadistas de las grandes potencias, siempre andaba cerca; además, todos y cada uno de sus miembros viajaban mucho, so pretexto de atender a intereses económicos o de asistir a conferencias eruditas, pero en realidad lo hacían para dirigir las actividades de la organización. Sin embargo, el consejo supremo no era la última autoridad de la masonería; había designado un consejo interno de tres personas, que a su vez elegía a un Gran Maestre, el cual era el jefe secreto de aquella secreta Internacional.

Barruel teje un relato verdaderamente siniestro de la figura del Gran Maestre. Es él quien adopta todas las decisiones y las adopta «de forma tan despótica y tan irrevocable como el Viejo de la Montaña». La desobediencia a sus órdenes se castiga con la muerte. Todo masón está obligado por un juramento a asesinar a cualquier miembro de la orden, incluso a los miembros del consejo interno, si así lo ordena el Gran Maestre. De hecho, esto es lo que explica casi todos los asesinatos aparentemente inexplicables. Y, naturalmente, el único objetivo verdadero de la masonería es producir revoluciones. Las órdenes en este sentido las envía en clave el Gran Maestre, y las llevan por toda Europa relevos de masones, todos ellos a pie.

Concluye Barruel:

> Y así, de vecino en vecino y de mano en mano se transmiten las órdenes a una velocidad incomparable, pues estos caminantes no se

> ven retrasados por el mal tiempo ni por los problemas con que suelen tropezar los jinetes o los carruajes; una persona a pie siempre puede arreglárselas si conoce el terreno, como ocurre en este caso. No se detienen para comer ni para dormir, pues cada uno de ellos no recorre más allá de dos leguas. La silla de postas tarda diez horas en llegar de París a Orleans, con una parada de una hora; la distancia es de treinta leguas. Quince o veinte caminantes que se vayan relevando pueden llegar de Orleans a París en nueve horas si utilizan atajos y, sobre todo, si no se detienen nunca.

Evidentemente, aunque el consejo supremo era sólo judío en parte, ya poseía esa capacidad sobrehumana de organizar maniobras vastas e invisibles que generaciones posteriores habían de atribuir a los Sabios de Sion.

3

Las fantasías de Barruel y la carta de Simonini hallaron poco eco en la primera mitad del siglo XIX. Aunque ya existía una propaganda antisemita, en aquella época no era abundante ni tenía influencia, y el mito de la conspiración judeo-masónica en particular cayó en el olvido incluso entre los antisemitas. De hecho, la primera mención importante no aparece en la propaganda antisemita sino en forma de una broma bastante pesada en la novela *Coningsby,* de Disraeli, que se publicó en 1844. En el capítulo XV del libro III existe un pasaje en el que el judío rico y aristocrático Sidonia describe cómo, cuando estaba organizando un empréstito para el gobierno ruso, viajó de país en país –Rusia, España, Francia, Prusia– y en cada capital se encontró con que el ministro competente era un judío. Y termina su narración con el comentario:

> De modo, mi querido Coningsby, ya ve usted que el mundo está gobernado por personajes muy distintos de los que imaginan quienes no se hallan entre bastidores.

Es un pasaje que más adelante citarían innumerables autores antisemitas, pues, después de todo, ¿no lo había escrito un judío famoso que más tarde llegaría a primer ministro? Lo que no se mencionaba, y quizá apenas se comprendía, es que,

de hecho, los diversos ministros nombrados –entre ellos Soult, el mariscal de Napoleón, y el conde Arnim de Prusia– no eran judíos.

Fue hacia 1850 cuando reapareció el mito de la conspiración judeo-masónica –esta vez en Alemania– como arma de la extrema derecha en su combate contra las fuerzas nacientes del nacionalismo, el liberalismo, la democracia y el secularismo. El publicista E. E. Eckert, que escribía bajo el impacto inmediato de los levantamientos de 1848, describe cómo los masones no sólo están organizando todos los movimientos revolucionarios, sino también las situaciones que los producen, cómo lanzan deliberadamente a las masas a la barbarie moral y a la desesperación política y, por último, a la desesperanza económica. Esto señala inconfundiblemente a los *Protocolos,* aunque Eckert no menciona para nada a los judíos. Esta laguna la colmó la revista católica *Historisch politische Blätter* de Múnich, que en 1862 firmó una protesta firmada por «un masón berlinés», que evidentemente no había escrito en absoluto ningún masón.

Tras denunciar la influencia cada vez mayor de los judíos en la vida pública y política de Prusia, el anónimo corresponsal describe una asociación (totalmente imaginaria) existente en Alemania que, al mismo tiempo que emplea los símbolos y rituales de la masonería, en realidad tiene objetivos secretos, objetivos que no tienen nada que ver con la masonería y que ponen en peligro la seguridad de todos los estados. Esa asociación está regida por «superiores desconocidos» y está formada sobre todo por judíos. Y no es que esas maquinaciones se limiten a Alemania. En Londres, el «gran maestre» Palmerston preside las fuerzas de la revolución en Europa, pero detrás de Palmerston existen dos logias pseudomasónicas formadas exclusivamente por judíos cuyo umbral jamás puede traspasar un gentil. Otro de esos centros judíos está en Roma, y la lucha por la unidad de Italia no es en realidad más que una conspiración judía en la cual Mazzini y sus colegas son marionetas en manos de «superiores desconocidos». Y durante la feria anual de Leipzig funciona ininterrumpidamente, aunque en absoluto secreto, una logia exclusivamente judía.

Los propios masones alemanes se ven movidos acá y allá por fuerzas desconocidas, aunque el juramento de secreto les impide comparar notas y penetrar así en ese terrible secreto[8].

Unos años después de que se publicara esta fantasía apareció también en Alemania un documento que, con el tiempo, se convertiría en el modelo de los propios *Protocolos.* El autor de aquel prototipo de la más famosa de las falsificaciones antisemitas fue un tal Hermann Goedsche, que anteriormente había sido un pequeño funcionario del servicio postal prusiano. En la reacción siguiente a las convulsiones revolucionarias de 1848, aquel hombre había cometido un lamentable error de cálculo. A fin de incriminar al dirigente demócrata Benedic Waldeck, cuya política le estaba resultando incómoda al rey de Prusia, Goedsche presentó unas cartas que, de haber sido auténticas, habrían revelado que Waldeck conspiraba para derogar la constitución y asesinar al rey. Después no sólo se demostró rápidamente que las cartas estaban falsificadas, sino que Goedsche lo sabía. Una vez acabada su carrera en el servicio postal, Goedsche ingresó en el periódico *Neue Preussische Zeitung,* conocido en general como la *Preussische Kreuzzeitung,* favorito de los terratenientes conservadores, y además empezó a escribir novelas, muchas de ellas con el seudónimo de sir John Retcliffe. Una de esas novelas, *Biarritz,* contenía un capítulo titulado «En el cementerio judío de Praga». Se trata de un ejemplo de ficción pura dentro del más tópico romanticismo, pero que iba a convertirse en la base de una falsificación antisemita muy influyente[9].

El capítulo describe una reunión nocturna y secreta que, según dice, se celebró en el cementerio durante la Fiesta de los Tabernáculos. A las once de la noche, las puertas del cementerio comienzan a chirriar y se oye el roce de largos abrigos que van deslizándose sobre las piedras y tocando los arbustos. Una vaga figura blanca pasa como una sombra por el cementerio hasta llegar a una lápida determinada; se arrodilla ante ella, toca la lápida tres veces con la frente y susurra una oración. Se acerca otra figura: es la de un anciano, encorvado y cojo, que tose y suspira al avanzar. Esta figura ocupa su lugar

junto a la de su predecesor y también se arrodilla y susurra una oración. Aparece una tercera figura: alta e impresionante, revestida de un manto blanco, que se arrodilla también, como sin querer, ante la lápida. Este procedimiento se repite trece veces. Cuando la decimotercera y última figura ha ocupado su lugar, un reloj da la media noche. De la tumba surge un sonido agudo y metálico. Aparece una llama azul que ilumina a las trece figuras arrodilladas. Una voz hueca dice: «Os saludo, jefes de las doce tribus de Israel». Y las figuras recitan obedientes: «Te saludamos, hijo del maldito».

Efectivamente, se pretende que las figuras reunidas representan a las doce tribus de Israel. El miembro adicional del grupo representa a «los desgraciados y los exiliados». Bajo la presidencia del representante de la casa de Aarón, estos diversos personajes rinden informes sobre sus actividades durante el siglo transcurrido desde la última reunión. El levita anuncia que, al cabo de siglos de opresión y de combates, Israel vuelve a surgir gracias al oro que ha caído en sus manos. Ahora los judíos pueden contemplar un futuro, no muy distante, en que toda la Tierra les pertenecerá. El representante de Rubén informa de que, por medio de las bolsas de valores, los judíos han logrado que todos los príncipes y los gobiernos de Europa estén endeudados con ellos, de modo que pueden controlarlos. Simeón esboza un plan para dividir los latifundios y hacer que todas las tierras caigan en manos judías, de modo que los trabajadores de la tierra se conviertan en trabajadores de los judíos. Judá revela cómo los artesanos independientes están viéndose reducidos por las maquinaciones judías a la condición de obreros de fábrica, a los que después se los podrá controlar y orientar con fines políticos. El levita de Aarón se preocupa de minar la Iglesia cristiana mediante el fomento del libre pensamiento, el escepticismo y el anticlericalismo. Isacar cree que la clase militar, como defensora del trono y exponente del patriotismo, tiene que verse desacreditada a los ojos de las masas. Zebulón mantiene que, si bien el pueblo judío es por naturaleza muy conservador, de momento los judíos deben figurar junto a las fuerzas del progreso, pues es posible orientar la inquietud y las revoluciones de modo que no lleven

verdaderos beneficios a los pobres, sino que sirvan únicamente para aumentar el poder de los judíos. Dan, «judío de clase baja», tiene ambiciones modestas; quiere que los judíos monopolicen el comercio de licores, mantequilla, lana y pan. Neftalí exige que se abran los cargos gubernamentales a los judíos, especialmente los que tienen mucha influencia, como los de justicia y educación. Benjamín exige lo mismo con respecto a las profesiones liberales. Aser considera que el matrimonio con las mujeres cristianas no puede por menos que beneficiar a los judíos, y que cuando un judío desee los placeres de la fornicación en el adulterio, debe buscarlo siempre con mujeres cristianas y no judías. Manasés hace una serie de discursos en los que exhorta de manera apasionada a hacerse con el control de la prensa: así, los judíos podrán decidir lo que han de creer las masas, lo que han de desear y lo que han de rechazar.

Cuando todos los representantes reunidos han dicho lo que tenían que decir, el levita que preside les da un discurso de aliento. Lo que se ha dicho será como una espada con la que Israel podrá aniquilar a sus enemigos. Si se siguen fielmente estas prescripciones, las generaciones futuras de judíos no padecerán ya más opresión, sino que, por el contrario, gozarán de la felicidad, la riqueza y el poder. Cuando se celebre la siguiente reunión, dentro de cien años, los nietos de los presentes podrán anunciar ante la lápida que efectivamente se han convertido en los príncipes del mundo y que todas las demás naciones son esclavas suyas. El levita concluye con la orden: «¡Renovemos nuestro juramento, hijos del becerro de oro, y vayamos a recorrer todos los países de la Tierra!». Entonces aparece una llama azul ante la tumba, y cada uno de los trece lanza una piedra sobre la lápida, y en medio de la llama aparece un monstruoso becerro de oro. Así termina la reunión; pero lo que no sabe ninguno de los participantes es que durante toda la reunión los han estado observando dos hombres, un erudito alemán y un judío bautizado que juran dedicar todas sus fuerzas a combatir esa diabólica conspiración judía.

Este capítulo de *Biarritz* se publicó en 1868, y la fecha es

significativa. En Alemania, la emancipación parcial de los judíos durante los años de la dominación napoleónica se había visto seguida por una violenta reacción antisemita. Con el lento crecimiento de una clase media que era, al menos en parte, liberal, los judíos volvieron a gozar de mayor libertad y aceptación, hasta que se concedió a esa fracción diminuta de la población –el 1,2%, para ser exactos– aproximadamente los mismos derechos civiles de que disfrutaba el 98,8% restante. Así se hizo inicialmente en los estados del norte de Alemania en 1869, y se extendió a todo el nuevo *Reich* alemán en 1871. Sin embargo, en un país que jamás aceptó con verdadero convencimiento los ideales del liberalismo y de la democracia, el antisemitismo siguió siendo un factor muy fuerte. Además, precisamente porque la unidad nacional alemana se logró tan tarde, los alemanes hacían hincapié de modo absolutamente anormal en su nacionalismo, lo cual también fomentaba el antisemitismo. Por eso no es de sorprender que la primera formulación general del mito moderno de la conspiración judía apareciese en Alemania en el mismo momento en que los judíos estaban a punto de obtener la plena emancipación.

Pero aquello no era más que el principio de la historia, ¡pues al cabo de poco tiempo aquel episodio de ficción se empezó a divulgar como si fuera algo cierto! Fueron los antisemitas rusos los primeros que pensaron en referirse a aquel relato como si fuera auténtico; en 1872 se publicó en San Petersburgo el capítulo pertinente en forma de folleto, con el siniestro comentario de que, si bien el relato era de ficción, tenía una base real. En 1876 apareció un folleto parecido en Moscú con el título de *En el cementerio judío de la Praga checa (los judíos soberanos del mundo)*. En 1880 se publicó una segunda edición de este folleto, y otros similares aparecieron en Odessa y en Praga. Unos años después se publicó el relato en Francia, en el número de julio de 1881 de *Le Contemporain.* Ahora ya no se presentaba como ficción. Todos los diversos discursos pronunciados por los judíos ficticios de Praga se veían refundidos en uno solo, pronunciado, según se decía, por un gran rabino en una reunión secreta de judíos. Para certificar la autenticidad de este discurso, se afirmaba que estaba

extractado de una obra a punto de ser publicada por un diplomático inglés: *Annals of the Political and Historical events of the Last Ten Years* (Anales de los acontecimientos políticos e históricos de los últimos diez años).

Como sabemos, Goedsche había escrito su novela con el *nom de plume* de sir John Retcliffe; por eso resultaba oportuno –o fue un descuido– que el diplomático inglés tuviera el mismo nombre de sir John Readclif. Aquel caballero iba a tener una carrera de lo más aventurera. Cuando François Bournand publicó el «Discurso» en *Les Juifs et nos contemporains* (1896) lo prologó con una revelación un tanto asombrosa:

> Encontramos el programa del judaísmo, el verdadero programa de los judíos expresado por el... gran rabino John Readclif... Se trata de un discurso pronunciado en 1880.

Las ediciones ulteriores del «Discurso» solían ir acompañadas de emocionados homenajes a aquel heroico antisemita que era sir John Readclif. Los homenajes no eran en absoluto inmerecidos, pues cuando en 1933 se publicó por primera vez en Suecia el «Discurso», iba prologado por una triste declaración: sir John Readclif había pagado con la vida la revelación de la gran conspiración judía. Era un triste final para un hombre que, si bien había sido un novelista alemán, también había sido un diplomático e historiador inglés y que, si bien había sido un heroico antisemita, también había sido un rabino mayor.

Éste, pues, es el origen de lo que llegó a conocerse como el *Discurso del Rabino*[10]. Pero lo ridículo de su origen no impidió que el «Discurso» tuviera una carrera llena de éxitos. En 1887, Theodor Fritsch lo publicó en su «catecismo» para agitadores antisemitas; aquel mismo año, y una vez más en 1891, apareció en la famosa antología antisemita *La Russie juive.* En 1893 se publicó en un periódico austríaco, la *Deutschsoziale Blätter.* En 1896, como ya se ha indicado, formaba parte del libro de Bournand *Les Juifs et nos contemporains.* En 1901, se publicó en Praga y en checo una paráfrasis del «Discurso», con el título de *Discurso de un rabino acerca de los goys*[11]*. Las autoridades confiscaron el folleto, pero el diputado checo

Bizenovski hizo que la medida resultara nula al citar literalmente todo el folleto en una pregunta formulada ante el Reichstag en Viena, lo cual permitió publicarlo rápidamente en dos periódicos, el *Michel wach auf* y el *Wiener Deutsche Zeitung,* de forma que volvió a entrar en circulación.

En Rusia, donde el «Discurso» había dado sus primeros pasos hacia la fama en el decenio de 1870, continuó su marcha triunfal. En 1891 se publicó traducido al ruso en el diario de Odessa *Novorossiysky Telegraf*. Ahora quedaba establecido que el «Discurso» lo había pronunciado un rabino ante un «Sanedrín secreto» en 1869 (es de suponer que la referencia es al primer congreso del judaísmo reformado, celebrado aquel año en Leipzig); y una vez más su autenticidad queda garantizada por el conocido aristócrata inglés sir John Readclif. A principio del nuevo siglo, aquella superchería se utilizó en Rusia para instigar pogromos. Y en aquel momento, su historia empezó a entrelazarse con la de los *Protocolos de los Sabios de Sion.* Parece que el antisemita profesional P. A. Krushevan utilizó un folleto que contenía el *Discurso del Rabino* como medio de provocar el pogromo de Kishinev, en Besarabia, en 1903. Unos meses después, como veremos más adelante, publicó los *Protocolos* en su periódico *Znamya* (La bandera); y el 22 de enero de 1904 publicó el «Discurso» en el mismo periódico. En 1906, Butmi, amigo de Krushevan, lo incluyó en su edición de los *Protocolos,* y aquel mismo año se publicó como folleto en Jarkov. La *Deutschsosziale Blätter* celebró que aquella potente arma del arsenal ideológico del antisemitismo alemán estuviera ayudando al pueblo ruso a liberarse de su «enemigo mortal», los judíos.

Poco después, el hasta entonces innominado rabino que según se decía había pronunciado el «Discurso» recibió un nombre, o más bien dos: a veces se le llama Eichhorn, y otras Reichhorn. Como tal figuró en el inexistente congreso de Lemberg de 1912. Después de la Primera Guerra Mundial, las declaraciones de aquel imaginario caballero, reorganizadas para adaptarlas a las nuevas circunstancias, fueron acompañando a los triunfos de los *Protocolos;* muchas ediciones contienen ambas cosas. Entonces, naturalmente, ya circulaban

diversas variantes del «Discurso», y estas versiones diferentes se utilizaban para reforzar mutuamente la autenticidad de las unas y de las otras. De hecho, se entendía que su parecido demostraba que no sólo todas ellas eran auténticas, sino que eran expresiones sucesivas de una conspiración judía de larga data. También el *Discurso del Rabino* se invocaba, inevitablemente, como prueba de la autenticidad de los *Protocolos.*

Fue en la Alemania de posguerra donde aquella invención, igual que los *Protocolos,* gozó de mayor boga. Ya en 1919 constituía el contenido de dos panfletos parecidos. Uno de ellos, titulado *¿Qué es el espíritu judío?,* publicado en Württemberg, anuncia en su prefacio que

> la advertencia de John Retcliffe dirigida a todo el mundo no judío (debe tener cuarenta o cincuenta años) sigue teniendo hoy en 1919, cuando el judaísmo ha logrado la mayor parte de sus objetivos profesos, suficiente interés para volverla a presentar al pueblo alemán.

La otra edición, publicada en Berlín, lleva el melodramático título de *El secreto de la dominación del mundo por los judíos, de una obra del siglo pasado, que los judíos compraron en su totalidad, de modo que desapareció de la circulación.* A principios del decenio de 1920, el «Discurso» se volvió a reimprimir en varios libros antisemitas populares, y cuando los nazis llegaron al poder, Johann von Leers, a quien volveremos a referirnos más adelante, publicó otra edición más. Además, para aquella época ya era del conocimiento común que «el gran sabio y centinela» Hermann Goedsche, alias sir John Retcliffe, había sido testigo presencial de la reunión del cementerio de Praga, ¡adonde lo había llevado el socialista judío Ferdinand Lassalle!

La fantasía de Goedsche no fue en absoluto la única aportación alemana al mito de la conspiración judía mundial. Cuando, en el decenio de 1880, el antisemitismo se convirtió en un movimiento político importante, Alemania surgió como la principal fuente de propaganda antisemita de todos los tipos, y tanto los antisemitas franceses como los rusos tomaron mucho prestado de los escritores y periodistas alemanes. A la

inversa, era imposible que apareciera una sola idea o fábula o lema antisemita sin que algún autor alemán se apoderase de ellos. En la enorme masa de escritos antisemitas alemanes, el mito de la conspiración judía mundial y del gobierno secreto judío se convirtió en uno de los temas más importantes. Si, por ejemplo, se examina el «catecismo antisemita» de Theodor Fritsch[12], se encuentra toda una sección consagrada a las «sociedades secretas judías». En este caso, se vuelven a elaborar las fantasías previamente formuladas en Francia, Alemania o en Rusia en beneficio del público alemán. Y el libro resultó muy popular. Publicado inicialmente en 1887, después se amplió y se le dio mayor dignidad con el título de *Manual de la cuestión judía;* en 1933 ya se habían vendido 100.000 ejemplares del mismo. Con el tiempo llegaron a venderse muchos más, pues en el Tercer Reich pasó a ser –junto con los propios *Protocolos*– uno de los textos obligatorios de estudio en las escuelas.

---

1. Respecto de la demonización del judío en las enseñanzas cristianas, véase J. Parkes, *The Conflict of the Church and the Synagogue,* Londres, 1934; J. Trachtenberg, *The Devil and the Jews,* New Haven, 1943; M. Simon, *Verus Israel,* París, 1948; L. Poliakov, *Histoire de l'Antisémitisme,* Vol. I; *Du Christ aux Juifs de Cour.* París, 1955; J. Isaac, *Genèse de l'Antisémitisme,* París, 1956.

2. La carta de Simonini se halla en *Le Contemporain,* París, número de julio de 1978, págs. 58-61. Se ha reimpreso en muchas obras antisemitas; por ejemplo, N. Deschamps, *Les sociétés secrètes et la Société,* Aviñón-París, s. a., Vol. III, págs. 658-661; y A. Netchvolodov, *L'Empereur Nicolas II et les Juifs,* París, 1924, págs. 231-234. Los datos internos revelan que efectivamente data de hacia 1806. El Sr. Léon Poliakov, en una comunicación privada al autor, ha aducido de forma convincente que lo inventó la policía política francesa bajo Fouché, con objeto de influir a Napoleón contra los judíos en la época del «Gran Sanedrín»; véase *supra,* págs. 30-31.

3. En el siglo III de la era cristiana, el persa Manes fundó la religión del maniqueísmo, que de una forma u otra compitió durante mil años con el cristianismo.

El Viejo de la Montaña: jefe supremo de la secta musulmana de los Asesinos, activa del siglo XI al XIII, cuyo cuartel general se hallaba en la fortaleza montañesa de Alamut, en Irán. La secta empleaba el asesinato contra todos sus enemigos. A quienes habían de cometer asesinatos se les

imponía la obediencia por medio del hachís, de donde proviene la palabra «asesinos». Los cruzados franceses tropezaron con los Asesinos en Siria.

4. *L'Ambigu,* Londres, número de 20 de octubre de 1806, págs. 101-117: «Grand Sanhédrin des Juifs a Paris».

5. Citado en S. Doubnov, *Histoire du peuple juif,* París, 1933. Vol. I, pág. 376. Cf. R. Anchel, *Napoléon et les Juifs,* París, 1928, Cap. VI, y P. Vuillaud, *Joseph de Maistre, franc-macon.* París, 1926, Cap. IX.

6. «Souvenirs du P. Grivel sur les PP. Barruel et Feller», en *Le Contemporain,* número de julio de 1878, pág. 62.

7. *Ibid.,* págs. 67 a 70.

8. *Historisch politische Blätter für das katholische Deutschland,* Múnich, Vol. 50 (1862), págs. 432-434.

9. Sir John Retciffe (seudónimo de Hermann Goedsche), *Biarritz,* Vol. I, Berlín, 1868, págs. 162-193.

10. El texto del *Discurso del Rabino* figura en el Apéndice I.

11 * *Goys,* castellanización del término *goyim,* que en yidish designa a los gentiles, y sobre todo a los cristianos. *(N. del T.)*

12. *Antisemiten-Katechismus: Eine Zusammenstellung des wichtigsten Materials zum Verstandnis der Judenfrage,* publicado bajo el seudónimo de Thomas Frey (1887).

10

En 1806, éste recibió un documento que parece ser la primera de la serie de falsificaciones antisemitas que culminaría en los *Protocolos.* Se trataba de una carta de Florencia escrita ostensiblemente por un oficial del ejército llamado J. B. Simonini, de quien no se dispone de ningún dato más, y con el cual no logró establecer contacto el propio Barruel2. Tras felicitar a Barruel por haber «desenmascarado a las sectas infernales que están abriendo el camino al Anticristo», señala a su atención la «secta judaica», sin duda «el poder más formidable, si se tiene en cuenta su gran riqueza y la protección de que goza en casi todos los países europeos». El misterioso Simonini pasa después a revelar alguna información extraordinaria que, según dice, obtuvo de manera astuta. En

una ocasión, ante algunos judíos del Piamonte, afirmó que él había nacido judío, y aunque se había separado de esa comunidad durante la primera infancia, siempre había conservado su amor por su «nación». Al oír esto, los judíos le mostraron «sumas de oro y plata para distribuir a quienes abrazaran su causa»; prometieron hacerlo general simplemente con que se hiciera masón, le regalaron tres armas con símbolos masónicos y le revelaron sus mayores secretos.

> Hoy se propone reunir a los judíos, a los que la ira de Dios había desperdigado por la faz de la Tierra, exhortarlos a que destruyan la Iglesia de Cristo y a que proclamen a un falso Mesías en su persona5.

> ¿Es que espera convertir a estos hijos de Jacob en una legión de tiranicidas?... El tiempo lo revelará. No podemos hacer más que observar cómo este Anticristo combate los decretos eternos de Dios; ése debe ser el último acto de diabólica existencia4.

De hecho, parece que la carta de Simonini dio una nueva orientación a las ideas del propio Barruel. Poco antes de su muerte en 1820, a los 79 años de edad, Barruel abrió su mente a un tal padre Grivel, y lo que salió de ella fue el mito de la conspiración judeo-masónica, elaborada hasta mucho más allá de las sugerencias contenidas en la carta de Simonini7. Había preparado un largo manuscrito, que destruyó dos días antes de morir, para demostrar la existencia desde hacía siglos de una conspiración revolucionaria que iba de Manes hasta los masones, pasando por los templarios medievales. En cuanto a los judíos, creía que habían hecho causa común con los templarios y que desde entonces habían ocupado puestos de mando en la conspiración. En aquella época, Europa estaba cubierta por una red de logias masónicas que penetraba hasta cada aldea de Francia, España, Italia y Alemania, y toda la organización estaba rígidamente controlada por un consejo supremo de 21 personas, que contenía nada menos que a nueve judíos. El consejo no tenía una sede fija, pero en cualquier parte donde se reunieran en congreso los estadistas de las grandes potencias, siempre andaba cerca; además, todos y cada uno de sus miembros viajaban mucho, so pretexto de atender a intereses económicos o de asistir a conferencias eruditas, pero en realidad lo hacían para dirigir las actividades

de la organización. Sin embargo, el consejo supremo no era la última autoridad de la masonería; había designado un consejo interno de tres personas, que a su vez elegía a un Gran Maestre, el cual era el jefe secreto de aquella secreta Internacional.

* *Goys,* castellanización del término *goyim,* que en yidish designa a los gentiles, y sobre todo a los cristianos. *(N. del T.)*

. El texto del *Discurso del Rabino* figura en el Apéndice I.

. *Antisemiten-Katechismus: Eine Zusammenstellung des wichtigsten Materials zum Verstandnis der Judenfrage,* publicado bajo el seudónimo de Thomas Frey (1887).

. *Ibid.,* págs. 67 a 70.

. «Souvenirs du P. Grivel sur les PP. Barruel et Feller», en *Le Contemporain,* número de julio de 1878, pág. 62.

. Sir John Retciffe (seudónimo de Hermann Goedsche), *Biarritz,* Vol. I, Berlín, 1868, págs. 162-193.

. *Historisch politische Blätter für das katholische Deutschland,* Múnich, Vol. 50 (1862), págs. 432-434.

. En el siglo III de la era cristiana, el persa Manes fundó la religión del maniqueísmo, que de una forma u otra compitió durante mil años con el cristianismo.

El Viejo de la Montaña: jefe supremo de la secta musulmana de los Asesinos, activa del siglo XI al XIII, cuyo cuartel general se hallaba en la fortaleza montañesa de Alamut, en Irán. La secta empleaba el asesinato contra todos sus enemigos. A quienes habían de cometer asesinatos se les imponía la obediencia por medio del hachís, de donde proviene la palabra «asesinos». Los cruzados franceses tropezaron con los Asesinos en Siria.

. Citado en S. Doubnov, *Histoire du peuple juif,* París, 1933. Vol. I, pág. 376. Cf. R. Anchel, *Napoléon et les Juifs,* París, 1928, Cap. VI, y P. Vuillaud, *Joseph de Maistre, franc-macon.* París, 1926, Cap. IX.

. *L'Ambigu,* Londres, número de 20 de octubre de 1806, págs. 101-117: «Grand Sanhédrin des Juifs a Paris».

. La carta de Simonini se halla en *Le Contemporain,* París, número de julio de 1978, págs. 58-61. Se ha reimpreso en muchas obras antisemitas; por ejemplo, N. Deschamps, *Les sociétés secrètes et la Société,* Aviñón-París, s. a., Vol. III, págs. 658-661; y A. Netchvolodov, *L'Empereur Nicolas II et les Juifs,* París, 1924, págs. 231-234. Los datos internos revelan que

efectivamente data de hacia 1806. El Sr. Léon Poliakov, en una comunicación privada al autor, ha aducido de forma convincente que lo inventó la policía política francesa bajo Fouché, con objeto de influir a Napoleón contra los judíos en la época del «Gran Sanedrín»; véase *supra,* págs. 30-31.

. Respecto de la demonización del judío en las enseñanzas cristianas, véase J. Parkes, *The Conflict of the Church and the Synagogue,* Londres, 1934; J. Trachtenberg, *The Devil and the Jews,* New Haven, 1943; M. Simon, *Verus Israel,* París, 1948; L. Poliakov, *Histoire de l'Antisémitisme,* Vol. I; *Du Christ aux Juifs de Cour.* París, 1955; J. Isaac, *Genèse de l'Antisémitisme,* París, 1956.

Y éstos eran de lo más sorprendentes. Simonini se enteró, por ejemplo, de que Manes y el Viejo de la Montaña eran judíos ambos (aunque en realidad ninguno de ellos lo era)3; y que la orden de los francmasones y los *illuminati* habían sido fundadas por judíos (aunque en realidad se sabe quiénes fueron sus fundadores, y no eran judíos). Lo que es todavía más sorprendente: descubrió que sólo en Italia más de 800 eclesiásticos eran judíos; entre ellos había obispos y cardenales, y que se esperaba que dentro de poco hubiera un papa. En España imperaba un estado de cosas muy parecido; y de hecho en todas partes los judíos se hacían pasar por cristianos. Igualmente amenazadoras eran sus estratagemas políticas y económicas. Algunos países ya habían concedido todos los derechos civiles a los judíos, y faltaba poco para que los países restantes, hostigados por las conspiraciones y seducidos por el dinero, hicieran lo mismo. Una vez logrado esto, los judíos comprarían todas las tierras y todas las casas hasta que los cristianos se quedaran sin nada. Y entonces se realizaría la última fase de la conspiración: los judíos «se prometían a sí mismos que en menos de un siglo serían los amos del mundo, que abolirían todas las demás sectas y establecerían el imperio de la suya, que convertirían todas las iglesias cristianas en sinagogas y reducirían a los cristianos restantes a un estado de total esclavitud». No quedaba más que un obstáculo serio: la Casa de Borbón, que era la peor enemiga de los judíos, y los judíos la aniquilarían.

Tras denunciar la influencia cada vez mayor de los judíos en la vida pública y política de Prusia, el anónimo corresponsal describe una asociación (totalmente imaginaria) existente en

Alemania que, al mismo tiempo que emplea los símbolos y rituales de la masonería, en realidad tiene objetivos secretos, objetivos que no tienen nada que ver con la masonería y que ponen en peligro la seguridad de todos los estados. Esa asociación está regida por «superiores desconocidos» y está formada sobre todo por judíos. Y no es que esas maquinaciones se limiten a Alemania. En Londres, el «gran maestre» Palmerston preside las fuerzas de la revolución en Europa, pero detrás de Palmerston existen dos logias pseudomasónicas formadas exclusivamente por judíos cuyo umbral jamás puede traspasar un gentil. Otro de esos centros judíos está en Roma, y la lucha por la unidad de Italia no es en realidad más que una conspiración judía en la cual Mazzini y sus colegas son marionetas en manos de «superiores desconocidos». Y durante la feria anual de Leipzig funciona ininterrumpidamente, aunque en absoluto secreto, una logia exclusivamente judía. Los propios masones alemanes se ven movidos acá y allá por fuerzas desconocidas, aunque el juramento de secreto les impide comparar notas y penetrar así en ese terrible secreto8.

12

Hay regiones muy grandes de la Tierra en las que tradicionalmente se ha visto a los judíos como seres misteriosos, dotados de poderes siniestros y extraños. Esta actitud data de la época, entre los siglos II a IV después de Cristo, en que la Iglesia y la Sinagoga competían para obtener conversos en el mundo helenístico, y en que, además, ambas trataban de arrancarse partidarios la una a la otra. Para aterrorizar a los cristianos judaizantes de Antioquía a fin de que rompiesen definitivamente con la religión original, San Juan Crisóstomo calificó la Sinagoga de «el templo de los demonios... la caverna de los diablos... una sima y un abismo de perdición», y calificó a los judíos de asesinos y destructores habituales, de pueblo poseído por un espíritu del mal. Y para proteger a sus catecúmenos contra el judaísmo, San Agustín habló de cómo quienes habían sido los hijos favoritos de Dios se habían transformado después en hijos de Satán. Además, se relacionó a los judíos con aquella temible figura del Anticristo, «el hijo de la perdición», cuyo reinado tiránico, según San

Pablo y el Apocalipsis de San Juan, debe preceder a la segunda venida de Cristo. Muchos de los Padres enseñaban que el Anticristo sería un judío y que los judíos serían sus más devotos seguidores1.

Unos años después de que se publicara esta fantasía apareció también en Alemania un documento que, con el tiempo, se convertiría en el modelo de los propios *Protocolos.* El autor de aquel prototipo de la más famosa de las falsificaciones antisemitas fue un tal Hermann Goedsche, que anteriormente había sido un pequeño funcionario del servicio postal prusiano. En la reacción siguiente a las convulsiones revolucionarias de 1848, aquel hombre había cometido un lamentable error de cálculo. A fin de incriminar al dirigente demócrata Benedic Waldeck, cuya política le estaba resultando incómoda al rey de Prusia, Goedsche presentó unas cartas que, de haber sido auténticas, habrían revelado que Waldeck conspiraba para derogar la constitución y asesinar al rey. Después no sólo se demostró rápidamente que las cartas estaban falsificadas, sino que Goedsche lo sabía. Una vez acabada su carrera en el servicio postal, Goedsche ingresó en el periódico *Neue Preussische Zeitung,* conocido en general como la *Preussische Kreuzzeitung,* favorito de los terratenientes conservadores, y además empezó a escribir novelas, muchas de ellas con el seudónimo de sir John Retcliffe. Una de esas novelas, *Biarritz,* contenía un capítulo titulado «En el cementerio judío de Praga». Se trata de un ejemplo de ficción pura dentro del más tópico romanticismo, pero que iba a convertirse en la base de una falsificación antisemita muy influyente9.

11

La carta de Simonini, con su mención del Anticristo y su tono profético, encajaba perfectamente en un ambiente así. Barruel, naturalmente, la hizo distribuir por círculos influyentes de Francia con el objetivo expreso «de impedir el efecto que podría producir el “Sanedrín”»6.

2. En contra de Satanás y de la Alianza Israelita Universal

1

En la Edad Media se había considerado a los judíos como agentes de Satanás, adoradores del diablo, demonios en forma humana. Uno de los éxitos del movimiento antisemita moderno es que a fines del siglo XIX logró resucitar aquella superstición arcaica. Como ya hemos visto, Goedsche terminaba la reunión de Praga con una aparición sobrenatural: en forma de becerro de oro, Satanás se ofrece a la adoración de los judíos reunidos. Un año después de publicarse la fantasía de Goedsche apareció en Francia el libro que había de convertirse en la Biblia del antisemitismo moderno: *Le juif, le judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens,* de Gougenot des Mousseaux. En él tiene enorme importancia Satanás, pues el autor está convencido de que el mundo está cayendo en las garras de un grupo misterioso de adoradores de Satanás, a quienes califica de «los judíos de la Cábala».

En realidad, la Cábala no es más que un cuerpo de doctrina mística y teosófica judía que data de la Baja Edad Media. Está expuesta en su totalidad en obras como *Zohar,* y no tiene nada de secreta. Durante el Renacimiento se la expusieron a la cristiandad humanistas como Pico della Mirandola y Johann Reuchlin, y agradó a varios estudiosos, entre ellos el papa León X. Pero Des Mousseaux se imaginaba que la Cábala era algo completamente distinto: una religión demoníaca secreta, un culto sistemático del mal, establecido por el Diablo en el comienzo mismo del mundo. Según él, los primeros fieles de ese culto fueron los hijos de Caín, a quienes después del Diluvio sucedieron los hijos de Cam, que se identifican con los caldeos, los cuales con el tiempo transmitieron su secreto a los judíos. Ulteriormente practicarían ese culto también los gnósticos, los maniqueos y la secta musulmana de los Asesinos; estos últimos transmitieron sus conocimientos diabólicos a los templarios, que se los traspasaron a los masones. Pero los judíos, como «representantes en la Tierra del espíritu de las

tineblas», han aportado siempre los grandes maestres. Y si se pregunta en qué consiste exactamente el culto, la respuesta se centra en la adoración de Satanás. Los principales símbolos son la serpiente y el falo, y el ritual comprende orgías eróticas de lo más desenfrenado. Pero no es eso todo: mediante el asesinato de niños cristianos, los judíos en particular logran adquirir poderes mágicos, y también eso forma parte de «la Cábala».

Estas peculiares extravagancias encontraron quienes creyeran en ellas. No cabe duda de que muchos defensores de los *Protocolos* en el siglo XX han imaginado de verdad que el gobierno secreto judío está formado por brujos orientales; basta con leer el comentario a los *Protocolos* publicado en Madrid en 1963 para encontrar páginas y páginas sobre «la Cábala». Y no es este el único aspecto en el que Des Mousseaux establece el nexo entre los *Protocolos* y unas creencias religiosas arcaicas y semiolvidadas. Una de las características más inesperadas de los *Protocolos* es que la dominación del mundo se ejercerá por medio de un rey judío, a quien todas las naciones aceptarán como su salvador. Esta imagen está tomada literalmente del final del último capítulo de Gougenot des Mousseaux. Cuando el industrioso autor va acercándose a la página 500, se permite el lujo de un frenesí profético en el cual predice cómo en medio de una gran guerra europea los judíos llevarán al primer plano «a un hombre dotado de genio para la impostura política, un embrujador siniestro, en torno al cual se amontonarán las multitudes». Los judíos dirán de ese hombre que es el Mesías, pero será algo más que eso. Tras destruir la autoridad del cristianismo, unirá a la humanidad en una gran fraternidad y le dará una superabundancia de bienes materiales. Por esos grandes servicios también lo aceptarán las naciones gentiles, que lo exaltarán y le rendirán culto como a un dios, pero en realidad, pese a su apariencia benévola, será el instrumento de Satanás para la perdición de la humanidad[13].

Gougenot des Mousseaux dice reiteradamente que lo que le inspiró a escribir este pasaje fue la profecía del Anticristo. Según esa profecía, que figura en el capítulo segundo de la Segunda Epístola a los Tesalonicenses, la segunda venida de

Cristo y el Juicio Final se verán precedidos inmediatamente por la manifestación del Anticristo, «el hombre de pecado, el hijo de perdición». Exigirá ser objeto de culto como un Dios, y gracias a los prodigios que hará con la ayuda del Diablo, engañará a todos los que quieran engañarse, estableciendo su dominación sobre el mundo entero hasta que Cristo, al volver, lo destruya con el aliento de su boca.

Hasta ahí llega el Nuevo Testamento; pero en los siglos II y III d. C., cuando la Iglesia y la Sinagoga fueron entrando en competencia y conflicto cada vez más abiertos, los teólogos cristianos empezaron a dar una nueva interpretación a aquella profecía. Predijeron que el Anticristo sería un judío y amaría a los judíos sobre todos los pueblos; por su parte, los judíos serían los seguidores más fieles del Anticristo y lo aceptarían como Mesías. Los teólogos estaban divididos en cuanto a lo que ocurriría después. Si bien algunos preveían que los judíos se convertirían milagrosamente al cristianismo, otros esperaban que siguieran al Anticristo hasta el final, y cuando llegara Cristo se verían enviados, junto con el Anticristo, a sufrir los tormentos del infierno durante toda la eternidad.

Ya se ha aducido en otro lugar que la creencia de los nazis en una conspiración judía mundial representa un resurgir, en forma secular, de determinadas ideas apocalípticas que habían formado parte de la visión cristiana del mundo[14]. En este caso, cabe seguir la pista exacta de la forma en que una creencia apocalíptica –la de la llegada del Anticristo– contribuyó al nacimiento de los *Protocolos,* que habrían de convertirse en parte de las santas escrituras nazis. Pero la relación entre los *Protocolos* y la profecía del Anticristo no se detiene aquí. En capítulos ulteriores veremos cómo la primera edición importante de los *Protocolos* apareció en un libro ruso sobre la inminente venida del Anticristo, y cómo se advierte en él parte de un clima apocalíptico idéntico incluso a los pensamientos y escritos de Hitler y de Rosenberg respecto a los *Protocolos* y la conspiración judía mundial.

Pero si Gougenot des Mousseaux resucitó fantasías arcaicas, también las modernizó. Los largos capítulos sobre «El oro» y «La Prensa» pertenecen totalmente al mundo del antisemitismo

moderno y político (de hecho, parece que algunas frases de los *Protocolos* se han extraído literalmente de esas páginas). Sobre todo, el Estado mundial que va a establecer el Anticristo es asombrosamente moderno. Se trata de un orden internacional en el cual todos los pueblos están unidos y profesan lealtad a una sola unidad, la humanidad, y donde abundan los bienes materiales, de los que todos gozan con buena conciencia. Al leer esas descripciones, cabe muy bien preguntarse por qué no considerar a los conspiradores judeomasónicos como benefactores, y no explotadores, de la humanidad. Hay que recordar que si bien hoy día casi todos los partidos políticos de los países adelantados hacen suyos hasta cierto punto estos ideales de cooperación internacional y bienestar material, esas ideas eran objeto de abominación general en la extrema derecha mientras existió una extrema derecha. Hitler y Gougenot des Mousseaux hubieran estado perfectamente de acuerdo en considerar ese orden mundial como algo absolutamente intolerable.

Le juif, le judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens se escribió en una época de duro conflicto entre la masonería y la Iglesia católica. Aunque no cabe duda de que la Revolución francesa no fue algo organizado por una conspiración masónica, sí es cierto que a lo largo del siglo XIX los masones de Francia y de Italia se identificaron cada vez más totalmente con los principios de aquella revolución. Los masones franceses, decididamente republicanos y anticlericales, no se sentían insultados, sino halagados, cuando los reaccionarios los acusaban del derrocamiento del *Ancien Régime.* En Italia, las logias masónicas participaron de forma muy activa en la lucha por la unidad nacional, y por tanto en los ataques al poder temporal del papa. Pero a ojos de muchos católicos, el final de los Estados Papales significaba el final de la Iglesia, y consideraban a los masones literalmente como agentes de Satanás.

En los años inmediatamente anteriores al Concilio Vaticano de 1870 es cuando se pinta por primera vez a los masones como adoradores del Diablo: en 1867, en su libro *Les Franc-Maçons,* monseñor Ségur declaraba que en las «logias

interiores» se celebraban misas negras. Gougenot des Mousseaux pertenecía al mismo mundo del catolicismo ultramontano y de la extrema derecha, y con sus palabrerías sobre la Cábala aspiraba tanto, por lo menos, a desacreditar a la masonería y a las fuerzas progresistas en general como a atacar a los judíos. Su libro, armado con un prefacio entusiástico del jefe del Seminario de la Misión Extranjera de París, estaba dirigido explícitamente a los padres del concilio, y no del todo en vano, pues Des Mousseaux recibió la bendición del papa Pío IX por su valentía.

En Francia, Gougenot des Mousseaux encontró un digno sucesor en el abate Chabauty, *curé* de Saint-André, de Mirebeau de Poitou, canónigo honorario de Poitiers y Angulema. En 1881, publicó un volumen de 600 páginas titulado *Les Francs-Maçons et les Juifs: Sixième Âge de l'Eglise d'après l'Apocalypse,* en el cual sostenía que Satanás, por conducto de la conspiración judeo-masónica, estaba abriendo el camino al Anticristo judío y a la dominación del mundo por los judíos. En *Les Juifs nos maîtres,* que fue su libro más influyente (1882), Chabauty hizo algo más que repetir los argumentos de su predecesor y añadió un importante descubrimiento propio. Había encontrado en la *Revue des études juives* de 1880 dos cartas que le parecieron llenas del más tremendo significado, y que de hecho adquirirían más tarde un carácter siniestro en la historia del antisemitismo. Se las conoce por los nombres de *Carta de los judíos de Arles* (o, en algunas versiones, *de España)* y la réplica *Carta de los judíos de Constantinopla,* y dicen lo siguiente:

> ¡Honorables judíos, saludos y bendiciones!
>
> La presente es para comunicaros que el Rey de Francia, que vuelve a ser señor de la Provenza, ha ordenado en proclama pública que nos hagamos cristianos o salgamos de su territorio. Y los pueblos de Arles, Aix y Marsella quieren llevarse nuestras pertenencias, amenazan nuestras vidas, destruyen nuestras sinagogas, nos causan muchas vejaciones y todo ello provoca que no estemos seguros de lo que debemos hacer a fin de mantener la Ley de Moisés. Por eso os pedimos que tengáis la bondad de informarnos, en vuestra sabiduría, de lo que debemos hacer.

Chamor
Rabino de los judíos de Arles
el 13 de Sabath, 1489

Bienamados hermanos en Moisés, hemos recibido la carta en la que nos informáis de las ansiedades y las adversidades que padecéis.

El consejo de los grandes sátrapas y rabinos es el siguiente:

Decís que el Rey de Francia os exige que os hagáis cristianos; hacedlo, pues no os queda otro remedio, pero conservad la Ley de Moisés en vuestros corazones.

Decís que os veis obligados a entregar vuestras pertenencias; entonces, haced que vuestros hijos sean comerciantes, para que poco a poco vayan privando a los cristianos de sus pertenencias.

Decís que vuestras vidas corren peligro; entonces, haced que vuestros hijos sean médicos y boticarios, para que puedan privar de sus vidas a los cristianos.

Decís que están destruyendo vuestras sinagogas; entonces, haced que vuestros hijos se hagan clérigos y canónigos, de forma que puedan destruir sus iglesias.

Decís que esos pueblos os están infligiendo muchas más vejaciones; entonces, encargaos de que vuestros hijos se hagan abogados y notarios, de modo que los cristianos queden sometidos a vuestro yugo; dominaréis el mundo, y podréis tomaros venganza.

No os desviéis de esta orden que os damos, pues veréis por la experiencia que, del envilecimiento en que ahora os halláis, alcanzaréis la cima del poder.

V. S. S. V. F. F.
Príncipe de los judíos de Constantinopla
el 21 de Casleu de 1489[15]

Desde el punto de vista del historiador de la literatura, estas «cartas», que datan por lo menos del siglo XVI, no carecen de interés. Probablemente, se escribieron en un principio en España como comentario satírico sobre los «marranos», los judíos españoles que decían haberse convertido al catolicismo, pero de quienes se sospechaba, en muchos casos con razón, que en el fondo seguían siendo judíos. De lo que no cabe duda es de que su propósito era burlón: ¡por ejemplo, *Chamor,* en la firma, significa en hebreo «burro»! Pero a Chabauty no le cabía la menor duda de su autenticidad; después de todo, como

señalaba él, ¿no había fundado el barón de Rothschild la *Revue des études juives,* que se encargó de publicar? Y, de hecho, gracias a aquellas «cartas» el emprendedor *curé* tropezó con una idea que no se le había ocurrido a ninguno de sus predecesores. Se convenció a sí mismo de que a todo lo largo de la Diáspora había existido un gobierno judío único y secreto, de que éste seguía un plan inmutable de dominación mundial, y de que todos los judíos le debían una obediencia absoluta. Y además también le preocupaba que «Bismarck, el Káiser Guillermo y los demás ministros y soberanos de Europa y América no sean sino instrumentos dóciles y a veces ciegos» del gobierno judío oculto. Con aquellas imaginaciones no sólo abrió el camino a los *Protocolos de los Sabios de Sion,* sino que estableció la *Carta de los judíos de Constantinopla* como «documento» importante por derecho propio. Cuando, medio siglo después, los *Protocolos* se convirtieron en una obra mundialmente conocida, aquella «Carta» se reeditó una vez tras otra, muchas de ellas en el mismo volumen que los *Protocolos,* como prueba confirmativa. ¡Y ni un solo editor advirtió que la firma V. S. S. V. F. F., que parece tan críptica y siniestra, no es más que el nombre Ussuff, es decir, José!

Chabauty encontró sus primeros imitadores en Italia. A mediados del decenio de 1880, el papa León XIII inició un nuevo combate contra la masonería italiana, y aunque él mismo no se rebajó nunca a la propaganda antisemita, sí permitió que otros lo hicieran. En particular, los jesuitas relacionados con *La Civiltà Cattolica* consideraban perfectamente legítimo desacreditar a la masonería al presentarla como parte de la conspiración judía mundial. Dos de esos reverendos caballeros, el padre R. Ballerini y el padre F. S. Rondina, lanzaron una campaña que duró hasta el decenio de 1890. Según ellos, todos los males del mundo moderno, desde la Revolución francesa hasta las últimas quiebras italianas, eran simples frutos de una conspiración judía que duraba dos mil años. *La Civiltà Cattolica* pintaba a Italia como un país sumido en la violencia, la inmoralidad y el caos general, todo ello gracias a los judíos; hablaba del judaísmo en los mismos términos que utilizaría Hitler: como un

pulpo gigante que asfixiaba al mundo; incluso publicaba las historias de asesinatos rituales que más tarde ilustrarían las páginas de *Der Stürmer*. No es de sorprender que, con un ejemplo tan ilustre ante los ojos, los periódicos católicos de provincias exigieran la derogación de la emancipación de los judíos y la confiscación de todas las propiedades judías.

Es cierto que la campaña no logró socavar la visión tolerante de la mayoría de los católicos italianos –después de todo, ¿cómo iban a olvidar que en total los judíos italianos no eran más que 30.000?–, pero eso no significa en absoluto que no tuviera ninguna influencia. Llegaría el momento, después de la Primera Guerra Mundial, en que dos papas seguidos rendirán homenaje a monseñor Jouin, francés, por su combate de toda una vida contra aquella entidad mítica que era la conspiración judeo-masónica; en un caso, cuando ya era muy célebre como editor de los *Protocolos*. Desde luego, debe atribuirse a *La Civiltà Cattolica* algo del mérito por haber creado una perspectiva que hizo posibles tales homenajes[16].

También en Francia, el tema de una conspiración mundial satánica de los masones, o de los judíos, o de ambos juntos, siguió inspirando una cantidad prodigiosa de propaganda absurda a todo lo largo del decenio de 1890[17]. En aquel país se dirigía en especial al clero rural, casi todo él formado por hijos de campesinos o de artesanos rurales, poco instruidos e infinitamente crédulos. Resulta imposible describir lo que estaban dispuestos a creer. En 1893, aquel gran estafador que fue Léo Taxil no tuvo ninguna dificultad en persuadirlos de que el jefe de la masonería estadounidense había hecho que se inventara un sistema de teléfono cuyo personal (si cabe utilizar ese término) estaba formado por diablos, y que así era como se mantenía en constante contacto con las siete capitales principales del mundo; o que debajo del peñón de Gibraltar trabajaban pelotones de diablos que organizaban epidemias para destruir el mundo católico. Y si Taxil limita su atención a los masones y no menciona para nada a los judíos, había otros menos moderados. En *La Franc-Maçonnerie, Synagogue de Satan,* de monseñor Meurin, arzobispo de Port Louis, isla Mauricio –que también se publicó en 1893–, se insiste en que

> todo lo que hay en la masonería es fundamentalmente judío, exclusivamente judío, apasionadamente judío, desde el principio hasta el fin[18].

Efectivamente, parece que esa obra fue una de las fuentes inmediatas de los *Protocolos,* que, como veremos más adelante, se inventaron justo hacia esa misma época. Y, al igual que tantos de los devotos de los *Protocolos* posteriores a él, el arzobispo estaba convencido de que toda la historia de la humanidad podía interpretarse en términos de una conspiración judía que ya estaba a punto de alcanzar su meta. También sabía cuáles eran los medios por los que se estaba llevando a cabo ese plan:

> Algún día narrará la historia cómo todas las revoluciones de los últimos siglos tuvieron su origen en la secta masónica bajo el mando secreto de los judíos[19].

Y no sólo eso: cualesquiera que sean las apariencias, son los propios gobiernos los que fomentan las revoluciones, porque también ellos mismos están controlados por judíos:

> El hecho de que todas las revoluciones se urdan en las profundidades de las logias internas masónicas resultaría inexplicable si no supiéramos que los ministerios de todos los países... están en manos de masones que a fin de cuentas están controlados por los judíos[20].

Y el arzobispo tiene algo más que decir acerca de esas misteriosas «logias internas»: están formadas por masones y judíos «del grado 33», igual que los propios *Protocolos* terminan con las palabras «Firmados por los representantes de Sion del grado 33». El origen de esta idea es perfectamente claro. Existe efectivamente un sistema masónico concreto que tiene 33 grados: «el rito escocés antiguo y aceptado», que se introdujo en los Estados Unidos a principios del siglo XIX y se extendió a muchos países. Lejos de ocuparse de estrategias económicas y políticas, esa rama de la masonería se especializó en el simbolismo y la filantropía, y no controla en absoluto a toda la masonería. Pero esos datos no interesaban al arzobispo, ni al inventor de los *Protocolos;* para ellos, los masones del grado 33 forman el núcleo de la conspiración encaminada a establecer a

un rey judío como dominador del mundo. Y el arzobispo va más allá: esos masones del grado 33 son agentes del Diablo en el sentido más literal del término. Reunidos en sus «logias internas», adoran a Satanás en forma de una serpiente o de un falo, y a veces Satanás incluso los honra con una visita en persona.

Una vez más, al final de este fantástico libro se encuentra uno sumido en el ambiente apocalíptico ya conocido. El combate contra la conspiración judeo-masónica imaginaria se equipara a la batalla entre la hueste celestial y la satánica predicha en el Apocalipsis de San Juan:

> Mientras escribimos estas líneas pasa un huracán, rugiente y sibilante sobre nuestra pequeña isla... ¡Es la imagen de nuestro siglo! La ciencia explica el origen y el carácter del huracán. Este libro explica nuestro siglo atormentado... El paganismo, el judaísmo, los vicios y las pasiones, bajo el mando supremo de Lucifer, se levantan unidos para asaltar a la Jerusalén Celestial con la esperanza de que sus batallones unidos alcancen la victoria que, hasta hoy, jamás han conseguido con sus ataques por separado[21].

El arzobispo exhorta a los gobernantes de Europa a que se coaliguen contra la conspiración judía antes de que ésta los destruya. Y aunque declara que se quedará satisfecho con que se excluya a los judíos de la banca, el comercio, el periodismo, la enseñanza y la medicina, su explosión final es de lo más dramática:

> No esperéis, ¡oh judíos!, que podréis escapar a la calamidad que una vez más os amenaza... El día en que os veáis aplastados se verá a la Iglesia, vuestra víctima, gozar de una expansión vital como jamás se ha visto.
>
> No queremos ser esclavos de los judíos, y no lo seremos... Olvidaremos nuestras diferencias políticas para erguirnos unidos y firmes contra el atrevimiento y la insolencia de los enemigos de Dios y de su Cristo. La victoria es cierta. El futuro nos pertenece. Lucifer y sus emisarios se verán forzados a arriar su bandera masónica; Satanás y los espíritus del mal que recorren el mundo con el objeto de destruir las almas se volverán a ver lanzados al Infierno del que han salido audazmente para atacar la Ciudad de Dios[22].

Cuando se piensa que Francia había sido el primer país del

mundo que emancipó a sus judíos (en 1791), y que en 1890 no había más que un puñado de judíos franceses (menos de 80.000), es imposible no quedar maravillado ante la intensidad de tanto odio. Y la fiebre antisemita que invadió Francia en los decenios de 1880 y 1890 no tenía, de hecho, nada que ver con los contactos entre franceses judíos y no judíos. La charla sobre la conspiración judeo-masónica hallaba oídos sobre todo en provincias como Normandía, Bretaña, Anjou y Poitou, donde había poquísimos judíos; en Montdidier, en Somme, donde se publicaba el periódico *L'Anti-Sémitique,* no vivía ni un solo judío. Lo que el judío simbolizaba para aquel público era el misterioso y siniestro poder de París, donde vivía la mayor parte de los judíos. En esto se aprecia una vez más cómo el resurgimiento moderno del antisemitismo expresaba sobre todo la protesta de una sociedad tradicional y rural contra las fuerzas del modernismo.

Existía, además, el ejemplo de Alemania. El antisemitismo militante apareció aquí en el mismo momento en que iban en aumento el poderío y el prestigio alemanes; y había incluso franceses que afirmaban que la salvación de Francia se hallaría en la imitación de su formidable vecina. El principal de ellos era aquel talentoso demagogo que se llamó Édouard Drumont. Además, en su muy influyente libro *La France juive* (1886), Drumont popularizó los argumentos del poco conocido Gougenot des Mousseaux, aunque es de reconocer que por el curioso método de incorporar secciones de su libro sin citarlo. También reeditó el hallazgo de Chabauty, la *Carta de los judíos de Constantinopla,* y en general hizo más que nadie por convertir el mito de la conspiración judeo-masónica en una fuerza política en Francia.

Como ya veremos, el inventor de los *Protocolos de los Sabios de Sion* los escribió en francés y vivía en Francia. No puede caber duda de que recurrió mucho a la tradición del antisemitismo político francés que se había desarrollado en el último tercio del siglo XIX, y en particular a los escritos de Des Mousseaux, Chabauty, Meurin y Drumont.

A fines del siglo XIX el antisemitismo era algo mucho más grave en Rusia que en ninguno de los países de la Europa occidental o central. Ello se debía a la combinación de varias circunstancias. La visión rusa del mundo seguía siendo en gran medida la de un país medieval, en el que los judíos estaban tradicionalmente expuestos al mismo tipo de odio por motivos religiosos que habían debido soportar en la Europa medieval. Rusia era, además, la última monarquía absoluta de Europa, y en consecuencia el mayor baluarte de la oposición a las tendencias liberalizantes y democratizadoras, relacionadas con la Revolución francesa. Y daba la casualidad de que Rusia era, además, el país con mayor población judía, tanto en términos absolutos como relativos: 5.000.000 de judíos, o sea una tercera parte de los judíos de todo el mundo, vivían en la Zona Permitida para el Asentamiento de Judíos, un grupo de provincias que se extendía desde el Báltico al mar Negro y que comprendía gran parte de la actual Polonia. Representaban el 5% aproximadamente de la población total del Imperio ruso, pero la proporción era mucho mayor en las regiones a las que estaban limitados.

Aquellos judíos rusos no eran en absoluto unos recién llegados. En su mayor parte descendían de judíos expulsados de Alemania y de Francia en la Baja Edad Media, que se habían asentado en Polonia; en Crimea, los judíos llevaban residiendo desde tiempos de Roma. Pero, en comparación con los de Europa occidental, los judíos rusos formaban efectivamente una minoría muy cerrada, diferenciada y sin asimilar. Vivían separados de los rusos, se vestían de forma diferente y hablaban y escribían en yidish, con preferencia al ruso. Muchos tenían una devoción apasionada por la religión judía en su forma más estricta. Por lo general eran de una pobreza miserable, pero había entre ellos suficientes comerciantes y prestamistas como para atraerse el resentimiento de sus rivales rusos en las ciudades, y a veces también el odio del campesinado ruso oprimido.

Los judíos rusos estaban sometidos a severas limitaciones económicas, residenciales y educativas. El gobierno los hostigó y persiguió a todo lo largo del siglo XIX, pero no como

miembros de una raza extranjera, sino como fieles de una religión detestada. A todo judío que dijera haberse convertido al cristianismo ortodoxo se le exoneraba inmediatamente de las inhabilitaciones que afligían a los demás. Por eso la conversión de conveniencia representaba una tentación constante para los jóvenes ambiciosos, y lo sorprendente es que fueran tan pocos los que cayeron en ella.

La persecución se intensificó mucho cuando en 1881 cayó asesinado el zar Alejandro II, relativamente liberal, y lo sucedió su hijo, el ultrarreaccionario Alejandro III. Tanto Alejandro III como su hijo Nicolás II, el último de los zares, eran fanáticamente antisemitas, y durante sus reinados se hizo todo lo posible, con todo género de ayuda oficial, para desembarazar a Rusia de los judíos. La persecución se realizó en parte con medidas administrativas –por ejemplo, mediante la expulsión de los judíos de las zonas rurales, al tiempo que se les impedía encontrar empleo en las ciudades– y en parte mediante pogromos con patrocinio oficial. Aquellos métodos tuvieron tanto éxito que hubo períodos en que los judíos rusos emigraron a un ritmo de 100.000 personas al año, en su mayor parte a los Estados Unidos de América[23].

Pero aquellos acontecimientos se habían visto precedidos por algunos años de propaganda antisemita. Al igual que en Francia y Alemania, a partir de 1868 se elaboró y desarrolló la idea de la conspiración judía mundial, que empezó a tener pleno efecto en el decenio de 1880. Hacia 1868 se concedió la plena ciudadanía a los judíos de Europa central –los estados alemanes y Austria-Hungría–, y uno de los objetivos de la propaganda era sin duda contrarrestar la presión favorable a unas reformas del mismo tipo en el Imperio ruso. Una vez iniciada aquella propaganda, resultó que servía para muchas más cosas. Se trataba de una época en la que la autocracia rusa empezaba a tropezar con una oposición política activa, sobre todo por parte de grupos terroristas clandestinos. Las autoridades estaban decididas a toda costa a encubrir el hecho de que había verdaderos rusos –y, encima, de los cultos– que odiaban tanto la autocracia que estaban dispuestos a asesinar a sus representantes. En consecuencia, pretendieron que toda la

oposición al régimen, y en especial todo el terrorismo, era obra de la conspiración judía mundial.

Ello no se debió a que los judíos tuvieran una gran participación en el movimiento terrorista de los decenios de 1860 y 1870. Por el contrario, se debió en gran medida a la persecución intensificada que se inició en el decenio de 1880 el que una pequeña minoría de judíos ingresara con el tiempo en el movimiento revolucionario, y concretamente en el Partido Socialdemócrata, que más tarde se escindió en las facciones rivales de mencheviques y bolcheviques; e incluso aquella pequeña minoría no estaba formada por judíos en el sentido religioso, sino por personas de origen judío que habían roto con el judaísmo y con la comunidad judía tradicional. Pero la policía no hacía caso de aquellas distinciones. Para ella, todo el movimiento revolucionario fue desde el principio un instrumento –por increíble que pueda parecer– en manos de los seguidores de la religión judía. Eso era lo que decían en su propaganda, y muchos, desde luego, llegaron a creérselo.

En Rusia, pues, a diferencia de Francia y Alemania, la propaganda acerca de la conspiración judía mundial contaba con patrocinio oficial; era una actividad constante de la policía política. Las aportaciones extranjeras, como el *Discurso del Rabino,* se recibían con entusiasmo, pero también dentro de la propia Rusia se ponían a la obra espíritus con mucha inventiva. El primero de ellos, cronológicamente, fue Jacob Brafmann, un judío que no sólo efectuó una conversión táctica al cristianismo ortodoxo, sino que después se hizo espía de la policía. En 1866 Brafmann presentó a varios altos funcionarios unos extraños datos acerca de lo que él llamaba «la *Kahal*». La palabra *Kahal* significa en hebreo simplemente «organización de la comunidad». Como a los judíos de la Europa medieval se les permitía normalmente un cierto grado de autonomía local, cada asentamiento judío era automáticamente una *kahal*. En Rusia las cosas fueron muy parecidas hasta 1844, cuando se abolieron las *kahals,* y con ellas hasta el último vestigio de la autonomía judía. Pero según Brafmann, «la *Kahal*» era algo completamente distinto y mucho más peligroso.

Como prueba, Brafmann publicó una obra con el título de *El*

Libro de la Kahal (1869). En realidad, estaba basada en algunas actas de asuntos rutinarios levantadas por la *kahal* oficialmente reconocida de Minsk de 1789 a 1828, complementadas con materiales parecidos de otras ciudades. Pero Brafmann añadió a aquel material un comentario conforme al cual parecía que la *kahal* de cada ciudad aspirase a lograr que los comerciantes judíos expulsaran a la competencia cristiana, a fin de terminar por hacerse ellos los propietarios de todos los bienes de los cristianos. *El Libro de la Kahal* se editó a expensas del erario público y se distribuyó a funcionarios estatales para orientarlos en sus relaciones con la población judía. Surtió mucho efecto, sobre todo entre la policía política, y se reeditó muchas veces. La palabra *kahal* entró en el vocabulario internacional de la propaganda antisemita como si fuera un término inmensamente siniestro, y se ha llegado a decir muchas veces que era «un nombre que a pocos gentiles se les permite jamás escuchar»[24].

Todavía más nocivo resultó otro libro de Brafmann, cuya primera edición data de 1868, y que más adelante (1888) se reeditó en el mismo volumen que *El Libro de la Kahal.* La obra, titulada *Cofradías judías, locales y universales,* se puede considerar como la contrapartida rusa de las fantasías de Goedsche y Des Mousseaux. En ella se «desenmascara» la existencia de determinadas organizaciones judías internacionales, como si fuera un gran secreto. Esas organizaciones son: una sociedad de reimpresiones de textos judíos básicos, la Alianza Israelita Universal (Alliance Israélite Universelle), la Sociedad para la Difusión de la Educación entre los Judíos de Rusia, la Sociedad para la Promoción de la Colonización de Palestina y la Asociación de Apoyo a los Refugiados Judíos de Londres. Todas eran organizaciones filantrópicas muy conocidas que no tenían nada de secretas, pero eso no impidió a Brafmann hablar de ellas como si fueran ramas de la conspiración mundial y secreta de los judíos. La Alianza Israelita Universal, a la que denunció como centro de la conspiración, se había fundado en París en 1860, y pronto se convirtió en blanco del odio de todos los antisemitas. En realidad era una institución puramente francesa, y no tenía

nada de internacional. Pero se ocupaba de ayudar a los judíos perseguidos en Rusia y Rumanía, tanto por medio del suministro de facilidades para la educación como mediante el socorro a los refugiados, y eso bastaba para impulsar a Brafmann a comentar que «la red de la alianza mundial judía está tendida por todo el globo». Al igual que *El Libro de la Kahal,* la obra sobre las cofradías judías atrajo mucha atención entre la burocracia antisemita. Gracias a ella, se prohibió a la Alianza Israelita Universal actuar en Rusia, y se limitó mucho la labor de la Sociedad para la Difusión de la Educación entre los Judíos de Rusia.

Un decenio después, cuando el abate Chabauty construía en Francia sus fantasías en torno a la *Carta de los judíos de Constantinopla,* un antiguo sacerdote católico de origen polaco, Hippolytus Lutostansky, estaba ocupado en una labor parecida en Rusia. Expulsado de la Iglesia católica por una serie de delitos, desde apropiación indebida hasta violación, Lutostansky ingresó en la Iglesia ortodoxa y se hizo estudiante de una academia religiosa. El primer resultado de sus estudios fue un libro sobre el uso de sangre de cristianos en el ritual religioso judío (1876). Unos años después hizo una propuesta interesante a importantes representantes de la comunidad judía rusa: por un cierto precio estaría dispuesto a publicar una refutación de ese libro y a denunciarlo en conferencias que dictaría en las principales ciudades; si no le pagaban aquel precio, seguiría publicando obras antisemitas. Cuando fracasó aquella tentativa de soborno, Lutostansky siguió adelante con su carrera de propagandista antisemita hasta 1905; entonces, cuando pareció que un régimen más democrático podría procesarlo por falsificación, volvió a cambiar de rumbo. En una carta abierta dio seguridades a los judíos de que en realidad nunca había sido enemigo suyo, y la firmó como «un pecador arrepentido». Claro que aquello no impidió a las Centurias Negras invocar su nombre en la época del juicio de Beiliss por asesinato ritual[25].

No obstante, el libro más importante de Lutostansky fue una obra en tres volúmenes titulada *El Talmud y los judíos* (1879-1880). Lutostansky, que no sabía una palabra de hebreo,

limitó sus investigaciones a reunir todos los rumores malévolos y todas las falsedades que jamás se hubieran inventado en torno al Talmud. El terrorífico relato que hizo de los principios del judaísmo ayudó y alentó, sin duda, a la policía política en su nueva tarea de provocar pogromos. Pero el libro también contiene un capítulo sobre «los masones judíos», basado en las ideas de Gougenot des Mousseaux, lo cual era una novedad para Rusia. Como sabe todo lector de *Guerra y paz,* hubo una época en que la masonería prosperó entre la nobleza rusa más ilustrada; ya en el siglo XVIII, de hecho, los masones rusos habían prestado grandes servicios en la organización del socorro a los hambrientos y la difusión de la educación. Pero de aquello hacía mucho tiempo; en 1822 se proscribió en Rusia la masonería, que siguió existiendo aunque con muy poca fuerza. Lutostansky puede reivindicar el honor de haber introducido el mito de la conspiración judeo-masónica en un país en que había poquísimos masones.

Ingeniosamente, combinó este mito con los ataques de Brafmann a la Alianza Israelita Universal: la masonería es una sociedad secreta judía regida por la Alianza Israelita Universal. Los objetivos filantrópicos de la Alianza son puro camuflaje:

> Este noble objetivo no es sino la capa con que encubren los judíos sus grandiosas maquinaciones políticas. De esta forma la sociedad obtiene los servicios de periodistas, agentes secretos y políticos, que día y noche llevan a cabo su tarea de socavar los estados cristianos mediante la destrucción de su cimiento, que es la moral, y el debilitamiento de la fe religiosa, de modo que se pueda transformar fácilmente a todos los habitantes en librepensadores, ateos, nihilistas y anarquistas... Pues ¿qué gobierno puede recurrir a un número tan vasto de agentes, que representan a todos los gobiernos del mundo?

De hecho, la Alianza no es «sino el órgano público oficial del verdadero centro del Estado judío, un centro sumido en la más profunda de las tinieblas». Al igual que Brafmann, Lutostansky consagra especial atención a la Sociedad para la Difusión de la Educación entre los Judíos de Rusia, y exhorta al gobierno a que la disuelva. Y como justificación de todo su argumento reedita... ¡el *Discurso del Rabino!*

Pero no cabe duda de que la más extraordinaria de todas

estas figuras fue un estafador internacional de origen judío cuyo verdadero nombre era Millinger, pero que prefería los nombres de Osman-Bey o Kibridli-Zade. Expulsado de Venecia en 1870, y de toda una serie de países en el decenio siguiente, aquel hombre se dedicó al antisemitismo como medio de ganarse la vida. Detenido en Milán, se retractó solemnemente de todas sus invenciones antisemitas, lo cual no le impidió publicar más adelante nuevos panfletos antisemitas y venderlos de puerta en puerta, desde Atenas hasta Constantinopla y Alejandría. Constantemente de viaje, detenido y encarcelado por estafas de todo género, continuó su carrera, pintoresca y nefanda, hasta su muerte, hacia 1898.

Aunque según parece Osman-Bey procedía de Serbia, escribía en alemán y publicó su principal obra en Suiza, fue en Rusia donde a través del movimiento antisemita ruso trató de hacer carrera. Escribía relatos al viejo estilo sobre asesinatos rituales, pero también escribió un libro titulado *La conquista del mundo por los judíos.* Al igual que Brafmann y Lutostansky, sostenía que el origen de todos los males era la Alianza Israelita Universal, a la que, en un ataque de metáfora poética, califica de poder invisible e intangible, que lanza sobre el mundo una red invisible, de oro y acero, al mismo tiempo que acecha en la oscuridad, con una daga en una mano y dinamita en la otra. Según él, la Alianza no era en absoluto una creación de la filantropía decimonónica, sino algo tan antiguo como el mismo pueblo judío. Había causado la Revolución francesa, para lo cual tuvo como instrumentos a William Pitt y sus agitadores judíos, y ahora dominaba Francia por medio de los judíos *[sic]* Thiers y Renan. En aquel momento estaba movilizando a todos los judíos contra la Santa Rusia. Los terroristas rusos eran criaturas suyas, y el asesinato de Alejandro II había sido su obra maestra: ¿no había logrado sacar al asesino de Rusia y llevarlo a (nada menos que) Marx en (nada menos que) Berlín? El paso siguiente sería que se rebelaran las masas de «nihilistas y judíos», levantasen barricadas y proclamasen una constitución.

Por suerte, para eso estaba Osman-Bey. «Teníamos el deber de no dejarlo más tiempo –escribe– y salvar a Rusia tomando

el timón». Armado con 400 rublos de la policía política, el 3 de septiembre de 1881 salió de San Petersburgo para París. «Rusia –observa él–, debe señalar esa fecha como algo memorable, pues aquel día se inició mi misión, que habría de coronarse con el descubrimiento de la conspiración universal y el restablecimiento de la paz». En París visitó la sede de la Alianza y advirtió inmediatamente «un fuerte olor a nihilista». Pero su objetivo era más concreto: capturar documentos que revelasen el papel que desempeñaba la Alianza en la conspiración mundial. Y naturalmente hizo un descubrimiento que, según él, «salvó a Rusia y servirá para abrir los ojos al resto de la humanidad»[26].

Osman-Bey relata cómo sobornó a un joven judío para que sacara de las oficinas de la Alianza cartas recibidas de diversos comités judíos en países limítrofes con Rusia. Reconoce que nunca se vio con el joven judío y observa que todo el asunto se organizó por conducto de unos franceses amigos suyos, a los que no nombra. Una vez en posesión de las cartas, se pasó la noche en vela copiándolas; después señaló en un mapa la situación de los comités. El resultado le asombró y le acongojó: los comités se extendían a lo largo de la frontera rusa; era evidente que representaban una fuerza judía organizada contra Rusia, bajo el mando de los rabinos de Königsberg y de Liegnitz, con los terroristas rusos en la vanguardia. En realidad, no había más comités judíos que los encargados de socorrer a los miles de refugiados judíos que salían de territorio ruso, hambrientos y sin un céntimo; pero Osman-Bey veía las cosas de diferente modo. En frases dignas del abate Barruel describe cómo, mientras la policía rusa vigilaba las carreteras principales, los agentes enlazaban unos comités con otros, además de con los terroristas del interior de Rusia, y todos ellos viajaban por caminos a campo través o por ríos sin que nunca se los descubriera.

«En los Ministerios del Interior, de Relaciones Exteriores y de la Guerra –observa este viajero aventurero– se peleaban por conseguir mis informes, y reinó el horror universal». No hay que tomarse esto demasiado en serio, pues también decía que en la guerra ruso-turca había tomado él solo la ciudad de Kars.

Osman-Bey era un cuasi paranoico, que creía que de no ser por una conspiración de politicastros, se le reconocería como salvador de Rusia y como su ministro y dictador natural. Pero tiene derecho a que se lo recuerde: como profeta y portento verdaderamente siniestro.

En *La conquista del mundo por los judíos* –que ya había llegado a su séptima edición en 1875, es decir, antes de que la fantasía de Goedsche produjera el *Discurso del Rabino*– y en sus *Revelaciones acerca del asesinato de Alejandro II* (1886), Osman-Bey explica todo el sistema de invenciones que cincuenta o sesenta años después desembocaría en la mayor de las matanzas. En un mundo sin judíos, dice, las guerras serán menos frecuentes, porque nadie lanzará a una nación contra otra; cesarán el odio de clases y las revoluciones, porque los únicos capitalistas serán los «nacionales», que nunca explotan a nadie; los socialistas y demás comprenderán lo erróneo de sus ideas. «Tendríamos ante nosotros la Edad de Oro, sería el ideal mismo del progreso». Pero primero tiene que haber una gran purga: «Expulsemos a los judíos al grito entusiasta de: "¡Viva el principio de las nacionalidades y las razas! ¡Fuera los invasores!"...». Y si le preguntan dónde llevar a los judíos, unas veces replica «a África», igual que Hitler hablaría de Madagascar. Pero otras veces es más franco: «La única forma de destruir la Alianza Israelita Universal es mediante el exterminio total de la raza judía»[27].

---

13. Gougenot des Mousseaux, *Le Juif, le Judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens,* París, 1869, págs. 495-498.

14. N. Cohn, *En pos del Milenio,* Madrid, 1981, págs. 77-78, 286.

15. Las «cartas» se reeditaron en E. A. Chabauty, *Les Juifs nos maîtres,* París-Bruselas-Ginebra, 1882, Cap. I.

16. Sobre la campaña de *La Civiltà Cattolica,* véase R. De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo,* Turín, 1961, págs. 37 y ss.

17. Cf. R. Byrnes, *Antisemitism in Modern France,* New Brunswick, 1950, sobre todo las págs. 256-313.

18. L. Meurin, *La Franc-Maçonnerie, Synagogue de Satan,* París, 1893, pág.

260.

19. *Ibid.,* pág. 196.

20. *Ibid.,* pág. 202.

21. *Ibid.,* pág. 462.

22. *Ibid.,* págs. 466-468.

23. Véase un buen relato contemporáneo sobre la situación de los judíos bajo Alejandro III, por un ruso no judío, en Stepniak (seudónimo de S. M. Kravchinsky), *King Stork and King Log, a study of Modern Russia,* Londres, 1896, vol. 1, págs. 142-194.

24. ¡Uno de los editores estadounidenses de los *Protocolos,* que se pone el nombre de «Earnest Sincere» («Serio sincero»), sabe incluso que el número exacto de miembros de la *Kahal* es de 1.921.601!

25. En 1913 se celebró el juicio de Mendel Beiliss, escribiente judío de Kiev, por el asesinato ritual de un muchacho cristiano. El caso provocó gran nerviosismo e indignación mucho más allá de las fronteras de Rusia. Pese a todos los esfuerzos del fiscal, Beiliss salió absuelto. Véase M. Samuel, *Blod Accusation, the strange history of the Beiliss case,* Nueva York, 1966.

26. Osman-Bey (seudónimo de Millinger), *Enthüllungen über die Ermordung Alexanders II*, Berna, 1886, págs. 116-129. Acerca de Osman-Bey, véase W. Laqueur, *Russia and Germany,* Londres, 1965, pág. 96.

27. Osman-Bey, *op. cit.,* págs. 189-192.

16
24
23
20
22
15
25
26
21
13
18
14
17

. Gougenot des Mousseaux, *Le Juif, le Judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens,* París, 1869, págs. 495-498.

. Cf. R. Byrnes, *Antisemitism in Modern France,* New Brunswick, 1950, sobre todo las págs. 256-313.

. Sobre la campaña de *La Civiltà Cattolica,* véase R. De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo,* Turín, 1961, págs. 37 y ss.

. Las «cartas» se reeditaron en E. A. Chabauty, *Les Juifs nos maîtres,* París-Bruselas-Ginebra, 1882, Cap. I.

. N. Cohn, *En pos del Milenio,* Madrid, 1981, págs. 77-78, 286.

. *Ibid.,* pág. 196.

. L. Meurin, *La Franc-Maçonnerie, Synagogue de Satan,* París, 1893, pág. 260.

. ¡Uno de los editores estadounidenses de los *Protocolos,* que se pone el nombre de «Earnest Sincere» («Serio sincero»), sabe incluso que el número exacto de miembros de la *Kahal* es de 1.921.601!

. Véase un buen relato contemporáneo sobre la situación de los judíos bajo Alejandro III, por un ruso no judío, en Stepniak (seudónimo de S. M. Kravchinsky), *King Stork and King Log, a study of Modern Russia,* Londres, 1896, vol. 1, págs. 142-194.

. *Ibid.,* págs. 466-468.

. *Ibid.,* pág. 462.

. Osman-Bey, *op. cit.,* págs. 189-192.

. Osman-Bey (seudónimo de Millinger), *Enthüllungen über die Ermordung Alexanders II*, Berna, 1886, págs. 116-129. Acerca de Osman-Bey, véase W. Laqueur, *Russia and Germany,* Londres, 1965, pág. 96.

. En 1913 se celebró el juicio de Mendel Beiliss, escribiente judío de Kiev, por el asesinato ritual de un muchacho cristiano. El caso provocó gran nerviosismo e indignación mucho más allá de las fronteras de Rusia. Pese a todos los esfuerzos del fiscal, Beiliss salió absuelto. Véase M. Samuel, *Blod Accusation, the strange history of the Beiliss case,* Nueva York, 1966.

. *Ibid.,* pág. 202.

3. Los *Protocolos* y el *Diálogo en el Infierno*

1

Los transmisores en el siglo XIX del mito de la conspiración judía mundial forman, pues, un grupo muy variado. Está compuesto por Barruel y la «carta Simonini» a principios de siglo, y mucho después, en el último tercio del siglo, por Goedsche en Alemania, con *El Discurso del Rabino,* el francés Gougenot des Mousseaux, monseñor Meurin, el abate Chabauty, Edouard Drumont, el ruso Brafmann, el polaco Lutostansky y el serbio Osman-Bey. Juntos abrieron el camino a la famosa falsificación, que habría de sobrevivir mucho tiempo después de que sus propios escritos se hubieran hundido en el olvido.

Escribía Osman-Bey en su *La conquista del mundo por los judíos.*

> Hacia 1840 se convocó en Cracovia un parlamento judío. Fue una especie de Concilio Ecuménico en el que se reunieron a conferenciar los dirigentes más destacados del Pueblo Elegido. El objetivo para el que se les convocó fue el de determinar los medios más adecuados de asegurar que el judaísmo se extendiera sin peligros desde el Polo Norte al Polo Sur...
>
> De pronto sonó una voz estentórea que impuso automáticamente el silencio. Era la voz de una autoridad reconocida, un hombre de asombrosa inteligencia, cuyo nombre, por desgracia, ignoramos...
>
> Sus palabras tuvieron un efecto asombroso en la concurrencia; la gente vio que había hablado un oráculo, que sobre sus mentes alboreaba una nueva luz para dar una orientación firme a sus esfuerzos...[28].

Esta fantasía establece el marco de los *Protocolos de los Sabios de Sion,* pues los *Protocolos* consisten en una serie de conferencias, o notas para conferencias, en las que un miembro del gobierno secreto judío –el de los Sabios de Sion– explica una conspiración para lograr la dominación del mundo.

En la versión más general, los «protocolos», o actas, o capítulos, son 24; todos juntos llenan un folleto, de unas cien

páginas pequeñas en ambas ediciones inglesas. No es fácil resumirlos, pues el estilo es pomposo y difuso, y los argumentos tortuosos e ilógicos. Pero con perseverancia cabe distinguir tres temas principales: una crítica del liberalismo, un análisis de los métodos por los que los judíos han de lograr la dominación del mundo, y una descripción del Estado mundial que se va a establecer. Estos temas se entrelazan de forma muy confusa, pero en general cabe decir que los dos primeros son los predominantes en los nueve primeros «protocolos», mientras que los quince «protocolos» restantes se refieren sobre todo a una profecía del reino por venir. Y si se insiste en reducir el argumento a algún tipo de orden, resulta algo así, aproximadamente:

Los Sabios basan sus cálculos en una visión particular de la política. Tal como la ven ellos, la libertad política no es más que una idea, es de reconocer que una idea con gran atractivo para las masas, pero que jamás se podrá llevar a la realidad. El liberalismo, que intenta realizar esta idea imposible, no lleva más que al caos, pues el pueblo es incapaz de gobernarse a sí mismo, no sabe lo que quiere, se deja engañar fácilmente por las apariencias y no sabe escoger racionalmente entre opiniones opuestas. Cuando gobernaba la aristocracia, estaba bien que la aristocracia tuviera libertad, pues la utilizaba para el bien general; por ejemplo, le interesaba cuidar de los trabajadores gracias a cuyo trabajo vivía ella. Pero la aristocracia es cosa del pasado, y el orden liberal que la ha sucedido no puede durar, sino que debe llevar directamente al despotismo. Solo un déspota puede asegurar el orden en la sociedad. Además, como en el mundo hay más gente mala que buena, la fuerza es el único medio adecuado de gobierno. La fuerza da la razón, y en el mundo moderno la base de la fuerza es la posesión y el control de capital. Hoy día, es el oro el que gobierna el mundo.

Desde hace muchos siglos está en marcha una conspiración encaminada a poner todo el poder político decididamente en manos de los únicos capacitados para usarlo bien, es decir, en manos de los Sabios de Sion. Es mucho lo que ya se ha logrado, pero la conspiración todavía no ha alcanzado el éxito. Antes de

que los Sabios puedan establecer su dominación sobre todo el mundo hay que abolir definitivamente los estados gentiles existentes, que ya están gravemente heridos; y los Sabios tienen ideas muy claras acerca de la forma de lograrlo.

En primer lugar, se ha de hacer todo lo posible, en cada Estado existente, por fomentar el descontento y la intranquilidad. Por suerte, los medios de conseguirlo los aporta el carácter mismo del liberalismo. Al alentar la proclamación incesante de ideas liberales y la charla incesante con la que llenan sus días los parlamentos, los Sabios ya están ayudando a producir una confusión mental completa en el pueblo. Esta confusión se verá aumentada por la multiplicidad de partidos políticos; los Sabios la fomentarán al apoyar en secreto a todos ellos. Además, se esforzarán por alejar al pueblo de sus gobernantes. En particular, mantendrán a los trabajadores en agitación constante, al pretender que simpatizan con sus reivindicaciones, mientras se las arreglan en secreto para elevar el coste de la vida.

En cada Estado hay que desacreditar a la autoridad. Hay que acabar de eliminar a la aristocracia con grandes impuestos territoriales; como los aristócratas no van a renunciar fácilmente a su modo de vida lujoso, eso hará que se carguen de deudas. Se instituirán regímenes presidencialistas, lo cual permitirá a los Sabios colocar en la presidencia a títeres suyos, de preferencia a personas que tengan algún episodio vergonzoso en sus vidas anteriores, lo cual hará que resulte más fácil controlarlas. Hay que infiltrarse en la masonería y en las sociedades secretas para convertirlas en meros instrumentos de los Sabios; si hay masones que dan muestras de resistirse, habrá que ejecutarlos en secreto. Debe concentrarse la industria en monopolios gigantes, de modo que cuando les convenga a los Sabios se puedan destruir juntas todas las fortunas de los gentiles.

También hay que introducir la confusión en las relaciones entre los estados. Deben subrayarse las diferencias nacionales hasta que resulte imposible el entendimiento internacional. Deben aumentarse perpetuamente los armamentos, y debe haber guerras con frecuencia. Pero esas guerras no deben

producirle beneficios a ninguna de las partes que intervienen en ellas, sino únicamente un caos económico cada vez mayor. Y, entre tanto, hay que ir socavando constantemente la moral gentil. Debe alentarse a los gentiles a hacerse ateos y dedicarse a todo género de lujos, licencias y degeneraciones; para ello, los Sabios ya están colocando profesores particulares e institutrices escogidos como agentes suyos en casas de gentiles. Hay que fomentar vigorosamente la embriaguez y la prostitución.

Los Sabios reconocen que los gentiles todavía pueden poner freno a esta conspiración, pero están convencidos de su propia capacidad para superar toda resistencia. Pueden utilizar a la gente del común para derrocar a los gobernantes; al reducir a las masas al nivel del hambre, pueden llevarlas hasta el punto de la insurrección simultánea en todos los países –y en todos bajo el control absoluto de los Sabios– para que destruyan toda la propiedad privada, salvo naturalmente la de los judíos. Pueden utilizar a unos gobiernos contra otros; al cabo de años de intriga y de hostilidad cuidadosamente planeadas, les resultará fácil organizar la guerra contra cualquier nación que se resista a su voluntad. Aunque por casualidad toda Europa se una en contra de ellos, todavía podrán seguir recurriendo a la artillería de los Estados Unidos, China o el Japón. Y además están los ferrocarriles subterráneos o metros: éstos se han ideado con el exclusivo fin de que los Sabios puedan hacer frente a cualquier oposición seria haciendo que capitales enteras salten en pedazos. Después de lo cual, siempre se puede inocular a los restos de la oposición que sobrevivan con enfermedades horribles. Se ha previsto incluso la posibilidad de que los propios judíos se opongan; a eso se le hace frente mediante el estímulo de estallidos de antisemitismo.

Cuando los Sabios contemplan el mundo contemporáneo ven motivos de confianza. Ya pueden decir que han destruido la fe religiosa, y especialmente la fe cristiana. Ahora que se ha reducido a los jesuitas, el Papado está indefenso y se le puede destruir cuando convenga. También el prestigio de los gobernantes seculares está en decadencia: los asesinatos y las amenazas de asesinato han hecho que parezcan tener miedo de

aparecer en público, salvo con escolta, mientras que a los asesinos se los ha ensalzado como mártires. Ni los gobernantes ni los aristócratas cuentan con la lealtad de la gente del común. El desorden económico está ya muy avanzado. Unas manipulaciones financieras astutas han producido depresiones y unas deudas nacionales enormes, se ha reducido la hacienda pública a una confusión desesperada, y el patrón oro ha producido la ruina nacional en todas partes.

Pronto ha de llegar el momento en que los estados gentiles, reducidos a la desesperación, celebrarán mucho traspasar todo el control a los Sabios, que de hecho ya han logrado sentar las bases de su futura dominación. En lugar de la aristocracia han establecido una plutocracia, o la dominación del oro, y el oro lo controlan ellos. Han establecido su control sobre la legislación y la han llevado a la confusión más absoluta; el invento del arbitraje es un ejemplo de su diabólica sutileza. También tienen firmemente dominada la educación, y en este caso su encubierta influencia queda demostrada por la invención de la enseñanza por medios visuales; el objetivo de esta técnica no es otro que el de convertir a los gentiles en «animales sumisos no pensantes, que esperan a que se les presenten las cosas ante los ojos a fin de formarse una idea de ellas». Por encima de todo, los Sabios controlan ya la política y los políticos; todos los partidos, desde el más conservador hasta el más radical, son meros instrumentos suyos. Ocultos tras la masonería, los Sabios han penetrado ya en todos los secretos de Estado, y como saben muy bien los gobiernos, tienen poderes para crear el orden o el desorden político, según prefieran. Al cabo de siglos de combate, y a costa de miles de vidas de gentiles, e incluso de muchas judías, es posible que los Sabios estén a sólo un siglo de distancia del logro de su meta.

Esa meta es la Era Mesiánica, en la que todo el mundo estará unido en una sola religión, el judaísmo, y estará gobernado por un soberano judío de la Casa de David. Esa era es de origen divino, pues Dios ha elegido a los judíos para que dominen el mundo; pero también se caracterizará por una estructura política bien definida. La sociedad estará organizada

de modo que tenga en cuenta de manera plena la realidad de la desigualdad humana. A las masas se las mantendrá bien alejadas de la política; tanto su educación como su prensa estarán ideadas para impedir que despierten ningún interés político, del tipo que sea. Todas las publicaciones estarán estrictamente censuradas, y las libertades de palabra y de asociación estarán severamente limitadas. Esas limitaciones se impondrán en forma de medidas provisionales, que terminarán una vez sometidos los enemigos del pueblo, pero se mantendrán con carácter permanente. No se enseñará la historia más que con objeto de destacar la diferencia entre el caos del pasado y el orden actual; se compararán constantemente los logros del nuevo imperio mundial con las debilidades políticas y los fracasos de los antiguos gobiernos gentiles. Se espiará a todo el mundo. En todos los estratos de la población se reclutará una numerosísima policía secreta, y cualquier ciudadano estará obligado a comunicar las críticas al régimen que escuchen. Se tratará la agitación sediciosa como un crimen vergonzoso, comparable al robo o el asesinato. Se extirpará totalmente el liberalismo y se exigirá de todos una obediencia ciega. Oficialmente se prometerá la libertad para algún momento del futuro, pero nunca se otorgará.

En cambio, se hará todo lo posible por asegurar el funcionamiento eficaz de la sociedad. Quedará abolido el paro, y los impuestos serán proporcionales a la riqueza. Se fomentarán los intereses de los pequeños empresarios mediante el estímulo de la industria en pequeña escala. La educación estará ideada de modo que se forme a los jóvenes para el puesto concreto que a cada uno de ellos se le haya asignado en la vida. Se desalentará la embriaguez con medidas severas, igual que la independencia de criterio.

Todo esto tenderá a mantener a las masas en calma y contentas, a lo que coadyuvará el ejemplo que sienten sus gobernantes. Las leyes serán claras e inalterables; los jueces serán incorruptibles e infalibles. Todos los dirigentes judíos demostrarán que son capaces, eficaces y benévolos. Por encima de todo, el soberano será un hombre de carácter impecable; a los herederos incompetentes se los dejará implacablemente de

lado. Se verá cómo este gobernante judío del mundo se desplaza libremente entre el pueblo y acepta las peticiones de éste; nadie advertirá que quienes lo rodean son policías de seguridad. Su vida privada estará por encima de todo reproche, no hará favores a sus parientes y no poseerá nada. Trabajará constantemente en las tareas del gobierno. El resultado será un mundo sin violencia ni injusticia, en el cual todos gozarán del verdadero bienestar. Los pueblos de la Tierra celebrarán estar tan bien gobernados, y gracias a ellos, el reino de Sion prevalecerá.

Ésa, pues, es la conspiración atribuida a esos señores tan misteriosos que son los Sabios de Sion. Su primera revelación al público llegó con varias ediciones hechas en Rusia entre 1903 y 1907. La primera de todas fue una versión, ligeramente abreviada al final, que apareció en el periódico de San Petersburgo *Znamya* (La bandera), del 26 de agosto al 7 de septiembre de 1903. El director de Z*namya* era P. A. Krushevan, un antisemita militante. Unos meses antes de publicar los *Protocolos,* Krushevan había instigado el pogromo de Kishinev, Besarabia, en el que murieron 45 judíos, más de 400 quedaron heridos y se destruyeron 1.300 casas y tiendas de judíos.

Krushevan no reveló quién le envió o le dio el manuscrito, y únicamente afirmó que se trataba de la traducción de un documento cuyo original se había escrito en Francia, y que el traductor lo había titulado *Actas de la Reunión de la Unión Mundial de Masones y Sabios de Sion;* él por su parte lo llamaba *Programa para la conquista del mundo por los judíos.* Dos años después se publicó la misma versión, esta vez sin truncar, en forma de folleto con el título de *La raíz de nuestros problemas,* y con el subtítulo «Dónde se halla la raíz de los actuales desórdenes de la sociedad en Europa, y especialmente en Rusia. Extractos de los Protocolos antiguos y modernos de la Unión Mundial de Masones». La obra se entregó al Comité de Censura de San Petersburgo el 9 de diciembre de 1905; inmediatamente se concedió la licencia de impresión, y aquel mismo mes se publicó el libro en esa ciudad, con el pie de imprenta de la Guardia Imperial. No se citaba el nombre del

editor, pero lo más probable es que fuese un oficial retirado llamado G. V. Butmi, socio de Krushevan y que también procedía de Besarabia.

En aquella época –a partir de octubre de 1905–, Butmi y Krushevan estaban muy ocupados con el establecimiento de una organización de extrema derecha, la Unión del Pueblo Ruso, a la que se suele dar el nombre de las Centurias Negras, que disponía de escuadras armadas de matones para asesinar a radicales y liberales y llevar a cabo matanzas de judíos. En enero de 1906, aquella organización publicó una nueva edición del panfleto *La raíz de nuestros problemas,* pero esta vez con el nombre de Butmi y con el título de *Los enemigos de la raza humana* y el subtítulo de «Protocolos extraídos de los archivos secretos de la Cancillería Central de Sion (donde se halla la raíz del actual desorden de la sociedad en Europa en general y en Rusia en particular)». Esta edición no apareció ya con el pie de imprenta de la Guardia Imperial, sino con el de una sociedad de sordomudos. En 1906 salieron tres ediciones más de esta versión, y en 1907 otra, todas ellas en San Petersburgo; otra se publicó en 1906 en Kazan, con el título de *Extractos de los Protocolos de los Masones.*

La raíz de nuestros problemas y *Los enemigos de la raza humana* son folletos baratos destinados a la distribución masiva. Cosa muy distinta es la edición de los *Protocolos* que apareció como parte de un libro titulado *Lo grande en lo pequeño. El Anticristo considerado como una posibilidad política inminente,* de un autor místico, Serguéi Nilus. Las dos primeras ediciones de este libro, publicado en 1901 y 1903, no contenían los *Protocolos,* que no se insertaron hasta la tercera edición, publicada en diciembre de 1905 con el pie de imprenta de la Cruz Roja local en la residencia imperial de Tsarskoie Selo, cerca de San Petersburgo. Como veremos, esta edición se preparó para influir en el zar Nicolás II, y en ella son visibles todos los signos de su origen. La impresión es elegante y forma parte de una obra mística de las que le agradaba leer al zar. Sobre todo, abunda en alusiones a acontecimientos y personalidades de Francia, mientras que la versión de Krushevan-Butmi no alude más que a asuntos puramente rusos.

El Comité de Censura de Moscú aprobó el libro de Nilus el 28 de septiembre de 1905, pero todavía estaba en forma manuscrita; en cualquier caso, salió impreso aproximadamente en las mismas fechas que *La raíz de nuestros problemas.* Y ya antes se había hecho sentir. En aquella época, Nilus gozaba del favor de la corte imperial; como resultado, el metropolitano de Moscú ordenó que en las 368 iglesias moscovitas se diera lectura a un sermón que citaba su versión de los *Protocolos.* Así se hizo el 16 de octubre de 1905, y rápidamente se reimprimió el sermón en el periódico derechista *Moscovskaia Vedomosti,* como una especie de edición adicional de los *Protocolos.*

Fue la versión de Nilus, y no la de Butmi, la que habría de convertirse en una fuerza de la historia universal. No empezó a ocurrir así ni siquiera en 1905, ni cuando se publicaron nuevas ediciones de *Lo grande en lo pequeño,* en 1911 y 1912. No empezó a ocurrir hasta que volvió a salir el libro, un tanto revisado y ampliado, con el título de *Está cerca, a la puerta... Aquí llega el Anticristo y el reinado del Diablo en la Tierra.* Y ocurrió gracias al momento en que se produjo: 1917.

2

Al enfrentarse con un documento muy secreto, en el cual ostensiblemente se deja constancia de una serie de conferencias, uno lo primero que se pregunta es quién pronunció las conferencias, ante quién, y en qué ocasión, así como la forma en que llegó el documento ante los ojos de alguien a quien evidentemente no iba destinado. Los diversos editores de los *Protocolos* han hecho todo lo posible por satisfacer esa curiosidad; pero sus respuestas distan mucho de ser claras o unánimes.

Incluso la primera edición, la de *Znamya,* nos sume en la confusión. Mientras que el traductor nos dice que el documento se tomó de «la Cancillería Central de Sion, en Francia», el editor reconoce que «no sabemos cómo, dónde, ni por qué medios se pudieron copiar las actas de estas reuniones, que se celebraron en Francia, ni sobre todo quién las copió...». Y no es eso todo. El traductor, en una posdata, nos advierte

decididamente en contra de confundir a los Sabios de Sion con los dirigentes del movimiento sionista, lo cual no impide al editor asegurar que los *Protocolos* revelan la amenaza del sionismo,

> cuya tarea consiste en unir a todos los judíos del mundo entero en una unión, una unión mucho más estrecha y más peligrosa que la de los jesuitas[29].

También a juicio de Butmi, los *Protocolos* se han «extraído de los archivos secretos de la Cancillería Central de Sion», pero tiene algo más entretenido que contar:

> Como estas actas, o «protocolos», eran documentos secretos, se extrajeron con grandes esfuerzos, en forma de páginas sueltas, y se tradujeron al ruso el 9 de diciembre de 1901. Es casi imposible penetrar por segunda vez en los archivos secretos en que se guardan; por eso no se pueden confirmar con indicaciones precisas acerca del lugar, el día, el mes y el año, es decir, de dónde y cuándo se levantaron las actas. El lector que tenga un mínimo de familiaridad con los misterios masónicos quedará convencido de su autenticidad cuando se entere del plan criminal que se revela en estos «protocolos»[30].

Nilus es todavía más comunicativo; tanto, de hecho, que acaba por contradecir no sólo a Butmi, sino también a sí mismo. En la edición de 1905 a los *Protocolos* les sigue una nota:

> Estos «protocolos» se extrajeron de todo un libro de protocolos. Todo ello lo obtuvo mi corresponsal de los archivos secretos de la Cancillería Central de Sion, que actualmente se halla en Francia[31].

Esto corresponde a lo que dice Butmi, pero, por desgracia, en la misma edición los *Protocolos* van precedidos también de una nota según la cual los

> robó una mujer a uno de los dirigentes más influyentes y de grado más alto de la masonería, tras una de las reuniones secretas de los «iniciados» de Francia, ese nido de la conspiración masónica[32].

Y en la edición de 1905, Nilus confunde todavía más la cuestión:

> ... sólo ahora he sabido por fuentes judías autorizadas que estos *Protocolos* son nada menos que un plan estratégico de conquista del mundo para someterlo al yugo de Israel, la lucha contra Dios, un plan elaborado por los dirigentes del pueblo judío a lo largo de todos estos siglos de dispersión, presentados por último al Consejo de Sabios por el «Príncipe del Exilio», Theodor Herzl, cuando se celebró el Primer Congreso Sionista, convocado por él en Basilea en agosto de 1897[33].

Difícilmente podía haber elegido peor. El manuscrito original de los *Protocolos* estaba en francés, pero en el Primer Congreso Sionista no hubo ni un delegado francés, y la lengua oficial fue el alemán; Herzl, fundador del sionismo, era austríaco, y todos los trabajos del congreso se desarrollaron en público, con la ciudad de Basilea llena a rebosar de periodistas, que difícilmente hubieran pasado por alto una reunión tan extraordinaria. Pero, en todo caso, el propio Nilus, en su edición de 1905, había dicho categóricamente que las conferencias no se dictaron en 1897, sino en 1902-1903.

Como si las cosas no estuvieran ya lo bastante confusas, los editores de varias traducciones ulteriores de los *Protocolos* inventaron todavía más historias. El editor de la primera edición alemana (1919), que utilizaba el nombre de Gottfried zur Beek, mantiene que los Sabios de Sion eran simplemente los miembros del Congreso de Basilea, y además explica exactamente cómo se desenmascararon sus maquinaciones. Según él, el gobierno ruso, siempre preocupado por las actividades judías, envió un espía a que observara el congreso. Este espía sobornó a un judío a quien se había encomendado la tarea de llevar las actas de las (inexistentes) reuniones secretas de Basilea a la «logia judeo-masónica» de Fráncfort, para que se las prestara durante una noche en una ciudad a mitad de camino, que no nombra. Por suerte, el espía llevaba a su lado a todo un pelotón de copistas. Éstos, escribiendo frenéticamente, lograron copiar muchas de las actas aquella misma noche, y después se las enviaron a Nilus para que las tradujera al ruso.

Eso es lo que dice Gottfried zur Beek; pero Theodor Fritsch, «el Néstor del antisemitismo alemán», veía el asunto de forma totalmente distinta en su edición de los *Protocolos* (1920). Él

también entendía que el documento era sionista –de hecho, lo llamaba los *Protocolos sionistas–,* pero el robo no se había realizado en el Congreso de Basilea, sino en una casa judía no especificada, y los había robado la policía rusa. Además, no estaban en francés, sino en hebreo, y por eso se los dio la policía a traducir al «profesor orientalista Nilus» (que en realidad no era ni profesor ni orientalista –ni, como veremos más adelante, fue el traductor de los *Protocolos–).* Y también es diferente la historia que cuenta Roger Lambelin, el editor de la versión francesa más popular: según éste, los *Protocolos* los robó de una alacena en una ciudad de Alsacia la esposa o la prometida del jefe de los masones. Tras unos relatos tan pintorescos, resulta un triste anticlímax saber, por una edición polaca de los *Protocolos,* que éstos se tomaron sencillamente del apartamento vienés de Theodor Herzl.

A partir de 1922 hubo una dama estadounidense –a la que a veces se conoce por su nombre de soltera de Lesley Fry, y otras por su nombre de casada de señora de Shishmarev– que escribió mucho acerca de los *Protocolos.* Su principal aportación consistió en afirmar que el autor de los *Protocolos* no era otro que Ascher Ginzberg, que escribía con el seudónimo de Achad Ha-am (es decir, «uno del pueblo»), y en realidad era uno de los autores menos políticos y con menos mundo que se pueda imaginar. Según la señorita Fry, Ginzberg escribió los *Protocolos* en hebreo, se los leyó en Odessa, en 1890, a una reunión secreta de iniciados, y después se los envió, traducidos al francés, a la Alianza Israelita Universal de París, y de ahí al Congreso de Basilea de 1897, donde cabe presumir que habría que traducirlos al alemán para que los entendieran los delegados. Se trata de una hipótesis complicada, pero que no obstante encontró seguidores muy influyentes.

O sea que casi no existe acuerdo entre las diversas personas que escriben acerca de los *Protocolos.* Ni siquiera comparten todos el convencimiento de que los Sabios de Sion sean los mismos que los dirigentes del sionismo. Como ya hemos visto, el anónimo traductor ruso del manuscrito original francés que citan Krushevan y Butmi dice explícitamente que no se debe

confundir a los Sabios con los dirigentes del movimiento sionista. Nilus creía, hasta su tardío descubrimiento, que la «Cancillería Central de Sion» estaba en la sede de la Alianza Israelita Universal. Urbain Gohier, uno de los primeros editores de los *Protocolos* en Francia, también estaba convencido de que los Sabios eran miembros de la Alianza. Otros, que siguen las huellas de la señorita Fry, han tratado de combinar las dos creencias, cosa nada fácil, pues la Alliance, organización puramente filantrópica y apolítica, que cifraba todas sus esperanzas en la asimilación de los judíos entre sus compatriotas gentiles, era lo más antisionista posible. Y, además, estaban los masones, a los que tan a menudo se nombraba en relación con los *Protocolos*... Y entre tanto, en 1921 apareció algo que demostró de forma concluyente que los *Protocolos* eran una falsificación.

Los *Protocolos* son una falsificación tan transparente y risible que es perfectamente posible preguntarse por qué no ha sido jamás necesario demostrar que lo eran. Lo cierto es que en los años inmediatamente siguientes a la Primera Guerra Mundial, cuando los *Protocolos* empezaron a salir de la oscuridad y a convertirse en un documento de fama mundial, hubo multitudes de personas que no tenían nada de locas que se los tomaron perfectamente en serio. Para comprenderlo no hay más que ver lo que tuvo que decir al respecto *The Times* en su número de 8 de mayo de 1920:

> ¿Qué son estos «Protocolos»? ¿Son auténticos? Y si lo son, ¿qué malévola asamblea ha trazado esos planes y gozado con su revelación?... ¿Hemos escapado, tras esforzarnos hasta la última fibra de nuestro cuerpo nacional, a una «Pax Germanica» para caer en una «Pax Judaica»?[34].

Un año después, el 18 de agosto de 1921, *The Times* consagraba un sonoro editorial a reconocer su error.

Acababa de publicar, en sus números de los días 16, 17 y 18 de agosto, un largo despacho de Philip Graves, su corresponsal en Constantinopla, en el cual se revelaba que los *Protocolos* estaban copiados en gran parte de un folleto dirigido contra Napoleón III, que databa de 1865. Philip Graves escribía lo

siguiente:

> Debo confesar que cuando me comunicaron el descubrimiento, al principio sentí incredulidad. El Sr. X, que me trajo los datos, estaba convencido. «Lea todo el libro», me dijo, «y encontrará pruebas irrefutables de que los *Protocolos de los Sabios de Sion* son un plagio».
>
> El Sr. X, que no desea dar a conocer su nombre, es un terrateniente ruso con vínculos en Inglaterra. De religión ortodoxa, sus preferencias políticas se orientan hacia la monarquía constitucional. Llegó a este país como refugiado tras el fracaso definitivo de la causa de los blancos en el sur de Rusia. Llevaba mucho tiempo interesándose por la cuestión judía en la medida en que afectaba a Rusia, había estudiado los *Protocolos* y, durante el período de predominio de Denikin[35], había realizado investigaciones con objeto de descubrir si existía en el sur de Rusia alguna organización «masónica» oculta, como la que se menciona en los *Protocolos.* La única organización de ese tipo era monárquica. El descubrimiento de la clave de los problemas de los *Protocolos* le llegó por casualidad.
>
> Hace unos meses compró algunos libros viejos a un antiguo oficial de la Ojrana[36] que había huido a Constantinopla. Entre esos libros se hallaba un pequeño volumen en francés, sin cubierta, que medía 13,7 x 8,7 cm. Lo habían reencuadernado con material barato. En la contratapa figura impresa en letras mayúsculas latinas la palabra *Joli.* El prefacio, titulado «Simple Advertencia», está fechado en Ginebra el 15 de octubre de 1864... Tanto el papel como el tipo de letra son característicos de los decenios de 1860 y 1870. Se citan estos detalles con la esperanza de que sirvan para descubrir el título del libro...
>
> El Sr. X cree que debe ser raro, pues de lo contrario, cualquiera que lo hubiese leído habría descubierto rápidamente que los *Protocolos* son un plagio de este original.
>
> Nadie que lo haya visto podría mantener ni por un instante que es «falso». Su primer posesor, el exoficial de la Ojrana, no recuerda dónde lo obtuvo, y no le daba ninguna importancia. Un día que el Sr. X lo estaba hojeando se sintió sorprendido por el parecido entre un pasaje que le había llamado la atención y una frase de la edición francesa de los *Protocolos.* Siguió la pista y pronto advirtió que los *Protocolos* eran, en gran medida, una paráfrasis del original de Ginebra...
>
> Como ya he dicho, antes de recibir el libro del Sr. X yo me sentía incrédulo. No creía que los *Protocolos* de Serge Nilus fueran auténticos. Pero de no haberlo visto, no habría podido creer que el autor de quien Nilus tomó el original fuera un plagiario descuidado

y desvergonzado.

El libro de Ginebra es un ataque apenas disfrazado contra el despotismo de Napoleón III, en forma de una serie de 25 diálogos... entre Montesquieu y Maquiavelo...[37]

Antes de publicar el despacho de su corresponsal en Constantinopla, *The Times* realizó una investigación en el Museo Británico. El nombre «Joli» en la contratapa del libro dio la pista. Rápidamente se determinó que el misterioso volumen era el *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu,* escrito por un abogado francés llamado Maurice Joly; la primera edición es de Bruselas (aunque lleve pie de imprenta de Ginebra) y de 1864.

En la autobiografía que Maurice Joly escribió en 1870, describió cómo, una tarde que se paseaba en París por las riberas del Sena, concibió de repente la idea de escribir un diálogo entre Montesquieu y Maquiavelo. Montesquieu defendería la causa del liberalismo, y Maquiavelo la de un despotismo cínico. Estaba prohibido criticar abiertamente el régimen de Napoleón III, pero así se podría, por boca de Maquiavelo, denunciar los motivos y los métodos del emperador desprovistos de su camuflaje habitual de lugares comunes. Eso es lo que creía Joly, pero había subestimado a su adversario. El *Diálogo en el Infierno* se imprimió en Bélgica y se introdujo de contrabando en Francia para su distribución, pero en el momento en que pasó la frontera, la policía lo confiscó, halló rápidamente al autor y lo detuvo. Joly, juzgado el 25 de abril de 1865, recibió una sentencia de quince meses de cárcel; su libro quedó prohibido y confiscado.

La carrera ulterior de Joly fue igual de triste. Ingenioso, agresivo, sin respetos humanos, fue de desilusión en desilusión hasta que se suicidó en 1879. Merecía un destino mejor. No sólo era un estilista brillante, sino que tenía una gran intuición de las tendencias que, al ir haciéndose fuertes después de su muerte, producirían los cataclismos políticos del siglo actual. En su novela *Les Affamés* dio muestras de una rara comprensión de las tensiones del mundo moderno que dan impulso a los movimientos revolucionarios, de derecha o de izquierda. Sobre todo, sus reflexiones sobre el despotismo

torpe de Napoleón III alcanzaron niveles de percepción que siguen siendo válidos cuando se aplican a diversos regímenes autoritarios de nuestro propio tiempo. Además, algunas de las percepciones de Joly sobrevivieron incluso cuando el *Diálogo en el Infierno* se vio transformado en los *Protocolos de los Sabios de Sion;* ése es uno de los motivos –aunque ya veremos que no el único– de que los *Protocolos* parezcan muchas veces prever el autoritarismo del siglo XX. Pero, después de todo, se trata de un tipo triste de inmortalidad, y existe una cruel ironía en el hecho de que una defensa brillante, aunque olvidada, del liberalismo haya constituido la base de una estupidez reaccionaria atrozmente escrita que ha dado la vuelta al mundo.

El libro de Joly es una obra verdaderamente admirable, incisiva, implacablemente lógica y estupendamente construida. Inicia el debate Montesquieu, quien argumenta que en la era actual las ideas ilustradas del liberalismo han hecho que el despotismo, siempre inmoral, resulte además inviable. Maquiavelo contesta con tal elocuencia y tal extensión que domina el resto del libro. La masa del pueblo, insiste, es sencillamente incapaz de gobernarse a sí misma. Normalmente es inerte, y celebra que la gobierne un hombre fuerte; mientras que si hay algo que la despierte, entonces da muestras de una capacidad ilimitada para la violencia sin sentido, y entonces necesita un hombre fuerte que la controle. La política no ha tenido nunca nada que ver con la moral, y en lo que hace a la viabilidad, jamás ha sido tan fácil como ahora imponer un gobierno despótico. A un gobernante moderno le basta con pretender que observa las formas de la legalidad, y no le costará el más mínimo trabajo alcanzar el poder absoluto y ejercerlo. La gente acepta de buena gana cualquier decisión, siempre que imagine que dimana de ella; por tanto, al gobernante le basta con remitir todas las cuestiones a una asamblea popular, claro que después de haberla organizado de modo que la asamblea adopte la decisión que él desea. Y es muy fácil deshacerse de las fuerzas que se oponen a su voluntad: se puede censurar la prensa, la policía puede vigilar a los adversarios políticos. No hace falta temer al poder de la

Iglesia ni a los problemas financieros. Mientras el príncipe maraville al pueblo con su prestigio y obtenga victorias militares, puede estar seguro de su apoyo.

Ése es el libro que inspiró al falsificador de los *Protocolos.* Lo plagió descaradamente; con qué descaro es algo que cabe advertir si se hojea la selección de pasajes paralelos que se halla al final del presente libro[38]. En total, hay más de 160 pasajes de los *Protocolos,* que representan más de dos quintas partes de todo el texto, claramente basados en pasajes de Joly; en nueve de los capítulos, los préstamos representan más de la mitad del texto, en algunos las tres cuartas partes, en uno de ellos (el séptimo protocolo), casi la totalidad del texto. Además, con menos de una docena de excepciones, el orden de los pasajes tomados de prestado sigue siendo el mismo que en la obra de Joly, como si el adaptador hubiera ido trabajando con el *Diálogo* de manera mecánica, página por página, copiándolo directamente en sus «protocolos» sobre la marcha. Incluso la disposición en capítulos es muy parecida: los veinticuatro capítulos de los *Protocolos* corresponden aproximadamente a los veinticinco del *Diálogo.* Incluso en el final, donde predomina la profecía de la Era Mesiánica, no se permite el adaptador ninguna independencia real de su modelo. De hecho, se trata del caso más claro de plagio –y de falsificación– que cabría desear.

El falsificador organizó su texto en torno a las dos argumentaciones opuestas del *Diálogo:* la de Maquiavelo, favorable al despotismo, y la de Montesquieu, favorable al liberalismo. De quien más tomó prestado fue de Maquiavelo. Lo que Joly ponía en boca de Maquiavelo, el falsificador lo puso en boca del misterioso conferenciante, el anónimo Sabio de Sion, pero con ciertas diferencias importantes. Mientras que Maquiavelo, en representación de Napoleón III, describe un estado de cosas ya existente, en los *Protocolos* esta descripción se refunde en forma de profecía para el futuro. Además, Maquiavelo aduce que un déspota puede encontrar en las formas democráticas un disfraz útil de su tiranía; en los *Protocolos,* el argumento es el contrario, de modo que se señalan todas las formas democráticas de gobierno como meros

disfraces de la tiranía. Pero el falsificador también toma prestados algunos pasajes de Montesquieu, y en este caso hace que parezca que los ideales del liberalismo los inventaron los judíos y los propagan ellos, con el único objetivo de desmoralizar y desorganizar a los gentiles.

Si se dispusiera de tiempo suficiente, quizá se podría construir un argumento coherente a partir de esos materiales, pero los *Protocolos* dan la impresión de haberse inventado a toda velocidad. Por ejemplo, el *Diálogo en el Infierno* distingue con perfecta claridad entre la política de Napoleón III cuando aún aspiraba al poder y su política una vez que tiene el poder firmemente en sus manos. Los *Protocolos* no establecen ninguna distinción de este tipo. Hay un momento en que el conferenciante habla como si los Sabios ya ejercieran un control absoluto, y al siguiente como si todavía les quedara un siglo de espera. Unas veces presume de que los gobiernos gentiles están totalmente intimidados por los Sabios, y otras veces dice que no han descubierto lo que están conspirando los Sabios, ni siquiera que existan éstos. Otras contradicciones se deben a que mientras el déspota retratado por Joly trataba de dominar Francia, se supone que los Sabios están tratando de dominar el mundo. El falsificador no hace nada por eliminar las discrepancias consiguientes, igual que no le importa interrumpir el razonamiento con argumentos inoportunos propios, como la amenaza de hacer que las ciudades recalcitrantes vuelen hechas pedazos mediante bombas colocadas en sus ferrocarriles subterráneos.

Lo que es todavía más extraño: el falsificador introduce pasajes enteros que se dedican simplemente a atacar las ideas liberales y a elogiar a la aristocracia terrateniente como bastión indispensable de la monarquía. Es tan evidente que estos pasajes no reflejan el espíritu judío que han causado verdaderos apuros a los editores de los *Protocolos.* Algunos se han limitado a suprimirlos, otros han añadido observaciones en el sentido de que aquel ferviente conservador ruso que era Serguéi Nilus debe haber interpolado algunas reflexiones suyas. Es comprensible que se sientan incómodos. Nilus no fue el falsificador, pero, como veremos más adelante, la invectiva

contra el liberalismo y el elogio del orden aristocrático y monárquico revelan efectivamente el carácter y los motivos reales de la falsificación.

---

28. Osman-Bey, *Die Eroberung der Welt durch die Juden,* Wiesbaden, 1875, pág. 48.

29. *Znamya,* San Petersburgo, número del 26 de agosto de 1903.

30. Monseñor Jouin, *Le Péril Judéo-maçonnique,* Vol. IV: *Les «Protocoles» de 1901 de G. Butmi,* París, 1922, pág. 4. Hay traducción al castellano. Véase la Bibliografía. (*N. del T.*)

31. S. Nilus, *Velikoe v Malom,* Tsarskoie Selo, 1905, pág. 394.

32. *Ibid.,* pág. 322.

33. S. Nilus, *Bliz Est, Pri Dverej,* 1917, pág. 88.

34. El texto figura en una cita más larga, véase pág. 212.

35. Se trata del general Antón Denikin, comandante en jefe de los ejércitos «blancos» del sur de Rusia durante la guerra civil de 1918 a 1920.

36. Ojrana: la policía secreta de la Rusia zarista.

37. *The Times,* números de los días 16, 17 y 18 de agosto de 1921.

38. Véase el Apéndice II.

33
36
28
34
37
29
32

. S. Nilus, *Bliz Est, Pri Dverej,* 1917, pág. 88.

. *Ibid.,* pág. 322.

. Se trata del general Antón Denikin, comandante en jefe de los ejércitos «blancos» del sur de Rusia durante la guerra civil de 1918 a 1920.

. El texto figura en una cita más larga, véase pág. 212.

. Ojrana: la policía secreta de la Rusia zarista.

. Véase el Apéndice II.

. *The Times,* números de los días 16, 17 y 18 de agosto de 1921.

. *Znamya,* San Petersburgo, número del 26 de agosto de 1903.

. Osman-Bey, *Die Eroberung der Welt durch die Juden,* Wiesbaden, 1875, pág. 48.

. S. Nilus, *Velikoe v Malom,* Tsarskoie Selo, 1905, pág. 394.

. Monseñor Jouin, *Le Péril Judéo-maçonnique,* Vol. IV: *Les «Protocoles» de 1901 de G. Butmi,* París, 1922, pág. 4. Hay traducción al castellano. Véase la Bibliografía. (*N. del T.*)

35
30
31
38

4. La policía secreta y los ocultistas

1

Cuando Hitler llegó al poder en Alemania, tanto las asociaciones nazis de este país como los simpatizantes con el nazismo de otros países promovieron y distribuyeron los *Protocolos* por todo el mundo. Aquella provocación halló una vigorosa respuesta de las comunidades judías de Suiza, que denunciaron a la dirección de la organización nazi en el país y a determinados seguidores. La acusación fue la de publicar y distribuir literatura incorrecta; pero el caso, que se escuchó en Berna en parte en octubre de 1934, y en parte en mayo de 1935, se convirtió de hecho en una investigación sobre la autenticidad o la falsedad de los *Protocolos*. Por increíble que parezca hoy día, la investigación llamó la atención a escala mundial, y de ella se ocuparon periodistas llegados de todas partes del mundo.

Gran parte del interés de las actuaciones en Berna se debe a la luz que arrojaron sobre las actividades de la policía secreta zarista –la Ojrana– y su posible vinculación con los *Protocolos*[39]. Los demandantes citaron como testigos a varios emigrados rusos de ideas liberales. Uno de ellos fue el profesor Serguéi Svatikov, un antiguo socialdemócrata del grupo menchevique. Bajo el Gobierno provisional que tuvo Rusia durante los seis meses transcurridos entre la abdicación del zar y la Revolución bolchevique de 1917, Svatikov fue enviado a París para disolver la sección extranjera de la policía secreta rusa, que tenía allí su cuartel general. Uno de los agentes con los que se entrevistó fue Henri Bint, un francés de origen alsaciano que llevaba desde 1880 al servicio de los rusos. Según Bint, los *Protocolos* se habían urdido conforme a instrucciones recibidas de Pyotr Ivanovich Rachkovsky, el jefe de la organización. Otro testigo, el famoso periodista Vladimir Burtsev, declaró en el mismo sentido. Dijo que dos antiguos directores del Departamento de Policía, Lopujin y Beletsky, le habían dicho que Rachkovsky había intervenido en la creación

de los *Protocolos*[40].

De hecho, es mucho lo que se sabe sobre Rachkovsky, el siniestro e inteligente jefe de la Ojrana fuera de Rusia a fines del siglo XIX:

> Si lo viera uno en sociedad –escribió un francés que conocía a Rachkovsky–, dudo mucho que sintiera el más mínimo recelo con respecto a él, pues su aspecto no revela en absoluto su siniestra función. Gordo, inquieto, siempre con la sonrisa en los labios... parece más bien un tipo bienhumorado y alegre que anda de juerga... Tiene una debilidad bastante visible (la de ser muy aficionado a nuestras jóvenes parisinas), pero es el agente más capaz que cabe hallar en las diez capitales de Europa[41].

Un compatriota ruso dio su impresión en términos igual de claros:

> Sus modales ligeramente demasiado serviles y la forma tan suave en que hablaba –que le hacía a uno pensar en un gran felino que escondía cuidadosamente las garras– no hicieron más que oscurecer por un momento mi clara percepción de lo que es fundamental en este hombre: su sutil inteligencia, su firme voluntad, su profunda consagración... a los intereses de la Rusia imperial[42].

Rachkovsky inició su carrera como pequeño funcionario, e incluso cultivó las relaciones con estudiantes de tendencias más o menos revolucionarias. El punto crítico de su carrera llegó en 1879, cuando la policía secreta le detuvo y le acusó de actividades contra la seguridad del Estado. Se había realizado por entonces un atentado contra la vida de Drentel, el ayudante general, y aunque Rachkovsky no era más que un amigo de la persona a quien se acusaba de dar refugio al acusado de la tentativa de asesinato, bastaba con eso para ponerlo en manos de la Tercera Sección de la Cancillería Imperial: la futura Ojrana. Y como ocurría tantas veces en circunstancias parecidas, Rachkovsky se encontró ante la alternativa del exilio en Siberia o de una carrera lucrativa en la propia policía política. Escogió este último rumbo, lo que le llevó a una posición de gran poder.

En 1881, Rachkovsky realizaba actividades en la organización derechista Santa Druzhina, tentativa primitiva de

lo que después se convertiría en la Unión del Pueblo Ruso. En 1883 era ayudante del jefe de los servicios de seguridad de San Petersburgo. Al año siguiente estaba en París encargado de las operaciones de toda la policía secreta fuera de Rusia. En aquel puesto tuvo brillantes éxitos y se mantuvo en él diecinueve años (de 1884 a 1903). Organizó una red de agencias en Francia y Suiza, Londres y Berlín; el resultado era que podía mantenerse muy bien informado de las actividades de los revolucionarios y los terroristas rusos, no sólo en el extranjero, sino en la propia Rusia. En seguida dio muestras de un extraordinario talento para la intriga. En 1886, sus agentes –entre ellos Henri Bint– volaron la imprenta del grupo revolucionario ruso Narodnaya Volya (La Voluntad del Pueblo) de Ginebra, e hicieron que el atentado pareciera obra de traidores entre los propios revolucionarios. En 1890 «desenmascaró» una organización que, según se decía, estaba fabricando en París bombas que se utilizarían para llevar a cabo asesinatos en Rusia. En la propia Rusia, la Ojrana logró, como resultado de aquel «golpe», detener nada menos que a 73 terroristas. Hubieron de pasar diecinueve años para que el periodista Burtsev –el mismo que declararía ante el tribunal de Berna– descubriese y revelase la verdad del caso: las bombas las habían colocado hombres de Rachkovsky que actuaban de acuerdo con instrucciones de éste.

En el decenio de 1890 se hicieron –y se tiraron– tantas bombas en Europa occidental como en Rusia; fue el apogeo de los anarquistas y los nihilistas, una edad de oro del terrorismo de izquierda como no se volvería a producir hasta el decenio de 1970. Pero no todos los actos aparentemente terroristas eran tales. En 1893 se lanzó una bomba bastante inofensiva, llena de clavos, en la Cámara de Diputados de Francia; en 1894 fueron lanzadas varias bombas mucho más peligrosas en Lieja, y no cabe duda de que Rachkovsky provocó y organizó deliberadamente este último atentado, amén de ser muy probable que también hubiera patrocinado el primero. En todo ello, aquel astuto ruso estaba jugando a la alta política. Nunca satisfecho con su empleo de jefe de seguridad, trataba de influir en el rumbo de los asuntos internacionales. Su

motivación para organizar atentados en Francia y en Bélgica era forzar a un *rapprochement* entre la policía francesa y la rusa, como primer paso hacia una alianza militar franco-rusa en la que había cifrado todas sus esperanzas, y que efectivamente hizo mucho por lograr.

Rachkovsky también consiguió una fortuna mediante la especulación en la Bolsa, lo cual le permitía vivir a lo grande. Cultivó relaciones personales con los principales políticos franceses, entre ellos el propio presidente Loubet, y con dignatarios rusos, algunos muy cercanos al zar. Pero era de una ambición implacable, y es de destacar cuántos de los que de un modo u otro se pusieron en el camino de su ambición –desde el general Seliverstoy, enviado en 1890 a investigar sus actividades en París, hasta Plehve, el ministro del Interior, que le hizo volver de París en 1903– murieron asesinados por sus subordinados de la policía secreta.

Aquel intrigante nato gozaba con la falsificación de documentos. Como jefe de la Ojrana fuera de Rusia, lo que más le interesaba era enfrentarse con los revolucionarios rusos que se habían refugiado en el exterior. Uno de sus métodos favoritos consistía en preparar una carta o un panfleto en el cual un supuesto militante atacaba a la dirección revolucionaria. En 1887, la prensa francesa publicó una carta de un tal «P. Ivanov», que decía ser un revolucionario desilusionado y afirmaba –lo cual era totalmente falso– que la mayoría de los terroristas eran judíos. En 1890 publicó un panfleto titulado *Une confession par un vieillard ancien révolutionnaire* (Confesión de un anciano exrevolucionario), en la cual se acusaba a los revolucionarios refugiados en Londres de ser agentes británicos. En 1892 apareció una carta firmada con el famoso nombre de Plejanov, en la cual se acusaba a la dirección de Narodnaya Volya de haber publicado esa «confesión». Unas semanas después llegó otra carta, en la cual otros supuestos revolucionarios atacaban a su vez a Plejanov. De hecho, todos aquellos documentos los había escrito el mismo hombre: Rachkovsky.

Rachkovsky también contribuyó mucho a desarrollar una técnica que, medio siglo después, emplearían los nazis en gran

escala. Consistía en presentar a todo el movimiento progresista, desde los liberales más moderados hasta los revolucionarios más extremos, como si fueran un mero instrumento en manos de los judíos. En este caso su objetivo era, al mismo tiempo, desacreditar al movimiento progresista ante los ojos de la burguesía y el proletariado rusos y desviar hacia los judíos el descontento generalizado engendrado por el régimen zarista. Entre las pruebas presentadas por los demandantes en el juicio de Berna figuraba una carta enviada en 1891 por Rachkovsky desde París al director del Departamento de Policía de Rusia, en la cual anunciaba que se proponía iniciar una campaña en contra de los judíos rusos.

Además, existe el libro titulado *Anarchie et nihilisme,* publicado en París en 1892 con el seudónimo de Jehan-Préval. *Anarchie et nihilisme* fue una obra inspirada, sin duda alguna, por Rachkovsky –contiene incluso una de sus propias falsificaciones más evidentes– y hay puntos en los que parece como si fuera un guión de los *Protocolos.* Explica cómo, gracias a la Revolución francesa, el judío se ha convertido en «el dueño absoluto de la situación en Europa... y rige por medios discretos tanto las repúblicas como las monarquías». El único obstáculo que subsiste para la dominación del mundo por los judíos es el que representa «la fortaleza moscovita»; a fin de derrocarla, un sindicato internacional de judíos riquísimos y poderosísimos, a caballo entre París, Viena, Berlín y Londres, está preparándose para organizar una coalición de naciones en contra de Rusia. Y de pronto reconocemos sorprendidos una frase que aparece en innumerables apologías de los *Protocolos:*

> Toda la verdad se halla en esta fórmula, que da la clave de una serie de enigmas inquietantes y aparentemente insolubles.

De todo ello se debe extraer una lección práctica: que se ha de formar inmediatamente una liga franco-rusa para combatir «el poder misterioso, oculto e irresponsable»[43] de los judíos.

En 1902, Rachkovsky trató efectivamente de organizar una liga de ese tipo, y el método que adoptó para ello no podía ser más típico del personaje. Distribuyó en París un llamamiento a los franceses para que dieran su apoyo a una «Liga Patriótica

Rusa», que decía tener su sede en Jarkov. Aquel llamamiento era una falsificación, pues estaba redactado como si procediera de la propia liga, cuando en realidad ese grupo no existía. Y no es eso todo: el llamamiento contiene severas denuncias contra Rachkovsky, al que acusa de falsear los objetivos y las actividades de la liga, e incluso de pretender que no existe en absoluto; pero, ¿qué, añade, cabría esperar de un jefe de seguridad que emplea como agentes suyos a un antiguo revolucionario, un aventurero literario y un chantajista «cuyas mejillas exhiben todavía cicatrices de las bofetadas que recibió, por tentativa de extorsión, en 1889?»[44]. El llamamiento concluye con la esperanza de que Rachkovsky llegue a descubrir que está equivocado y a valorar la liga como ésta se merece. Todo este extraño batiburrillo lo compuso el propio Rachkovsky de forma tan diestra que no sólo engañó a muchos notables franceses, sino al propio ministro ruso de Relaciones Exteriores[45].

Pero Rachkovsky había ido demasiado lejos, y cuando se descubrió que se trataba de un engaño le hicieron volver de París. Aquel revés resultó ser pasajero. Cuando en 1905 se intensificaron las actividades revolucionarias y se le dieron al general Trepov poderes cuasi dictatoriales para aplastarlas, nombró a Rachkovsky director adjunto del Departamento de Policía. Desde aquel puesto logró reanudar sus actividades como falsificador de documentos, y a escala mucho más peligrosa. Se imprimieron enormes cantidades de panfletos en nombre de organizaciones inexistentes, en los cuales se exhortaba al pueblo, e incluso a los soldados, a matar a los judíos. Y fue entonces cuando logró al fin fundar una liga antisemita: la Unión del Pueblo Ruso, cuyos miembros –desde Butmi en 1906, hasta Vinberg y Shabelsky-Bork en el decenio de 1920– desempeñarían un papel muy destacado en la difusión de los *Protocolos.* Las bandas armadas organizadas y pagadas por la Unión del Pueblo Ruso establecieron un modelo de terrorismo político y de matanza de judíos que –como veremos más adelante– tendría una influencia directa en los nazis. Después de todo, no resulta sorprendente que Gottfried zur Beek, editor de la primera traducción de los *Protocolos* a

otro idioma, afirmase que Rachkovsky, que falleció en 1911, murió asesinado precisamente por orden de los Sabios de Sion.

Así pues, existen motivos muy sólidos para sospechar que Rachkovsky instigó la falsificación cuyo resultado fueron los *Protocolos.* Los datos aportados por Svatikov y Burtsev, el libro *Anarchie et nihilisme,* las actividades de Rachkovsky como antisemita militante y organizador de pogromos, su afición a las falsificaciones y a los engaños inmensamente complicados, son todas ellas cosas que parecen señalarlo como el autor. En tal caso, merece la pena indicar que en la misma época en que trataba de crear su antisemita «Liga Patriótica Rusa» –es decir, en 1902–, Rachkovsky se vio envuelto en San Petersburgo en una intriga palaciega en la cual también se encontraba implicado Serguéi Nilus, el futuro editor de los *Protocolos.* Se trataba de una intriga contra un francés llamado Philippe que, al igual que haría después Rasputín, se estableció en la corte imperial como curandero y se convirtió en el ídolo y en la guía del zar y de la zarina. Rachkovsky y Nilus participaron en la intriga contra aquel francés, ambos en el mismo bando.

Aquel hombre se hacía llamar siempre Philippe, aunque su nombre completo era Philippe-Nizier-Anthelme Vachod. Había nacido en 1850 en una familia de campesinos pobres de Saboya. Cuando cumplió los seis años, el cura de su aldea consideraba que estaba poseído por el demonio; a los trece años empezó a actuar como curandero; más tarde se estableció en Lyon como «mesmerizador». Como no había cursado estudios de medicina, se le prohibió que la practicara y se le procesó tres veces por hacerlo; sin embargo, logró seguir atendiendo a pacientes. Parece evidente que disponía de unas dotes de intuición excepcionales y que logró hacer algunas curas notables por medio de la sugestión.

Cuando en 1901 visitaron Francia el zar y la zarina, las dos «princesas montenegrinas» Militsa y Anastasia –hijas del príncipe Nicolás de Montenegro, pero casadas con duques rusos y empeñadas en obtener los favores de la pareja imperial– se lo presentaron. El zar, que era un individuo débil, mediocre y tímido, y sufría mucho bajo el peso del poder autocrático, se sentía muy ansioso de que algún santón pudiera

actuar como intermediario entre él y el Dios cuyo representante indudable, aunque lamentablemente inadecuado, creía ser él mismo. Y la zarina era una histérica cuya inestabilidad se veía constantemente agravada tanto por las conspiraciones que la rodeaban a ella y a su marido en la corte, como por los terroristas y sus bombas; también ella estaba perfectamente dispuesta a someterse a cualquier charlatán que le prometiese solaz y por lo menos una apariencia de seguridad. Lo más importante era que, si bien el zar y la zarina tenían cuatro hijas, no tenían ningún hijo, aunque lo necesitaban desesperadamente. Cualquier curandero que afirmase conocer la solución de aquel problema podía aspirar a dominarlos, lo que más tarde lograría Rasputín, que hizo carrera gracias a la necesidad que sentían de mantener la vida de su hijo hemofílico.

No es de extrañar que Philippe fuera invitado a Tsarskoie Selo y colmado de honores. Ya en Francia el zar había pedido personalmente al gobierno francés que se diera un título en medicina a aquel personaje sin estudios. Naturalmente, aquello les resultaba impensable a los franceses, pero en Rusia, donde quien mandaba era el zar, éste obligó a la Academia de Medicina Militar de San Petersburgo que nombrara a Philippe médico militar. También lo nombró consejero de Estado con el grado de general. Pero aunque Philippe era el mimado, el atendido y el casi adorado de la pareja imperial y de las «princesas montenegrinas» y sus maridos, también tenía enemigos muy poderosos; de hecho, se vio en la misma situación violenta y peligrosa que más tarde correspondería a Rasputín. En los círculos que rodeaban a dos formidables damas –la emperatriz viuda María Feodorovna y la gran duquesa Elizabeta Feodorovna– era objeto de odio y resentimiento. Para deshacerse de Philippe, aquellas gentes utilizaron a Rachkovsky, a quien pidieron información sobre la vida pasada de Philippe.

Gracias a las relaciones que Rachkovsky había cultivado con la policía francesa, logró redactar un informe detallado y, sin duda, debidamente deformado, que llevó consigo cuando fue a San Petersburgo a principios de 1902. La primera persona a

quien se lo mostró fue a Sipyagin, el ministro del Interior, el cual le aconsejó que lo tirase al fuego que empezaba a arder en la chimenea. Pero Rachkovsky persistió: llevó su informe al comandante del palacio imperial, y parece que incluso escribió una carta a la emperatriz viuda en la cual denunciaba a Philippe como instrumento de los masones. Pero las dudas de Sipyagin estaban justificadas. Aunque el zar acabó por ceder a las presiones y no invitó a Philippe a que residiera de forma permanente en Rusia, el asunto lo enfureció. En octubre de 1902 se pidió a Rachkovsky que volviera a Francia, y al año siguiente le despidió, le jubiló sin pensión, le prohibió que volviese a Francia, y si bien no cabe duda de que todo ello se debió en parte a sus maniobras con su imaginaria «Liga Patriótica», también tuvo que ver con su campaña contra Philippe. Incluso después, cuando Philippe regresó a Francia para siempre y el propio Rachkovsky vivía en Rusia como mero particular, este último utilizó sus relaciones con la policía francesa para perseguir al pobre curandero. Tan vengativo e implacable como siempre, siguió persiguiendo al causante involuntario de su caída hasta que por fin provocó su muerte. Philippe, vigilado día y noche por espías de la policía, con el correo intervenido, víctima de calumnias en la prensa, murió en agosto de 1905, justo una semana antes de que Rachkovsky recuperase el favor y llegara al cenit de su carrera al verse designado director adjunto del Departamento de Policía.

En la intriga contra Philippe participó también Serguéi Alexandrovich Nilus. Alexandre Du Chayla, francés que vivió muchos años en Rusia y que en 1909 veía mucho a Nilus, relató la historia en un artículo publicado en mayo de 1921 en *La Tribune Juive*. En él narra cómo Nilus, terrateniente que había perdido toda su fortuna cuando vivía en Francia, regresó a Rusia y se dedicó a vivir como peregrino perpetuo, que iba de monasterio en monasterio. Hacia 1900 escribió un libro en el cual describió cómo había pasado de ser un intelectual ateo a convertirse en un creyente ferviente en el cristianismo ortodoxo místico. Aquel libro –fue la primera edición de *Lo grande en lo pequeño,* sin los *Protocolos*– fue objeto de críticas favorables en la prensa conservadora y religiosa, y así llegó a

llamar la atención de la gran duquesa Elizabeta Feodorovna. Ésta era una mujer muy piadosa (más tarde se haría monja), pero sospechaba mucho de los aventureros místicos y los curanderos de los que se solía rodear el zar. Culpaba de aquella situación al arcipreste Yanishev, que era el confesor del zar y la zarina, e hizo todo lo posible por sustituirlo por un hombre a quien consideraba un auténtico místico y un ortodoxo ferviente: Serguéi Nilus.

En consecuencia, llevaron a Nilus a Tsarkoie Selo. Fue a fines de 1901 o a principios de 1902, y su tarea inmediata consistiría en deshacerse de Philippe. La camarilla de enemigos de Philippe convino en el siguiente plan: había que ordenar sacerdote a Nilus y después casarlo con Yelena Alexandrovna Ozerova, una de las damas de honor de la zarina[46]. Después se haría un esfuerzo concertado por imponerlo como confesor al zar y la zarina. Si se conseguía, ya no quedaría espacio para Philippe ni para otros santones de su laya. La estratagema era ingeniosa, pero los partidarios de Philippe lograron contrarrestarla. Señalaron a la atención de las autoridades eclesiásticas algunos datos de la vida de Nilus que no permitían su ordenación (es de suponer que esos datos se referían a su vida amorosa, que siempre fue un tanto peculiar). Nilus cayó en desgracia y tuvo que marcharse de la corte. Unos años después se casó por fin con Ozerova, pero había desaparecido para siempre toda posibilidad de que se convirtiera en el confesor del zar. ¿Se utilizaron los *Protocolos* en la intriga contra Philippe? Y, en caso afirmativo, ¿se utilizaron por instigación de Rachkovsky? Según Du Chayla, la respuesta a ambas preguntas es afirmativa. Nos dice que Nilus estaba convencido de que el descubridor inicial de los *Protocolos* había sido Rachkovsky: «un hombre estupendo, muy activo, que a lo largo de su vida ha colaborado mucho a privar de su aguijón a los enemigos de Cristo» y que «había combatido a costa de grandes sacrificios a las sectas masónicas y satánicas», según palabras de Nilus[47].

Du Chayla pasa luego a explicar lo que Rachkovsky podía esperar que lograría al enviar los *Protocolos* a Nilus. Los *Protocolos* dicen revelar una conspiración diabólica de masones

y judíos, o más bien de masones equiparados a judíos. Philippe era martinista, esto es, miembro de una asociación que decía seguir las enseñanzas del ocultista dieciochesco Claude de Saint-Martin, el «filósofo desconocido». Los martinistas no eran auténticos masones, pero difícilmente cabría prever que el zar lo comprendiese. Si se podía convencerle de que Philippe era agente de una conspiración como la representada en los *Protocolos,* no cabía duda de que se desharía de él. Conforme a los peculiares criterios de la Ojrana, aquel cálculo era perfectamente correcto, y además era precisamente el tipo de cálculo que fascinaba a Rachkovsky.

¿Hasta qué punto es fidedigno Du Chayla? De vez en cuando comete errores, como cuando dice que Nilus publicó en 1902 una primera edición de los *Protocolos;* pero, en general, revela estar muy bien informado. Por ejemplo, en su artículo de 1921 dice que en 1905 Nilus publicó en Tsarskoie Selo una edición de los *Protocolos* con el pie de imprenta de la organización local de la Cruz Roja. Eso es totalmente exacto. Ese libro es la tercera edición de *Lo grande en lo pequeño,* que contiene los *Protocolos.* Además señala que fue Yelena Ozerova quien hizo que aquella edición resultara posible; y años después, cuando las autoridades soviéticas enviaron al tribunal de Berna fotocopias de los documentos, también aquello resultó ser cierto. Entre esos documentos figuran varias cartas enviadas al Comité de Censura de Moscú y otras recibidas de dicho comité, las cuales revelan con perfecta claridad cómo utilizó Ozerova su puesto de dama de honor para lograr que se publicara el libro de su prometido y futuro marido.

Esos documentos revelan además otra cosa, algo de lo que no es posible que tuviera conciencia Du Chayla. Contienen algo tan escurridizo que hasta ahora ha escapado a la atención: sugieren que Rachkovsky ya había tenido algún contacto con Nilus o con el ejemplar manuscrito de los *Protocolos* que tenía Nilus. El Comité de Censura de Moscú, en su sesión de 28 de septiembre de 1905, recibió un informe del consejero y censor del Estado Sokolov que cita la siguiente frase como adjuntada por Nilus a su manuscrito de los *Protocolos:*

Naturalmente, el jefe de la Agencia Rusa[48], el judío Efron, y sus

agentes, que también son judíos, no han informado de estos asuntos al gobierno ruso[49].

El comité, al autorizar la publicación, estipuló que se eliminaran del manuscrito todos los nombres propios, y entre ellos el de Efron. En consecuencia, se borró el nombre antes de imprimir el libro, pero cabe identificar el pasaje en el que debía figurar: se halla en el epílogo de los *Protocolos.* Ese epílogo figura también en todas las demás ediciones rusas iniciales de los *Protocolos,* la de *Znamya* y las de Butmi. Ninguna de esas ediciones estuvo sometida a la estipulación relativa a los nombres propios –de hecho, la versión de *Znamya* se había publicado dos años antes de que el Comité de Censura de Moscú formulase la estipulación–, y sin embargo ninguna de ellas contiene referencia alguna a Efron. Por tanto, lo único que nos queda por suponer es que la alusión a Efron se insertó especialmente en el manuscrito de Nilus. Y la única persona que puede haberlo logrado o impulsado es algún enemigo de Efron.

Pero ¿quién era Efron y quién puede haber sido su enemigo? Akim Efron, o Effront, era el agente secreto en París del Ministerio de Hacienda ruso. Cuando murió en 1909, la prensa francesa lo calificó de director de la agencia política agregada a la embajada de Rusia. Desde luego, no pertenecía a la organización de Rachkovsky, pero empleaba sus propios agentes y enviaba a San Petersburgo sus propios informes. Es de suponer que ello bastara para ganarse el odio de Rachkovsky, pero en realidad nada debemos suponer, pues disponemos de pruebas. Una de las cosas que se saben de Efron es que durante la Exposición Internacional de París de 1889, alguien le dio una bofetada en público en el pabellón ruso por tentativa de chantaje. Dicho en otros términos, Efron debe haber sido la misma persona a quien Rachkovsky calificaba, en su falso llamamiento en nombre de la «Liga Patriótica Rusa», de exhibir en las mejillas las cicatrices de las bofetadas que había recibido en 1889 por intento de chantaje[50]. En cuanto a la afirmación contenida en el mismo llamamiento en el sentido de que Efron era uno de los hombres del propio Rachkovsky, se trataba de una mentira deliberada, y precisamente del tipo de

mentira tortuosa y maliciosa que más placer causaba a Rachkovsky. Por eso, la mención de Efron en el manuscrito de Nilus sugiere que existió algún vínculo, directo o indirecto, entre su perseguidor y el rival de Philippe.

2

Ya hemos visto qué tipo de hombre era Rachkovsky; también merece la pena ver quién era Nilus. Tenemos mucha información sobre él, y gran parte de ella es muy extraña. Una vez más es Alexandre Du Chayla quien ha dejado la relación más completa[51]. Dice que cuando deseaba estudiar la vida interna de la Iglesia ortodoxa, llegó en enero de 1909 al famoso monasterio de Optina Pustyn, a unos tres kilómetros de la ciudad de Kozelsk, en la que era entonces la gobernación de Kaluga. En el siglo XIX Optina Pustyn había desempeñado un papel importante en la vida intelectual rusa. La figura del padre Zosima en *Los hermanos Karamazov* se basa en una de sus personalidades más destacadas; también Tolstói solía visitar el monasterio, y hubo una época en la cual incluso vivió en él. Cerca del monasterio había varias villas ocupadas por personalidades laicas que deseaban hasta cierto punto retirarse del mundo. Du Chayla estableció sus cuarteles en una de ellas. Al día siguiente de su llegada, el archimandrita Xenophon, padre superior, le presentó a uno de sus vecinos, que era Serguéi Nilus.

Du Chayla describe así a Nilus, que tenía entonces cuarenta y siete años:

> Hombre de tipo verdaderamente ruso, grande y fuerte, de barba gris y ojos de un azul profundo, aunque con una mirada velada, un tanto turbada. Llevaba botas y una camisa rusa con un cinturón en el cual iba bordada una oración.

Él y los suyos ocupaban cuatro habitaciones de una villa grande, el resto de la cual se utilizaba como asilo de inválidos, dementes y enfermos mentales, que vivían allí con la esperanza de una cura milagrosa. Todo aquel establecimiento estaba subvencionado por la pensión que la corte imperial pagaba a

Ozerova como antigua dama de honor. Ozerova, también conocida como Mme. Nilus, impresionó a Du Chayla como persona totalmente sumisa a su marido. Incluso tenía unas relaciones de lo más amistosas con la antigua amante de Nilus, que vivía en la misma villa y, por haber perdido su propia fortuna, también de la pensión de *madame* Nilus.

En los nueve meses que Du Chayla pasó en Optina Pustyn se enteró de muchas cosas acerca de Nilus. Como antiguo propietario de tierras en la gobernación de Orel, se trataba de un hombre educado que había cursado estudios de derecho en la Universidad de Moscú; hablaba magníficamente el francés, el alemán y el inglés, y tenía un buen dominio de la literatura europea contemporánea. Pero, en cuanto a carácter, era caprichoso, desordenado y despótico, tanto que se había visto obligado a dimitir del puesto de magistrado que había ocupado en Transcaucasia. También había intentado administrar sus fincas de Orel, pero tampoco en eso había tenido ningún éxito. Por fin se había marchado al extranjero y había vivido con su amante en Biarritz, hasta que un día su administrador le anunció que estaba arruinado.

Aquella noticia provocó en Nilus una gran crisis emocional y le hizo cambiar totalmente su visión del mundo. Hasta entonces había sido un anarquista teórico que rendía culto a Nietzsche. Después se convirtió al cristianismo ortodoxo y pasó a ser un ardiente campeón de la autocracia zarista; se consideraba un místico y además un defensor de la Santa Rusia enviado por el cielo. Siempre había repudiado la civilización moderna que ahora parecía representar una conspiración de los poderes de las tinieblas. Se convirtió en un antirracionalista sistemático. Du Chayla dice que la ciencia, el progreso tecnológico, la democracia e incluso la aplicación de la razón a las cuestiones religiosas y filosóficas, todos ellos rasgos de la civilización moderna, eran considerados por Nilus como «la abominación de la desolación en los Santos Lugares» y como anuncio de la venida del Anticristo. Se trata de una actitud que, de una forma u otra, volveremos a advertir de manera continua entre los creyentes en los *Protocolos.*

En un par de páginas que merecen ocupar un lugar en

cualquier antología de la excentricidad religiosa, Du Chayla ha indicado exactamente lo que significaban los *Protocolos* para el más famoso de sus editores:

> Nilus sacó el libro de la estantería y empezó a traducir al francés los pasajes más notables del texto y de sus propios comentarios. Al mismo tiempo observaba mi expresión, pues suponía que aquella revelación me dejaría estupefacto. Se sintió bastante sorprendido cuando le dije que todo aquello no me parecía nada nuevo y que el documento debía tener mucho que ver con los panfletos de Édouard Drumont...
>
> A Nilus aquello le sorprendió y le desagradó. Replicó que si yo adoptaba aquella actitud era porque mi conocimiento de los *Protocolos* era superficial y fragmentario, y porque su efecto se veía debilitado en la traducción verbal. Era imprescindible que yo llegara a apreciar todo su impacto. Y no me resultaría difícil comprender los *Protocolos,* porque el original estaba en francés.
>
> Nilus no guardaba en casa el manuscrito de los *Protocolos* por temor a que se lo robaran los judíos. Recuerdo cuánto me divirtió su perturbación cuando entró por casualidad en el jardín de Nilus un químico judío de Kozelsk, que estaba dándose un paseo con un amigo por el jardín del monasterio y quería saber cuál era el camino más corto hasta el transbordador. El pobre Serguéi Alexandrovich siguió mucho tiempo convencido de que el químico había ido a realizar un reconocimiento.
>
> Más tarde supe que hasta enero de 1909 el cuaderno que contenía los *Protocolos* estuvo depositado en la celda del monje y sacerdote Daniel Bolotov (retratista muy conocido en San Petersburgo)[52]. Cuando éste murió quedó depositado en la ermita de San Juan Bautista, a unos 500 metros del monasterio, en manos del monje Alexis, un antiguo ingeniero.
>
> Poco después de nuestra primera conversación sobre los *Protocolos,* una tarde a las cuatro, uno de los pacientes del asilo de Nilus me trajo una carta: Nilus me pedía que fuera a verlo por una cuestión urgente.
>
> Encontré a Serguéi Alexandrovich en su estudio. Estaba solo, pues su mujer y la señora K. habían ido a los oficios de la tarde. Estaba cayendo el sol, pero había luz, ya que todo el parque estaba cubierto de nieve. Vi que en su escritorio había algo parecido a un sobre bastante grande, de material negro y decorado con una gran cruz triple y la inscripción: «Con este signo vencerás». En el sobre también estaba pegada una estampita de San Miguel. Evidentemente, el objeto de todo aquello era actuar como

exorcismo.

Serguéi Alexandrovich se persignó tres veces ante el gran icono de la Madre de Dios... y abrió el sobre del cual sacó un cuaderno con tapas de cuero. Más tarde supe que el sobre y la encuadernación se habían preparado en el taller del monasterio bajo la supervisión personal de Nilus, que había llevado y traído el cuaderno él mismo, por temor a que lo robaran. La cruz y los demás símbolos los había dibujado Yelena Alexandrovna[53], que siguió las instrucciones de su marido.

–Aquí está –dijo Nilus–: es la carta del Reinado del Anticristo.

Abrió el cuaderno... El texto estaba escrito en francés con más de una letra y, según me pareció, con más de una tinta.

–Ya ve usted –dijo Nilus– que durante las sesiones del gobierno secreto judío, según las épocas, fueron distintas personas las que desempeñaron el cargo de secretario. Por eso cambia la letra.

Evidentemente, Serguéi Alexandrovich consideraba aquella peculiaridad como demostración de que el manuscrito era un documento original. Pero no tenía opiniones fijas a este respecto, pues en otras ocasiones le oí decir que el manuscrito no era más que una copia.

Tras enseñarme el manuscrito, Serguéi Alexandrovich lo puso en la mesa, lo abrió por la primera página y, tras indicarme que me sentara en su butaca, me dijo:

–¡Y ahora léalo!

Mientras leía el manuscrito me llamaron la atención algunas peculiaridades del texto. Había algunas faltas de ortografía y sobre todo algunas expresiones que no eran francesas. Hace demasiado tiempo para que pueda decir que el texto contenía «rusismos», pero hay algo de lo que no cabe duda: el manuscrito era obra de un extranjero.

La lectura del documento me llevó dos horas y media. Cuando terminé, Nilus tomó el cuaderno, volvió a meterlo en su sobre y lo encerró en el cajón de su escritorio...

Serguéi Alexandrovich quería saber qué impresión me había producido su lectura. Le dije claramente que seguía manteniendo mi opinión anterior; no creía en los «Sabios de Sion»...

Se nubló la expresión de Nilus, que dijo:

–En verdad que está usted bajo la influencia del diablo. La mayor astucia de Satanás consiste en hacer que la gente no sólo niegue su influencia sobre las cosas de este mundo, sino incluso su propia existencia. ¿Qué me diría si ahora le demuestro cómo se está cumpliendo lo que dicen los *Protocolos,* cómo aparece por todas partes el signo misterioso de la venida del Anticristo, cómo puede advertirse en todas partes el inminente advenimiento de su reinado?

Serguéi Alexandrovich se levantó y fuimos todos a su estudio. Sacó su libro y un fichero, y además trajo de su dormitorio una cajita que más tarde llegaría yo a llamar el «Museo del Anticristo». Empezó a leer extractos de su libro y de un material que ya había preparado para su publicación. Leyó todo lo que de cualquier forma expresara las expectativas escatológicas de la cristiandad contemporánea: el sueño del metropolitano Filarete, citas de una encíclica de Pío X, los sermones de San Serafín de Saboya y de los santos católicos, fragmentos de Ibsen, de Solovyev, de Merezhkovsky.

Pasó mucho rato leyendo. Después exhibió las «pruebas del caso». Abrió la caja. Dentro había, en un estado indescriptible de desorden, collares sueltos, gomas, utensilios domésticos, insignias de varios colegios técnicos universitarios, incluso un código de la emperatriz Alexandra Feodorovna y la cruz de la Legión de Honor. En todos aquellos objetos detectaba, en su alucinación, el «sello del Anticristo» en forma de un triángulo o de dos triángulos superpuestos... Si algún objeto llevaba un logotipo que coincidiese, por vagamente que fuera, con un triángulo, bastaba para que ingresara en su museo. Y casi todos aquellos ejemplos estaban incluidos en su edición de 1911 de los *Protocolos*.

Cada vez más excitado y ansioso, presa de una especie de terror místico, Nilus me explicó que hoy día el signo del «hijo de la perdición» contamina todas las cosas, que relumbra incluso en los símbolos de los ornamentos eclesiásticos y en los manuscritos del gran icono que se halla detrás del altar de la iglesia de la ermita.

Sentí como miedo. Ya era casi media noche. La mirada, la voz, los gestos casi automáticos, todo lo que hacía Nilus, me daban la sensación de que andábamos al borde de un precipicio y que en cualquier momento su razón podía desintegrarse en la locura[54].

Más adelante, Du Chayla nos cuenta que, cuando se publicó la edición de 1911 de su libro, Nilus envió a los patriarcas orientales, al Santo Sínodo y al Papa una epístola en la cual exhortaba a la convocatoria de un concilio ecuménico que se encargaría de la misión de elaborar medidas comunes en defensa de la cristiandad, dada la inminencia de la venida del Anticristo. Y empezó a predicar sobre el mismo tema a los monjes de Optina Pustyn con tanta eficacia que se le pidió que se marchara del monasterio para siempre.

Es evidente, pues, que Nilus creía verdaderamente en la conspiración judía mundial. Sin embargo, con esa curiosa

capacidad para pensar de dos formas a la vez que es tan característica de los fanáticos, a veces estaba dispuesto a reconocer que los propios *Protocolos* podrían ser espúreos. Un día de 1909, Du Chayla le preguntó si no era posible que hubieran engañado a Rachkovsky, y que Nilus estuviera trabajando con una falsificación. Nilus replicó:

> ¿Sabe usted cuál es mi cita favorita de San Pablo?: «El poder de Dios actúa por conducto de la debilidad humana». Reconozcamos que los *Protocolos* son espúreos. Pero ¿no puede Dios utilizarlos para desenmascarar la iniquidad que se está preparando? ¿No hizo profecías el asno de Balaam? ¿No puede Dios, en aras de nuestra fe, convertir los huesos de un perro en reliquias que obran milagros? ¡De igual modo puede poner el anuncio de la verdad en una boca mentirosa![55].

Una mujer, también vecina de Nilus, dejó asimismo constancia de sus recuerdos. El 1 de junio de 1934, cuando estaban en marcha los preparativos para el juicio de Berna, María Dmitrievna Kashkina, nacida condesa Buturlin, hizo una declaración que no se ha publicado hasta ahora, pero que desde luego merece publicarse, y no sólo por la luz que arroja sobre la personalidad de Serguéi Nilus. Quienquiera que investigue el mundo de los *Protocolos* debe sentirse sofocado a veces por los efluvios de superstición, credulidad y brujería que desprenden. Está bien recordar, por una vez, que incluso en la Rusia zarista había gente –y no intelectuales urbanos, sino gente del campo, terratenientes y campesinos– capaz de un sano escepticismo y de distinguir a los locos y a los sinvergüenzas cuando los veían. Las partes más relevantes de la declaración citada dicen lo siguiente:

> En 1905 me casé con Kashkin, propietario de una finca en el distrito de Kozelsk de la gobernación de Kaluga... Nuestra finca se hallaba a unos cuatro kilómetros de Optina Pustyn; el monasterio se había edificado en tierras donadas por los antepasados de mi marido... Conocí a Nilus poco después de llegar a la finca y seguí tratándole todos los años que seguí viviendo allí... Durante todo aquel tiempo vivió en el monasterio... Se sabía que era escritor; en cuanto conocía a alguien, le daba un ejemplar de su libro *Lo grande en lo pequeño.* El abad era el archimandrita Jenofonte, hombre bueno y honrado, pero

sin ninguna formación. Se sentía impresionado por Nilus, y todavía más impresionado cuando Nilus prometió dedicarle la historia del monasterio, que estaba preparando; a partir de entonces, Jenofonte se derritió literalmente, y abrió a Nilus todos sus archivos. Y no sólo le permitió utilizar los archivos, sino que muchas veces hasta le regalaba los documentos... Mi marido se enteró y se indignó. «Nilus va a saquear todo el archivo», solía decir... En general, mi marido consideraba que Nilus era un personaje marrullero y turbio, a quien se debería vigilar de cerca. Naturalmente, aquella opinión no se debía al amor de Nilus por los documentos de los archivos, sino a cosas mucho peores.

Debe decirse que en aquella época Optina Pastyn era un centro de «idiotas santos» de todo género. Entre ellos destacaba Mitya Kozelsky, «el Descalzo»... De oficio carnicero, procedía de la ciudad de Kozelsk... Era un tipo alto y fuerte, pero apenas sabía pronunciar las palabras de modo reconocible. Era un auténtico idiota; resultaba imposible comprender lo que decía. Sin embargo, tenía la reputación de saber cómo expulsar a los demonios... Sus métodos... eran más que peculiares: daba de puñetazos a sus pacientes, sobre todo en el estómago, los metía en barricas, y así. La gente decía que a veces sus imprecaciones daban resultado. Se hizo famoso después de curar a la viuda de un rico comerciante, creo recordar que se llamaba Ivanova y que era de Moscú. Mitya diagnosticó que llevaba siete diablos en el cuerpo, y con sus métodos los expulsó a todos. La viuda, agradecida, se casó con él. Era muy rica. Ahora Mitya iba lavado y vestido y tenía caballos propios. Recuerdo vívidamente haberlo visto repantigado en su carruaje, con las piernas estiradas, con todo el aire de un conquistador...

Nilus frecuentaba aquellos círculos... Su propia vida privada era objeto de muchos comentarios. En una casita junto al monasterio y perteneciente a éste vivían con él, además de su esposa, *née* Ozerova, su primera mujer, de la que ahora estaba oficialmente divorciado, y a veces también otra mujer, siempre enferma, con una niña de once o doce años. Se decía que ésta era hija de Nilus. En el círculo que rodeaba a Nilus la utilizaban como médium en sesiones espiritistas. Cuando se iba su madre, ella se quedaba con Nilus... A veces se los veía salir de paseo todos juntos. Nilus iba en medio, con su larga barba blanca, y por lo general iba vestido con una camisa blanca de campesino, y de cinturón utilizaba un cordón de fraile. A ambos lados iban sus dos esposas, la primera y la segunda, como si fueran su público, que le miraban a los ojos y estaban pendientes de cada una de sus palabras. La niña y su madre iban unos pasos atrás. Cuando llegaban al bosque se sentaban bajo los árboles. Ozerova se ponía a dibujar algo; no tenía mucha capacidad artística. La primera

mujer... hacía algo de costura. El propio Nilus se tendía y raras veces decía una palabra.

Me dijeron que la paz reinante en la familia de Nilus no había existido siempre, que al principio, al comienzo de su matrimonio, Ozerova había tratado de rebelarse. Hubo escenas, en particular algo en relación con la niña. Pero Ozerova cedió pronto... A Nilus no le costaba ningún trabajo controlarla... Toda la familia vivía de la pensión de ella...

Nilus se movía entre los extraños seres que se amontonaban en torno al monasterio... En particular, se ocupó mucho de cultivar a Mitya Kozelsky, a quien trató de presentar en las esferas más altas de la sociedad. En su calidad de marido de Ozerova, Nilus tenía relaciones con la corte imperial... y las utilizó para hacer que Mitya progresara. Uno de los amigos de Nilus en el monasterio era un monje llamado Daniel, personalidad bastante dudosa, pero buen pintor. Sin duda con el conocimiento de Nilus, y quizá por instigación suya, aquel Daniel pintó un cuadro. En él se veía al Zar, la Zarina y su hijo envueltos en nubes y apoyados en ellas... Las nubes estaban llenas de diablos con cuernos, colas y pezuñas, todos los cuales trataban de agarrar al Zarevich, y le alargaban los brazos y le sacaban la lengua. Pero en medio de aquella multitud de diablos avanzaba a paso firme Mitya Kalyada[56], el combatiente intrépido contra las potencias satánicas, que llegaba a salvar al hijo del Zar... Con ayuda de Nilus se envió este lienzo a San Petersburgo. Es de suponer el tipo de publicidad que Nilus debe haberle hecho allí a Mitya. En todo caso, Mitya se vio llamado a San Petersburgo y presentado al Zar y la Zarina. Nilus fue con él para interpretar los sonidos incomprensibles que emitía. Ya se había preparado anteriormente esa capacidad. Mitya viajó en primera clase.

Cabe imaginar la impresión que creó aquel viaje de Mitya en la población local. Ésta, en especial los campesinos, no estimaba mucho a los monjes. Quienes veían a los monjes de cerca, sabían que en sus vidas no había mucha cabida para la santidad: a poca distancia del monasterio había toda una aldea poblada por «los pecados de los monjes». La población local desconfiaba especialmente de todos aquellos «mendigos sagrados» y «locos de Dios»; los consideraban, con raras excepciones, una partida de vagos y de charlatanes. Y de pronto resultaba que el Zar le había hecho una invitación a aquel charlatán de Mitya. Yo misma oí cómo algunos de los campesinos más sólidos y reflexivos expresaban su confusión: «¿Qué significa esto?», decían. «¿No comprende el Zar? ¿O se está riendo de nosotros?».

También los terratenientes y los funcionarios locales estaban escandalizados. Recuerdo que tuve una charla con Rachmaninov, el

> jefe de la policía local... Me mostró telegramas del ministro en los que éste le pedía que le diera a Mitya toda la asistencia posible, que le consiguiera un compartimento de primera clase en el tren, especial, y todo eso. Naturalmente, hizo lo que le decían, pero no se molestó en ocultar su malestar. Mi marido culpaba directamente a Nilus del viaje de Mitya. No titubeaba en calificarlo de aventurero y de charlatán. Aquel asunto fue un golpe al prestigio del Zar, y mi marido consideraba que Nilus era el único responsable[57].

Los relatos bastante desapasionados de Du Chayla y Mme. Kashkina pueden confrontarse con una biografía de Nilus publicada en Yugoslavia en 1936. El autor de este libro, que es el príncipe N. D. Zhevajov, era un ferviente admirador de Nilus; a sus ojos, los *Protocolos* eran sin duda alguna

> producto de un judío que escribía al dictado del Diablo, que le reveló los métodos para destruir los estados cristianos y el secreto de cómo conquistar el mundo entero[58].

Por eso es tanto más significativo que los datos biográficos que aporta coincidan casi exactamente con los de Du Chayla. Además, gracias a él descubrimos qué planes abrigaba Nilus mientras registraba los archivos monásticos. Uno de los éxitos de Nilus fue la edición del diario de un ermitaño, que, según Zhevajov,

> describía el más allá con un realismo extraordinario. Así, habla de un muchacho maldito por su madre, a quien después unos poderes desconocidos levantaron por el espacio sin aire por encima de la Tierra, donde vivió cuarenta días la vida de los espíritus, mezclándose con ellos y sometido a sus leyes... En resumen, este diario tenía un valor excepcional, era un verdadero manual de santidad[59].

Zhevajov habla también de los últimos años de Nilus, en una época en que ya no sabían nada de él Du Chayla ni Mme. Kashkina, y en que, sin que él lo supiera, su edición de los *Protocolos* se estaba publicando en todo el mundo. Parece que después de marcharse de Optina Pustyn, Nilus vivió en las fincas de varios amigos. Resulta curioso observar que durante unos seis años después del golpe de Estado bolchevique – mientras Rusia vivía en las convulsiones de la Revolución y la

guerra civil, el terror, el contraterror y el hambre– Nilus y Ozerova vivían tranquilamente en algún punto del sur de Rusia, en una casa que compartían con un antiguo ermitaño llamado Serafín, que tenía una capilla siempre llena de docenas de peregrinos. Es cierto que, según las cartas de Nilus, en 1921 llegó un pelotón del Ejército Rojo, al mando de un bandido local, con la intención de matar a los dos santones; pero incluso entonces, se nos dice, se salvaron gracias a un vigilante nocturno misterioso y milagroso que desapareció en el aire en cuanto le dieron un golpe. El jefe del pelotón se quedó paralizado inmediatamente y Serafín fue el único que logró curarlo.

Pero las autoridades bolcheviques, tras derrotar a los «blancos» y liquidar a sus adversarios políticos, no iban a verse permanentemente derrotadas por un vigilante nocturno que desaparecía. Acabaron por desahuciar a Nilus y todos sus compañeros. Tras unos años de vagabundeo y dos breves estancias en la cárcel, en 1924 y 1927, Nilus murió de un ataque cardíaco, a los 68 años de edad, el día de Año Nuevo de 1930.

Por los documentos Freyenwald de la Biblioteca Wiener, de Londres, se ha podido saber qué fue de algunas de las personas más próximas a Nilus. Según una nota manuscrita del derechista ruso a quien se conocía como «Markov II», a Ozerova la detuvieron en las grandes purgas de 1937 y la deportaron a la península de Kola, en el océano Ártico, donde murió de hambre y frío el año siguiente. También existe mucha correspondencia de un hijo de Nilus y relativa a él. Serguéi Sergueievich Nilus, que era ciudadano polaco y es de suponer que habido por Nilus de su primera mujer, se puso a disposición de los nazis cuando éstos preparaban su recurso contra el fallo del tribunal de Berna, en 1935. Merece la pena citar una carta que escribió a Rosenberg desde Polonia en marzo de 1940:

> Soy el único hijo de S. A. Nilus, el descubridor de los *Protocolos de los Sabios de Sion*... No puedo ni debo permanecer indiferente en estos tiempos en que el destino de todo el mundo ario está en juego. Creo que la victoria de ese genio que es el Führer liberará también a

> mi pobre país, y creo que puedo contribuir a ello desde cualquier puesto. Tras la brillante victoria del poderoso ejército alemán... he hecho todo lo posible por ganarme el derecho a participar activamente en la liquidación del veneno judío...[60].

Parece adecuado cerrar nuestro estudio de Serguéi Alexandrovich Nilus con esta nota.

3

No cabe duda de que Rachkovsky y Nilus intervinieron en la intriga contra Philippe, e incluso es posible que conspirasen a fin de utilizar los *Protocolos* para su objetivo común. Ello ha llevado a la hipótesis, que aparece en varias de las obras sobre los *Protocolos,* de que la falsificación se realizó con el fin expreso de influir en el zar en contra de Philippe. Pero esta teoría no es plausible. Philippe era martinista y curandero, de modo que si los *Protocolos* se falsificaron para ayudar a Nilus en su enfrentamiento con Philippe, deberían contener por lo menos alguna sugerencia de que el martinismo y/o la curandería formaban parte de la conspiración judía. De hecho contienen casi cualquier cosa menos ésa, desde ataques a la banca y a la prensa hasta las guerras internacionales y los ferrocarriles subterráneos. Una cosa es utilizar una falsificación ya existente –y, desde luego, Rachkovsky no era meticuloso en su elección de armas–, y otra muy distinta falsificar todo un libro que no tiene casi nada que ver con la tarea de la que se trata. ¿Podría incluso el tortuoso Rachkovsky haber ido tan lejos?

Así pues, merece la pena buscar los posibles datos sobre la existencia de los *Protocolos* antes de 1902. De hecho, son muchos los que existen, algunos de ellos procedentes de refugiados rusos «blancos», pero que no por eso dejan de merecer la pena. En primer lugar, existe una declaración jurada de Filip Petrovich Stepanov, antiguo procurador del Sínodo Eclesiástico de Moscú, chambelán de la corte y consejero privado, prestada en Stary Futog, Yugoslavia, el 17 de abril de 1927. Dice lo siguiente:

> En 1895, el mayor retirado Alexei Sujotin, vecino mío en la gobernación de Tula, me dio un ejemplar manuscrito de los *Protocolos de los Sabios de Sion.* Me dijo que una dama conocida suya, cuyo nombre no citó, había encontrado ese ejemplar cuando vivía en París en casa de una amistad judía, y que antes de salir de París había traducido en secreto el manuscrito y se lo había traído a Rusia, donde se lo había dado a Sujotin.
>
> Lo primero que hice fue reproducir la traducción con pasta de hectógrafo, pero como me resultaba difícil leerlo, decidí hacer que se imprimiera sin mencionar fecha, lugar ni editor. En todo ello conté con la ayuda de Arkadi Ippolitovich Kelepovsky, que era a la sazón jefe de la casa del gran duque Serguéi. Hizo que el documento se imprimiera en la imprenta del distrito. Esto ocurrió en 1897. Serguéi Nilus insertó estos *Protocolos* en su obra, y añadió sus propios comentarios[61].

Salvo la referencia de pasada a la «amistad judía» de la dama, este documento parece totalmente inútil como propaganda, de forma que probablemente Stepanov trataba de contar la verdad tal como él la recordaba, si bien debe reconocerse que habían pasado treinta años. Da la casualidad de que hay, o había, pruebas muy sólidas que corroboraban su declaración. Aunque no se conoce ningún ejemplar impreso del libro de Stepanov, en 1934, el año del juicio de Berna, todavía existía un ejemplar de la copia hectográfica. En aquella época se encontraba en la Colección Pashukanis de la Biblioteca Lenin de Moscú, y las autoridades soviéticas enviaron al tribunal de Berna una fotocopia de cuatro páginas. La cubierta no lleva título, pero el finado Boris Nicolaevsky quedó convencido, tras una cuidadosa inspección, de que efectivamente era la copia hectográfica de Stepanov[62]. La copia se hizo a partir de un documento escrito a mano en ruso, con el título de *Protocolos antiguos y modernos de las reuniones de los Sabios de Sion.* Por desgracia, ya no se puede inspeccionar: dos años de asiduas investigaciones en la Biblioteca Lenin no sirvieron más que para constatar que no se puede encontrar ningún manuscrito de esas características; pero la Biblioteca Wiener posee una traducción al alemán de los extractos enviados a Berna. Esa traducción revela que el texto debe haber sido prácticamente idéntico al que más tarde

editó Nilus, que establece directa o indirectamente la base de casi todas las ediciones ulteriores en todo el mundo.

Entre los rusos «blancos» también existía una firme tradición sobre la identidad de la dama que se llevó el documento escrito a mano en ruso de París y se lo dio a Sujotin. Se decía que era Yuliana (o, en Francia, Justine) Glinka[63]. También de ella se saben muchas cosas, y también en su caso todos los datos encajan. Yuliana Dmitrievna Glinka (1844-1918) era la hija de un diplomático ruso que acabó su carrera de embajador en Lisboa. Ella llegó a dama de honor de la emperatriz María Alexandrovna, y pasó gran parte de su vida con gran lujo en San Petersburgo, donde tenía relaciones con los espiritistas del grupo de Mme. Blavatsky[64], para ayudar a los cuales llegó a dilapidar su fortuna Pero había en su vida otro aspecto más siniestro. En París, en 1881-1882, probó suerte en el juego que más tarde practicaría Rachkovsky de forma tan brillante: el de vigilar y denunciar a los terroristas rusos en el exilio. El general Orzheyevsky, que era una figura destacada de la policía secreta y llegó a subsecretario de Asuntos Internos, era amigo suyo desde la infancia, y a él le enviaba sus informes secretos. Pero en realidad no estaba dotada para estas tareas, se peleaba constantemente con el embajador ruso, y acabó desenmascarada en el periódico izquierdista *Le Radical.*

Glinka siguió pasando gran parte de su tiempo en París hasta que, en una visita a San Petersburgo hacia 1895, se encontró con que había perdido el favor imperial. El zar se había sentido muy ofendido por una serie de libros que había publicado en París Juliette Adam, gran amiga de Glinka, que contenían todo género de rumores y revelaciones sobre la corte rusa. Con razón o sin ella, sospechó que Glinka había sido cómplice en el asunto y la exilió a su finca de la gobernación de Orel, limítrofe con la gobernación de Tula. El protector natural de una Glinka en apuros fue el mariscal de la nobleza del distrito, Alexei Sujotin, la misma persona de la que Stepanov decía haber recibido los *Protocolos*[65].

El exilio de Glinka fue pasajero, y unos años después volvía a estar cómodamente instalada en San Petersburgo. A juzgar por un artículo publicado por el periódico derechista de San

Petersburgo *Novoe Vremya,* el 7 de abril de 1902, es posible que adoptara una actitud posesiva con respecto a los *Protocolos.* El conocido periodista M. Menshikov informaba de que una dama de la sociedad lo había invitado a su casa para que viese un documento de gran importancia. En un elegante apartamento (en París Glinka era conocida por su estupenda colección de pintura), y en perfecto francés, la dama le había comunicado que estaba en contacto directo con el mundo de ultratumba, y procedió a iniciarlo en los secretos de la teosofía (Glinka era discípula de Mme. Blavatsky). Por último, le inició en los misterios de los *Protocolos.* En los últimos años, le explicó, el manuscrito original francés se guardaba en Niza, que desde hacía mucho tiempo era la capital secreta de los judíos; pero lo había robado un periodista francés que se lo había pasado a ella. A toda prisa, ella había traducido pasajes del francés al ruso. Menshikov echó un vistazo a los *Protocolos* y advirtió inmediatamente que se trataba de una falsificación de tipo muy corriente. Añade que en San Petersburgo había varios ejemplares más, uno de ellos en posesión de un periodista, es de suponer que Krushevan, dado que su *Znamya* publicó los *Protocolos* al año siguiente.

Existen, pues, motivos razonables para creer que Yuliana Glinka y Filip Stepanov tuvieron efectivamente participación en la primera publicación de los *Protocolos.* En cuanto a la fecha, los datos internos sugieren que al decir que recibió los *Protocolos* en 1895 y los publicó en 1897, Stepanov no erraba más allá de lo que es de esperar al cabo de treinta años. Por ejemplo, existe la observación, al final del decimosexto «protocolo», de que como parte del programa encaminado a idiotizar a los gentiles, Bourgeois, uno de los agentes de los Sabios, propugna un curso de enseñanza por imágenes. Se trata de Léon Bourgeois, figura muy sospechosa a ojos de la derecha francesa desde que, como primer ministro en 1895-1896, incluyó en su gabinete a nueve masones. De 1890 a 1896 defendió a menudo un método de enseñanza por imágenes, y en 1897 se reeditaron sus discursos en un libro titulado *L'éducation de la démocratie francaise;* en 1898, como ministro de Educación, promulgó varios decretos al respecto. Una

alusión parecida en el mismo sentido es el pasaje del décimo «protocolo», en el que los Sabios recomiendan la elección de presidentes que tengan en su pasado algún asunto «Panamá». Casi no cabe duda de que es una alusión a Émile Loubet, que era primer ministro de Francia cuando llegó a su apogeo el escándalo de Panamá, en 1892. Aunque desde luego no estuvo implicado en el escándalo en sí, Loubet no dio muestras de grandes deseos de iniciar investigaciones contra quienes sí lo estaban, y eso le hizo sospechoso. En 1895 Loubet fue elegido presidente del Senado, lo cual lo convirtió en candidato a la Presidencia de la República, y en 1899 salió elegido presidente de la misma. El pasaje de los *Protocolos* podía inspirarse en cualquiera de las dos cosas.

En cuanto al ferrocarril subterráneo de París, el *Métro,* los planes de construirlo se anunciaron en 1894, pero el municipio no dio la concesión hasta 1897, y la primera línea se abrió en 1900. Dada la amenaza contenida en los *Protocolos* de volar las capitales a partir de los ferrocarriles subterráneos, merece la pena señalar que en 1897 *La Libre Parole,* de Drumont, lamentaba el número de accionistas judíos que tenía el *Métro.* Además, fue en 1896 cuando Serguéi Witte, ministro ruso de Hacienda, propuso por primera vez la introducción del patrón oro en Rusia, en lugar del patrón oro-plata en vigor hasta entonces (de hecho se introdujo en 1897). También esto figura en los *Protocolos:* en el «protocolo» número 20 existe la observación de que el patrón oro ha perjudicado a todos los estados que lo han adoptado. Pero, por encima de todo, está el título de la falsificación en sí. Cabría esperar normalmente que los misteriosos gobernantes se llamaran «Sabios del Judaísmo», o «Sabios de Israel». Debe haber algún motivo para que lleven el absurdo nombre de «Sabios de Sion», y de hecho hay uno muy plausible. Como ya hemos visto, los antisemitas interpretaron el Primer Congreso Sionista de Basilea como un gigantesco paso adelante hacia la dominación del mundo por los judíos. Incontables ediciones de los *Protocolos* han relacionado este documento con el congreso, y parece muy probable que aquel acontecimiento inspirase la falsificación en sí, o por lo menos su título. El congreso se celebró en 1897.

En total, es prácticamente indudable que los *Protocolos* se urdieron en alguna fecha comprendida entre 1894 y 1899, y probabilísimo que fuera en 1897 o 1898. El país de origen, sin duda, fue Francia, como revelan las múltiples alusiones a asuntos franceses. Cabe suponer que el lugar exacto fuera París, e incluso es posible una mayor exactitud: uno de los ejemplares del libro de Joly existentes en la Bibliothéque Nationale está señalado en partes que corresponden asombrosamente a lo copiado en los *Protocolos.* De forma que el trabajo se hizo en medio del caso Dreyfuss, en una fecha que cae entre la detención de Alfred Dreyfuss en 1894 y su indulto en 1899, probablemente en el punto álgido del gran debate que tan acerbamente dividió a Francia. Y, sin embargo, la falsificación es claramente obra de un ruso y está destinada a la derecha rusa. ¿Cabe, pues, la seguridad de que fuera hecha a instancias del jefe de la Ojrana en París, el siniestro Rachkovsky?

Como ya hemos visto, existen motivos muy sólidos para creerlo, y sin embargo, la cuestión no es tan sencilla como parece. El jefe y protector político de Rachkovsky era Serguéi Witte, el todopoderoso ministro de Hacienda, y los enemigos de Rachkovsky eran también los enemigos de Witte, y no cabe duda de que los enemigos de Witte tuvieron algo que ver con los *Protocolos.* Cuando éste llegó al poder, en 1892, reanudó la tarea iniciada por Pedro el Grande y muy descuidada por los gobernantes siguientes: la transformación de una Rusia atrasada en un país tan moderno como los de Europa occidental. En el decenio siguiente, la producción de carbón y de hierro y acero aumentó en más del 200%; la construcción de ferrocarriles, que en aquellos años era el índice más seguro de desarrollo industrial, avanzó a un ritmo alcanzado sólo en otro país, los Estados Unidos. Pero aquel rápido desarrollo económico trajo consigo graves desventajas para las clases cuya riqueza estaba vinculada al orden agrario tradicional, y en esos círculos se detestaba a Witte. Además, en 1898 hubo una grave recesión que causó grandes pérdidas incluso a quienes más se habían beneficiado con la expansión económica. Witte estaba sometido a grandes presiones para

recurrir a la inflación, aunque ello significara abandonar el patrón oro, recién adoptado. Se resistió, y su impopularidad se hizo todavía mayor.

Los *Protocolos* tienen todo el aspecto de un arma a utilizar en la campaña contra Witte. En ellos se dice que los Sabios utilizan las depresiones económicas como medio para obtener el control de todo el dinero y de fomentar la intranquilidad en el proletariado; y como ya hemos visto, también se dice que el patrón oro perjudica a los países que lo adoptan. Además, si se compara el *Diálogo en el Infierno* con los *Protocolos,* se advierte que las únicas reflexiones económicas y financieras que se han mantenido del libro de Joly son las aplicables a la evolución de los acontecimientos en Rusia bajo Witte. La intención parece obvia: se trata de presentarle como instrumento en manos de los Sabios de Sion.

Los *Protocolos* no son la única obra propagandística orientada simultáneamente contra los judíos y contra Witte. Existe un documento todavía más extraño, titulado *Tayna Yevreystva* (El secreto de la judería)[66] que lleva fecha de febrero de 1895 y que parece como un primer ensayo torpe de los *Protocolos. Tayna Yevreystva* salió a la luz cuando, conforme a las órdenes de Stolypin, ministro del Interior, en el primer año del siglo XX, se examinaron a fondo los archivos de la policía en busca de pruebas acerca del origen de los *Protocolos.* Se trata de un ensayo ridículo acerca de una religión secreta imaginaria que, tras ser la de los esenios en época de Jesús, se supone que es ahora la de los gobernantes desconocidos del judaísmo. Pero coincide con los *Protocolos* en advertirnos de que el gobierno secreto judío trata ahora de transformar a Rusia, que pasaría de ser un país agrario y semifeudal, a convertirse en un Estado moderno con una economía capitalista y una clase media liberal.

> Ya en el Occidente, el último factor económico, el capitalismo, ha servido de arma a la masonería, y ahora los judíos se han apropiado diestramente de ese arma. Naturalmente, se ha decidido emplear la misma arma en Rusia, donde la autocracia se basa totalmente en el apoyo de la aristocracia terrateniente, mientras que la burguesía, hija del capitalismo, adopta una actitud benévola hacia el

liberalismo revolucionario[67].

Y al igual que los *Protocolos, Tayna Yevreystva* contiene un ataque al patrón oro, la innovación de Witte.

Según una tradición rusa «blanca», Yuliana Glinka envió esta extraordinaria obra a su amigo el general Orzheyevsky, que se la pasó al comandante de la Guardia Imperial, el general Cherevin, quien debía pasársela al zar, pero no lo hizo. Y poca duda cabe de que los *Protocolos* también estaban destinados a que los leyera el zar, por un motivo muy concreto. En comparación con Alejandro III, su formidable padre, Nicolás II era un hombre pacífico y amable que en los primeros años de su reinado había mostrado renuencia a perseguir a nadie –ni siquiera a los judíos–, y que además había manifestado una cierta disposición a permitir que Rusia se modernizara, e incluso quizá se liberalizara algo. A los ultrarreaccionarios les interesaba mucho curar al zar de aquellos aspectos tan desconcertantes, y la forma en que trataron de lograrlo fue persuadirlo de que los judíos formaban una conspiración mortífera empeñada en socavar los fundamentos de la sociedad rusa y del cristianismo ortodoxo; y de que el instrumento escogido por los judíos era Witte, el gran modernizador.

A fin de cuentas, ¿quién falsificó los *Protocolos?* Boris Nicolaevsky y Henri Rollin han aducido que gran parte de los *Protocolos* podría proceder del eminente fisiólogo y periodista político conocido por el nombre de Ilya Tsion en Rusia, y por el de Elie de Cyon en Francia[68]. Desde luego, De Cyon era un adversario fanático de Witte, y muchos pasajes de sus escritos políticos se parecen a las partes de los *Protocolos* que van en contra de la política de Witte. Incluso compuso uno de sus ataques a Witte exactamente por el mismo método empleado en los *Protocolos,* esto es, mediante la adaptación de una sátira francesa contra un estadista muerto hacía mucho tiempo, sin cambiar más que los nombres. Además, era un expatriado ruso que vivía en París y pertenecía al círculo de Juliette Adam, que a su vez era muy amiga de Yuliana Glinka. Pero debe formularse una importante reserva: si De Cyon es efectivamente el falsificador, lo que falsificó no pueden ser los

Protocolos tal como hoy los conocemos.

Es inconcebible que una persona de la seriedad y el calibre intelectual de De Cyon se hundiera tan bajo como para escribir una burda superchería antisemita. Además, él mismo era de origen judío, y aunque se convirtió al cristianismo, nunca se volvió en contra de los judíos. En su libro *La Russie Contemporaine* (1892) da muestras de una simpatía activa por los judíos rusos perseguidos, pide que se les dé igualdad de oportunidades y lanza un duro ataque contra los propagandistas antisemitas y los pogromos. Si es que efectivamente De Cyon tuvo que ver con el montaje que conocemos por el nombre de los *Protocolos,* entonces alguien debe haberse apropiado de su obra y haberla transformado, mediante la sustitución del ministro ruso de Hacienda por los Sabios de Sion.

Y así volvemos a Rachkovsky. En 1897 Rachkovsky y sus hombres, por orden de Witte, robaron en el chalet de De Cyon en Territet, Suiza, y se llevaron muchos documentos. Buscaban escritos en contra de Witte, y es muy posible que encontrasen una adaptación del libro de Joly. Sigue resultando bastante extraño que Rachkovsky, el fiel servidor de Witte, propagase un documento que, incluso transformado, sigue estando orientado sobre todo en contra de la política de su jefe. ¿Se proponía, quizá, que el libro se atribuyera en general a De Cyon? Una maniobra así serviría para dos cosas: los antisemitas podrían decir que alguien cuyo propio origen era judío había desenmascarado la conspiración judía mundial, De Cyon se vería terriblemente mortificado, y al mismo tiempo no podría defenderse. Y cuando se recuerda que en Rusia a De Cyon lo llamaban Tsion –equivalente a Sion–, el título de los *Protocolos* adquiere un significado adicional como chiste en clave y malintencionado. Todo ello parecería encajar perfectamente con el estilo de Rachkovsky.

En total, la hipótesis más probable es que la sátira de Joly contra Napoleón III la transformó De Cyon en una sátira contra Witte, que después se transformó, bajo la orientación de Rachkovsky, en los *Protocolos de los Sabios de Sion.* Pero quedan algunos misterios, y es poco probable que se puedan

aclarar ya. Los archivos de la Ojrana que se hallan en la Institución Hoover, de la Universidad de Stanford, no revelan nada, y los archivos privados de Rachkovsky de París (perdidos hoy día) tampoco revelaron nada cuando los inspeccionó Boris Nicolaevsky en el decenio de 1930. Han desaparecido los documentos de De Cyon que su esposa mantuvo en París hasta la Segunda Guerra Mundial. Además, existe el enigma de *Tayna Yevreystva,* que difícilmente cabe atribuir a De Cyon ni a Rachkovsky. Y ahí hemos de dejar las cosas, hasta que algún especialista en el decenio de 1890 disponga de suficiente tiempo y energía.

En cuanto a los primeros editores de los *Protocolos,* la comparación con los fragmentos del hectógrafo que se hallan en la Biblioteca Wiener demuestra que la versión de Nilus es la que más se aproxima al original, aunque no fuese la primera publicada. De hecho, Serguéi Nilus es la figura clave en el lanzamiento de la falsificación. Lo que sigue sin saberse, igual que muchas otras cosas, es cómo llegó a sus manos. Él mismo decía, en el prefacio de la edición de 1917 de su libro, que en 1901 le había dado un ejemplar Sujotin, mientras que una carta del hijo de Filip Stepanov, actualmente en la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener, dice que se trata de una confusión y que fue Stepanov. En todo caso, es cierto que en 1901 Nilus vivía bastante cerca de las fincas de Sujotin, Stepanov y Glinka. Pero, como ya hemos visto, también hay buenos motivos para creer que Rachkovsky tuvo algún contacto con Nilus o con el ejemplar de los *Protocolos* de Nilus.

Una vez tras otra, cuando se trata de desenmarañar la historia inicial de los *Protocolos,* se tropieza con ambigüedades, incertidumbres, enigmas. No hay por qué tomarlos muy en serio. Lo que era necesario era echar un vistazo a ese extraño mundo desaparecido en el que nacieron los *Protocolos:* el mundo de agentes contrarrevolucionarios y seudomísticos que florecía en los años de decadencia del imperio del zar.

Pero lo que es de verdad importante de los *Protocolos* es la gran influencia que han tenido –increíble, pero también indiscutiblemente– en la historia del siglo XX.

39. La Ojrana se fundó por decreto imperial tras el asesinato de Alejandro II, en 1881, para «proteger el orden público y la seguridad» (*Ojrana* significa «protección» en ruso). Anteriormente, el principal órgano de la policía secreta había sido la Tercera Sección de la Cancillería Imperial, fundada tras la revuelta decembrista de 1825. La Ojrana tenía secciones en todas las ciudades importantes de Rusia, además de un servicio exterior centralizado en París. Al igual que todas las demás fuerzas de la policía, la Ojrana dependía del Ministerio del Interior.

40. Se hicieron copias mimeografiadas del acta taquigráfica del proceso de Berna con el título de *Stenographisches Protokoll der Verbhandlungen... vor Richteramt 5 von Bern in Sachen Schweizerischer Israelitischer Gemeindebund und lsraelitische Kultusgemeinde Bern gegen die Gauleitung des Bundes National-Sozialistischer Eidgenossen sowie gegen Unbekannte.* Una de ellas se halla en la Biblioteca Wiener, Londres. Las declaraciones de Svatikov y Burtsev forman los elementos III y IV.

41. Papus, en *Echo de Paris,* número de 27 de octubre de 1901.

42. M. A. Taube, *La Politique russe d'avant guerre et la fin de l'Empire des tsars (1904-1917),* París, 1928, pág. 26.

43. Jehan-Préval, *Anarchie et Nihilisme,* París, 1892, págs. 202-207.

44. Véase pág. 120.

45. Las autoridades soviéticas enviaron a Berna, en la época del proceso, una fotocopia de este documento, que está en francés, y existe copia mecanografiada de la fotocopia en la Biblioteca Wiener, Londres (en el legajo «Russische Urkunden des Bemer Prozesses»).

46. Los sacerdotes de la Iglesia ortodoxa rusa están obligados a casarse.

47. A. Du Chayla, «Serge Alexandrovitch Nilus et les Protocols des Sages de Sion (1909-1920)», en *La Tribune Juive,* París, número de 14 de mayo de 1921, págs. 3-4.

48. En París.

49. Las autoridades soviéticas enviaron a Berna una fotocopia del informe del Comité de Censura. Existe una traducción al alemán en la Biblioteca Wiemer (legajo «Russische Urkunden des Berner Prozesses»).

50. Véase nota 6 de este capítulo.

51. En *La Tribune Juive, loc. cit.*

52. El mismo monje aparece, con un papel un tanto dudoso, en la relación de Mme. Kashkina. Véase *supra,* pág. 117.

53. Ozerova.

54. A. Du Chayla, en *La Tribune Juive,* págs. 3-4.

55. *Ibid.,* pág. 4.

56. El verdadero apellido de «Mitya Kozelsky», o Mitya el de Kozelsk, era Kalyada.

57. Este testimonio lo tomó el finado Boris Nicolaevsky en ruso en presencia de Mme. Kashkina, a quien después se lo leyó y lo aprobó hasta el último detalle. La transcripción en ruso se halla en la colección B. I. Nicolaevsky de la Institución Hoover, Universidad de Stanford, California.

58. N. D. Zhevajov, *Sergei Alexandrovich Nilus,* Novi Sad, 1936, pág. 11.

59. *Ibid.,* pág. 20.

60. La carta se halla en la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener.

61. Existe un facsímil de la declaración jurada en ruso en L. Fry, *Waters Flowing Eastward,* París, 1933, a partir de la pág. 100; una traducción al francés (con algunos errores) en L. Fry, *Le Juif notre maître,* París, 1931, págs. 95-96.

62. Comunicación privada al autor.

63. Cf. L. Fry, *Waters Flowing Eastwards,* págs. 87-89.

64. Yelena Petrovna Blavatsky (1831-1891), teósofa y médium espiritista rusa. En cierta época trató –en vano– de encontrar empleo en el servicio secreto ruso.

65. Existe en la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener una copia de una declaración, formulada el 31 de diciembre de 1936 por una prima de Alexei Sujotin. Dice que hacia 1895, cuando fue a visitar a su primo en la finca de éste, vio que estaban copiando el manuscrito de los *Protocolos* la hermana de Sujotin y otra señorita, a la que nombra y que en 1936 vivía en París. Esta declaración tendría poco valor en sí misma, pero sí sirve como dato de corroboración. Podría ser, incluso, que estuvieran retraduciendo al francés el texto ruso, pues el texto que Du Chay la dice haber visto en posesión de Nilus, escrito en mal francés por varias manos, no podía ser la versión original francesa; no hay pruebas de que esta última saliera jamás de Francia.

66. Texto en Yu. Delevsky, *Protokoly Sionskikh Mudretsov,* Berlín, 1923, págs. 138-158. Cf. Gwyer, *Portraits of Mean Men,* Londres, 1938.

67. Delevsky, *op. cit.,* pág. 155.

68. Nicolaevsky, en comunicación privada al autor; Henri Rollin, en *L'Apocalypse de notre temps.*

68
40
45
65
60
44
53
66
46
64
56
41
54
61
51
48
58
55
63
43
62
59
50

. El verdadero apellido de «Mitya Kozelsky», o Mitya el de Kozelsk, era Kalyada.

. *Ibid.,* pág. 4.

. A. Du Chayla, en *La Tribune Juive,* págs. 3-4.

. Ozerova.

. El mismo monje aparece, con un papel un tanto dudoso, en la relación de Mme. Kashkina. Véase *supra,* pág. 117.

. En *La Tribune Juive, loc. cit.*
67

. Véase nota 6 de este capítulo.

49

. La carta se halla en la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener.

. *Ibid.,* pág. 20.

. N. D. Zhevajov, *Sergei Alexandrovich Nilus,* Novi Sad, 1936, pág. 11.

. Este testimonio lo tomó el finado Boris Nicolaevsky en ruso en presencia de Mme. Kashkina, a quien después se lo leyó y lo aprobó hasta el último detalle. La transcripción en ruso se halla en la colección B. I. Nicolaevsky de la Institución Hoover, Universidad de Stanford, California.

. Texto en Yu. Delevsky, *Protokoly Sionskikh Mudretsov,* Berlín, 1923, págs. 138-158. Cf. Gwyer, *Portraits of Mean Men,* Londres, 1938.

. Existe en la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener una copia de una declaración, formulada el 31 de diciembre de 1936 por una prima de Alexei Sujotin. Dice que hacia 1895, cuando fue a visitar a su primo en la finca de éste, vio que estaban copiando el manuscrito de los *Protocolos* la hermana de Sujotin y otra señorita, a la que nombra y que en 1936 vivía en París. Esta declaración tendría poco valor en sí misma, pero sí sirve como dato de corroboración. Podría ser, incluso, que estuvieran retraduciendo al francés el texto ruso, pues el texto que Du Chay la dice haber visto en posesión de Nilus, escrito en mal francés por varias manos, no podía ser la versión original francesa; no hay pruebas de que esta última saliera jamás de Francia.

. Yelena Petrovna Blavatsky (1831-1891), teósofa y médium espiritista rusa. En cierta época trató –en vano– de encontrar empleo en el servicio secreto ruso.

. Cf. L. Fry, *Waters Flowing Eastwards,* págs. 87-89.

. Comunicación privada al autor.

. Existe un facsímil de la declaración jurada en ruso en L. Fry, *Waters Flowing Eastward,* París, 1933, a partir de la pág. 100; una traducción al francés (con algunos errores) en L. Fry, *Le Juif notre maître,* París, 1931, págs. 95-96.
39
57

. Nicolaevsky, en comunicación privada al autor; Henri Rollin, en *L'Apocalypse de notre temps.*

. Delevsky, *op. cit.,* pág. 155.
47

. Los sacerdotes de la Iglesia ortodoxa rusa están obligados a casarse.

. Las autoridades soviéticas enviaron a Berna, en la época del proceso, una fotocopia de este documento, que está en francés, y existe copia mecanografiada de la fotocopia en la Biblioteca Wiener, Londres (en el legajo «Russische Urkunden des Bemer Prozesses»).

. Véase pág. 120.

. Jehan-Préval, *Anarchie et Nihilisme,* París, 1892, págs. 202-207.

. M. A. Taube, *La Politique russe d'avant guerre et la fin de l'Empire des tsars (1904-1917),* París, 1928, pág. 26.

. Papus, en *Echo de Paris,* número de 27 de octubre de 1901.

. Se hicieron copias mimeografiadas del acta taquigráfica del proceso de Berna con el título de *Stenographisches Protokoll der Verbhandlungen... vor Richteramt 5 von Bern in Sachen Schweizerischer Israelitischer Gemeindebund und lsraelitische Kultusgemeinde Bern gegen die Gauleitung des Bundes National-Sozialistischer Eidgenossen sowie gegen Unbekannte.* Una de ellas se halla en la Biblioteca Wiener, Londres. Las declaraciones de Svatikov y Burtsev forman los elementos III y IV.

. La Ojrana se fundó por decreto imperial tras el asesinato de Alejandro II, en 1881, para «proteger el orden público y la seguridad» (*Ojrana* significa «protección» en ruso). Anteriormente, el principal órgano de la policía secreta había sido la Tercera Sección de la Cancillería Imperial, fundada tras la revuelta decembrista de 1825. La Ojrana tenía secciones en todas las ciudades importantes de Rusia, además de un servicio exterior centralizado en París. Al igual que todas las demás fuerzas de la policía, la Ojrana dependía del Ministerio del Interior.

. Las autoridades soviéticas enviaron a Berna una fotocopia del informe del Comité de Censura. Existe una traducción al alemán en la Biblioteca Wiemer (legajo «Russische Urkunden des Berner Prozesses»).

. En París.

. A. Du Chayla, «Serge Alexandrovitch Nilus et les Protocols des Sages de Sion (1909-1920)», en *La Tribune Juive,* París, número de 14 de mayo de 1921, págs. 3-4.

5. Los *Protocolos* en Rusia

1

Cualquiera que fuese el origen de los *Protocolos,* quienes los adoptaron, los conservaron y al final los lanzaron al mundo fueron los *pogromoshchiki,* los instigadores profesionales de pogromos. Y es que los centenares de matanzas locales de judíos que ocurrieron en Rusia entre 1881 y 1920 no fueron en absoluto estallidos espontáneos de furia popular: exigían una planificación a largo plazo, una organización cuidadosa y, sobre todo, una agitación intensiva. A veces esta labor la llevaba a cabo la policía, pero a veces intervenían particulares, sobre todo periodistas sin escrúpulos. Ésa fue la gente que hizo suyos los *Protocolos.*

La primera persona en publicarlos, Pavolachi Krushevan, era un *pogromoshchik* típico. Justo cuatro meses antes de que publicara los *Protocolos* en su periódico de San Petersburgo, *Znamya,* su otro periódico, *Besarabets,* logró provocar un pogromo en su provincia natal de Besarabia, en concreto, en la capital provincial, Kishinev, en la que se editaba el periódico. Unos viajeros irlandeses y norteamericanos que visitaron la ciudad justo después de la matanza describieron cómo lo había logrado[69]. Se encontraron con un país fértil y próspero en el que tradicionalmente las relaciones entre la masa de la población y la gran minoría judía habían sido muy buenas, tan buenas en realidad que en 1881-1883, cuando por todo el sur de Rusia se perpetraban pogromos, los campesinos de Besarabia se negaron a participar en ellos: «Si el Zar quiere que maten a judíos –decían– ya tiene su ejército. Pero nosotros no vamos a atacar a los judíos».

La situación no cambió hasta 1898, cuando Krushevan empezó a publicar su periódico local y a lanzar ataques fanáticos contra los judíos. Se formó un grupo de periodistas, funcionarios y otros profesionales que, orientados por Krushevan desde San Petersburgo, empezaron deliberadamente a preparar el camino a la matanza. En 1902, en Semana Santa

–que siempre era la época favorita para los pogromos–, Krushevan anunció que un muchacho cristiano hallado muerto en un pozo había sido víctima de un asesinato ritual judío. Aquella vez no tuvo éxito, pues en seguida se encontró al verdadero asesino, pero al año siguiente, el asesinato de un muchacho en Dubossary le permitió repetir la acusación, esta vez con éxito. También lanzó la noticia de que se había promulgado un *ucase* imperial por el cual se autorizaba a los cristianos a «ejecutar la justicia de sangre en los judíos durante los tres días de Pascua».

Pero no fue eso todo. En la preparación de la matanza, los hombres de Krushevan también utilizaron la fantasía, más moderna, de la conspiración judía mundial. Distribuyeron ejemplares del *Discurso del Rabino* y se dedicaron a explicarlo. Las falsedades que esparcían se advierten claramente por las expresiones del agitador Pronin, que era el principal representante de Krushevan en Kishinev. En la farsa de juicio que se celebró –en gran medida debido a la presión del extranjero– unos meses después de la matanza, aquel individuo dijo al prestar declaración que justo antes de la Pascua se había celebrado en la sinagoga de Kishinev una reunión de, judíos de todos los países. En la reunión se había decidido organizar una revuelta contra el gobierno, en vista de lo cual los judíos habían atacado a la población cristiana, que se había limitado a defenderse. Además, Pronin publicó en *Znamya* un artículo en el cual elogió a los atacantes como auténticos patriotas a los que únicamente les interesaba defender al zar y a la Santa Rusia contra una terrible conspiración internacional. Todo eso cuando en Kishinev no había habido ni un cristiano herido, pero habían muerto 45 judíos y centenares habían quedado heridos –casi todos ellos artesanos, miserablemente pobres y totalmente indefensos–, y unos 10.000 habían quedado privados de todo. Ése fue el clima en el que iniciaron su carrera pública los *Protocolos.*

Entre tanto, el combate por modernizar y liberalizar el régimen político ruso iba alcanzando una nueva intensidad. En especial en 1904-1905, en el contexto de la desastrosa guerra con el Japón, existía una presión abrumadora favorable a la

introducción de reformas fundamentales, y sobre todo al establecimiento de una asamblea nacional representativa, de la libertad de expresión y de garantías de libertad individual. Una huelga general a escala nacional, realizada en septiembre de 1905, obligó al gobierno a ceder, y en octubre el zar promulgó de mala gana un manifiesto en el que prometía una constitución basada en los principios del liberalismo moderno. Pero, huelga decirlo, esta evolución de las cosas no se produjo sin oposición. El propio zar estaba rodeado de influencias reaccionarias, en especial las de su madre, algunos de los grandes duques, Pobedonostsev, procurador del Santo Sínodo, y Trepov, gobernador general de San Petersburgo, por no mencionar a la Unión del Pueblo Ruso, más conocida popularmente como las Centurias Negras[70].

Una de las libertades reconocidas por el manifiesto de octubre del zar era la libertad de asociación, y quienes más velozmente la aprovecharon fueron los extremistas de derecha. El 4 de noviembre de 1905 fundaron la Unión del Pueblo Ruso en San Petersburgo un médico, A. Dubrovin, y un político, V. M. Purishkevich, que era la fuerza impulsora de la organización. Al igual que otros miembros de las Centurias Negras, como Krushevan y Butmi, Purishkevich procedía de Besarabia –de hecho, había realizado sus estudios en Kishinev– y su objetivo político era precisamente el mismo: combatir la liberalización de Rusia al presentarla como si fuera una conspiración judía, y organizar matanzas de judíos para demostrar cuán auténtica era esa conspiración. Empezaron a aparecer por pueblos y aldeas unas proclamas de las cuales es buen ejemplo el texto de la siguiente:

> Los esfuerzos por sustituir la autocracia del zar por derecho divino por una constitución y un parlamento están inspirados por esos chupasangres que son los judíos, los armenios y los polacos. ¡Cuidado con los judíos! Todos los males y todas las desgracias de este país tienen su origen en los judíos. ¡Abajo los traidores, abajo la constitución![71].

Y cuando nació la asamblea nacional –la Duma del Imperio–, la propaganda de las Centurias Negras se concentró en desacreditarla como instrumento en manos de los judíos.

Las elecciones de 1906 a la primera Duma, y las de 1907 a la segunda y la tercera Dumas, se vieron acompañadas de una lluvia de panfletos en los que se decía que la mayor parte de los candidatos eran judíos, que los partidos liberales estaban financiados por los judíos, y que los judíos estaban esclavizando a Rusia por medio de la Duma. Entre los panfletos publicados por las Centurias Negras para las elecciones hallaba su lugar adecuado la versión de Butmi de los *Protocolos, Los enemigos de la raza humana,* con cuatro ediciones en 1906-1907[72].

Incluso en el lamentable contexto de la vida política rusa, existía la opinión generalizada de que las Centurias Negras eran inadmisibles. Witte, por lo menos, no tenía dudas:

> Este partido es patriótico hasta lo más hondo de su alma... pero su patriotismo es primitivo, no se basa en la razón y la generosidad, sino en la pasión. Casi todos sus dirigentes son advenedizos políticos, gente con ideas y sentimientos impuros; no tienen una sola idea política viable, y concentran todos sus esfuerzos en desencadenar los impulsos más bajos posibles en las masas salvajes e incultas. Al abrigo del águila de dos cabezas, este partido sabe instigar los pogromos y las convulsiones más horribles, pero es incapaz de nada positivo. Representa un patriotismo salvaje y nihilista que se alimenta de la calumnia y el engaño, es un partido de una desesperación salvaje y cobarde, pero no deja margen para el pensamiento creador y penetrante. La mayor parte de sus miembros procede de las masas salvajes e ignorantes, sus dirigentes son unos villanos políticos, tiene simpatizantes secretos en los círculos de la corte y entre nobles con títulos de todo género, gente que busca la salvación en la ilegalidad y cuyo lema es: «Nada de nosotros por el pueblo, sino el pueblo por el bien de nuestros estómagos»... Y el zar sueña con restablecer la grandeza de Rusia con la ayuda de este partido. Pobre zar...[73].

Aquellos hombres eran, de hecho, verdaderos precursores de los nazis. Hay términos como el de «protofascista» de los que se ha hecho un abuso tan monstruoso que titubea uno antes de usarlos, pero no se puede negar que las Centurias Negras señalan una fase importante en la transición de la política reaccionaria, tal como se entendía en el siglo XIX, al totalitarismo de derecha de los nazis. En su lealtad al trono y el

altar, pertenecían al pasado; pero como aventureros políticos consagrados a sabotear el desarrollo de la democracia liberal mediante la agitación y el terrorismo antisemitas, y como reaccionarios románticos que también sabían utilizar el idioma de la demagogia radical, no cabe duda de que eran una prefiguración de Hitler y sus colegas. Igual que los nazis, consideraban que los judíos formaban una conspiración capitalista-revolucionaria, y que a fin de impedir que ese órgano conspirador estableciera una tiranía monstruosa, los obreros y los campesinos debían erguirse firmemente al lado de la clase gobernante «autóctona». Y también se adelantaron a los nazis en sus ideas acerca de lo que debía hacerse con los judíos. Aunque algunos pretendían deportarlos a la región de Kolyma, en el Ártico, o al otro lado de las montañas de Altai, al sur de Siberia, otros contemplaban su aniquilación física. Uno de sus miembros más destacados, «Markov II», a quien en el decenio de 1930 darían empleo los nazis como experto en los *Protocolos* y en la conspiración judeo-masónica, ya profetizaba en 1911, en un discurso pronunciado en la Duma, que «mataremos a todos los *yids*[74]*, hasta que no quede uno»[75].

Se sabía perfectamente que las Centurias Negras empleaban a criminales para que realizaran asesinatos y dirigieran los pogromos, y a los políticos de las Centurias Negras no se les recibía en la buena sociedad, lo cual no impedía que la organización recibiera abundante apoyo de la Iglesia y el Estado. Uno de sus dirigentes era un obispo, los monasterios publicaban octavillas para apoyarles, sus emblemas y banderas se exhibían en las iglesias, los sacerdotes exhortaban a sus congregaciones a que rezaran por su éxito y a que participaran en sus actividades. El gobierno, por su parte, les daba todo género de asistencia. Se calcula que en un solo año, la Unión del Pueblo Ruso recibió 2.500.000 rublos[76]en subvenciones del gobierno. También recibió el derecho de solicitar la amnistía para cualquiera de sus miembros detenido por participar en pogromos. Sobre todo, gozaba de la plena aprobación del zar, que la elogiaba como un ejemplo brillante de la justicia y del orden, y que con mucho gusto portaba su insignia en el

uniforme. Durante el juicio de Beiliss por asesinato ritual, incluso envió un telegrama a sus dirigentes para felicitarlos por su tentativa de lograr una sentencia condenatoria.

Además, existe la historia del *Memorando Lamsdorff* para demostrar cómo incluso la política exterior podía verse afectada por las ideas de las Centurias Negras. Ante el avance del liberalismo en Rusia, el conde Lansdorf, ministro de Relaciones Exteriores, preparó en 1906 un memorando secreto en el que recomendaba que Rusia, Alemania y el Vaticano adoptaran medidas conjuntas contra la Alianza Israelita Universal y su supuesto instrumento, Francia. Explicaba que la campaña de ampliación del derecho de voto y liberalización del régimen no era más que un truco para modernizar a Rusia, que en su condición de «Estado de campesinos, ortodoxo y monárquico» seguía constituyendo un obstáculo a la dominación del mundo por los judeomasones controlados desde París. Es cierto que Isvolsky, el sucesor de Lamsdorff, enterró enseguida el Memorando (no se publicó hasta 1918, cuando lo hicieron los bolcheviques), pero merece la pena señalar que el zar escribió al margen:

> Hay que iniciar las negociaciones *inmediatamente*. Comparto en su totalidad las opiniones aquí expresadas[77].

Aquél fue el clima en que primero se pusieron de moda los *Protocolos*. Hasta qué punto los tomaban en serio determinados sectores, y hasta qué punto creían ciegamente en ellos, lo revela una carta inédita que escribió a Burtsev un antiguo periodista conservador ruso, I. Kolyshko, también llamado «Bayan», en la época del juicio de Berna, cuando ambos eran refugiados en Francia:

> 7 de septiembre de 1934
>
> Estimadísimo Vladimir Lvovich:
>
> Me preguntas si como antiguo periodista... sé algo de los llamados *Protocolos de los Sabios de Sion*...
>
> Para ayudarte a evaluar mis recuerdos, creo necesario decirte que en aquella época mis simpatías me llevaban hacia los círculos derechistas de Rusia... a gente que tendía a ser antisemita... y como resultado prestaba la mayor atención a lo que me llegaba del campo

antisemita. No puedo negar que cuando se editaron por primera vez estos *Protocolos* crearon una impresión verdaderamente abrumadora en esos círculos, y en mí personalmente. Como sabes, uno se cree lo que se quiere creer. La gente entre la que me movía yo empezó por creer *absolutamente* en la autenticidad de aquel documento. Después, gradualmente, los esfuerzos de la izquierda empezaron a minar esa fe y el edificio... empezó a derrumbarse bajo los efectos corrosivos de la crítica (y de los hechos); al principio, lentamente; después cada vez con más rapidez. Que yo recuerde... acabó de derrumbarse al principio de la guerra. Durante la Gran Guerra no volví a oír hablar de los *Protocolos* en Rusia hasta después de 1917...

Dentro de Rusia, la controversia llegó a su fin. A mí no me interesaba cómo ni cuándo salió al Occidente: a Francia, Inglaterra y Alemania. Porque consideraba que el asunto estaba resuelto *de una vez para siempre*... No parecía existir ninguna posibilidad de que jamás volvieran a resucitar los *Protocolos* para inquietar a la humanidad...

Con la mayor estima y afecto,
I. Kolyshko (Bayan)[78].

De hecho, el éxito de los *Protocolos* antes de la guerra fue limitado. Zhevajov dice que en 1913 se le quejaba Nilus:

> No logro que el público trate los *Protocolos* con seriedad, con la atención que merecen. Se leen, se critican, a veces se burlan de ellos, pero hay muy pocos que les den importancia y que vean en ellos una amenaza real para el cristianismo, un programa para la destrucción del orden cristiano y para la conquista del mundo por los judíos. Eso no hay quien se lo crea...[79].

Años después «Markov II», en una carta conservada en la Biblioteca Wiener, lamentaba que la Unión del Pueblo Ruso, al no haber utilizado los *Protocolos* más que a medias, no hubiera logrado impedir la Revolución rusa.

Ha de tenerse presente que en estas cuestiones todo dependía de la actitud del propio zar, y al final el zar, por idiotizado que estuviera con la conspiración judeo-masónica, tuvo que reconocer que los *Protocolos* eran falsos. El general K. I. Globachev, antiguo comandante de la división de San Petersburgo de la Ojrana, describió cómo ocurrió esto en una declaración que presentó Burtsev en el juicio de Berna.

Globachev cuenta cómo, tras muchas tentativas fracasadas, por fin se señalaron a la atención del zar los *Protocolos* en el año revolucionario de 1905.

Y continúa:

> La lectura de los *Protocolos* causó una gran impresión a Nicolás II, que hizo de ellos su manual político. A ese respecto son típicas las notas que Nicolás II hizo al margen del ejemplar de los *Protocolos* que le habían dado: «¡Qué profundidad de ideas!», «¡Qué percepción!», «¡Qué exactitud en la realización del programa!», «Nuestro año de 1905 ha transcurrido como si los Sabios lo hubieran organizado», «No puede caber duda de su autenticidad», «En todas partes se ve la mano rectora y destructora del judaísmo». Y así sucesivamente. Nicolás II, muy interesado por el «descubrimiento» de los *Protocolos,* prestó gran atención a la sección extranjera de la policía secreta rusa y entregó muchas recompensas, condecoraciones y anualidades... Los dirigentes de la Unión del Pueblo Ruso, como Shmakov, Markov II, etc., pidieron al Ministerio del Interior autorización para utilizar los *Protocolos* en gran escala en la lucha contra el judaísmo militante, así como subvenciones al efecto. Pero Stolypin, ministro del Interior... encargó a Martynov y Vassilyev, dos oficiales de la gendarmería[80], una investigación secreta sobre el origen de los *Protocolos.* La investigación reveló claramente el carácter falso de los *Protocolos.* Stolypin presentó los resultados de la investigación a Nicolás II, que se sintió absolutamente impresionado. Y lo que resolvió Nicolás II sobre el informe relativo al empleo de los *Protocolos* para realizar propaganda antisemita fue lo siguiente: «Dejemos los *Protocolos.* No se puede defender una causa pura con métodos sucios»[81].

La situación cambió en 1917-1918, cuando cayeron primero el zar y después el Gobierno provisional, los bolcheviques se hicieron con el poder y comenzó la guerra civil. De hecho, lo que inició la carrera de los *Protocolos* por todo el mundo fue sobre todo el asesinato de la familia imperial en Yekaterinburg (actual Sverdlovsk) el 17 de julio de 1918. Entonces desempeñó un papel extraordinario la casualidad. Unos meses antes de su muerte en Yekaterinburg, la emperatriz destronada había recibido de una amiga, Zinaïda Sergeyevna Tolstaya, un ejemplar del libro de Nilus que contenía los *Protocolos.* Parece que no le dijera mucho, a juzgar por una carta que envió a su gran amiga Anna Vyrubova el 20 de marzo de 1918: «Zina me

ha enviado un libro, *Lo grande en lo pequeño,* de Nilus. Lo estoy leyendo con interés»[82]. Este breve comentario no sugiere mucho entusiasmo, y aunque la zarina era una mujer estúpida, supersticiosa e histérica, de hecho era mucho menos antisemita que su marido. En su correspondencia se hallan incluso reproches dirigidos al zar por la política antisemita de éste. Por eso resulta tan irónico que la muerte de la zarina fuera lo que, por encima de cualquier otro acontecimiento, dio fama mundial a una falsificación antisemita antigua y semiolvidada.

Por pura casualidad, la emperatriz se llevó el libro de Nilus a su última residencia, la Casa Ipatyev en Yekaterinburg. Una semana después del asesinato de la familia imperial, los bolcheviques evacuaron Yekaterinburg y los «blancos» la ocuparon; el 28 de julio se descubrieron los restos del zar, la zarina y sus hijos, desmembrados e incinerados, en el pozo de una mina abandonada en un bosque cercano. Entre tanto, el juez de instrucción Nametkin se ocupaba de levantar un inventario de los bienes hallados en casa de Ipatyev. Halló tres libros pertenecientes a la emperatriz: el primer volumen de *Guerra y paz,* la Biblia en ruso y *Lo grande en lo pequeño,* de Nilus.

Se dio a conocer otra circunstancia curiosa: la zarina había dibujado una esvástica en el marco de una ventana de la habitación que ocupaban ella y su marido. Se sabe que desde hacía mucho tiempo tenía una afición especial por ese antiguo símbolo[83], que llevaba una esvástica de joyas y hacía grabar esvásticas en los regalos que enviaba a sus amigos. También es sabido que para aquella mujer tan profundamente supersticiosa, la esvástica era un talismán destinado a traer la buena suerte. Pero ya había gente para quien significaba algo completamente distinto. Mucho antes de la guerra, el escritor austríaco Guido von List había defendido, en toda una serie de libros populares sobre «los germanoarios», que la esvástica simbolizaba la pureza de la sangre germánica y el combate de los «arios» contra los judíos. Aquellas ideas habían penetrado en Rusia, y para los rusos familiarizados con ellas, el descubrimiento de la esvástica de la emperatriz, junto con el ejemplar de Nilus, llegó como una revelación del cielo. A su

juicio se trataba del testamento de su emperatriz muerta, y lo que significaba era que el reinado del Anticristo estaba empezando, que la Revolución bolchevique era el asalto supremo de los poderes satánicos, que la familia imperial se había visto destruida porque representaba la voluntad divina en la Tierra, y que las fuerzas de las tinieblas estaban encarnadas en los judíos.

Era tanto más fácil llegar a esa conclusión cuanto que algunos judíos estaban desempeñando efectivamente un papel destacado en la revolución. Entre los oficiales de los ejércitos «blancos» hubo quienes no advirtieron que eso podría tener algo que ver con la opresión a que habían estado sometidos los judíos bajo el régimen zarista; o que ya había habido otros asesinatos de zares cometidos por rusos de pura sangre. No es de sorprender, pues aquellos hombres habían crecido en una sociedad en la que se consideraba al «judío» como la fuente de todos los males. Se les había enseñado que todo el pueblo ruso adoraba al zar y su autocracia, y tenían todo género de motivos para disimularse a sí mismos que hacía mucho tiempo que ya no era así. Necesitaban una explicación sencilla de la catástrofe que los abrumaba y que destruía su mundo. La hallaron en la unión de la esvástica con los *Protocolos* en la Casa Ipatyev. Y pronto llegaron los *pogromoshchiki* para explotar el gran descubrimiento.

2

Cuando cayeron asesinados el zar y su familia, la guerra civil se hallaba aún en sus fases iniciales. Todavía duró otros dos años, durante los cuales el gobierno soviético estuvo varias veces al borde del fin, antes de la derrota final de los ejércitos «blancos» en 1920. En aquellos dos años fue cuando los *Protocolos* revelaron por primera vez su capacidad para incitar a los hombres al asesinato.

La gente que difundía los *Protocolos* seguía siendo la misma. Como organización unificada, la Unión del Pueblo Ruso prácticamente no existía desde 1919, pero ahora los antiguos dirigentes se agregaron a los diferentes ejércitos «blancos»,

fundaron nuevos grupos políticos con nombres como Unión de las Comunidades Nacionales Rusas o Asamblea Rusa, y sobre todo llevaron a cabo una vigorosa campaña de agitación en pro de los pogromos. El francés Du Chayla, que en aquella época estaba con los ejércitos «blancos», ha descrito el celo de aquellos hombres en la difusión de los *Protocolos.* Un abogado de Moscú llamado Ismailov y un teniente coronel llamado Rodionov combinaron sus fuerzas para hacer una edición nueva y barata dirigida a los ejércitos del Don, y de distribuírsela a las tropas se encargó Purishkevich, uno de los fundadores de las Centurias Negras, que había conseguido un empleo en el departamento de propaganda del general Denikin, en Rostov. También en Crimea, bajo el régimen del general Wrangel, profesores y periodistas «anunciaban a gritos por las esquinas la amenaza que representaban los *Protocolos* y la conspiración mundial judeo-masónica»[84].

A esto cabe añadir que en Siberia se publicaron otras ediciones de los *Protocolos.* Una de ellas se imprimió en Omsk para el ejército del almirante Kolchak. El propio almirante estaba obsesionado con los *Protocolos;* G. K. Gins, que lo veía a menudo en aquella época, ha dejado constancia de que

> se devoró literalmente los *Protocolos.* Tenía la cabeza llena de ideas antimasónicas. Estaba dispuesto a ver masones por todas partes, incluso en su propio círculo.., y entre los miembros de las misiones militares de los aliados[85].

Otras ediciones de los *Protocolos* se publicaron en las partes más orientales de Siberia, como Vladivostok y Jabarovsk. Hasta en el Japón publicaron los rusos «blancos» una edición.

La interpretación que ahora se hacía de los *Protocolos* se ve claramente por el prefacio que se adjuntó a la primera de las nuevas ediciones, la preparada por Ismailov, el abogado de Moscú, y por Rodionov, el oficial cosaco, en Novocherkask con el título de *Protocolos Sionistas, Plan de conquista del Mundo por los judeomasones:*

> Los *Protocolos* son un programa, cuidadosamente elaborado hasta el último detalle, para la conquista del mundo por los judíos. La mayor parte de este programa ya se ha realizado, y si no reflexionamos,

> estamos condenados irremediablemente a la destrucción... De hecho, estos *Protocolos* no son sólo la clave de nuestra primera revolución fracasada (1905), sino también la de nuestra segunda revolución (1917), en las cuales los judíos han desempeñado un papel tan desastroso para Rusia... Para quienes somos testigos de esta autoflagelación, para quienes esperamos ver el renacimiento de Rusia, este documento es tanto más significativo cuanto que revela los medios utilizados por los enemigos del cristianismo para subyugarnos. La única forma de que podamos combatir con éxito a los enemigos de Cristo y de la civilización cristiana es que logremos comprender esos medios[86].

Pero los *Protocolos* eran demasiado complicados y enrevesados para que los entendieran los soldados rasos, la mayor parte de los cuales en todo caso eran analfabetos. En el juicio de Berna de 1934, Chaim Weizmann recordó la primera vez que vio los *Protocolos.* Unos oficiales británicos agregados a los ejércitos «blancos» llevaron a Palestina un documento de cuatro o cinco páginas escritas a máquina, y explicaron que había uno de esos documentos en posesión de cada oficial y suboficial «blanco». Cuando se inspeccionaron, resultaron ser una serie de pasajes de los *Protocolos.* Según otras fuentes, parece que a los miembros alfabetizados de los diversos ejércitos «blancos» y ucranianos se les distribuía en gran escala material de este tipo, y ellos se lo leían y explicaban a los analfabetos.

También se prepararon nuevas falsificaciones para complementar los *Protocolos* y ponerlos al día. Se decía que el más famoso de ellos era un documento encontrado a un comandante judío bolchevique del Ejército Rojo llamado Zunder. Parece que ya en mayo de 1918 empezaron a circular copias de ese documento, y durante el invierno de 1919-1920, cuando empezaba a cambiar la suerte de las batallas y los ejércitos «blancos» –hasta entonces victoriosos– perdían una batalla tras otra, empezó a figurar en los periódicos publicados por esos ejércitos, a veces en versiones nuevas y considerablemente ampliadas. Dice lo siguiente:

> Secreto. A los representantes de todos los sectores de la Sociedad Internacional Israelita.
>
> ¡Hijos de Israel! ¡Se acerca la hora del triunfo final! Estamos a

punto de dominar el mundo. Lo que antes no podíamos más que soñar está ahora al borde de realizarse. Hasta hace muy poco débiles e impotentes, ahora, gracias a la catástrofe mundial, podemos levantar orgullosos la cabeza.

¡Pero hemos de tener cuidado! Sin duda puede profetizarse que, después de haber marchado sobre ruinas y altares y tronos rotos, seguiremos avanzando por el camino indicado.

A la autoridad de las religiones y doctrinas de fe que nos son extrañas la hemos sometido, gracias al enorme éxito de nuestra propaganda, a una crítica y una burla implacables. Hemos hecho tambalearse la cultura, la civilización, las tradiciones y los tronos de las naciones cristianas, en cuyas naciones hemos hallado más hombres de los que necesitábamos para nuestra tarea. Hemos hecho todo lo necesario para poner al pueblo ruso bajo el yugo del poder judío, y por fin hemos logrado obligarlo a que se arrodille ante nosotros.

Casi lo hemos logrado, pero de todas formas debemos ser cautelosos, pues la Rusia oprimida es nuestro archienemigo. La victoria sobre Rusia, lograda gracias a nuestra superioridad intelectual, puede volverse contra nosotros en una futura *generación.*

Rusia está conquistada y humillada. Rusia está en la agonía de la muerte bajo nuestro talón, pero no olvidemos –ni siquiera por un momento– que hemos de tener cuidado. El sagrado cuidado de nuestra seguridad no nos permite mostrar piedad ni compasión. ¡Al fin hemos logrado ver al pueblo ruso en amarga necesidad, y verlo sumido en lágrimas! Al arrebatarles sus propiedades, su oro, hemos convertido a estas gentes en esclavos indefensos.

Sed cautos y silenciosos. No debemos tener compasión con el enemigo. Debemos terminar con los elementos mejores y dirigentes del pueblo ruso, con objeto de que la Rusia vencida no halle ningún dirigente. Así se desvanecerá toda posibilidad de que se resistan a nuestro poder. Debemos excitar odios y disputas entre los obreros y los campesinos. La guerra y la lucha de clases destruirán todos los tesoros y la cultura creados por el pueblo cristiano. ¡Pero sed cautelosos, hijos de Israel! Nuestra victoria se acerca, porque nuestro poder y nuestra influencia políticos y económicos sobre las masas están en franco progreso. Compramos los empréstitos y el oro del gobierno, gracias a lo cual tenemos capacidad para controlar las bolsas de valores del mundo. El poder está en nuestras manos, pero tened cuidado, no pongáis fe alguna en poderes turbios y traidores.

Bronstein (Trotsky), Apfelbaum (Zinoviev), Rosenfeld (Kamenev), Steinberg, son todos ellos como otros tantos millares de hijos de Israel. Nuestro poder en Rusia es ilimitado. En las ciudades, los comisariados y los comités de alimentación, los comités de casa, etc.,

están dominados por los nuestros. Pero no os dejéis intoxicar por la victoria. Sed cuidadosos, cautelosos, porque nadie más que vosotros puede protegernos.

Recordad que no podemos confiar en el Ejército Rojo, que algún día puede revolverse y hacernos la guerra.

¡Hijos de Israel! Se acerca la hora de nuestra victoria, tanto tiempo ansiada, sobre Rusia; ¡estrechad filas! ¡Dad a conocer la política nacional de nuestro pueblo! ¡Combatid por nuestros eternos ideales! ¡Mantened el culto de las leyes antiguas, que nos ha legado la historia! ¡Que nuestro intelecto, nuestro genio, nos protejan y nos guíen!

Firmado, el Comité Central de la Sociedad Internacional Israelita[87].

Pese a ser un absurdo, el documento Zunder era un portento, pues la idea en que se basaba –que la Revolución bolchevique era resultado de una conspiración judía y cumplía con los anhelos seculares del pueblo judío– dejaría huella en la historia. Ya en aquella época, la idea se había hecho obsesiva entre muchos de los rusos «blancos»; más tarde se convertiría en artículo de fe entre los nazis, y en el plazo de una generación había de influir en la política interna e internacional del gobierno de Alemania. Merece la pena considerar qué bases tenía en la realidad histórica, si es que las tenía.

Hasta hacía pocas generaciones, ser judío significaba una sola cosa: ser creyente en la religión judía. Para los judíos en este sentido del término, la Revolución bolchevique no significaba una satisfacción, sino un nuevo peligro. De hecho, los judíos creyentes se vieron por lo menos tan perseguidos en la Unión Soviética como los creyentes cristianos. En los mismos momentos en que circulaba el documento Zunder en los ejércitos «blancos», el gobierno soviético estaba convirtiendo las sinagogas en clubs obreros, disolviendo las instituciones religiosas, culturales y filantrópicas judías, y prohibiendo todos los libros en hebreo, fuera cual fuera su contenido. Los bolcheviques de origen judío no sentían la menor solidaridad con los judíos religiosos, sino todo lo contrario. Cuando una comisión de judíos visitó a Trotsky y le pidió que no hiciera nada que provocase a la soldadesca «blanca» a cometer

pogromos, les contestó: «Id a casa, con vuestros judíos, y decidles que ni soy judío ni me importan los judíos ni lo que les ocurra»[88]. Ahí se produce una contradicción insalvable que los propagandistas antisemitas han hecho todo lo posible por ocultar.

Existía otro motivo para que la inmensa mayoría de los judíos rusos no pudieran apoyar en absoluto a los bolcheviques: casi todos ellos eran pequeños tenderos y artesanos empleados por cuenta propia. Como tales, y pese a que casi todos eran miserablemente pobres, eran enemigos de clase desde el punto de vista leninista. Aunque aquella gente era inevitablemente enemiga del régimen zarista que la perseguía, era cualquier cosa menos comunista. Durante el breve período en que fue posible la libre expresión de las opiniones políticas, siguió sobre todo a los demócratas constitucionales, que eran reformistas burgueses. Bajo el régimen soviético sufrieron todavía más que los demás rusos: en el decenio de 1920 más de una tercera parte de la población judía carecía de derechos civiles, en comparación con un 5 o un 6% de la población no judía.

Es cierto que los judíos, en el sentido de personas de origen judío, aportaron una parte desproporcionada de la dirección (aunque no del total de miembros) de los dos partidos marxistas, los bolcheviques y los mencheviques. No es difícil ver por qué. Se trataba de personas que habían roto con la comunidad judía tradicional y abandonado la religión judía, pero que sin embargo eran víctimas de discriminación y persecución bajo la autocracia zarista, lo cual bastaba para orientarlas hacia los partidos de izquierda. Además, en su mayoría eran antiguos estudiantes universitarios, y debido al *numerus clausus,* un judío tenía que ser alguien verdaderamente cualificado para lograr el ingreso en la universidad. Cuando se integraban en un partido político, estaban bien capacitados para llegar a puestos dirigentes. Es una situación que se ha repetido en otros países en los que los intelectuales judíos han tenido que enfrentarse con el antisemitismo sin el apoyo y la consolación de la fe religiosa.

Esos judíos suelen ser idealistas inspirados por una visión de

una sociedad en la que se han de proscribir todas las formas de discriminación. En general son malos políticos, y tienden a verse expulsados después del triunfo de la revolución. De hecho, en Rusia había muchos más judíos en la dirección de los mencheviques que en la de los bolcheviques, los cuales exiliaron, encarcelaron o ejecutaron a esos dirigentes mencheviques. En cuanto a los judíos que figuraban entre los dirigentes bolcheviques, también casi todos ellos cayeron fusilados en el decenio de 1930.

Ésos son los hechos. Pero la fantasía no atiende a los hechos, y el mito de la conspiración judeocomunista resultaría todavía más potente que el de la conspiración judeo-masónica. La guerra civil rusa fue la primera señal de su poder. Algunos de los comandantes de ejércitos, como el general Denikin, podían sentirse personalmente asqueados por la propaganda que se realizaba entre sus tropas; pero eso no importaba. Las organizaciones de las Centurias Negras habían formulado con toda claridad su objetivo en la guerra, y se lo impusieron con plena eficacia a los soldados: «Matad a los judíos y salvaréis a Rusia».

Las enormes matanzas de judíos perpetradas por los nazis han dejado en la sombra todo lo que ocurrió antes, de forma que poca gente tiene conciencia hoy del preludio que se dio en Rusia entre 1918 y 1920. Sin embargo, el número de víctimas fue muy considerable: más de 100.000 muertos, y un número desconocido de heridos y mutilados. Muchos de los relatos hechos por testigos de aquellos pogromos son demasiado horrorosos como para volver a contarlos. Bastará con los siguientes pasajes de un artículo escrito por el periodista ruso Ivan Derevensky sobre el pogromo cometido por un regimiento de cosacos en Fastov, cerca de Kiev, en septiembre de 1919, para hacernos una idea de cómo aquello se puso en marcha. Esto es lo que ocurrió tras el fracaso de una tentativa de los bolcheviques de capturar la población:

> Los tres primeros días, los robos y los asesinatos se perpetraron sobre todo de noche. Por las noches, toda la población podía oír disparos y gritos desesperados que llegaban ora de una dirección, ora de otra. Al principio, los asesinatos no eran tan frecuentes, pero

cada vez se fueron haciendo más habituales. Hacia el tercer día, los cosacos ya se paseaban por el pueblo buscando abiertamente casas judías, y cuando encontraban una hacían lo que les apetecía. También paraban a los judíos en la calle. A veces se limitaban a preguntar: *«¿Yid?»,* y le pegaban un tiro en la cabeza. Lo más frecuente era que los registrasen, los desnudasen y después les pegaran un tiro. Muchos de los asesinos estaban borrachos...

Hacia el segundo o el tercer día empezaron a incendiar las casas de judíos. Eso era porque los *pogromoshchiki* querían destruir las huellas de sus peores crímenes. Por ejemplo, en una casa de la esquina de la plaza Torgovy había 15 cadáveres, muchos de ellos de muchachas muertas después de ser violadas. Incendiaron la casa para encubrir aquellos crímenes...

Describiré los excesos que cometieron divididos según las diferentes categorías.

Asesinatos. Cuando yo estuve en Fastov, todavía no se podía determinar con ninguna certidumbre el número de víctimas. Según la Cruz Roja, se habían enterrado 550 cadáveres en el cementerio judío, pero se pensaba que el número total de muertos era mucho mayor. La opinión general, tanto de los cristianos como de los judíos, era que en Fastov habían matado de 1.500 a 2.000 judíos... Cuando llegué yo, habían quitado de las calles todos los cadáveres y los habían enterrado, pero seguían apareciendo cadáveres en los bosques, las cunetas y algunas de las casas. Además, existe el acuerdo general de que muchos de los cadáveres ardieron en las casas incendiadas. La gente sigue buscando los restos. Cerca de algunas de las casas incendiadas hay un fuerte olor a cadaverina. Entre las cenizas se encuentran muchas veces huesos inidentificables. A muchas de las víctimas sus parientes no las pueden encontrar en absoluto, y se supone que han muerto. Los cerdos y los perros se comieron muchos cadáveres detrás de la casa de oraciones...

Heridos. Se calcula que el número de heridos es de 300 a 400. Todos los días muere alguno de esos heridos. Por falta de personal, la asistencia médica es muy insuficiente. Los heridos yacen en las aulas de la escuela local. Están ahí, sin vendar, y tan hacinados que apenas se puede pasar entre ellos.

Atrocidades. Me contaron el caso de un hombre al que echaron vivo al fuego. A un hombre llamado Kiksman le cortaron la lengua y después lo mataron con una bala *dum-dum.* Todo el mundo habla de cómo utilizaban las balas *dum-dum,* incluido el personal médico del hospital. A un hombre llamado Markman le cortaron las orejas, a uno de sus parientes le dieron doce sablazos, y a otro ocho. El cadáver de una niña, M. Polskaya, revelaba que la habían quemado

cuando todavía estaba viva. Una de las listas de enterrados (proporcionada por el escribiente de la policía) contiene los nombres de dos bebés de seis meses, Avrum Slobodsky y Ruvin Kunik. A un hombre lo mataron de un tajo que lo partió en dos. Frente a la sinagoga desnudaron a unos veinte judíos y luego los mataron a tiros. Lo mismo les ocurrió a cuatro judíos en la calle Voksal...

Muchas veces hacían como que iban a ahorcar a gente para hacer que les dieran su dinero... Pero a muchos los ahorcaron de verdad, por ejemplo a Moshko Remenik (de un árbol de su jardín), y a un padre y su hijo que todavía estaba en la escuela, Meyer y Boris Zabarsky. Con estos dos primero hicieron un simulacro de colgarlos, y obligaron al hijo a apretar el nudo corredizo en torno al cuello del padre...

Violaciones. Como es lógico, no se dispone de los nombres de las víctimas de violación que han sobrevivido. Hubo muy pocas de éstas: no he oído hablar más que de dos niñas que estaban en algún hospital. Pero, según los testigos, hubo muchas violaciones; por lo general, a las víctimas las mataban después. He oído hablar de violaciones de niñas pequeñas...

Incendios. En total ardieron unos 200 edificios, la mitad de ellos viviendas... Unas mil familias se han quedado sin hogar y están refugiadas en la sinagoga o la escuela, o sencillamente se quedan en la calle.

A la pregunta de «¿quién perpetró ese pogromo?» se le puede dar una respuesta muy clara: los cosacos de la 2.ª Brigada de Tersk. Su jefe es el coronel Belogortsev...

Debo señalar que las víctimas del pogromo están convencidas de que el cuartel general de la brigada «autorizó» el pogromo. Su conclusión se debe a que, en el mejor de los casos, los oficiales mostraron indiferencia, y muchas veces manifestaron su apoyo al pogromo, y que varios cosacos decían cosas como: «Nos han ordenado que les arreemos a los *yids»,* o «Nos han dado permiso para *estar de fiesta* tres días», «Nadie nos va a castigar por esto», y así sucesivamente. Pero debo añadir que algunos de los oficiales de la misma brigada trataron de impedir el pogromo, de defender algunas casas y en general de ayudar a los judíos en sus sufrimientos. El teniente Ilyushkin, que estaba al mando de la artillería, persuadió a sus cosacos para que defendiesen toda una manzana de edificios...

En cuanto a las causas del pogromo, aunque era lo que más me interesaba, no pude hallar ningún motivo en absoluto. Lo único cierto es que entre los cosacos existía la creencia general –aunque totalmente vaga y sin fundamento– de que los judíos simpatizaban con el bolchevismo. El teniente Ilyushkin me dijo que, «evidentemente con fines de provocación», alguien había difundido

un rumor entre los cosacos en el sentido de que los judíos habían acogido con alegría a los bolcheviques cuando ocuparon Fastov unos días... y de que dispararon contra las fuerzas de voluntarios[89] cuando éstas se retiraron de Fastov. Ninguno de mis muchos informadores confirmó ese rumor. Por el contrario, todo el mundo –comprendidas personas que eran muy hostiles a los judíos– negaron absolutamente toda posibilidad de que hubiera ocurrido nada por el estilo. Cuando los bolcheviques entraron en Fastov, los judíos –igual que el resto de los habitantes– se escondieron en los sótanos[90].

Mientras ocurrían estas cosas en Rusia, los *Protocolos* y el mito de la conspiración judeo-bolchevique iban penetrando hacia el oeste y se iban estableciendo, sobre todo en Alemania.

---

69. Véase I. Singer, *Russia at the Bar of the American People: A Memorial of Kishinev,* Nueva York y Londres, 1904; así como el informe del famoso nacionalista irlandés Michael Davitt, que visitó Kishinev justo después de la matanza: *Within the Pale: The true story of antisemitic persecutions in Russia,* Londres, 1903.

70. Acerca de la Unión del Pueblo Ruso, véase W. Laqueur, *Russia and Germany,* sobre todo las págs. 79-86. Estrictamente hablando, las Centurias Negras eran bandas reclutadas con fines terroristas por la Unión del Pueblo Ruso y organizaciones politicas análogas; estaban formadas en gran parte por pequeños tenderos, vagabundos y delincuentes profesionales. En el idioma de la calle se solía llamar a los miembros de esas organizaciones políticas los «centuriones negros».

71. Citado en B. Siegel, *Die Protokolle der Weisen von Zion,* Berlín, 1924, pág. 214.

72. Existe una reseña de estas publicaciones de las Centurias Negras en el artículo sobre el antisemitismo de la *Yevreyskaya Entsiklopediya,* Vol. II, págs. 745-752.

73. Traducido de la versión alemana de las memorias de Witte: *Erinnerungen,* Berlín, 1923, págs. 144 y ss.

74 * *Yids:* término despectivo para designar a los judíos. Procede de Europa oriental y se ha introducido incluso en el inglés. *(N. del T.)*

75. Citado en A. B. Tager, *The Decay of Czarism: The Beiliss Trial,* Filadelfia, 1935, pág. 44.

76. En aquella época el rublo valía unos dos chelines.

77. El Comisariado soviético de Relaciones Exteriores publicó el Memorando Lansdorf en 1918. El *Mercure de France* publicó una traducción al francés en su número del 1.° de octubre de 1918, págs. 547-551; y hubo traducción inglesa en L. Wolf, *Diplomatic History of the Jewish Question,* Londres, 1919, págs. 54-62.

78. Existe una copia de la carta de Kolyshko en la Colección B. I. Nicolaevsky de la Institución Hoover, Universidad de Stanford, California.

79. N. D. Zhevajov, *Sergei Alexandrovich Nilus,* Novi Sad, 1936, pág. 35.

80. La gendarmería era una fuerza de policía semimilitar que, pese a ocuparse de asuntos políticos, era independiente de la Ojrana.

81. Burtsev publicó más adelante este documento en su libro *Protokoly Sionskikh Mudretsov,* París, 1938, págs. 105-106.

82. Anna Vyrubova, *Souvenirs de ma vie,* París, 1927, pág. 269.

83. La esvástica aparece en restos de la Edad del Bronce en varias partes de Europa, y también se conocía en las antiguas Persia, India y China, en el Japón y entre las tribus indias de Norteamérica, Centroamérica y Sudamérica. Su significado más corriente es el de símbolo de la buena suerte o de bendición.

84. A. Du Chayla, en *La Tribune Juive,* París, 14 de mayo de 1921, págs. 6-7.

85. G. K. Kins, *Sibir, Soyuzniki i Kolchak,* Pekín, 1921, Vol. II, pág. 39.

86. *Sionskiye Protokoly* (ed. de A. Rodionov), Novocherkask, 1918.

87. Reimpreso en *Four Protocols of Zion (not the Protocols of Nilus),* Londres, 1921.

88. H. Valentin, *Antisemitenspiegel,* Viena, 1937, págs. 179-180.

89. Es decir, las fuerzas «blancas».

90. A Derevensky lo envió a Fastov una organización fundada en Kiev en 1919 para acopiar datos sobre los pogromos en Ucrania, llamada más adelante los Archivos Centrales de materiales sobre los Progroms, ubicada en Berlín. Derevensky llegó a Fastov el 17 de septiembre de 1919; el pogromo se había perpetrado los días 10 a 13 de septiembre. Su artículo figura en I. B. Shekhtman, *Pogromoy dobrovolcheskoy armii na Ukraine,* Berlín, 1932.

. A. Du Chayla, en *La Tribune Juive,* París, 14 de mayo de 1921, págs. 6-7.

. La esvástica aparece en restos de la Edad del Bronce en varias partes de Europa, y también se conocía en las antiguas Persia, India y China, en el Japón y entre las tribus indias de Norteamérica, Centroamérica y Sudamérica. Su significado más corriente es el de símbolo de la buena suerte o de bendición.

. *Sionskiye Protokoly* (ed. de A. Rodionov), Novocherkask, 1918.

. G. K. Kins, *Sibir, Soyuzniki i Kolchak,* Pekín, 1921, Vol. II, pág. 39.

. La gendarmería era una fuerza de policía semimilitar que, pese a ocuparse de asuntos políticos, era independiente de la Ojrana.

. N. D. Zhevajov, *Sergei Alexandrovich Nilus,* Novi Sad, 1936, pág. 35.

. Anna Vyrubova, *Souvenirs de ma vie,* París, 1927, pág. 269.

. Burtsev publicó más adelante este documento en su libro *Protokoly Sionskikh Mudretsov,* París, 1938, págs. 105-106.

. H. Valentin, *Antisemitenspiegel,* Viena, 1937, págs. 179-180.

. Reimpreso en *Four Protocols of Zion (not the Protocols of Nilus),* Londres, 1921.

. Es decir, las fuerzas «blancas».

. Traducido de la versión alemana de las memorias de Witte: *Erinnerungen,* Berlín, 1923, págs. 144 y ss.

. Existe una reseña de estas publicaciones de las Centurias Negras en el artículo sobre el antisemitismo de la *Yevreyskaya Entsiklopediya,* Vol. II, págs. 745-752.

. Citado en A. B. Tager, *The Decay of Czarism: The Beiliss Trial,* Filadelfia, 1935, pág. 44.

* *Yids:* término despectivo para designar a los judíos. Procede de Europa oriental y se ha introducido incluso en el inglés. *(N. del T.)*

. Véase I. Singer, *Russia at the Bar of the American People: A Memorial of Kishinev,* Nueva York y Londres, 1904; así como el informe del famoso nacionalista irlandés Michael Davitt, que visitó Kishinev justo después de la matanza: *Within the Pale: The true story of antisemitic persecutions in Russia,* Londres, 1903.

. Citado en B. Siegel, *Die Protokolle der Weisen von Zion,* Berlín, 1924, pág. 214.

. Acerca de la Unión del Pueblo Ruso, véase W. Laqueur, *Russia and Germany,* sobre todo las págs. 79-86. Estrictamente hablando, las Centurias Negras eran bandas reclutadas con fines terroristas por la Unión del Pueblo Ruso y organizaciones politicas análogas; estaban formadas en gran parte por pequeños tenderos, vagabundos y delincuentes profesionales. En el idioma de la calle se solía llamar a los miembros de esas organizaciones políticas los «centuriones negros».

. El Comisariado soviético de Relaciones Exteriores publicó el Memorando Lansdorf en 1918. El *Mercure de France* publicó una traducción al francés en su número del 1.° de octubre de 1918, págs. 547-551; y hubo traducción inglesa en L. Wolf, *Diplomatic History of the Jewish Question,* Londres, 1919, págs. 54-62.

. En aquella época el rublo valía unos dos chelines.

. Existe una copia de la carta de Kolyshko en la Colección B. I. Nicolaevsky de la Institución Hoover, Universidad de Stanford, California.
71
79

. A Derevensky lo envió a Fastov una organización fundada en Kiev en 1919 para acopiar datos sobre los pogromos en Ucrania, llamada más adelante los Archivos Centrales de materiales sobre los Progroms, ubicada en Berlín. Derevensky llegó a Fastov el 17 de septiembre de 1919; el pogromo se había perpetrado los días 10 a 13 de septiembre. Su artículo figura en I. B. Shekhtman, *Pogromoy dobrovolcheskoy armii na Ukraine,* Berlín, 1932.
70
83
87
84
76
78
81
86
73
89
77
74
80
72
82
90

69
75
85

6. Los *Protocolos* llegan a Alemania

1

Durante la guerra civil rusa, los *pogromoshchiki* y los oficiales «blancos» bajo su influencia montaron todo un corpus de leyendas y falsificaciones antisemitas. Así, en septiembre de 1919 una revista monárquica de Rostov del Don publicó un documento falsificado que atribuyó mentirosamente al servicio secreto de los Estados Unidos[91]. Según el documento, los bolcheviques habían recibido una subvención de muchos millones de dolares del banquero judío estadounidense Schiff en nombre de la banca neoyorquina de Kuhn, Loeb and Co., y eso era lo que les había permitido realizar la revolución. Es fácil ver por qué eligieron a Schiff. Era cierto que durante los pogromos de 1905 había intentado persuadir al gobierno de los Estados Unidos para que se interesara por los judíos rusos, y eso era algo que ningún *pogromoshchik* podía perdonar. Pero algunos de los corresponsales extranjeros y miembros de las misiones militares ante los ejércitos «blancos» se tomaban en serio las cosas de este tipo, y ayudaban a canalizarlas hacia Europa occidental. No pasaría mucho tiempo antes de que monseñor Jouin se dedicara tranquilamente a reimprimir en París la falsedad sobre Schiff en su edición de los *Protocolos,* mientras que a los nazis aquella historia les aportaría un tema inagotable de propaganda.

Entre tanto, los *Protocolos* empezaron a desplazarse hacia Occidente. Veinte años después de que el manuscrito francés original de la falsificación fuera de París a Rusia, salieron de Rusia ejemplares impresos de la traducción al ruso en el equipaje de los oficiales rusos «blancos». En 1919 empezaron a circular copias mecanografiadas en diversos idiomas entre los delegados a la Conferencia de Paz; también empezaron a aparecer en las mesas de ministros y altos funcionarios de Londres, París, Roma y Washington. El objetivo de aquella maniobra era convencer a los gobiernos de las diversas potencias para que siguieran intensificando su intervención en

Rusia. Podían plantearse objeciones de todo género a la intervención en una guerra verdaderamente civil, pero ¿y si el conflicto de Rusia no era una guerra civil, sino sencillamente la materialización de una conspiración internacional judía para subyugar al pueblo ruso? Por demencial que nos pueda resultar el argumento hoy día, parece que tuvo algún efecto sobre determinadas políticas gubernamentales.

No todos los que vendían los *Protocolos* pensaban en términos de alta política. En el verano y el otoño de 1919 un misterioso lituano, antiguo empleado de la Ojrana, visitó a una delegación judía en la Conferencia de Paz y ofreció entregar, por 10.000 libras esterlinas, un libro que podía ser peligrosísimo para los judíos. Huelga decir que la transacción no se realizó, pero la delegación vio el libro: se trataba de un ejemplar de los *Protocolos.* Y aquél no fue un incidente aislado: el Comité Judío Estadounidense tuvo ocasión de comunicar, en su anuario de 1920, que se habían dirigido a él determinados rusos que ofrecían, por una amplia suma, destruir el manuscrito original de los *Protocolos.* Pero estaba a punto de terminar la era de esas intrigas tan privadas. A fines de 1919 los *Protocolos* habían iniciado su escalada hacia la fama mundial gracias a los esfuerzos de un par de fanáticos rusos asentados en Berlín, Pyotr Nikolaevich Shabelsky-Bork y Fyodor Viktorovich Vinberg[92].

Shabelsky-Bork había nacido en el Cáucaso en 1893. Su padre era un rico terrateniente, y su madre, miembro importante de la Unión del Pueblo Ruso, era directora de una revista de las Centurias Negras en San Petersburgo y autora de un libro antisemita y antimasónico titulado *Los satanistas del siglo xx*. El propio Shabelsky-Bork perteneció desde muy joven a la Unión del Pueblo Ruso y a otra organización afín, la Cofradía de San Miguel Arcángel. Sirvió como oficial en la guerra mundial y, por poco tiempo, en la guerra civil. En septiembre de 1918 se encontraba en Yekaterinburg, donde decía que lo habían enviado gente de alta posición para investigar las circunstancias en que se produjo el asesinato de la familia imperial. Allí interrogó a varias personas, y no cabe duda de que debe de haber oído hablar de la esvástica de la

zarina y de su ejemplar del libro de Nilus.

Vinberg era mucho mayor, pues había nacido en 1871 en Kiev; su padre era general en jefe de una división de caballería. También él se hizo oficial del ejército, en el que llegó a coronel de la Guardia Imperial. Era miembro de la Cofradía de San Miguel Arcángel y escribía para la prensa de las Centurias Negras. En 1918 lo arrestaron por actividades contrarrevolucionarias y estuvo preso en la fortaleza de San Pedro y San Pablo de Petrogrado[93], pero pronto se escapó o lo pusieron en libertad. Se abrió camino hasta Ucrania, donde se sumó a los propagandistas «blancos» y los *pogromoshchiki* de Kiev. El asesinato de la zarina y los descubrimientos de la habitación de ésta en Yekaterinburg influyeron mucho en él. Cuando murió en Francia, en 1927, su necrológica aparecida en la *Revue Internationale des Sociétés Secrétes* señalaba que la zarina había sido coronela honoraria del regimiento de Vinberg: «La adoraba, y todos sus escritos en contra de los judíos y los masones están impregnados de ese culto»[94].

Tanto Shabelsky-Bork como Vinberg salieron de Rusia en fecha relativamente temprana de la guerra civil. Cuando las tropas alemanas evacuaron Ucrania tras el armisticio de noviembre de 1918, las autoridades alemanas ofrecieron un tren a los oficiales rusos que desearan salir con ellas. Shabelsky-Borg y Vinberg aprovecharon la ocasión y se fueron a Alemania. Parece que inmediatamente después de llegar a una Alemania que se hallaba todavía en los primeros estertores de la derrota y la revolución, Vinberg se puso en contacto con el hombre que había de publicar la primera traducción de los *Protocolos* al alemán, Ludwig Müller. Éste, que prefería hacerse llamar Müller von Hausen, y que también utilizaba el seudónimo de Gottfried zur Beek, era capitán retirado del ejército y director de una revista mensual conservadora y antisemita, *Auf Vorposten* (En vanguardia). Antes de fines de noviembre, aquel hombre estaba en posesión de un ejemplar de la edición de 1911 del libro de Nilus *Lo grande en lo pequeño,* con los *Protocolos,* y lo había recibido de Vinberg o de algún compañero de éste. Los contactos entre aquellos oscuros personajes tendrían importantes consecuencias. Monseñor

Jouin, que tanto hizo por difundir los *Protocolos* en Francia, consideraba que las actividades de Vinberg en Alemania habían sido «el punto de partida de la cruzada contra el peligro judeo-masónico», y aunque esto era un tanto exagerado, algo tenía de verdad. Desde luego, a partir de aquel momento la agitación antisemita adquirió una intensidad asesina que era nueva en Europa occidental.

En Berlín, Vinberg y Shabelsky-Bork colaboraron en la preparación de un anuario, *Luch Sveta* (Un rayo de luz), cuyo tercer número (mayo de 1920) contiene el texto completo de la edición de Nilus de 1911. También los demás números tratan obsesivamente de la imaginaria conspiración judeo-masónica-bolchevique, al igual que el libro de Vinberg *Krestny Put* (Vía dolorosa), que se tradujo al alemán. En todos esos escritos, Vinberg insiste en que de una forma u otra hay que deshacerse de los judíos. Naturalmente, comprende que eso es algo que no puede hacerse en una democracia, pero tampoco es algo que le preocupe, pues, en todo caso, considera la democracia una aberración monstruosa, un artilugio diabólico inventado por los judíos como medio de garantizar su dominación. En consecuencia, Vinberg exige que los jefes naturales de las naciones reconozcan de una vez para siempre la incompetencia política de las masas, se hagan con el poder e impongan su dictadura sobre las «manadas de antropoides». Entonces habrá llegado el momento de unir a las naciones en un frente común contra la conspiración mundial de los judíos.

Entre tanto, Vinberg advierte un gran consuelo: Alemania está relativamente libre de la enfermedad democrática.

> En Alemania circulan libremente los *Protocolos de los Sabios de Sion,* y los obreros revisan sus programas socialistas en reuniones extraordinarias... Por todas partes se celebran conferencias sobre la dominación judía...[95].

Y son los enemigos de Alemania, Inglaterra y Francia, los que constituyen el baluarte de los Sabios. Ya en el siglo XVIII Inglaterra, a instancias de los Sabios, había pagado a gente como Rousseau, Voltaire y los enciclopedistas para que socavaran Francia; en época más reciente había pagado a

Tolstói y Gorki para que socavaran Rusia. La Revolución francesa la habían planeado los Sabios, al igual que las revoluciones rusa y alemana de 1917-1918:

> El vínculo que une a las Revoluciones alemana y rusa consiste en el hecho de que los dos golpes de Estado se provocaron artificialmente por medio de la red... mundial de organizaciones judeo-masónicas. En esas organizaciones, la masonería de los grados inferiores desempeña el papel de arma ciega de la tristemente célebre... Alianza Israelita Universal, ese consejo secreto de los Sabios del Pueblo de Israel...[96].

Además, no sólo las revoluciones, sino la propia guerra mundial era obra de los Sabios, que actuaban por conducto de la política exterior británica y francesa. El káiser y el zar habían hecho todo lo posible por evitar la guerra, pero no eran enemigos para los Sabios. El único remedio, ahora, es una alianza entre la verdadera Alemania y la verdadera Rusia –o sea, una Alemania y una Rusia bajo dictaduras de derecha–. Esa alianza puede todavía desafiar y derrotar a la conspiración judeo-masónica y sus títeres francés y británico. Debe proclamarse una nueva consigna: «¡Alemania y Rusia sobre todo! ¡Sobre todo en el mundo!».

> Así –comenta Vinberg– los dos pueblos realizarán su sueño, magnánimo y benéfico, pero irrealizable hasta ahora, de la paz mundial...[97].

Como programa político, no es posible tomar en serio lo que dice Vinberg. Entre los emigrados rusos, sólo una minoría incluso de los ultraderechistas estaba dispuesta a recurrir a la ayuda alemana para intentar restablecer el régimen zarista, mientras que entre los derechistas alemanes había muy pocos –como Ludendorff– que fueran tan irrealistas como para contemplar tal restauración. Por otra parte, Vinberg tenía toda la razón cuando pensaba que los *Protocolos* tendrían más atractivo en Alemania que en ningún otro país. Sabía, desde luego, que desde la aparición del antisemitismo como fuerza política, hacia 1870, había tenido mucha más fuerza y más difusión en Alemania que en Inglaterra o en Francia. Pero no era todo: en cuanto se hizo evidente que Alemania iba a perder

la guerra, quienes habían llevado al país al desastre se apresuraron a echarles la culpa a los judíos, que eran al mismo tiempo los responsables de haber lanzado a Alemania a la guerra y de que Alemania no la hubiera ganado.

Ya en enero de 1918 la revista mensual derechista *Deutschlands Erneuerung* (Renovación alemana) había publicado una variación sobre el *Discurso del Rabino* adaptada a las necesidades del momento. En 1913, decía, se había reunido en París un grupo internacional de banqueros judíos que consideraron llegado el momento de que las altas finanzas expulsaran a los reyes y los emperadores y establecieran abiertamente su dominación sobre el mundo entero; lo que hasta entonces había sido un control secreto debía convertirse ya en una dictadura declarada. Ésos eran quienes habían lanzado al mundo a la guerra. También se habían encargado de que los «agitadores panjudíos» socavaran Alemania hasta tal punto que las potencias extranjeras se sintieran libres para atacarla, con el conocimiento seguro de que la guerra la sumiría en la revolución. Aquella idea prendió rápidamente en los círculos derechistas. A medida que, en los últimos meses desesperados de la guerra, se generalizaban las huelgas en Alemania y en Austria, se iban difundiendo las octavillas según las cuales,

> los judíos estadounidenses, ingleses y rusos han reunido 1.500 millones de marcos... para incitar a los alemanes contra los alemanes, a hermanos contra hermanos.

En agosto de 1918, cuando el ejército alemán se batía en retirada en el frente occidental, el príncipe Dr. Otto zu Salm-Horstmar –que con el tiempo se convertiría en uno de los patrocinadores más activos de los *Protocolos*– explicaba que Alemania estaba perdiendo la guerra porque el pensamiento democrático estaba socavando el pensamiento aristocrático, que era el natural de los alemanes, y aquel pensamiento democrático hallaba su mayor apoyo en la raza judía internacional, que actuaba por conducto de las logias masónicas. Por añadidura, añadía que Lenin era judío y pertenecía a una logia masónica de París, de la cual también

era miembro Trotsky. El príncipe soltó todo aquello en un discurso oficial pronunciado en la cámara alta de la Dieta prusiana.

En el momento mismo de la derrota final de Alemania, la revista *Auf Vorposten* daba esta explicación:

> ¡De momento ha ganado la bandera azul y blanca del pueblo judío y la bandera rojo sangre del alto grado escocés![98]. Los tronos de los Romanov, los Habsburgo y los Hohenzollern... han quedado vacíos, y Alemania gime bajo la tiranía de los consejos de obreros y soldados[99].

Y a principios de 1919, mientras el pueblo alemán experimentaba toda la amargura de la derrota, empezaron a aparecer libros enteros en los que se explicaba de ese modo la guerra y su final. Dos obras especialmente influyentes fueron *Judas Schuldbuch, eine deutsche Abrechnung* (Cuentas pendientes entre Alemania y los judíos), publicada con el seudónimo de «Wilhelm Meister»[100], y *Weltfreimaurerei, Weltrevolution, Weltrepublik, eine Untersuchung über Ursprung und Endziele des Weltkrieges* (Masonería mundial, Revolución mundial, República mundial. Investigación sobre el origen y el objetivo final de la Guerra Mundial), del Dr. F. Wichtl, ambas publicadas en Múnich, donde acababa de iniciar Hitler su carrera política. Su objetivo lo expone con una ingenuidad notable el propio Wichtl: «Convencer al lector de que no son los alemanes los culpables de esta horrible sangría» sino la conspiración mundial judeo-masónica, «la señora invisible de todos los pueblos y todos los estados»[101]. Naturalmente, se da por sentado que Rusia está totalmente en manos de ese poder, pero igualmente lo está el Imperio británico. Los judíos y los ingleses juntos organizaron la guerra como medio para llegar a dominar el mundo; la Entente la organizaron los judíos desde su baluarte de la City de Londres, igual que la propaganda pacifista que socavó a Alemania. Y si Trotsky es al mismo tiempo el agente de las altas finanzas judías y del rabinato, el monarca judío a punto de establecerse como gobernante del mundo no es otro que el rey Jorge V. Un país en que cosas así podían venderse a montones (entre los dos libros, se vendieron

50.000 ejemplares en un año) estaba verdaderamente dispuesto para los *Protocolos.*

Pero los *Protocolos* se quedaron a la espera. Había existido la intención de publicarlos simultáneamente en Alemania y Gran Bretaña, con unos comentarios adaptados a las circunstancias de cada país, pero no resultó fácil encontrar un editor británico. En consecuencia, se aplazó la publicación en Alemania hasta principios de 1920, pero entre tanto hubo muchos indicios de los buenos tiempos por venir. En abril de 1919, el anciano Theodor Fritsch, «el Néstor del antisemitismo alemán», publicó en su editorial Hammer una profecía que se decía había hecho un revolucionario judío en París en 1895, es decir, hacia la época del origen de los *Protocolos:*

> Dentro de unos 30 años, Alemania se verá envuelta en una gran guerra que no puede por menos de perder. Entonces, sobre las ruinas del Imperio alemán, edificaremos nuestro imperio, como nos prometió Jehová, con un segundo Salomón de rey.

Le da a uno la sensación de que Fritsch debía estar leyendo un ejemplar de los *Protocolos* (poco después publicaría su propia edición de ellos, que le produjo grandes beneficios). También en abril de 1919, Vinberg hablaba en *Luch Sveta* de una inminente edición alemana, y aquel mismo mes *Auf Vorposten* contenía un anuncio que sigue siendo un documento de lo más significativo:

> En Alemania, antes de la guerra, los informes de los Sabios de Sion no se conocían más que en círculos judíos y masónicos. No cabe duda de que la historia del mundo habría seguido otro rumbo si los príncipes de Europa hubieran conocido los *Secretos de los Sabios de Sion* a tiempo y hubieran extraído de ellos las conclusiones que se imponían...
>
> Dada la blandura demostrada por los pueblos de Europa central, y especialmente por los alemanes, en su manejo de la cuestión judía, es probable que toda revelación de los objetivos judíos se hubiera visto rechazada antes de la guerra con una sonrisa de incredulidad. Incluso durante la guerra mundial sólo unos pocos se dieron cuenta de que debía existir algún gran plan para la destrucción de Alemania; quienes estaban al tanto sabían que los masones y los judíos habían preparado ese plan con decenios de anticipación, a fin

> de derrocar las casas reales de Europa y después iniciar la lucha contra la Iglesia... ¡Que un tribunal imparcial examine quién es el culpable de la guerra! Convocamos a los dirigentes de la masonería internacional, a las alianzas mundiales judías y a todos los grandes rabinos a que comparezcan ante él[102].

Eso, por lo menos, era cierto: quienes antes de la guerra se habrían reído de los *Protocolos* ahora estaban dispuestos a tomárselos en serio. La misma evolución de las cosas que se había producido en Rusia después de la Revolución de Octubre estaba a punto de repetirse, a escala infinitamente mayor, en Alemania. Una vez más, unos hombres derrotados y arruinados iban a invocar aquella falsificación para explicar sus desgracias y excusar sus fracasos; un puñado de aventureros políticos que lo utilizarían como truco para conseguir influencia, privilegios y poder. Y en eso, algunos de ellos iban a tener un éxito muy superior a los sueños de cualquiera de los *pogromoshchick* de las Centurias Negras.

Se conocen muchos datos acerca de la promoción de la primera edición alemana de los *Protocolos.* El libro se publicó a mediados de enero de 1920 con el título de *Die Geheimnisse der Weisen von Zion* (Los secretos de los Sabios de Sion). La editorial fue la misma organización que publicaba *Auf Vorposten,* la Verband gegen Ueberhebung des Judentums (Asociación contra la arrogancia de los judíos), fundada en 1912 o 1913 con el fin de «ilustrar a la élite espiritual, social y económica del pueblo». El director era el fundador de aquella organización, el mismo Ludwig Müller –alias Müller von Hausen, alias Gottfried zur Beek– a quien le habían dado el ejemplar de Nilus en 1918. Aunque el libro comenzó a venderse muy bien inmediatamente, empezó por recibir enormes subvenciones, y ya sabemos de qué sectores. Por mucho que la nueva Constitución hubiera abolido la cámara alta de la Dieta prusiana, su ala conservadora seguía funcionando como entidad, sobre todo mediante el envío de fondos a varias organizaciones cuyo objetivo era desacreditar la república y restaurar la monarquía. De esta fuente consiguió fondos para los *Protocolos* el príncipe Dr. Otto zu Salm-Horstmar. Además, parece indudable que también

contribuyeron miembros de la depuesta familia Hohenzollern; en todo caso, cuando se profirió esta acusación, el *Auf Vorposten,* habitualmente vociferante, mantuvo un prudente silencio.

Desde luego, los Hohenzollern tenían motivos para estar contentos con el libro: llevaba la dedicatoria de «A los príncipes de Europa», y un retrato de su ilustre antepasado, el Gran Elector, con el lema: «Que algún día se levante de nuestros huesos un vengador». No es de extrañar que el príncipe Joaquín de Prusia tuviese por costumbre regalar ejemplares del libro al personal de los hoteles y los restaurantes que frecuentaba. En cuanto al káiser, que estaba exiliado, cuando lady Norah Bentinck lo visitó en el verano de 1921, lo encontró totalmente convencido de que su caída se debía a los Sabios[103]. También para el gran héroe alemán de la guerra, el general Ludendorff, los *Protocolos* llegaron como una revelación, que se negó a rechazar incluso cuando *The Times* demostró su carácter espurio. «El gobierno supremo del pueblo judío», escribió en 1922, «actuaba de la mano de Francia y de Inglaterra. Quizá era el que guiaba a ambas»[104]. Y reflexionaba:

> Últimamente han salido varias publicaciones que arrojan una nueva luz sobre la posición del pueblo judío. El pueblo alemán, pero también los demás pueblos de la Tierra, tienen todo género de motivos para realizar un estudio a fondo del desarrollo histórico del pueblo judío, sus organizaciones, sus métodos de lucha y sus planes. Uno sospecha que en muchos casos llegaremos a una versión distinta de la historia universal[105].

Naturalmente, Ludendorff tenía gran necesidad de un chivo expiatorio, pues al recomendar una guerra submarina totalmente implacable, había hecho tanto como el que más por meter a los Estados Unidos en la guerra contra Alemania.

Si bien es posible que Ludendorff y el káiser estuvieran realmente engañados, el conde Ernst zu Reventlow, que era un político profesional, sabía perfectamente lo que se hacía. Aquel aristócrata prusiano –que era uno de los principales miembros del bloque *völkisch*[106] del Reichstag, y con el tiempo se haría nazi– se había empeñado totalmente en propagar los

Protocolos. Así lo hizo en *Auf Vorposten,* en su propio periódico *Der Reichswart* (El centinela del Reich) y en periódicos de masas, como el *Deutsches Tagleblatt;* y cuando *The Times* publicó su revelación, defendió la autenticidad de los *Protocolos* con más ardor que nunca:

> Las revelaciones de *The Times* –escribió– no pueden afectar a, ni mucho menos destruir, la veracidad de los *Protocolos.* Por el contrario, esas revelaciones arrojan una luz interesantísima y valiosísima sobre las maniobras judías... ¡Que el pueblo alemán extraiga la conclusión práctica y se encargue de que el libro, que ya tiene una gran distribución, circule lo más posible![107].

Eso decía el conde Reventlow, que, como veremos, no se creía ni una sola palabra del asunto[108].

En aquel coro de elogios, la voz de la Asociación contra la Arrogancia de los Judíos sonaba muy alta. Aquellos editores emprendedores no se limitaban a hablar de política, ni de cosas como guerras y revoluciones; en su publicidad, como ocurriría más tarde con la propaganda nazi, se presenta el desenmascaramiento de la conspiración judeo-masónica como el punto clave de la historia espiritual de la humanidad. Según *Auf Vorposten,* el nuevo libro revelaba una conspiración

> para destruir al cristianismo y otras formas de creer en Dios y establecer la fe mosaico-talmúdica como religión universal. Se ha iniciado el gran combate que predecían hombres de gran visión desde hace decenios. Si los pueblos civilizados de Europa no se levantan ahora para luchar contra el enemigo común, nuestra civilización se verá destruida por el mismo hongo venenoso que destruyó la civilización de la Antigüedad hace dos mil años... Hace unos días nos decía un profesor de Berlín que sin duda este libro le traerá la salvación a nuestro pueblo, y un erudito del sur de Alemania escribía para decir que ningún libro ha provocado jamás tal revolución en la visión del mundo que tiene la gente como la obra de Gottfried zur Beek, no ya desde la invención de la imprenta, sino incluso desde el descubrimiento del alfabeto. De todos los sectores de la población alemana, desde las cortes de los príncipes hasta las casitas de los obreros, nos llegan mensajes de alegría y aprobación porque al fin un hombre valeroso ha resuelto la cuestión de la que depende el destino del pueblo alemán[109].

Las contracubiertas de los editores tienden a exagerar, pero verdaderamente la recepción popular que tuvo la edición de Müller von Hausen (o Gottfried zur Beek) de los *Protocolos* fue extraordinaria. Hubo que reimprimirlo dos veces en el mes siguiente a la publicación, y otras tres veces antes de fines de 1920; sus ventas llegaron en seguida a los 120.000 ejemplares. Y, desde luego, el libro coadyuvó mucho a fomentar la locura nazi ya bajo el régimen democrático y liberal de la República de Weimar. Por ejemplo, esto fue lo que vio un observador judío a principios del decenio de 1920:

> En Berlín asistí a varios mítines consagrados exclusivamente a los *Protocolos.* Por lo general, el orador era un profesor, un maestro, un editor, un abogado o alguien así. El público estaba formado por personas de la clase instruida: funcionarios, comerciantes, amtiguos oficiales, señoras, y sobre todo estudiantes, estudiantes de todas las facultades y todos los cursos... Las pasiones estaban excitadas al máximo. Allí, frente a uno, en carne y hueso, estaba la causa de todos los males: los que habían hecho la guerra y causado la derrota y organizado la revolución, los culpables de todos nuestros sufrimientos. El enemigo estaba al lado, al alcance de nuestra mano, y sin embargo era el enemigo que se agazapaba en la oscuridad, y uno temblaba al imaginarse los secretos designios que estaría abrigando.
>
> Observé a los estudiantes. Era posible que sólo unas horas antes hubieran estado ejercitando toda su energía mental en un seminario dirigido por un sabio de fama mundial para tratar de resolver un problema jurídico, o filosófico, o matemático. Ahora su sangre joven hervía, les brillaban los ojos, cerraban los puños, rugían con voces roncas de aplauso o de venganza. A veces se permitía que hablara alguien del público; si alguien osaba expresar una duda lo hacían callar a voces, a veces con insultos y amenazas. Si se hubieran dado cuenta de que yo era judío, dudo que hubiera podido escapar sin lesiones. Pero la erudición alemana permitía que la creencia en la veracidad de los *Protocolos* y en la existencia de una conspiración judía mundial calase cada vez más hondo en todos los sectores cultos de la población alemana, de forma que ahora[110] es sencillamente inerradicable. De vez en cuando un periódico cristiano serio expresaba leves dudas, planteaba objeciones blandas y tímidas, pero nada más. Ninguno de los grandes eruditos alemanes (salvo el finado y llorado Strack) se atrevió a desenmascarar la falsificación...[111].

Este relato se ve confirmado por otros del mismo período, y todos están de acuerdo en que los *Protocolos* eran algo que preocupaba básicamente a la clase media. Los periódicos socialdemócratas los denunciaban decididamente, mientras que la mayor parte de la prensa «burguesa» permanecía, en el mejor de los casos, neutral. Y los estudiosos más ávidos de los *Protocolos* no se hallaban entre los obreros industriales, fueran o no especializados, sino entre las clases profesionales. Los antiguos oficiales les tenían una especial afición, pero también circulaban por los institutos de tecnología, muchas veces con la aprobación de los profesores, y ayudaban a formar la visión del mundo de los estudiantes que más tarde ocuparían puestos a todos los niveles de la industria, incluidos los más altos (dicho sea de paso, Techow, el asesino de Rathenau, había estudiado en un instituto de tecnología)[112]. No cabe duda de que los creyentes más entusiastas eran los partidarios de las ideas racistas y *völkisch* –que estudiaremos más adelante–, pero por otra parte ni siquiera el protestantismo más ortodoxo constituía una protección segura. Los propagandistas antisemitas empezaron a difundir que la autenticidad de los *Protocolos* estaba garantizada por el Museo Británico, porque en su gran biblioteca había un ejemplar del libro de Nilus, y aquello bastaba para convencer incluso a las publicaciones más serias y respetables de la Iglesia luterana.

El apetito de aquel enorme público, sobre todo de clase media, podía fluctuar, pero nunca quedaba saciado. En el momento en que llegó Hitler al poder, en 1933, se habían publicado 33 ediciones de la traducción de Zur Beek. Entre tanto, la editorial Der Hammer, de Leipzig, había sacado una edición popular con el nombre de Theodor Fritsch, y en 1933 de esa edición se habían vendido casi 100.000 ejemplares. Además, estas ediciones estuvieron acompañadas de un diluvio de obras en las que se explicaban y se justificaban los *Protocolos.* La traducción al alemán del libro sobre el tema patrocinado por Henry Ford, *El judío internacional,* tuvo seis ediciones entre 1920 y 1922. En 1923 Alfred Rosenberg, el «filósofo» oficial del Partido Nazi, publicó un volumen titulado *Die Protokolle der Weisen von Zion und die jüdische Weltpolitik*

(Los Protocolos de los Sabios de Sion y la política mundial judía), que también tuvo tres ediciones en un año. O sea, que ya en el decenio de 1920 debía de haber en Alemania cientos de miles de ejemplares de los *Protocolos* y de comentarios sobre ellos.

Todo aquello era parte de una campaña antisemita mucho más intensiva que ninguna de las conocidas antes de la guerra. Al cabo de un año del armisticio existían ya seis organizaciones consagradas a la difusión de propaganda de ese género –dos en Berlín, tres en Hamburgo y una en Leipzig–, y por lo menos una docena de periódicos y revistas[113]. Y eso en una época en que Hitler y su futuro partido ni siquiera habían empezado a salir de la oscuridad. Gracias a esas organizaciones y publicaciones, los *Protocolos* no eran algo aislado, sino que se veían constantemente reforzados por otras falsificaciones y fábulas relativas a la conspiración mundial judeo-masónico-comunista. Ya en 1919 aparecieron dos ediciones del *Discurso del Rabino,* además de las variaciones que sobre él se hacían en el libro de «Wilhelm Meister». Entró en Alemania el documento Zunder, tras desempeñar su papel en la provocación de pogromos en Rusia; en febrero de 1920 salió en el periódico de los derechistas rusos *Prizyv* (La llamada), e inmediatamente se tradujo y reeditó en *Auf Vorposten* y publicaciones parecidas. Aquel mismo mes se reeditó la vieja obra de Osman-Bey *La conquista del mundo por los judíos.* Y se halló otra rica mina en la larga introducción y el epílogo con que Müller von Hausen ornamentó su edición de los *Protocolos.*

Incluso para alguien ya encallecido en sus vagabundeos por esos territorios le provoca una sacudida comprender exactamente qué es lo que contiene este libro que se habían tomado tan en serio innumerables profesores y maestros, hombres de negocios e industriales, oficiales del ejército y funcionarios. Porque incluso los *Protocolos* son menos extraños que los apéndices editoriales. Entre éstos figura, por ejemplo, la caricatura «El sueño del káiser», publicada inicialmente en el semanario inglés *Truth* en 1890[114]. Ese comentario satírico sobre las ambiciones del káiser y sus probables consecuencias se interpreta como un producto judeo-masónico que revela el

plan secreto (!) para derrocar las monarquías europeas; después de todo, ¿no era Henry Labouchere, director de *Truth,* masón y, lo que es más, miembro del Club de la Reforma? Igualmente notable es una fantasía que Müller von Hausen copió de *Prizyv:* se acababa de celebrar en el Kremlin una misa negra en la que Trotsky y los suyos habían rezado a Satanás para que les ayudara a derrotar a sus enemigos; aquel sacrilegio lo había revelado un centinela, a quien inmediatamente asesinaron por orden de Trotsky. Estas cosas, y muchas más de la misma calidad, se convirtieron en la divisa de los propagandistas antisemitas.

Se llegó a la cumbre del absurdo con un invento titulado *Die siegreiche Weltanschauung (NeoMachiavellismus) und wir Juden* [La visión victoriosa del mundo (el neomaquiavelismo) y nosotros los judíos], que se publicó unas semanas después de los *Protocolos* con la firma increíble de Dr. Siegfried Pentha-Tull. En ese panfleto, el autor, que se dice judío, celebra en público el éxito del plan esbozado en los *Protocolos,* es de suponer que olvidando su carácter presuntamente secreto. No se tardó mucho en encontrar al olvidadizo Pentha-Tull. Justo en aquella época, el periódico *Deutsche Zeitung,* que era el órgano del Partido Nacional Popular Alemán (antes Partido Conservador), estaba publicando en forma de serial una novela corta en la que el «malo» era un judío llamado Pentha-Tull, y la novela y la falsificación eran de la misma persona, un conocido antisemita llamado Hans Schliepman. Pero eso no impidió que el mismo periódico expresara su horror ante las revelaciones del imaginario Pentha-Tull. Su libro, exclamaba, «le hiela a uno la sangre en las venas». Y formulaba una petición urgente:

> Debe formarse una falange cristiana unida en contra de los horribles peligros que no sólo amenazan a las iglesias, sino a todo el pueblo alemán, y que proceden de los judíos. Es necesario hablar con franqueza, si no queremos perecer miserablemente. Se puede sacar al pueblo de su apatía... pero únicamente mediante un combate enérgico contra quienes emponzoñan al pueblo; ésa es la única forma de escapar a sus mortales garras[115].

Nadie fue más elocuente en relación con el tema de Pentha-

Tull que el conde Ernst zu Reventlow, aquel infatigable propagandista de los *Protocolos.* En mayo de 1920 dedicó varios artículos en el *Deutsche Zeitung* a afirmar que la autenticidad de los *Protocolos* quedaba demostrada sin lugar a dudas por Pentha-Tull y el documento Zunder, y eso lo escribía sin creérselo un solo momento. Aunque ya se sabe que gran parte de la propaganda antisemita consiste en mentiras deliberadas, es raro encontrarse con que uno de los mentirosos lo reconozca por escrito. En 1940, una de las oficinas de propaganda del Tercer Reich pensó en resucitar a Pentha-Tull y consultó a Reventlow, que seguía siendo miembro del Reichstag. La Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener contiene su respuesta:

> Cuando leí el panfleto de Pentha-Tull quedé convencido de que se trataba de una falsificación bastante torpe. Pero en público dije que era auténtica, porque me pareció lo más útil en aquel momento... ¡Heil Hitler![116].

Y sabemos cuál era la utilidad en que pensaba Reventlow en torno a aquella mentira concreta. Las elecciones al primer Reichstag republicano se iban a celebrar en junio de 1920. La presentación de la nueva república como creación de los Sabios de Sion era una forma de ganar votos para la derecha antidemocrática.

2

Los *Protocolos* tuvieron mucho que ver con dos asesinatos políticos ocurridos en Berlín en 1922.

Cuando llegó a Berlín Shabelsky-Bork, el amigo y colaborador de Vinberg y activísimo propagandista de los *Protocolos,* fundó una organización calcada de las Centurias Negras y entrenada en el terrorismo. Su principal acción la realizó el 28 de marzo de 1922. Se estaba celebrando en la Philharmonia de Berlín una reunión de emigrados rusos, en ayuda de las víctimas del hambre en la Unión Soviética. Presidía la reunión Pavel Nikolaevich Miliukov, el eminente historiador y dirigente de los demócratas constitucionales

(kadetes). El propio Miliukov había tenido que huir de Rusia para impedir que los bolcheviques lo encarcelaran o lo ejecutaran; de hecho, al igual que Vinberg y Shabelsky-Bork, lo hizo con las tropas alemanas que se retiraban de Ucrania. Eso no impidió que aquellos fanáticos planearan su asesinato. Shabelsky-Bork y su banda irrumpieron repentinamente en la Philharmonia y abrieron fuego contra el escenario, sin acertarle a Miliukov, que se tiró al suelo, pero mataron a Vladimir Nabokov (el padre del novelista). Por aquel asesinato Shabelsky-Bork fue sentenciado a catorce años de trabajos forzados. Salió en libertad mucho antes de ese plazo, y cuando los nazis llegaron al poder, recibió una pensión fija de la oficina de Rosenberg, y ya en 1933 se le permitió colaborar en la fundación de un movimiento «nazi» ruso. Fue una recompensa adecuada, pues en su tentativa de asesinato de Miliukov, Shabelsky-Bork actuaba conforme a la doctrina de su maestro Vinberg, que de hecho también estaba implicado en el asesinato, y por ello tuvo que marcharse de Alemania. Vinberg veía en Miliukov al agente secreto, pero plenamente consciente, de los bolcheviques, que eran a su vez agentes de los Sabios de Sion.

Unos meses después se produjo un asesinato, esta vez perpetrado por derechistas alemanes, que retumbó en toda Europa. En junio de 1922 un puñado de jóvenes fanáticos asesinó a Walter Rathenau, el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania. Y lo hicieron convencidos no sólo de que él actuaba en nombre de los Sabios, sino de que él mismo era uno de ellos.

Rathenau era un hombre de extraordinaria competencia, que había hecho aportaciones en las esferas de las ciencias aplicadas, la ingeniería, la filosofía, la teoría política y la económica, además de ser uno de los grandes industriales alemanes, un gran administrador y un notable ministro de Relaciones Exteriores. Sus servicios a Alemania habían sido enormes. Al comienzo mismo de la guerra advirtió del peligro mortal que representaba el bloqueo británico. Para contrarrestarlo montó en un lapso de tiempo verdaderamente asombroso una organización enorme para la administración de

las materias primas, lo cual, de hecho, permitió a Alemania disponer de materias primas hasta el final de la guerra. Acabada la contienda, trabajó incansablemente para superar el aislamiento de Alemania y conseguir que se redujera la carga de las reparaciones, al mismo tiempo que intentaba unir a las naciones de Europa, todavía amargamente divididas por la experiencia de la guerra, en un esfuerzo colectivo de reconstrucción. En abril de 1922, como ministro de Relaciones Exteriores, firmó el tratado de Rapallo con la Unión Soviética, en virtud del cual ambos países renunciaron a todas las reclamaciones debidas a la guerra.

Rathenau era un ferviente patriota, pero su patriotismo era el de un europeo civilizado y liberal, y no tenía nada que ver con el patrioterismo. Además, era judío. En consecuencia, los derechistas fanáticos lo veían con un odio que se fue haciendo cada vez más intenso a medida que iba ascendiendo en la vida política. En 1921, la prensa del bloque *völkisch* y del joven Partido Nazi representaban a aquel gran idealista como un ser satánico. «Esparce usted a su alrededor una justicia infernal, unas prácticas infernales y una moral infernal», escribía la *Deutsch-völkische Blätter,* mientras el *Völkischer Beobachter* denunciaba:

> ¿Cuánto falta para que tengamos a un Walter I de la dinastía de Abraham, José, Rathenau? Se acerca el día en que la rueda de la historia universal dará marcha atrás, para pasar por encima de muchos cadáveres, los del gran financiero y sus cómplices[117].

Al mismo tiempo, Theodor Fritsch en las publicaciones de Hammer presentaba a Rathenau como el responsable del bolchevismo, incluso dentro de Rusia. En 1922 los ataques se hicieron todavía más rastreros. Se llegó a decir que al establecer el control de las materias primas durante la guerra, Rathenau había organizado deliberadamente el hambre del pueblo alemán. En cuanto a su designación como ministro de Relaciones Exteriores, la había logrado al presentar al canciller un ultimátum en el que amenazaba con «sacrificar el pueblo alemán al poder mundial judío». Y a lo largo de los meses anteriores al asesinato se pronunciaron discursos en los que se

pedía que se cometiera precisamente ese asesinato.

Naturalmente, en aquella campaña se invocaron constantemente los *Protocolos,* pero no fue eso todo: se hicieron circular dos historias concretas en las que se establecía una relación peculiarmente estrecha entre Rathenau y los Sabios de Sion. Una de ellas era un extraño invento que Müller von Hausen incluyó en su edición de los *Protocolos.* Emil Rathenau, el padre del estadista, había comprado hacía tiempo en Berlín una casa que había reconstruido en gran parte, y una de las adiciones que le hizo fue un friso que recorría el exterior del edificio. Dicho friso estaba formado por máscaras con decoraciones florales, que se repetían 66 veces. Pero a los ojos alucinados del editor de los *Protocolos,* aquello representaba 66 cabezas coronadas, cortadas y depositadas en 66 bandejas destinadas a recibir la sangre de los sacrificios. ¿Quién podía dudar de que en aquel diseño se expresaba simbólicamente el secreto de la revolución alemana y de la rusa? ¿No había sido Emil Rathenau uno de los consejeros de mayor confianza del káiser?

> ¿Cuántas veces –lamentaba Müller– no habrá cruzado nuestro inocente emperador el umbral de esa casa sin sospechar los amables deseos para con el futuro de la Casa de Hohenzollern que abrigaba aquel hombre a quien consideraba su amigo?[118].

De tal padre, tal astilla. Años antes, Walter Rathenau había escrito una frase que iba a tener una historia larga y nada gloriosa. En la *Neue Freie Presse* del día de Navidad de 1909 se había publicado un artículo suyo que se reeditó en su libro *Zur Kritik der Zeit* (Una crítica de nuestros tiempos), de 1922. Trataba de cuestiones económicas y contenía la siguiente observación:

> Trescientos hombres, todos los cuales se conocen entre sí, orientan los destinos económicos del continente y buscan sus sucesores entre sus seguidores.

No se menciona para nada a los judíos, y el contexto demuestra lo que se proponía Rathenau, que era deplorar que en aquella época los principales puestos de las finanzas y la

industria fueran en gran medida coto cerrado de una oligarquía hereditaria. Parece haber sido Ludendorff quien primero sugirió que los 300 hombres eran en realidad el gobierno secreto judío[119]. Aquella sugerencia la tomaron ávidos los antisemitas profesionales, que rápidamente extrajeron la conclusión obvia: Rathenau sabía cuántos eran los Sabios, lo cual significaba que era uno de ellos. No hacía falta más para completar la transformación del ministro de Relaciones Exteriores en un supercriminal.

> El nombre del principal culpable de la esclavización de nuestra economía es Rathenau –escribía una revista derechista–. El dominio del trabajo productivo de todos los pueblos de la Tierra pasa cada vez a manos de esos 300 hombres que, según una observación inadvertida de la guía de Rathenau de la historia universal, se conocen todos los unos a los otros, y uno de los cuales es él... Muchos contemporáneos inocentes siguen sin reconocer las operaciones preconcertadas de esos 300 hombres que, casi sin excepción, pertenecen a la raza judía...[120].

Alfred Rosenberg, en su folleto *La peste en Rusia,* decía que Rathenau y los de su calaña estaban «maduros desde hace mucho tiempo para la cárcel y el patíbulo». El conde Zu Reventlow lamentaba que un hombre así estuviera vivo y gozase de excelente salud, y su artículo se reeditó en muchos periódicos dos semanas antes del asesinato.

Rathenau había recibido frecuentes amenazas de asesinato, pero siempre había rechazado la protección de la policía. Lo asesinaron cuando iba en su coche, como de costumbre, de su casa al Ministerio de Relaciones Exteriores, el 24 de junio de 1922 por la mañana. Los asesinos eran unos muchachos muy jóvenes pertenecientes a varios grupos de la extrema derecha, como la Deutsch-Völkischer Schutz und Trutszbund («Alianza Ofensiva y Defensiva») y la Brigada Naval Erhardt; varios de ellos habían participado en la primera tentativa derechista de derribar la República, el *putsch* de Kapp de 1920. Estaban agrupados en una organización llamada Organización Cónsul que, al igual que el joven Partido Nazi, tenía su sede en Múnich. Aquel grupo se dedicaba al terrorismo, y un ejemplo de las canciones que aquellos muchachos entonaban por las

calles era la llamada «A matar a Walter Rathenau, el cerdo judío maldito de Dios».

La imaginación de los asesinos estaba empapada de los *Protocolos* y las fantasías tramadas en torno a ellos. El hombre que planeó el asesinato, Willy Günther, lo reconoció con toda franqueza en los interrogatorios preliminares. El motivo por el que era necesario matar a Rathenau, dijo, era que según Ludendorff se trataba del único hombre de Alemania que sabía quiénes eran los miembros del gobierno secreto judío que había causado la guerra. El mismo cuadro surgió durante el juicio celebrado en Leipzig, en octubre de 1922, del conductor del coche desde el que mataron a Rathenau (de los dos que habían perpetrado el asesinato en sí, la policía mató a uno y el otro se suicidó para evitar la captura)[121]. Así describió el acusado Ernst Techow la conspiración tal como se la había propuesto su iniciador, el finado Erwin Kern:

> Kern dijo que se proponía asesinar al ministro Rathenau, y que yo debía comprometerme a ayudarlo, tanto si quería como si no. De lo contrario, estaba dispuesto a hacer el trabajo él solo. Y le daba igual cuáles fueran las consecuencias. Al mismo tiempo, dio varias razones que a su entender eran decisivas, aunque yo no opinaba lo mismo. Dijo... que Rathenau tenía relaciones muy estrechas e íntimas con la Rusia bolchevique, hasta el punto de que había hecho que su hermana se casara con el comunista Radek.
>
> Para terminar, dijo que el propio Rathenau había confesado que era, y presumía de serlo, uno de los 300 Sabios de Sion, cuyo objetivo y propósito era hacer que todo el mundo cayera bajo la influencia judía, como ya demostraba el ejemplo de Rusia, donde primero se hizo que todas las fábricas, etc., fueran de propiedad pública, y después, por sugerencia y orden del judío Lenin, se trajo capital judío del extranjero para volver a poner en marcha las fábricas, y así fue cómo ahora toda la propiedad nacional de Rusia está en manos de los judíos...
>
> *El presidente del Tribunal:* Dice usted que Rathenau tenía relaciones estrechas con el bolchevique Radek, de manera que incluso hizo que su hermana se casara con él.
>
> *Techow:* Eso es lo que dicen. Yo no lo sé.
>
> *El presidente:* Que yo sepa, Rathenau no tiene más que una hermana,

y está casada en Berlín con el Dr. Andreae.

Techow: No lo sé.

El presidente: ¿Cómo podía un gran industrial tener esas relaciones con el refugiado ruso y comunista Radek? ¿Le parece a usted probable?

Techow: No; no era más que una conjetura que Kern citó como si fuera un hecho. Por eso tenía que suponer que era verdad.

El presidente: Continuemos. Se dice que Rathenau había confesado que era uno de los 300 Sabios de Sion. Los 300 Sabios de Sion son cosa de un folleto. ¿Lo ha leído usted?

Techow: Sí[122].

En vísperas del juicio alguien envió a uno de los acusados, Willy Günther, un paquete de bombones envenenados a la cárcel. El fiscal, en la declaración que hizo pública, aclaró por qué: por miedo a que

> quienes habían sido los responsables del asesinato del ministro Rathenau se vieran traicionados por las declaraciones que hiciera Günther en el juicio[123].

Hasta qué punto se pueda identificar a esas personas con los dirigentes del joven Partido Nazi sigue sin saberse, pero sí sabemos que Goebbels escribió a Techow cuando este último purgaba su pena de trabajos forzados:

> El bando nacionalista está a tu lado sin reservas de ningún tipo. También esto muestra la diferencia entre los verdaderos nacionalistas y los patriotas «burgueses», que no respaldan a nadie más que cuando hacerlo es seguro y no ofende a los cánones de la corrección burguesa.

Y además:

> Quiero estrecharte la mano –es una necesidad interior que tengo– y, como no está permitido agradecer tu acto, quiero sumarme a ti y a tus camaradas como hombre, como alemán, como activista joven y consciente que cree en la resurrección de Alemania, ¡pese a todo![124].

Desde luego, el asesinato de Rathenau como Sabio de Sion fue un preludio de la era lunática en la que el gobierno de una gran nación europea proclamaría que los *Protocolos* eran la última verdad. El juez, al resumir la causa, pronunció unas palabras que, retrospectivamente, adquirirían un significado muy profundo y que pocos podrían haberles atribuido en 1922:

> Tras los asesinos y sus cómplices levanta su rostro el principal culpable, el antisemitismo irresponsable y fanático, retorcido por el odio; un antisemitismo que vilipendia al judío por el hecho de serlo, independientemente de la persona de que se trate, con todos los medios calumniosos de los que es ejemplo ese grosero libelo titulado *Protocolos de los Sabios de Sion,* y así siembra en mentes confusas e inmaduras el impulso del asesinato. Ojalá la muerte sacrificial de Rathenau, que sabía muy bien a qué peligros se exponía cuando ocupó su puesto, ojalá las percepciones que ha aportado este juicio acerca de las consecuencias de unas provocaciones sin escrúpulos... sirvan para purificar el aire infectado de Alemania y para elevar a Alemania, que hoy día se está hundiendo mortalmente enferma en esta barbarie moral, hacia su curación[125].

Y de hecho, el asesinato sirvió durante cierto tiempo de sacudida saludable. Se presentó un proyecto de ley de defensa de la República, y conforme a sus disposiciones se procesó a varios publicistas oscuros por seguir afirmando que Rathenau había sido uno de los Sabios de Sion. Se proscribió la Alianza Defensiva y Ofensiva. Ludendorff se asustó y publicó un artículo en un periódico de Londres en el que acusaba del asesinato a los comunistas. Por su parte, Müller von Hausen intentó primero justificar el asesinato reiterando la historia del friso, pero la retiró rápidamente cuando la madre de Rathenau presentó una demanda ante los tribunales. Pero después, a partir de 1924, la situación de Alemania empezó a cambiar de tal forma que ni siquiera los más fanáticos podían decir que los Sabios estaban haciendo algún daño. Se negoció un acuerdo sobre reparaciones de guerra nuevo y más moderado, las tropas aliadas se retiraron del territorio alemán y la Sociedad de Naciones admitió a Alemania por unanimidad. El resultado fue que la marea del extremismo derechista empezó a bajar en toda Alemania. Fue una mala época para los *Protocolos,* pero

no iba a durar mucho.

91. *V Moskvu,* N.° 1, 23 de septiembre de 1919.

92. Acerca del papel desempeñado por Vinberg y Shabelsky-Bork, véase H. Rollin, *L'Apocalypse de notre temps,* París, 1939, sobre todo las págs. 153 y ss.; y W. Laqueur, *Russian and Germany,* Londres, 1965, págs. 109 y ss.

93. San Petersburgo, luego Leningrado, tuvo el nombre de Petrogrado de 1914 a 1920.

94. Acerca de la *Revue lnternationale des Sociétés Secrètes,* véase *infra,* pág. 206-208.

95. F. V. Vinberg, *Krestny Put,* Múnich, ed. de 1922, pág. 246.

96. *Luch Sveta,* Berlín, Vol. I (1919), pág. 50.

97. F. V. Vinberg, *Krestny Put,* pág. 49.

98. Es decir, «el rito escocés antiguo y aceptado», véase pág. 56.

99. *Auf Vorposten* de 1918, Heft 4-6, pág. 82.

100. «Wilhelm Meister» era en realidad Paul Bang, el experto en asuntos económicos del Deutschnationale Volkspartie, sucesor del Partido Conservador de Prusia de antes de 1918.

101. F. Wichtl, *Weltfreimaurerei , Weltrevolution, Weltrepublik,* 9.ª ed., Múnich, 1922, pág. 268.

102. *Auf Vorposten* de 1919, Heft 4-6, págs. 78-80.

103. Lady Norah Bentinck, *The Ex-Kaiser in Exile,* Londres, 1921, págs. 99-108.

104. E. Ludendorff, *Kriegführung und Politik,* 2.ª ed., Berlín, 1922, pág. 51.

105. *Ibid.,* pág. 322, nota a pie de página.

106. Nacionalistas extremistas que eran más radicales y «populistas» que el Partido Nacional Popular Alemán, y tenían una visión del mundo francamente racista y antisemita.

107. En *Deutsches Tageblatt,* del 23 de agosto de 1921.

108. Véanse págs. 174-175.

109. *Auf Vorposten* de 1920, Heft 1-2, págs. 35-37.

110. Es decir, en 1924.

111. B. Segel, *Die Protokolle der Weisen von Zion,* págs. 37-38.

112. Véase págs. 181-183.

113. Las organizaciones antisemitas a comienzos de 1920 eran: Verband gegen die Ueberhebung des Judentums (Berlín), Ausschuss für Volksaufklárung (Berlín), Deutsch-völkischer Bund (Hamburgo), Deutsche Erneuerungsgemeinde (Leipzig), Deutsch-völkischer Schutz-und Trutzbund (Hamburgo), Reichshammerbund (Hamburgo). Periódicos y revistas antisemitas: *Deutsche Zeitung, Deutsche Tageszeitung, Tägliche Rundschau, Deutsches Wochenblatt, Münchener Beobachter, Deutscher Volksrat, Der Aufrechte, Der deutsche Landtag, Die Tradition, Auf Vorposten, Die Deutsche Erneuerung.*

114. Véase la ilustración n.° 4.

115. *Deutsche Zeitung,* 31 de agosto de 1920.

116. Existe una copia de la carta de Reventlow, fechada el 5 de marzo de 1940 y dirigida al Weltdienst, en la Colección Freyenwald, legajo «Pentha-Tull».

117. Ambas cosas citadas en *C. V. Zeitung* (es decir, el semanario del «Central-Verein deutscher Staatsbürger jüdisch en Glaubens»), Vol. I, 20 de junio de 1921.

118. Parece que Müller von Hausen tomó prestada la idea de un folleto titulado *Versailles Visions,* publicado en 1919. El autor era un maestro expulsado llamado Leisner, que con el seudónimo de Ellegaard Ellerbek predicaba una extraña mezcla de ocultismo, astrología y religión solar, y a quien, dicho sea de paso, no sólo lo tomaba en serio Alfred Rosenberg, sino también círculos conservadores perfectamente respetables. G. zur Beek, *Die Geheimnisse der Weisen von Zion,* Berlín-Charlottenburg, 1919 (en realidad, 1920), pág. 199.

119. E. Ludendorff, *Kriegsführung und Politik,* pág. 51, nota a pie de página.

120. *Reichsbote,* citado en *Mitteilungen aus dem Verein zur Abwehr des Antisemitismus,* 12 de enero de 1922, pág. 8.

121. El relato que hace uno de los conspiradores, Ernst von Salomon, en *Die Gachteten* (Berlín, 1935), no menciona para nada a los *Protocolos* ni al gobierno secreto judío; y en su famoso libro de posguerra, *Der Fragebogen von Ernst von Salomon* (Hamburgo, 1951), llega incluso a negar que la

condición de judío de Rathenau tuviera nada que ver con el asesinato. Pero aunque algunos de los implicados vieran el asesinato en otros términos, la declaración de Techow permanece.

122. K. Brammer, *Das politische Ergebnis des Rathenau-Prozesses,* Berlín, 1922, págs. 26-29. El libro contiene un acta taquigráfica de partes del juicio.

123. *Ibid.,* pág. 42.

124. E. Techow, *Gemeiner Morder?!,* Leipzig, 1933, pág. 31.

125. K. Brammer, *op. cit.,* pág. 14.

115
119
110
124
95
98
111
102
91
109
118
99
114
101
96
106
116
94
104
100

. Acerca de la *Revue lnternationale des Sociétés Secrètes,* véase *infra,* pág. 206-208.

. San Petersburgo, luego Leningrado, tuvo el nombre de Petrogrado de 1914 a 1920.

. Acerca del papel desempeñado por Vinberg y Shabelsky-Bork, véase H. Rollin, *L'Apocalypse de notre temps,* París, 1939, sobre todo las págs. 153 y ss.; y W. Laqueur, *Russian and Germany,* Londres, 1965, págs. 109 y ss.

. *V Moskvu,* N.° 1, 23 de septiembre de 1919.

. F. V. Vinberg, *Krestny Put,* Múnich, ed. de 1922, pág. 246.
105
92

. F. V. Vinberg, *Krestny Put,* pág. 49.

. *Luch Sveta,* Berlín, Vol. I (1919), pág. 50.

. F. Wichtl, *Weltfreimaurerei , Weltrevolution, Weltrepublik,* 9.ª ed., Múnich, 1922, pág. 268.

. «Wilhelm Meister» era en realidad Paul Bang, el experto en asuntos económicos del Deutschnationale Volkspartie, sucesor del Partido Conservador de Prusia de antes de 1918.

. *Auf Vorposten* de 1918, Heft 4-6, pág. 82.

. Es decir, «el rito escocés antiguo y aceptado», véase pág. 56.

. *Ibid.,* pág. 322, nota a pie de página.

. E. Ludendorff, *Kriegführung und Politik,* 2.ª ed., Berlín, 1922, pág. 51.

. Lady Norah Bentinck, *The Ex-Kaiser in Exile,* Londres, 1921, págs. 99-108.

. *Auf Vorposten* de 1919, Heft 4-6, págs. 78-80.

. Véanse págs. 174-175.

. En *Deutsches Tageblatt,* del 23 de agosto de 1921.

. Nacionalistas extremistas que eran más radicales y «populistas» que el Partido Nacional Popular Alemán, y tenían una visión del mundo francamente racista y antisemita.

. Véase págs. 181-183.

. B. Segel, *Die Protokolle der Weisen von Zion,* págs. 37-38.

. Es decir, en 1924.

. *Auf Vorposten* de 1920, Heft 1-2, págs. 35-37.

. *Deutsche Zeitung,* 31 de agosto de 1920.

. Véase la ilustración n.° 4.

. Las organizaciones antisemitas a comienzos de 1920 eran: Verband gegen die Ueberhebung des Judentums (Berlín), Ausschuss für Volksaufklárung (Berlín), Deutsch-völkischer Bund (Hamburgo), Deutsche Erneuerungsgemeinde (Leipzig), Deutsch-völkischer Schutz-und Trutzbund (Hamburgo), Reichshammerbund (Hamburgo). Periódicos y revistas antisemitas: *Deutsche Zeitung, Deutsche Tageszeitung, Tägliche Rundschau, Deutsches Wochenblatt, Münchener Beobachter, Deutscher Volksrat, Der Aufrechte, Der deutsche Landtag, Die Tradition, Auf Vorposten, Die Deutsche Erneuerung.*

121

122

112

93

108

. Existe una copia de la carta de Reventlow, fechada el 5 de marzo de 1940 y dirigida al Weltdienst, en la Colección Freyenwald, legajo «Pentha-Tull».

. *Reichsbote,* citado en *Mitteilungen aus dem Verein zur Abwehr des Antisemitismus,* 12 de enero de 1922, pág. 8.

. E. Ludendorff, *Kriegsführung und Politik,* pág. 51, nota a pie de página.

. Parece que Müller von Hausen tomó prestada la idea de un folleto titulado *Versailles Visions,* publicado en 1919. El autor era un maestro expulsado llamado Leisner, que con el seudónimo de Ellegaard Ellerbek predicaba una extraña mezcla de ocultismo, astrología y religión solar, y a quien, dicho sea de paso, no sólo lo tomaba en serio Alfred Rosenberg, sino también círculos conservadores perfectamente respetables. G. zur Beek, *Die Geheimnisse der Weisen von Zion,* Berlín-Charlottenburg, 1919 (en realidad, 1920), pág. 199.

. Ambas cosas citadas en *C. V. Zeitung* (es decir, el semanario del «Central-Verein deutscher Staatsbürger jüdisch en Glaubens»), Vol. I, 20 de junio de 1921.

. E. Techow, *Gemeiner Morder?!,* Leipzig, 1933, pág. 31.

125

. *Ibid.,* pág. 42.

. K. Brammer, *Das politische Ergebnis des Rathenau-Prozesses,* Berlín, 1922, págs. 26-29. El libro contiene un acta taquigráfica de partes del juicio.

. El relato que hace uno de los conspiradores, Ernst von Salomon, en *Die Gachteten* (Berlín, 1935), no menciona para nada a los *Protocolos* ni al gobierno secreto judío; y en su famoso libro de posguerra, *Der Fragebogen*

von Ernst von Salomon (Hamburgo, 1951), llega incluso a negar que la condición de judío de Rathenau tuviera nada que ver con el asesinato. Pero aunque algunos de los implicados vieran el asesinato en otros términos, la declaración de Techow permanece.

. K. Brammer, *op. cit.,* pág. 14.
107
97
103
123
117
113
120

7. Los *Protocolos* dan la vuelta al mundo

1

El entusiasmo con el que se acogió a los *Protocolos* en Alemania fue algo único, pero esto no significa que en otras partes no se les hiciera caso. Incluso en Gran Bretaña, donde el antisemitismo nunca había adoptado en los tiempos modernos la forma virulenta habitual en el continente, y en los Estados Unidos, donde hasta entonces había tenido un papel muy insignificante, la falsificación despertó mucho interés en sectores de los que cabría esperar más seriedad. De hecho, las traducciones y los comentarios que se publicaron en ambos países en 1920 contribuyeron mucho a difundir el conocimiento de los *Protocolos* por todo el mundo, debido en parte a que estaban en inglés, pero en parte también a los nombres famosos con que se los empezó a relacionar.

En Gran Bretaña se estaba hablando de una conspiración judía mundial desde dos años antes de que se publicaran los *Protocolos.* Al igual que en Alemania, se pensaba que se trataba de un asunto judeo-bolchevique; pero mientras que en Alemania se creía que la Entente también tenía que ver con los judíos, en este caso el tercer participante en la conspiración era, naturalmente, Alemania. Existe una formulación temprana de esa extraña teoría en un libro publicado en 1918 y titulado *England Under the Heel of the Jew* (Inglaterra bajo la bota judía). Irónicamente, la mayor parte de este libro está formada por pasajes traducidos del sociólogo alemán Werner Sombart, lo cual no impide que las partes originales sean tan antialemanas como antijudías y antibolcheviques. El autor anónimo había descubierto que el nombre *asquenazím,* que se refiere a la inmensa mayoría de los judíos europeos, es una palabra hebrea que designa a los alemanes, pero se olvidó de que habían pasado nada menos que seis siglos desde que los antepasados de la mayor parte de esos judíos habían salido de Alemania. La pesadilla que le inspiraba esa idea parece pertenecer ya al mundo de los *Protocolos:*

> Las finanzas se han hecho internacionales, y las finanzas internacionales son las finanzas judías, y las finanzas judías son las finanzas alemanas. Las dos cosas se hacen una sola y penetran en las venas de todas las naciones de la Tierra, emponzoñándoles la sangre y chupándoles la vida...
>
> Una vez que la alianza asquenazí-alemana quedó asentada y organizada por todo el mundo, el káiser podía reírse de sus enemigos, pues había colocado a sus aliados en todos sus bancos, todos sus burdeles, todas sus empresas, todas sus bolsas de valores, todas sus organizaciones socialistas, todos sus periódicos, todos sus consejos y sus gabinetes de guerra, en muchos de los archivos secretos de sus abogados y en sus bancos judiciales. Cuando Inglaterra le declaró la guerra, se sintió desilusionado, pero estaba preparado... Sabía que podía conseguir una horda de blancos esclavistas asquenazís cuyos esclavos, implantados en suelo inglés como refugiados belgas, y todos ellos dispuestos a propagar el vicio y la enfermedad entre las tropas y los civiles... Tenía millares de agentes del rasputinismo para que realizaran la labor habitual de éste entre nuestros gobernantes y nuestros legisladores. Sabía que podía mantener en nuestro país a decenas de miles de asquenazís-bolcheviques para que se comieran el pan inglés, robaran el comercio inglés y contaminaran la vida inglesa...
>
> No existe arma que los hunos asquenazís consideren demasiado vil para su manejo o demasiado pequeña para su estudio. El mismo criterio –con todas sus rasputinadas– que se ha empleado para la caída de Rusia se está aplicando intensamente en nuestras islas.

Pero por astuto que sea el káiser, el autor cree que, más que el amo de los judíos, es su esclavo, pues «los poderes mágicos del dinero que blanden los Señores del Lucro son los poderes de la Magia Negra cuando más Negra es»[126].

No se trataba de una voz que clamara en el desierto, pues pronto se empezó a generalizar la creencia en una conspiración germano-judeo-bolchevique, y no sólo entre los semianalfabetos, ni mucho menos. A principios de 1919 lord Kilmarnock, embajador británico en Copenhague, informó a lord Curzon, secretario del Foreign Office, de que, según se decía, los bolcheviques eran sobre todo judíos y alemanes que, al ser muy activos y emprendedores, podían tiranizar a los soñadores rusos. Lo que es todavía más notable es que el Foreign Office considerara oportuno publicar en un informe oficial las siguientes observaciones de un capellán de la Marina

recién regresado de Rusia: «(el bolchevismo) tuvo su origen en la propaganda alemana, y de su realización se encargaron, y se siguen encargando los judíos internacionales». Sus objetivos son «comprar todos los bancos nacionalizados y abrir en todas partes sucursales de los bancos estatales alemanes...», así como «predicar la doctrina de la forma socialista de administrar empresas a las clases trabajadoras, alentar las tentativas de éstas de apoderarse de esas empresas y después, por medio de una serie de quiebras, ponerlas en manos alemanas», al mismo tiempo que «difundir entre las masas las ideas y las enseñanzas que en cada momento se dicten desde Berlín». Y, naturalmente, todo esto va en beneficio de los judíos: «Toda actividad quedó paralizada, se cerraron las tiendas, los judíos pasaron a ser los poseedores de la mayor parte de las empresas...»[127].

Difícilmente iba la prensa a ser más cautelosa que el Foreign Office. A fines de 1919, incluso las columnas de correspondencia de *The Times* estaban abiertas a un debate apasionado sobre si los horrores por los que estaba pasando Rusia se podían interpretar o no como actos de venganza judía. Era una cuestión que no le planteaba la más mínima duda a Robert Wilton, el corresponsal especial del periódico en Rusia. Wilton era un inglés criado en Rusia y que se había identificado totalmente con la extrema derecha. En su libro *The Last Days of the Romanovs* (Los últimos días de los Romanov), publicado en 1920, declaraba que los bolcheviques eran sencillamente agentes judíos de los alemanes, y la revolución nada más que una invasión judeoalemana de Rusia. ¿No habían asesinado a la familia imperial unos «magiar-alemanes» que actuaban conforme a instrucciones de los judíos, que a su vez actuaban conforme a instrucciones del «káiser rojo» de Alemania? Y ¿no se había erigido en Moscú un monumento a Judas Iscariote, el famoso héroe judío? Ésa era la fuente de la que más dependía para comprender la Revolución rusa el periódico más autorizado de todos los británicos.

Entre tanto, se estaban poniendo en circulación los *Protocolos,* con objeto, en primer lugar, de persuadir al gobierno para que perseverase en su política de intervención en Rusia.

> Es increíble –escribía un observador en 1920–, pero sin embargo es verdad que estas falsificaciones demenciales han desempeñado un papel encubierto en las combinaciones internacionales para ayudar a la reacción antibolchevique de Rusia, que tanto ha ocupado a la mentalidad del público en los dos últimos años y que ha costado al país casi 100 millones de libras... Se han enviado a Londres a oficiales rusos de los servicios de información, armados con traducciones amañadas escritas a máquina de los *Protocolos* de Nilus con los pasajes antibritánicos cuidadosamente suprimidos... y han distribuido su preciosa literatura confidencialmente entre ministros del gabinete, jefes de departamentos públicos y personas de influencia en la sociedad y en el periodismo. Que esta campaña no fue estéril es algo que demuestran muchos datos curiosos...[128].

La campaña culminó con la publicación de una traducción anónima al inglés de los *Protocolos,* con el título de *The Jewish Peril (El peligro judío),* en enero o febrero de 1920, para que coincidiese con la publicación de la primera traducción al alemán. El libro llevaba el pie de imprenta de Eyre & Spottiswoode Ltd., lo cual ya era de por sí un gran triunfo: Eyre & Spottiswoode, impresores de la Versión Autorizada de la Biblia y del Libro de Oraciones Comunes anglicano, tenían el título de Impresores de Su Majestad, lo cual permitió a los antisemitas de todo el continente proclamar, probablemente más por malevolencia que por ignorancia, que los *Protocolos* se habían publicado con la autorización del gobierno de Su Majestad[129].

Los mismos círculos se quedaron encantados con la reacción de *The Times,* que el 8 de mayo dedicó un largo artículo al libro. *The Times* no se comprometía en cuanto a la cuestión de la autenticidad, pero señalaba que hasta la fecha nadie había demostrado que los *Protocolos* fueran falsos. Era una obra publicada en 1905 que predecía de forma extraña la situación del mundo, y particularmente de Rusia, en 1920. Hacía falta una investigación imparcial, pues, sin ella, ¿cómo iba una obra así a dejar de despertar las peores sospechas? Un párrafo sombrío revela que las sospechas ya estaban empezando a afectar al propio *The Times:*

> ¿Qué son estos «Protocolos»? ¿Son auténticos? Y si lo son, ¿qué malévola asamblea ha trazado esos planes y gozado con su

> revelación? ¿Son una falsedad? Si lo son, ¿de dónde procede esa extraña nota profética, profecía cumplida en partes, y en partes muy a punto de cumplirse? ¿Hemos venido luchando estos trágicos años para reventar y extirpar la organización secreta de dominación del mundo por Alemania para encontrar debajo de ella otra, que es más peligrosa por ser más secreta? ¿Hemos escapado, tras esforzarnos hasta la última fibra de nuestro cuerpo nacional, a una «Pax Germanica» para caer en una «Pax Judaica»? Los «Sabios de Sion», tal como los representan sus «Protocolos», no son en absoluto unos amos más amables de lo que hubieran sido Guillermo II y sus sicarios.

The Times no fue la única publicación seria que expresó una grave perturbación. A la semana siguiente, el *Spectator* no sólo dedicó una larga reseña, sino también un editorial a *El peligro judío,* y aunque no excluía totalmente la posibilidad de falsificación, abrigaba pocas dudas de que los *Protocolos* eran un documento auténtico de origen judío. ¡Y qué documento! Cualquiera que haya pasado unas largas horas tratando de dar algún sentido a su necedad no puede por menos de sentirse confuso al leer, en el que era uno de los más agudos entre los semanarios británicos, que «los *Protocolos* revelan una gran capacidad», son «brillantes en (su) perversidad moral y su depravación intelectual», y de hecho son «una de las obras más notables de su especie»[130].

Pero en los primeros meses que siguieron a la publicación de los *Protocolos* hubo titubeos y dudas. Tanto *The Times* como el *Spectator* estaban dispuestos a absolver a la mayoría de los judíos de la colaboración con los horribles Sabios de Sion, y ambos publicaron cartas –no todas ellas procedentes de judíos– en las que se discutía la autenticidad de los *Protocolos.* En cambio, el periódico derechista *Morning Post* no dio muestras de tal moderación. Igual que *The Times* estaba influido por Robert Wilton, su corresponsal en Rusia, el *Morning Post* aceptaba todo lo que le decía Victor Marsden, su propio corresponsal en Rusia. Al igual que Wilton, Marsden era un inglés que había vivido muchos años en Rusia y había adoptado, apasionadamente, la visión del mundo de los derechistas rusos. Y si Wilton tenía suficiente imaginación para inventarse un monumento soviético a Judas Iscariote, Marsden

fue más lejos y preparó una nueva traducción de los *Protocolos* (todavía en venta hoy día en Londres). Por eso no es de sorprender que en el verano de 1920 el *Morning Post* publicara una serie de dieciocho artículos en los que explicaba todo el mito de la conspiración judeo-masónica, naturalmente con las debidas citas de los *Protocolos.*

Si las publicaciones de Wichtl y de «Wilhelm Meister» reflejan el resentimiento de los ultranacionalistas alemanes al enfrentarse con la derrota y la revolución, estos artículos reflejan el resentimiento de los ultranacionalistas británicos ante los movimientos independentistas entre los pueblos coloniales del Imperio. Así, al igual que *Auf Vorposten,* el *Morning Post* reconoce con toda claridad que unos cuentos que, antes de la guerra, se habían rechazado con encogimiento de hombros, podían ahora encontrar quien los creyese:

> La guerra ha producido un cambio total de mentalidad, porque hemos tenido pruebas concretas de la estrecha relación existente entre la rebelión de Irlanda, los problemas de Egipto, el descontento en la India, la revolución de Rusia, por no mencionar sino algunos de los desórdenes causados por Alemania... Pero cada día se hace más evidente que la conspiración contra la civilización no acabó con la derrota de Alemania... Entre bastidores estaba una «secta formidable» que utilizó a los alemanes para sus propios fines, en lugar de ser utilizada por ellos, y cuando cayó Alemania y desapareció el dinero alemán, la conspiración siguió adelante sin problemas.

No era difícil encontrar indicios de la actuación de los conspiradores. ¿Quién podía dudar, por ejemplo, de que el asesinato en 1909 de un miembro eminente de la Administración Pública de la India, pese a haberlo perpetrado un indio en Londres, en realidad lo habían organizado en París un alemán y una bella judía, que, gracias al apoyo combinado de los judíos franceses y los masones del continente, tenían un poder inmenso? Porque, naturalmente, en el meollo de toda la conspiración mundial estaban los judíos, y encima los judíos religiosos:

> La idea fundamental de la «secta formidable» es la destrucción del cristianismo y de todas las religiones, excepto la judía[131].

Cabría pensar que cosas de este tipo difícilmente penetrarían más allá de la minoría lunática de la extrema derecha; pero no fue así. Cuando en otoño de 1920 se reeditaron aquellos artículos en un libro con el título de *The Cause of World Unrest* (La causa de la intranquilidad mundial), con prefacio del propio director del *Morning Post,* se produjo un aumento considerable de la tensión. En octubre, el serio *Spectator,* renunciando a toda precaución, publicó un editorial que revelaba cómo iban cambiando las cosas.

> Hay naciones –decía– que evitarán, si es posible, someter su situación política a un diagnóstico detenido. El *Morning Post,* para su gran honra, comprende que la función de un periódico es la de perro guardián... Las pruebas que aporta este periódico en apoyo de su tesis de la conspiración son, evidentemente, sustanciales, y tienen la suficiente importancia para justificar su actitud... Sostenemos que se han expuesto argumentos para abrir una investigación, y deseamos sinceramente que se designe un órgano con las características de una Comisión Real para estudiar todo el asunto.

La comisión investigaría si existía una conspiración mundial dirigida por judíos y si contaba con el apoyo de la masa de judíos religiosos como medio de destruir el cristianismo. Si la respuesta era afirmativa,

> estaremos justificados en actuar con gran cautela al admitir a los judíos a la condición de plena ciudadanía... Hemos de sacar a los conspiradores al descubierto, arrancarles sus feas máscaras y demostrar al mundo lo ridículas, además de lo perversas y peligrosas, que son esas pestes de la sociedad[132].

El *Spectator* se vio secundado por *Blackwood's Magazine,* que insistió en que si se pretendía salvar al país del bolchevismo, había que excluir inmediatamente a los judíos de toda influencia, pública o privada, sobre el Gobierno. Lord Alfred Douglas fundó un nuevo semanario, llamado *Plain English* (Simplemente inglés), dedicado expresamente a la propaganda antisemita; juraba que los *Protocolos* eran auténticos, e incluso afirmaba que, siguiendo órdenes de financieros judíos, Winston Churchill había falsificado un telegrama del almirante Beatty con objeto de que la flota alemana pudiera escapar después de

la batalla de Jutlandia. Un grupo de antisemitas profesionales llamado The Britons («Los británicos») fundó otra revista, *The Hidden Hand* (La mano oculta), que no sólo publicó largos comentarios sobre los *Protocolos,* sino también el documento Zunder, y proclamó que todas las huelgas de mineros eran obra de judíos.

Por un momento pareció como si el antisemitismo del tipo que estaba actuando en Alemania pudiera convertirse en factor político también en Gran Bretaña; pero al final todo se quedó en nada. En agosto de 1921, *The Times* publicó en páginas centrales, durante tres días consecutivos, las pruebas de que los *Protocolos* eran una falsificación basada en el *Diálogo en el Infierno,* y para que no faltara nada añadió un sonoro artículo de fondo titulado «El final de los Protocolos». Por lo que respectaba a Gran Bretaña, efectivamente fue el final. Eyre & Spottiswoode ya se habían negado a reimprimirlos, y ahora la prensa respetable dejó de hablar de ellos. Siguieron circulando (y todavía siguen), pero sólo con el pie de imprenta de ese grupo insignificante, Los británicos. Lord Alfred Douglas afirmó que Maurice Joly era en realidad Moses Joél, de forma que los *Protocolos* eran judíos después de todo; el barón Sydenham siguió proclamando que los *Protocolos* demostraban la identidad entre judaísmo, pangermanismo y bolchevismo, y lamentando que «las mentes occidentales no puedan calar en las profundidades de la intriga oriental»; pero se trataba de excéntricos aislados[133]. Incluso los famosos libros de Nesta Webster, que interpretan toda la historia moderna en términos de una conspiración de iluminados y masones, son bastante neutros en lo que se refiere a los *Protocolos.* Y cuando en el decenio de 1930 nació la Unión Británica de Fascistas, también concluyó que la falsificación estaba demasiado desacreditada para resultar muy útil. En términos británicos, los triunfos de 1920 habían sido impresionantes, pero nunca se repitieron.

2

Las cosas fueron de distinto modo en los Estados Unidos, donde los *Protocolos* gozaron de una moda limitada, pero

duradera. También allí quienes primero los pusieron en circulación, mecanografiados, fueron derechistas rusos interesados en influir en departamentos gubernamentales. Después, en octubre de 1919, se publicaron extractos de los *Protocolos* en una serie de artículos del *Public Ledger,* de Filadelfia. Los artículos, con titulares como «La Biblia Roja aconseja recurrir a la violencia», y «Los rojos conspiran para aplastar el mundo en 1919», eran bastante sensacionalistas, pero se habían suprimido todas las referencias a los judíos, de forma que la conspiración parecía un asunto puramente bolchevique. En la primavera de 1920, tras la publicación de *El peligro judío* en Gran Bretaña, se estaba descartando aquella interpretación del asunto. «Trotsky lleva a los judío-radicales al dominio del mundo. El bolchevismo no es más que un instrumento de su plan», proclamaba *Chicago Tribune* el 19 de junio, y continuaba:

> Desde hace dos años oficiales de información militar, miembros de las diversas organizaciones secretas de la Entente, han venido presentando informes sobre un movimiento revolucionario mundial distinto del bolchevismo. Al principio, esos informes confundían los dos, pero últimamente las direcciones que cada uno ha tomado han empezado a diferenciarse más.
>
> El bolchevismo aspira a derrocar la sociedad existente y a crear una cofradía internacional de los hombres que trabajan con sus manos como gobernantes del mundo. El segundo movimiento aspira a establecer una nueva dominación racial del mundo. Hasta donde han podido averiguar las investigaciones de los departamentos británico, francés y el nuestro, los espíritus impulsores del segundo plan son radicales judíos...
>
> Dentro de las filas del comunismo existe un grupo de este partido, pero no se detiene en eso. Para sus dirigentes, el comunismo no es más que un accidente...
>
> Están dispuestos a utilizar la revuelta islámica, el odio de los imperios centrales a Inglaterra, los designios del Japón sobre la India y la rivalidad económica entre los Estados Unidos y el Japón...
>
> Como ha de ocurrir siempre con todo movimiento revolucionario mundial, éste es ante todo antianglosajón.

Para los Estados Unidos, la propaganda antisemita de este tipo era algo nuevo, pero llegaba en el momento adecuado.

Aunque la guerra había causado incomparablemente menos sufrimientos en los Estados Unidos que entre los beligerantes europeos, había resultado ser una experiencia muy desorientadora, entre otras cosas por la forma abrupta en que había terminado. Justo cuando la nación se había decidido por fin a luchar, cuando no había sufrido grandes pérdidas, y cuando de hecho no hacía más que empezar a darse cuenta de su fuerza, de pronto se quedaba sin enemigo. No era un estado de cosas que se pudiera aceptar fácilmente. La Sociedad Americana de Defensa se apresuró a advertir al público que no comprase productos alemanes porque podían estar envenenados o infectados deliberadamente con bacterias mortíferas, y el Ku Klux Klan pasó por un resurgimiento impresionante. Pero en seguida el temor y la rabia se concentraron en un enemigo: el bolchevismo, junto con todos los grupos de los que, con razón o sin ella, se sospechaba de simpatizar con él.

Personas que poco antes se acusaban las unas a las otras de ser proalemanas lanzaban ahora acusaciones de probolchevismo. El Departamento de Justicia informó de que tenía un fichero de 60.000 sospechosos, y la cifra era sorprendentemente modesta, pues era del dominio público que el bolchevismo acechaba al país. Incluso el debate sobre la Prohibición tendía a realizarse en esos términos, de forma que mientras el superintendente de la Liga Antibares del estado de Nueva York declaraba que «los principales centros de actividades anarquistas han sido centros antiprohibicionistas», la Asociación Opuesta a la Prohibición Nacional señalaba que «todos los elementos radicales... son firmes defensores de la Prohibición, pues afirman que está llevando a los grupos radicales a hombres que en tiempos normales son cumplidores de la ley»[134]. No había ni una categoría de ciudadanos que quedara exenta de la sospecha de subversión: a la comisión senatorial que investigaba el bolchevismo se le pidió incluso que investigara a las sufragistas. ¿Cómo iban a quedar exentos los judíos?

De hecho, el momento era idóneo para publicar ediciones completas de los *Protocolos,* y así ocurrió: una en Nueva York

con el título de *Praemonitus Praemunitus* (es decir, «El que está advertido está preparado»), y otra en Boston, como parte de un volumen titulado *The Protocols and World Revolution* (Los Protocolos y la revolución mundial). Sobre todo, de mayo a octubre de 1920, el *Dearborn Independent,* periódico de Henry Ford, publicó una larga serie de artículos que es la contrapartida estadounidense de los publicados por el *Morning Post,* y en noviembre también esos artículos se reeditaron en forma de libro, *The International Jew; the world's foremost problem (El judío internacional; primer problema del mundo)*. El *Dearborn Independent* tenía una tirada de 300.000 ejemplares. En cuanto a *El judío internacional,* gracias a una campaña publicitaria y al prestigio del nombre de Ford, tuvo un impacto enorme, sobre todo entre la población rural, pues al igual que en Europa, el mito de la conspiración judía mundial tenía mucho más atractivo para la gente muy apegada a las formas y los valores tradicionales del campo, profundamente desorientada por la civilización moderna[135]. En los Estados Unidos se pusieron en circulación medio millón de ejemplares del libro[136]. Además, se tradujo al alemán, al ruso y al español; con el tiempo, una versión resumida se convertiría en artículo habitual de la propaganda nazi. En resumen, es probable que *El judío internacional* tuviera más influencia que ninguna otra obra para dar fama mundial a los *Protocolos.*

Verdaderamente, los *Protocolos* sirven para todo. Tal como los interpretaron el público estadounidense, la conspiración mundial era cosa de judeo-bolcheviques, pero desde luego no de masones, y lo más horrible es que socava la moral puritana. Las formas en que los Sabios seducen a la juventud estadounidense son tan imprevistas como ingeniosas:

> Toda influencia que lleva a la levedad y al abandono en la juventud gentil de hoy tiene su origen en una fuente judía. ¿Ha sido la juventud del mundo la que ha inventado la ropa de *sport* que ha tenido un efecto tan deletéreo en la juventud de ahora?

Pero la carcoma empieza todavía antes: so capa de pretextos tan socializantes como la seguridad pública,

> los niños de hoy apenas si tienen libertad para jugar, salvo bajo la

> supervisión de directores de juegos designados por el Estado, entre los cuales, curiosamente, logra encontrar puesto una proporción asombrosa de judíos... Todo ello se centra en el Plan Mundial de sometimiento de los gentiles...[137].

A dónde puede llevar todo eso se puede advertir en la Rusia soviética, donde se imparte enseñanza sexual en las escuelas, lo cual significa que a los jóvenes «se los arrastra deliberadamente por lodazales de porquería... con consecuencias que son demasiado lamentables para relatarlas». Así es como los gobernantes judíos destruyen la fibra moral de Rusia. Además, todos los bolcheviques son judíos, y se nos pinta un cuadro de Lenin y su mujer, que en la realidad no tuvieron hijos y no tenían ni una sola gota de sangre judía, charlando en yidish con sus pequeños[138].

Verdaderamente, es un libro muy extraño, y una de las cosas más extraordinarias que tiene, habida cuenta de que los Estados Unidos habían estado en guerra con Alemania, es que adopta la interpretación alemana de los *Protocolos.* Al judaísmo, imaginado como una potencia política organizada a escala mundial, se le da el nombre de «panjudaísmo», nombre absurdo inventado por los antisemitas alemanes. Y se dice que el gobierno secreto «panjudaico» –o dicho en otros términos, los Sabios de Sion– no está aliado con Alemania, sino con Gran Bretaña. La guerra fue en realidad una guerra de los «panjudaicos» contra Alemania; fue una victoria de los Sabios de Sion que, gracias a su control sobre la prensa, habían logrado que naciones enteras odiasen a Alemania, y la victoria final fue exclusivamente suya. Al mismo tiempo, no cabe duda de dónde encontraron los Sabios más apoyo. Londres era su «primera capital» y París la segunda. Con Gran Bretaña, en particular, el gobierno judío tenía un pacto provechosísimo:

> Su flota es la flota británica, que elimina todo obstáculo al progreso de la economía mundial panjudía... A cambio, los panjudaicos garantizan a Gran Bretaña un dominio mundial político y territorial sin problemas[139].

Actualmente, los Sabios están decididos a lograr el dominio sobre los Estados Unidos, y van haciendo unos progresos

asombrosamente rápidos. En los Estados Unidos, ha bastado con unos pocos decenios para realizar una campaña que en Europa les ha llevado 1.500 años, y es evidente por qué: los Sabios han difundido «determinadas *ideas* erróneas de liberalismo, determinadas *ideas* blandas de la tolerancia», que están socavando rápidamente la voluntad estadounidense de resistir[140]. Los Estados Unidos harían bien en estudiar los casos de Rusia y Alemania; ambos países han caído, pero ambos se levantan ahora en rebeldía. Alemania ya se pone en movimiento para lograr el control sobre el poder judío; en cuanto a Rusia, «cuando Rusia se mueva, temblará toda la Tierra». Los Estados Unidos deben ser igualmente implacables, y además enseguida, pues con su sometimiento llegará al culmen la gran conspiración, al establecerse un monarca davídico como gobernante del mundo:

> Como el judío es un gran maestro del simbolismo, quizá no carezca de sentido el que la estrella bolchevique tenga una punta menos que la Estrella de David.

Y es que aún queda por satisfacer un punto del Programa Mundial esbozado en los *Protocolos,* y es la «entronización de nuestro jefe». Cuando llegue éste, el Autócrata Universal para quien está ideado todo el programa, «se podrá añadir la sexta punta»[141].

Se conocen algunos datos sobre el origen de esta extraordinaria obra. Un tal Dr. Edward A. Rumely, que había sido miembro muy activo de un círculo de propaganda alemana en los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mudial, era íntimo amigo de Henry Ford. Ello le sirvió para encontrar trabajo en el *Dearborn Independent* para un alemán, el Dr. August Müller, y parece haber sido el Dr. Müller quien escribió la mayor parte de *El judío internacional.* También intervino en la empresa un refugiado ruso, Boris Brasol. En Rusia, este hombre había servido a las órdenes de Shchegolitov, el ministro de Justicia fanáticamente antisemita que organizó el juicio de Beiliss por asesinato y que creía apasionadamente en las historias de asesinatos rituales. En 1918 entró al servicio del gobierno de los Estados Unidos para

actividades del servicio secreto, lo cual le permitió dar a conocer los *Protocolos* a oficiales del servicio de información militar estadounidense. Contribuyó mucho a promover la edición de Boston de los *Protocolos,* que fue obra de la hija de un general zarista, Natalie de Bogory, y también se puso en contacto con el secretario de Ford, a quien transmitió materiales sobre los *Protocolos.* De todo ello se desprende que *El judío internacional* fue un producto mucho más ruso-alemán que estadounidense[142].

La publicación de aquel libro y de los *Protocolos* produjo algunas reacciones fuertes en los Estados Unidos. Entre quienes protestaron de forma más vigorosa figuraron el presidente Wilson, el antiguo secretario de Estado Lansing y el cardenal-arzobispo de Boston. Los propios judíos estadounidenses se negaron a someterse pasivamente a aquellas calumnias y lanzaron una campaña contra el *Dearborn Independent.* Uno de los más activos fue Herman Bernstein, diplomático estadounidense cuyo libro *History of a Lie* (Historia de una mentira, 1921) es uno de los primeros estudios sobre la falsificación de los *Protocolos;* unos años después, pese a las dificultades jurídicas existentes, incluso presentó una demanda por libelo contra Ford por publicar aquellas historias. Al final, el gran industrial acabó por retractarse: en junio de 1927 escribió a Louis Marshall, presidente del Comité Judío Estadounidense, para negar toda responsabilidad por los artículos del *Dearborn Independent* y por el libro en que se habían transformado. Aunque era el propietario de ambas publicaciones, no tenía ni idea de lo que éstas imprimían, y en todo el asunto se había visto engañado por personas en las que había confiado implícitamente. Escandalizado al ver lo que se había hecho en su nombre, se retractaba solemnemente de las acusaciones contenidas en *El judío internacional* y se comprometía a retirar el libro de la circulación.

Hasta ahí, muy bien, pero no estaba en manos de Ford abolir *El judío internacional.* Especialmente en Alemania, su influencia fue muy grande y duradera. Fue por ello por lo que Hitler tuvo varios años una foto suya en su escritorio, y cuando en 1923 se enteró de que Ford quizá se presentara a la

Presidencia de los Estados Unidos, comentó:

> Ojalá pudiera enviar algunas de mis tropas de choque a Chicago y a otras de las grandes ciudades de los Estados Unidos para ayudar en las elecciones... Consideramos a Heinrich Ford el padre del creciente movimiento fascista en los Estados Unidos... Acabamos de hacer que se traduzcan y publiquen sus artículos antijudíos. El libro circula en millones de ejemplares por toda Alemania[143].

Y aún más: los antisemitas políticos de Alemania se negaron a retirar el libro de la circulación incluso cuando se lo pidió Ford, y al iniciarse la Segunda Guerra Mundial seguían distribuyéndolo y anunciándolo.

Pero el daño no se limitó a Alemania, pues *El judío internacional* acabó por traducirse a 16 idiomas. La retractación de Ford no puede haber alcanzado más que a unos pocos de los centenares de miles, o de los millones de personas, que se habían visto alentadas por su reputación de hombre de negocios a aceptar como verdaderos los *Protocolos,* e incluso resulta legítimo preguntarse cuántas de ellas la aceptaron en serio, pues no cabe duda de que Ford sabía perfectamente lo que firmaba. Había fundado el *Dearborn Independent* en 1919 como vehículo de su propia «filosofía», y se interesaba mucho y constantemente por él; gran parte de su contenido consistía meramente en versiones resumidas de sus charlas. No resulta concebible que cuando, en mayo de 1920, el periódico cambió repentinamente de formato e inició sus ataques a los judíos, no se hubiera dado cuenta. Pero, además, Ford se comprometió de hecho públicamente en torno al tema de la conspiración judía mundial en dos libros publicados en 1922: *The Amazing Story of Henry Ford* (La extraordinaria historia de Henry Ford), de James M. Miller, y *My Life and Work* (Mi vida y mi obra), de Henry Ford en colaboración con S. Crowther. Nadie que estudie determinados pasajes escritos a su dictado puede dudar de que, por lo menos para entonces, ya conocía los *Protocolos* y estaba decidido a que la gente se los creyera[144].

¿Se los creía Ford? A primera vista, parece increíble que un hombre capaz de construir un imperio industrial enorme a partir de cero pudiera ser tan ingenuo. Pero no hay otra forma de explicar algunas de las cosas que hizo. Cuando empezó a

dejarse notar el impacto de *El judío internacional,* Isaac Landman, destacado judío estadounidense, ofreció dar el dinero necesario para que los mejores detectives del mundo determinasen de una vez para siempre si existía o no un gobierno judío secreto. Cualesquiera que fuesen los resultados, se publicarían en, por lo menos, cien de los periódicos más importantes. Ford rechazó el ofrecimiento, pero en lugar de dejar las cosas ahí, envió a un grupo de agentes a Nueva York para que desenmascarasen las actividades del gobierno secreto. Aquellos agentes –algunos de los cuales eran unos fanáticos, y otros meros sinvergüenzas– siguieron a judíos importantes, investigaron cosas tan absurdas como la Junta de Navegación, y sobre todo tuvieron una correspondencia melodramática con su sede de Detroit, en la que utilizaban seudónimos en lugar de sus firmas. Al final se enteraron de la existencia de la organización oficial de la comunidad judía de Nueva York, que con el nombre de Kehilla *(kahal,* en yidish) se ocupaba sobre todo de la protección y la educación de los inmigrantes judíos. Anunciaron que ése era el gobierno secreto, del que el presidente Wilson, Herbert Hoover y el coronel House eran instrumentos conscientes[145].

El que Ford se prestara a tal comedia sugiere decididamente que, al menos en este aspecto, no era un cínico, sino que lo creía de verdad. Y cabe advertir por qué. Paradójicamente, aquel hombre que tanto había hecho por crear el mundo moderno de producción en masa y viajes baratos, detestaba la modernidad. Aborrecía las ciudades, especialmente Nueva York, y estaba convencido de que los únicos verdaderos estadounidenses eran los que habitaban en las fincas agrícolas y los pueblos del Medio Oeste; tenía una nostalgia sentimental por el pasado preindustrial. Ya hemos visto la facilidad con que esas actitudes pueden llevar a la forma más virulenta de antisemitismo político. Además, Ford no tenía la más mínima comprensión de las formas complejas en que actúan las sociedades y se hace la historia. «Todo lo que necesita el mundo para orientar su vida se podría escribir en dos páginas de un cuaderno de escuela», escribió en el *Dearborn Independent.* Un hombre que se pudiera creer eso también

podía creer que todas las transformaciones, los cataclismos y los tormentos del mundo moderno podían tener una sola explicación, consagrada en las pocas docenas de páginas de los *Protocolos*. A fin de cuentas, es probable que los *Protocolos* deban menos de su apoyo más influyente al maquiavelismo de Ford que a su asombrosa inocencia[146].

Después de Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos, los países que dieron la acogida más cálida a los *Protocolos* y que más sirvieron para que se convirtieran en una fuerza en los asuntos mundiales fueron Polonia y Francia. La primera edición polaca se publicó a principios de 1920 y en 1921 ya estaba agotada, ante lo cual se reeditó inmediatamente la misma traducción, con una introducción y unas conclusiones de la organización antisemita Rozwój («Desarrollo»). Polonia, como es sabido, contenía gran parte de lo que en el imperio del zar había sido la Zona Permitida de Asentamiento Judío, y el antisemitismo era una tradición de larga data; por eso no es de sorprender que los *Protocolos* ejercieran un impacto considerable en el Estado recién creado, y el clero católico hizo mucho por fomentalo. En el verano de 1920, cuando parecía probable que el Ejército Rojo invadiera Polonia, el episcopado polaco envió a los obispos católicos de todo el mundo un «grito de ayuda y rescate de Polonia», claramente inspirado por los *Protocolos*. Decía lo siguiente:

> El verdadero objetivo del bolchevismo es la conquista del mundo. La raza que tiene en sus manos la dirección del bolchevismo ya ha subyugado anteriormente a todo el mundo por medio del oro y los bancos, y ahora, impulsada por la codicia imperialista sempiterna que corre por sus venas, trata ya de lograr el sometimiento de las naciones al yugo de su dominación... El odio del bolchevismo va dirigido en contra de Cristo y su Iglesia, debido en especial a que los dirigentes del bolchevismo llevan en la sangre el odio tradicional al cristianismo. El bolchevismo, en realidad, es la encarnación y la consagración del espíritu del Anticristo en la Tierra[147].

Aquel documento estaba sustancialmente equivocado, pues la abrumadora mayoría de los judíos polacos eran de hecho firmes adversarios del bolchevismo. Pero el llamamiento, que

iba firmado por dos cardenales, dos arzobispos y tres obispos, no perdía su fuerza por ese motivo. No consiguió ninguna ayuda para Polonia, pero leído en iglesias de todo el mundo, no cabe duda de que impulsó a muchos católicos a aceptar el mito de la conspiración judía mundial. Y en la propia Polonia debe haber ayudado a provocar los múltiples asesinatos de judíos que ocurrieron durante la invasión rusa.

También en Francia gozaron los *Protocolos* de un favor generalizado y duradero. La primera traducción al inglés despertó el interés y la atención que aquella traducción recibió en *The Times.* Las publicaciones monárquicas vinculadas a Action Française reseñaron el libro, mientras que el semanario independiente *L'Opinion* publicó una versión abreviada de él en tres artículos sobre «Los orígenes del bolchevismo». Eso ocurrió en junio de 1920, y en los tres meses siguientes se publicaron nada menos que tres traducciones íntegras. El diario *La Libre Parole,* fiel al espíritu con el que lo había fundado Édouard Drumont hacía veintiocho años, publicó la primera traducción al francés de todos los *Protocolos* completos, a lo largo de casi un mes.También la revista *La Vieille France,* dirigida por Urbain Gohier, publicó el texto entero, y ambas traducciones se reeditaron como folletos populares. Todavía más éxito tuvo la traducción dignificada por el nombre de monseñor Jouin, *curé* de la iglesia de San Agustín de París. Aquel venerable eclesiástico (nació en 1844) había iniciado su campaña contra la conspiración judeo-masónica en 1909 con la fundación de la *Revue Internationale des Sociétés Secretes;* incluso se había puesto en contacto antes de la guerra con el *pogromoshchick* Butmi. Tras publicar en su revista una nueva traducción de los *Protocolos,* los reeditó en otoño de 1920 como primer volumen de una serie titulada *Le Péril judéomaçonnique.* Resultó que aquella serie tendría cinco volúmenes, en los cuales se someterían a una minuciosa comparación y a una explicación en largos comentarios las principales primeras versiones de los *Protocolos.* El industrioso autor dedicó siete años a aquella grata tarea, que dejó terminada a los 82 años de edad. Elevado a prelado por Benedicto XV, siendo ya editor de la *Revue Internationale des Sociétés Secretes,* Pío IX lo nombró

protonotario apostólico, cuando ya era conocido como uno de los principales patrocinadores de los *Protocolos,* y no cabe duda de que esas distinciones realzaron el prestigio de sus publicaciones.

A principios de 1921 se publicó una cuarta traducción, que sería la más popular de todas. Era la única versión francesa traducida directamente del ruso, obra de Roger Lambelin, monárquico de toda la vida, que, tras encabezar la oficina política del duque de Orleans, había dejado a los monárquicos a la antigua para sumarse a Action Française, dogmática y antisemita. Su traducción tuvo mucho éxito, con 16 ediciones en un año; en 1925 esa cifra había llegado a 25, y las ventas siguieron siendo excelentes hasta la Segunda Guerra Mundial. Hoy día, lo que requiere atención es la introducción de Lambelin, como documento histórico que merece un puesto junto a las elucubraciones de *Auf Vorposten* y el *Morning Post.* Evidentemente, todos están de acuerdo en que el bolchevismo es obra de los Sabios, pero su acuerdo no pasa de ahí. Müller von Hausen podía aducir que los gobiernos de Gran Bretaña y de Francia gozaban de la protección especial de los Sabios, y el *Morning Post* que el gobierno de Alemania y los Sabios tenían una alianza indisoluble; pero Roger Lambelin llegó a una síntesis nueva e ingeniosa:

> El gobierno británico, bajo la presidencia del Sr. David Lloyd George, está totalmente atado a las políticas del judaísmo mundial... En los Estados Unidos, bajo la presidencia de Wilson, la conquista judía era tan evidente como en Inglaterra.

Pero los Sabios también se ocupaban de Alemania:

> En el momento del armisticio y de las primeras negociaciones internacionales, los judíos hicieron a Alemania un servicio decisivo al camuflar a sus estados como si fueran países democráticos o socialistas.

De hecho, Francia había sido la única víctima de «esa extraña paz, más favorable a los vencidos que a los vencedores, salvo los anglosajones...»[148].

Junto a las ediciones de los *Protocolos* hechas por franceses

apareció una serie de obras de derechistas rusos que se habían refugiado en Francia. Dos de ellas dan el texto completo de los *Protocolos* con comentarios largos y fantásticos: *L'Empereur Nicolas II et les Juifs,* del general Nechvolodov, publicado en 1924, y una obra que llegaría a ser un manual general de los adeptos de los *Protocolos: Le Juif notre maître* (1931), de «Mrs. L. Fry», que era la esposa de un ruso llamado Shishmarev. Desde el punto de vista del público, todo ello formaba un solo cuerpo de literatura. Los representantes de la extrema derecha francesa se combinaron con los partidarios derrotados de la autocracia rusa para dar a conocer los *Protocolos* en Francia.

Es una imagen conocida y que se repitió en un país tras otro. Vinberg, Shabelsky-Bork y algo después Schwarz-Bostunitsch en Alemania; Brasol y Cherep-Spiridovich en los Estados Unidos; Zhevajov y Schwarz-Bostunitsch en Yugoslavia; Subbotin en Sudamérica; Rodzayevsky en el Lejano Oriente: todos ellos y muchos más antiguos generales y oficiales zaristas y políticos derechistas desempeñaron un papel decisivo en la difusión de los *Protocolos.* Aquella gente colaboró con órganos derechistas de todo tipo en defensa de su propio objetivo, que era la restauración de la autocracia en Rusia, y aquellos órganos los utilizaron para *sus* objetivos, que variaban según los países. De aquella colaboración llegaron los fondos y la organización que hacían falta para llevar los *Protocolos* a todo el mundo.

Salvo en Gran Bretaña, parece que el desenmascaramiento de la falsificación cambió poco las cosas. Algunos editores y defensores de los *Protocolos* imitaron a lord Alfred Douglas y pretendieron que Joly era en realidad un revolucionario judío llamado Moses Joël; pero la mayoría de ellos se limitaron a hacer caso omiso del asunto y mantuvieron simplemente que los *Protocolos* debían ser auténticos al estar ocurriendo acontecimientos que se predecían en ellos. ¿Quién podía negar que, efectivamente, era una época de guerras y revoluciones, de crisis económicas y de inflación?

Y así, los *Protocolos* siguieron avanzando triunfales sin que nadie les pusiera freno. Apareció toda una red internacional de patrocinadores y «estudiosos» de los *Protocolos.* Publicaciones

de todo el mundo colaboraron en explicarlos e intercambiaron «información» y «documentos»: en los Estados Unidos, el *Dearborn Independent;* en Gran Bretaña, *The Patriot* y *The British Guardian;* en Francia, *La Vieille France* y *La Libre Parole;* en Noruega, la *National Tidsskrift;* en Dinamarca, la *Dansk National Tidsskrift;* en Polonia, *Dwa Grosze* y *Pro Patria;* además, naturalmente, de múltiples publicaciones en Alemania. A las diversas traducciones al alemán, al inglés y al francés pronto se sumaron traducciones al sueco, al danés, al noruego, al finlandés, al rumano, al húngaro, al lituano, al polaco, al búlgaro, al italiano, al griego, al japonés y al chino. Y, entre tanto, en Alemania los *Protocolos* se estaban incorporando a la ideología de un partido en ascenso e implacable.

---

126. *England under the Heel of the Jew,* Londres, 1918, págs. 60-62.

127. *Russia N.° 1 (1919). A collection of reports on Bolshevism in Russia,* pág. 56 (informe del Rev. B. S. Lombard al conde de Curzon). En cuanto al informe de lord Kilmarnock, *ibid.,* pág. 32.

128. L. Wolf, *The Jewish Bogey,* Londres, 1920, págs. 34-35.

129. Parece que esta edición de los *Protocolos* se hizo por encargo particular, y por eso lleva el pie de imprenta de Eyre & Spottiswoode, Ltd., como impresores, en lugar del de un editor. La empresa de Eyre & Spottiswoode, Ltd., no pasó a ser editorial hasta abril de 1929.

130. *Spectator,* número de 15 de mayo de 1920.

131. *The Cause of World Unrest,* Londres, 1920, págs. 190-194.

132. *Spectator,* número de 16 octubre de 1920.

133. Lord Alfred Douglas, en su semanario *Plain English,* número de 27 de agosto de 1921; barón Sydenham, en un artículo publicado en *The Nineteenth Century and After,* número de noviembre de 1921, reeditado más tarde por The Britons como folleto, *The Jewish World Problem (El problema mundial judío).*

134. Citado en C. Merz, *And then Came Ford,* Nueva York, 1929, pág. 177.

135. Acerca de la relación entre la tradición agraria estadounidense y el antisemitismo, véase J. Higham, *Strangers in the Landa: patterns of American Nativism 1860-1925,* ed. rev., Nueva York, 1963 (pág. 285 por lo que respecta a Ford); S. Lipset, «Three Decades of the Radical Right», en

D. Bell (comp.), *The Radical Right,* ed. rev., Nueva York, 1964; y cf. A. Nevins y F. E. Hill, *Ford, Expansion and Challenge,* 1915-1933, Nueva York, 1957, pág. 323.

136. Es cierto que muchos ejemplares se regalaron, y también lo es que la tirada del *Dearborn Independent* dependía en parte de su compra semiobligatoria por las agencias y los vendedores de Ford.

137. *The International Jew,* edición de Londres, 1920, págs. 135-136.

138. *Ibid.,* págs. 214 y 217.

139. *Ibid.,* pág. 30.

140. *Ibid.,* pág. 141.

141. *Ibid.,* pág. 233.

142. Más adelante, Rumely pasó a ser secretario del llamado Comité por un Gobierno Constitucional, que entre 1937 y 1944 gastó 2.000.000 de dólares en combatir a Roosevelt, mientras que Brasol participó activamente en intrigas nazis hasta 1939. Acerca de las intrigas en torno a la campaña de Ford, véase Norman Hapgood, «The inside story of Henry Ford's Jew-mania», seis artículos en *Hearst's International,* de junio a noviembre de 1922.

143. *Chicago Tribune,* citado en J. R. Carlson, *Under Cover,* Nueva York, edición de 1943, pág. 210.

144. Por ejemplo, las págs. 240-242 en *The 'New Era Philosophy',* de Henry Ford, que forma la Parte II de *The Amazing Story of Henry Ford,* y las págs. 250-252 de *My Life and Work.* Ambos libros se publicaron en 1922.

145. Los detectives gastaron mucha energía en hallar una línea de teléfono privada desde la casa de un judío determinado, el magistrado Brandeis, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, a la habitación de la Casa Blanca en que yacía gravemente enfermo el presidente Wilson. Fracasaron, lo que no es sorprendente dado que el magistrado Brandeis no tenía teléfono privado. Dos antiguos altos mandos del Servicio Secreto ingresaron en el servicio de detectives de Ford; ambos se dejaron engañar totalmente por el ruso «blanco» Rodionov, quien decía tener acceso a 13 «protocolos» más, todos ellos en «el hebreo original». Cf. J. N. Leonard, *The Tragedy of Henry Ford,* Nueva York, 1932, págs. 203-204.

146. Se advierte claramente la ingenuidad de Ford en la conversación de la cual quedó constancia en W. C. Richards, *The Last Billionnaire: Henry Ford,* Nueva York, págs. 89-90.

147. B. Segel, *Die Protokolle der Weisen von Zion,* pág. 171.

148. Introducción de Lambelin a su traducción de los *Protocolos,* págs. VI y X-XII de la edición de 1935.

147
134
131
139
126
135
132
138
148
130
133

. Introducción de Lambelin a su traducción de los *Protocolos,* págs. VI y X-XII de la edición de 1935.

. *lbid.,* págs. 214 y 217.

. *The International Jew,* edición de Londres, 1920, págs. 135-136.

. *Ibid.,* pág. 141.

. *Ibid.,* pág. 30.

. Más adelante, Rumely pasó a ser secretario del llamado Comité por un Gobierno Constitucional, que entre 1937 y 1944 gastó 2.000.000 de dólares en combatir a Roosevelt, mientras que Brasol participó activamente en intrigas nazis hasta 1939. Acerca de las intrigas en torno a la campaña de Ford, véase Norman Hapgood, «The inside story of Henry Ford's Jew-mania», seis artículos en *Hearst's International,* de junio a noviembre de 1922.

. *Ibid.,* pág. 233.

. *Chicago Tribune,* citado en J. R. Carlson, *Under Cover,* Nueva York, edición de 1943, pág. 210.
140
143

. Los detectives gastaron mucha energía en hallar una línea de teléfono privada desde la casa de un judío determinado, el magistrado Brandeis, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, a la habitación de la Casa Blanca en que yacía gravemente enfermo el presidente Wilson.

Fracasaron, lo que no es sorprendente dado que el magistrado Brandeis no tenía teléfono privado. Dos antiguos altos mandos del Servicio Secreto ingresaron en el servicio de detectives de Ford; ambos se dejaron engañar totalmente por el ruso «blanco» Rodionov, quien decía tener acceso a 13 «protocolos» más, todos ellos en «el hebreo original». Cf. J. N. Leonard, *The Tragedy of Henry Ford,* Nueva York, 1932, págs. 203-204.

. Por ejemplo, las págs. 240-242 en *The 'New Era Philosophy',* de Henry Ford, que forma la Parte II de *The Amazing Story of Henry Ford,* y las págs. 250-252 de *My Life and Work.* Ambos libros se publicaron en 1922.

. B. Segel, *Die Protokolle der Weisen von Zion,* pág. 171.

. Se advierte claramente la ingenuidad de Ford en la conversación de la cual quedó constancia en W. C. Richards, *The Last Billionnaire: Henry Ford,* Nueva York, págs. 89-90.

. *Russia N.° 1 (1919). A collection of reports on Bolshevism in Russia,* pág. 56 (informe del Rev. B. S. Lombard al conde de Curzon). En cuanto al informe de lord Kilmarnock, *ibid.,* pág. 32.

. *England under the Heel of the Jew,* Londres, 1918, págs. 60-62.

. Parece que esta edición de los *Protocolos* se hizo por encargo particular, y por eso lleva el pie de imprenta de Eyre & Spottiswoode, Ltd., como impresores, en lugar del de un editor. La empresa de Eyre & Spottiswoode, Ltd., no pasó a ser editorial hasta abril de 1929.

. L. Wolf, *The Jewish Bogey,* Londres, 1920, págs. 34-35.

. *The Cause of World Unrest,* Londres, 1920, págs. 190-194.

. *Spectator,* número de 15 de mayo de 1920.

. Lord Alfred Douglas, en su semanario *Plain English,* número de 27 de agosto de 1921; barón Sydenham, en un artículo publicado en *The Nineteenth Century and After,* número de noviembre de 1921, reeditado más tarde por The Britons como folleto, *The Jewish World Problem (El problema mundial judío).*

. *Spectator,* número de 16 octubre de 1920.

. Citado en C. Merz, *And then Came Ford,* Nueva York, 1929, pág. 177.

. Es cierto que muchos ejemplares se regalaron, y también lo es que la tirada del *Dearborn Independent* dependía en parte de su compra semiobligatoria por las agencias y los vendedores de Ford.

. Acerca de la relación entre la tradición agraria estadounidense y el antisemitismo, véase J. Higham, *Strangers in the Landa: patterns of American Nativism 1860-1925,* ed. rev., Nueva York, 1963 (pág. 285 por lo que respecta a Ford); S. Lipset, «Three Decades of the Radical Right», en D. Bell (comp.), *The Radical Right,* ed. rev., Nueva York, 1964; y cf. A. Nevins y F. E. Hill, *Ford, Expansion and Challenge,* 1915-1933, Nueva York, 1957, pág. 323.

129
137
145
142
141
144
128
136
146

8. El racismo germánico, Hitler y los *Protocolos*

1

Cuando el juez del proceso de Techow mencionó la «muerte sacrificial» de Rathenau, decía una verdad mayor de lo que se creía él mismo, pues a Rathenau no lo asesinaron simplemente como Sabio de Sion, sino que además se lo ofrecieron como sacrificio al dios Sol de la antigua religión germánica. Se hizo que el momento del asesinato coincidiera con el solsticio de verano, y cuando se publicó la noticia, hubo jóvenes alemanes que subieron a las montañas para celebrar simultáneamente el cambio de estación y la destrucción de alguien que simbolizaba los poderes de las tinieblas[149]. ¿Cómo hemos de interpretar algo tan extraordinario?

De hecho, los *Protocolos* habían adquirido una nueva dimensión cuando entraron en contacto con esa extraña visión del mundo llamada *völkisch*[150], o a veces «la ideología germánica»[151]. El origen de esa visión –que en realidad era una seudorreligión– data de las guerras napoleónicas. Alemania no es en absoluto el único país que empezó a desarrollar una conciencia nacional como resultado de una invasión, pero dio la casualidad de que en este caso la propia potencia invasora era la portaestandarte de la Era Moderna, la campeona de la democracia, el liberalismo y el racionalismo. Es normal rechazar los valores del invasor y afirmar los opuestos, lo cual significó que el nacionalismo alemán fue desde un principio en parte retrógrado, inspirado por un repudio de la modernidad y una nostalgia de un pasado que se imaginaba como algo completamente distinto del mundo moderno. Y esa actitud no sólo persistió, sino que se intensificó cuando los acontecimientos económicos lanzaron a Alemania de golpe a ese mismo mundo moderno. Al mismo tiempo que Alemania se convertía en una gran potencia industrial, un país de fábricas y ciudades, de tecnología y burocracia, muchos alemanes soñaban con un mundo arcaico de campesinos germánicos, vinculados todos por lazos de sangre en una comunidad

«natural» y «orgánica».

Una visión así del mundo requiere una contrafigura, y ésta la daba en parte el Occidente liberal, pero también, y de modo más eficaz, la daban los judíos. Como ya hemos visto, es típico de los antisemitas políticos modernos no ver al «judío» sólo como un ser extraño y demoníaco, sino también como la encarnación de la modernidad, como un símbolo de todas las fuerzas del mundo moderno que ellos temen y odian.

Así ocurría también con los antisemitas alemanes de la variedad *völkisch,* pero con una diferencia. Cuando aquella gente miraba hacia el pasado, al Estado ideal que suponían había precedido a la Era Moderna, miraban mucho más allá del trono y el altar, y llegaban a un mundo infinitamente remoto y casi totalmente mítico. Para ellos «el judío» no era sólo, ni principalmente, el destructor de reyes y el enemigo de la Iglesia; era por encima de todo la fuerza que desde hacía dos mil años socavaba la forma verdadera y original de vida de los alemanes. El cristianismo histórico en sí era una creación judía que había ayudado a destruir el mundo arcaico germano. Ahora el capitalismo, el liberalismo, la democracia, el socialismo y la forma urbana de vida continuaban el proceso; juntos formaban el mundo de «el judío», la Era Moderna, que era creación de éste y en la que prosperaba.

El primer defensor importante de esta idea fue un erudito excéntrico, Paul Bötticher, conocido generalmente por su nombre adoptivo de Paul de Lagarde[152]. En su principal obra, *Deutsche Schriften* (Escritos alemanes), publicada en 1878, Lagarde expresaba su desilusión con la Alemania unida que acababa de nacer. Exigía una unidad más elevada, la del *Volk* alemán, que volviese a vivir como había vivido en el pasado remoto, con lo cual realizaría las intenciones divinas con el mundo. Pero reconocía que no era fácil lograr ese nuevo orden, y eso se lo atribuía a los judíos. Aunque en realidad no sabía nada de la religión judía, estaba convencido de que en ella se hallaba el meollo de aquella modernidad que tan fatal resultaba para el *Volk*. Preveía un combate mortal entre las formas judía y alemana de vida; y cuando hablaba de combate, se refería a la violencia física: los judíos, proclamaba, se debían

exterminar como los bacilos. No por nada en 1944, cuando los nazis estaban terminando sus enormes matanzas, se distribuyó a las tropas del frente oriental una antología de la obra de Lagarde[153]. Pero en otras ocasiones Lagarde era capaz de propugnar la asimilación total de los judíos alemanes en el pueblo alemán. Ello se debía a que a su entender los judíos no eran más que los fieles de la religión judía, o de lo que él se imaginaba que era esa religión; no los concebía como una «raza».

Por aquellas mismas fechas empezaba a nacer la seudociencia del racismo alemán. En 1873, Wilhelm Marr –que probablemente fue el inventor de la palabra «antisemitismo»– publicó un libro con el significativo título de *Der Sieg des Judentums über das Germanenthum...* (La victoria del judaísmo sobre la germanidad, considerada desde un punto de vista no sectario), y en 1881 Eugen Dühring, profesor de economía y filosofía en la Universidad de Berlín, publicó *Die Judenfrage als Rassen-, Sitten- und Kulturfrage* (La cuestión judía como cuestión de raza, moral y civilización). En esas obras no sólo se muestra a los judíos como unos malvados, sino como irremediablemente malvados, pues la fuente de su depravación ya no se halla sólo en su religión, sino en su misma sangre. En el decenio de 1890 adoptaría y popularizaría este punto de vista Theodor Fritsch, el mismo que una generación después publicaría los *Protocolos.* En los innumerables folletos y publicaciones que sacaba la editorial Hammer, Fritsch proclamaba que al demostrar «científicamente» la depravación de la «raza» judía, los racistas alemanes no sólo estaban iniciando un avance prodigioso de los conocimientos humanos, sino una nueva época de la historia humana. El hecho de que no exista en absoluto una «raza alemana» ni una «raza judía» era algo de lo que, naturalmente, hacían caso omiso aquellos escritores.

Por último, en 1899 Houston Stewart Chamberlain –inglés de nacimiento e hijo de un almirante británico, pero alemán de adopción y al final de nacionalidad– publicó en dos tomos su obra *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts (Fundamentos del siglo XIX),* que por su elocuencia y su aire erudito se

convirtió en la Biblia de todo el movimiento *völkisch* racista. En ella se presentaba la historia de la humanidad como un acerbo combate entre la espiritualidad, encarnada en la «raza» alemana, y el materialismo, encarnado en la «raza» judía, las dos únicas razas puras, pues todas las demás no eran más que «un caos de pueblos». A juicio de Chamberlain, la «raza» judía venía tratando implacablemente, desde hacía siglos, de lograr una dominación absoluta sobre todas las demás naciones. Si alguna vez se derrotaba decisivamente a esa «raza», la «raza» germánica quedaría liberada para realizar su propio destino de origen divino, que era el de crear un mundo nuevo y radiante, impregnado de una noble espiritualidad, y en el cual se combinarían misteriosamente la tecnología y la ciencia modernas con la cultura rural y jerárquica de tiempos pasados[154].

No todos los alemanes, ni mucho menos, compartían esa visión *vökisch* racista del mundo. La nobleza y los grandes industriales la despreciaban, al igual que, al otro extremo de la escala social, la clase obrera industrial organizada en el movimiento socialdemócrata. El motivo era que aquellos estratos de la sociedad alemana estaban relativamente seguros de su propio valor: la nobleza y los industriales, porque gozaban de la realidad de su predominio social y político; los obreros, porque su adoctrinamiento marxista –incomparable en cuanto a capacidad de saturación con ningún otro país del mundo– les imbuía de un sentimiento de misión histórica. Lo que es más sorprendente es que tampoco le interesaba al campesinado. Cuando los campesinos se mostraban antisemitas, como ocurrió en varias ocasiones y en varios lugares, siempre era por razones económicas concretas que les afectaban directamente; la glorificación *völkisch* de un campesino mítico los dejaba fríos. Pero la visión *völkisch* racista del mundo sí que tenía mucho atractivo para determinados sectores de la clase media. La explicación de esto se halla en la curiosa historia de la clase media alemana en el siglo XIX y a principios del XX[155].

Nos referimos a dos estratos de la clase media: por una parte, los artesanos y los pequeños comerciantes; por otra, los

estudiantes y graduados universitarios. Se ha señalado muchas veces que los artesanos y los pequeños comerciantes tenían una peculiar tendencia al antisemitismo, y con el tiempo fueron quienes aportaron la masa de los votos que llevaron a Hitler al poder. Eso no tiene nada de misterioso. Aquellos sectores de la población eran reliquias de una era anterior y se veían gravemente amenazados por el desarrollo del capitalismo moderno. Aunque la profecía marxista de que inevitablemente acabarían siendo proletarizados resultó equivocada, era cierto que vivían en un estado de crisis casi permanente. Capaces apenas de hacer frente al nuevo mundo de empresas industriales y comerciales gigantescas, carentes incluso de la comprensión rudimentaria de ese mundo que los obreros industriales obtenían gracias a su formación marxista, combatiendo frenéticamente para mantener su condición social, aquellas gentes sentían una necesidad abrumadora de encontrar un chivo expiatorio.

Los judíos eran ideales para desempeñar aquel papel, aunque no, como solía decirse, porque hubieran «creado» el capitalismo moderno, ni porque ocuparan los puestos dominantes del poder en la economía alemana, ni porque casi todos ellos fueran acomodados, sino porque evidentemente venían de fuera. En realidad, los judíos alemanes constituían una minoría diminuta, con una tasa de natalidad en descenso, de forma que si los hubieran dejado en paz, es probable que en todo caso hubieran desaparecido a fines de siglo. Casi todos ellos se identificaban apasionadamente con la patria alemana, y habían avanzado mucho hacia la plena asimilación. Gran parte pertenecían a la clase media baja, y compartían todos los peligros que ello significaba. Los judíos no tenían lugar entre los gigantes industriales, y su papel en la banca era muy limitado. Y a pesar de todo esto, los judíos alemanes eran los chivos expiatorios obvios para el resentimiento de la clase media baja.

Ello se debía a diversas razones. Existían concentraciones de judíos acomodados en determinados sectores de Berlín y de Hamburgo que podían llevar a los irreflexivos a suponer que todos los judíos eran ricos, o incluso que todos los ricos eran

judíos. Existía la típica ansiedad judía por llevar a sus hijos a las universidades y de allí a las profesiones liberales, lo cual les hacía entrar en conflicto con los miembros con más aspiraciones de la clase media baja. Por encima de todo, los judíos habían revolucionado algunos sectores, como el de los paños, y aunque las dimensiones de sus empresas iban en beneficio del público, ponían en peligro a muchas empresas pequeñas. Al mismo tiempo, los judíos en general seguían siendo lo bastante diferenciados y eran lo bastante exclusivos como para constituir una minoría reconocible. Y así, por injusto que fuera, ocurrió que a los ojos de los antisemitas de clase media baja, hostigados, frustrados, desorientados, los judíos eran sobre todo el símbolo del capitalismo moderno, los beneficiarios del sistema bajo el que tanto padecían ellos mismos[156].

Pero, aunque a muchos miembros de la clase media baja les atraía la visión *völkisch* racista, a sus creadores, propagandistas y más fieles seguidores se los encontraba en otras partes: en aquel estrato bastante más alto de la clase media al que pertenecían muchos de los mismos judíos. Por irracional, anticientífica y manifiestamente absurda que fuera esa visión, sin embargo era la especialidad de gente instruida, o más bien de gente con título universitario. Lagarde era un orientalista distinguido y después fue profesor de universidad; Dühring era profesor de universidad; Chamberlain era persona de gran cultura; y la mayor parte de los seguidores de todos ellos se encontraría entre estudiantes y graduados universitarios, que mantenían vínculos, a menudo muy estrechos, en las *Burschenschaften* (cofradías universitarias).

Eso tampoco se puede entender más que en términos de la peculiar historia de la clase media alemana. En Alemania, el primer sector de la clase media que alcanzó prestigio fueron los escritores, eruditos y pensadores. Ya a principios del siglo XIX, cuando Alemania estaba formada por una masa de pequeños principados, tan retrasados en lo económico como en lo político, los logros intelectuales alemanes merecían respeto en toda Europa. En aquella época, muchos intelectuales alemanes eran nacionalistas liberales, tan fieles a la causa de

los principios liberales como a la de la unificación de Alemania. Pero su tentativa de crear una Alemania unida en 1848 fue un fracaso, y cuando llegó la unificación en 1871 la impuso Bismarck, un *junker* prusiano. Entre tanto, había aparecido la burguesía industrial que, junto con la nobleza, monopolizaba el poder político. Los escritores, eruditos y pensadores, que habían sido la punta de lanza de la burguesía, se encontraron rebajados en la escala social. Muchos de ellos, no sólo excluidos de la influencia política, sino de todo contacto con la política, acostumbrados a ocuparse de abstracciones, pero no de gente real en situaciones reales, heridos en su amor propio y llenos de resentimiento, se consolaron con la edificación de vastas filosofías de la historia.

La visión del mundo *völkisch* racista era una de esas filosofías. Tenía la enorme ventaja de que gracias a ella todo alemán que la aceptara se sentía no sólo importante, sino enorme, supremamente importante. Para unos hombres con ciertas pretensiones de educación, pero irritados por su impotencia política y por su insignificancia social, tenía grandes atractivos. El sentirse portador de una misión divina, ser un paladín en el descomunal combate de la «espiritualidad alemana» contra las fuerzas tenebrosas del «materialismo judío», era una experiencia de lo más agradable, dado especialmente que no comportaba responsabilidades políticas de ningún género.

Es posible que el atractivo de la visión *völkisch* racista fuera todavía mayor para el elemento alemán del imperio de los Habsburgo que en el de los Hohenzollern[157]. En aquella periferia del mundo de habla alemana, donde desde la guerra de 1866 el elemento alemán se había sentido aislado y amenazado por el elemento eslavo preponderante, la afirmación agresiva de la superioridad alemana resultaba especialmente atractiva. Además, los judíos eran mucho más conspicuos en Austria que en Alemania, y a ambos extremos de la escala social: mientras que la inmensa mayoría vivía en una pobreza abyecta, una minoría constituía gran parte de la clase profesional, y algunos eran banqueros muy ricos. El que los judíos austríacos no se considerasen como uno de los grupos

nacionales dentro del imperio de los Habsburgo, sino como pertenecientes al grupo alemán, no servía de nada: los alemanes los rechazaban. Y allí, al igual que en Alemania, los antisemitas más militantes se encontraban, por una parte, en una clase media baja que no había logrado adaptarse a las exigencias de una economía industrial en rápido desarrollo, y, por la otra, entre los estudiantes y los profesionales. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, por toda Alemania circuló un chiste: Hitler era la venganza austríaca por Königgrätz [o Sadowa], es decir, por la derrota austríaca a manos de Prusia en 1866. Y era algo bastante cierto, pues efectivamente el pequeño burgués que era Hitler encarnaba todo un siglo de frustración, desilusión e inseguridad, y el ansia ilimitada de venganza que lo poseía era una versión ampliada de algo que poseía a todo un estrato de la sociedad austríaca.

Antes de la Primera Guerra Mundial, la visión del mundo *völkisch* racista había tenido relativamente pocas repercusiones políticas, tanto en el imperio de los Habsburgo como en el de los Hohenzollern. A partir de 1860 habían aparecido varios partidos antisemitas que tuvieron algún éxito, pero aquellas organizaciones raras veces estaban comprometidas con una ideología tan complicada[158]. En los años inmediatamente anteriores a la guerra, los fanáticos del racismo tendían a evitar la política cotidiana y se ocupaban únicamente de las «ideas». Los racistas austríacos desarrollaron el culto de la esvástica y predijeron que algún día se castraría y mataría a los judíos bajo la égida de aquel antiguo símbolo solar. También en Austria Georg von Schönerer, tras una carrera fracasada en la política, se dedicó a resucitar antiguas costumbres germánicas, entre ellas el festival del solsticio que una generación después desempeñaría un papel tan curioso en el asesinato de Rathenau. En Alemania aparecieron una multitud de órganos más o menos esotéricos, como la Germanen und Walsungsorden (*«*Orden de los Teutones y los Volsungos»), que también utilizaba como emblema la esvástica, y la Kulturbund für Politik («Liga Cultural por la Política»), que combinaba un racismo virulento con el entusiasmo por un nuevo tipo de pan integral[159].

Al mismo tiempo, probablemente fueran pocos quienes se imaginaran que la visión *völkisch* racista llegaría jamás a tener tanta influencia en la política práctica. Pero incluso entonces, mucho antes de 1914, influía en muchos maestros de escuela, y sobre todo en el famoso Movimiento Juvenil, en el que multitudes de jóvenes alemanes buscaban una escapatoria a la estulticia burguesa; afectó incluso a, por lo menos, una organización política importante y respetable, la Asociación Pangermánica. Pero, sobre todo, en su forma más pura, en la que una conciencia racial fanática se mezclaba con la abstinencia de bebidas alcohólicas, el vegetarianismo y el ocultismo, formó la visión del mundo de muchos de los más siniestros futuros dirigentes nazis, incluido el propio Hitler.

Fue el final de la guerra lo que permitió que la visión *völkisch* racista penetrase en la esfera de la política práctica. La humillación de la derrota y los padecimientos que siguieron a ésta, la mortificación impuesta por los tratados de paz de Versalles y St. Germain, la completa desorientación y la ruina financiera generalizada que acompañaron al derrumbamiento de la moneda, todas ellas fueron cuestiones que produjeron un clima totalmente nuevo. Además, tanto Alemania como Austria habían perdido las minorías nacionales sobre las que hasta entonces se desfogaban la arrogancia y el rencor nacionalistas, y según parecía, Alemania había perdido, además, toda perspectiva de expansión imperial. Todo aquello daba un atractivo adicional a la fantasía de un combate secular y a muerte entre las «razas» alemana y judía. Aquella fantasía tuvo especial vigor entre los estudiantes universitarios. Hacía mucho tiempo que los estudiantes judíos estaban excluidos de las cofradías universitarias, pero fue una innovación importante cuando, en 1919, aquella exclusión se amplió a los no judíos casados con judíos.

En la ideología de la derecha política, las ideas *völkisch* racistas empezaron a ocupar un lugar totalmente desconocido antes de la guerra. En las campañas electorales habidas a partir de 1920, el Partido Nacional Popular Alemán (DNVP) utilizó una propaganda racista ferocísima y llegó a alcanzar un máximo de seis millones de votos. Es de reconocer que el

DNVP se dirigía a muchos intereses de grupos diferentes y por muchas razones diversas, pero en la extrema derecha había varias organizaciones más pequeñas cuyo único motivo de existencia era fomentar el antisemitismo. Ya antes de la guerra Heinrich Class, el dirigente de la Asociación Pangermánica, había exigido que se privara de la ciudadanía a los judíos alemanes, se los expulsara de todos los cargos oficiales, así como de la docencia y el derecho, se les prohibiera poseer tierras y se les obligara a pagar el doble de impuestos que a los demás alemanes. Ahora logró llevar a su asociación en la misma dirección; en los últimos días de la guerra amplió oficialmente su campo de actividades para que abarcase «la cuestión judía», y un año después creó un órgano especial para que se ocupara de esos asuntos: la Deutsch-völkischer Schutz- und Trutzbund *(*«Alianza Defensiva y Ofensiva»)[160].

La Alianza, cuyo emblema era la esvástica, contó enseguida con 300.000 miembros. Quedó fuera de la ley tras el asesinato de Rathenau, pero de nada valió, pues sus miembros inmediatamente se adhirieron al Partido Nazi. Entre tanto, seguía existiendo la antigua Orden de los Teutones y los Volsungos, que también utilizaba la esvástica. En noviembre de 1918 segregó, como organización de cobertura, un órgano llamado Sociedad de Thule, y fueron dos miembros de esa efímera organización quienes, a principios de 1919, fundaron el Partido Obrero Alemán, que poco después se transformaría en el Partido Nazi[161].

Aquellas organizaciones estaban adoctrinadas con la visión *völkisch* racista en su forma más fanática, y cuando llegaron a sus manos los *Protocolos,* los reinterpretaron en consecuencia. A sus ojos, las maquinaciones de los Sabios de Sion eran la expresión suprema de las características que atribuían a la «raza» judía. Se interpretaba la conspiración judía mundial como el producto de una tendencia destructiva inerradicable, una sed de mal que se consideraba innata en todo judío. Una camada especial de seres subhumanos, morenos y apegados a la tierra, estaba trabajando en una conspiración para destruir a los hijos de la luz, a la «raza aria» o germánica, y los *Protocolos* contenían su plan de campaña. Ese plan no merecía más que

una respuesta: el exterminio realizado bajo el símbolo del dios Sol, la esvástica. Walter Rathenau cayó como la primera víctima de una matanza que comenzaría en serio una generación después.

2

Cuando los *Protocolos* entraron en contacto con la visión *völkisch* racista, el resultado fue una visión apocalíptica, y no sólo de la política contemporánea, sino de toda la historia y de hecho de toda la existencia humana en este planeta. Y los nazis y sus cómplices emprendieron el exterminio de todos los judíos de Europa, como preludio del exterminio de todos los judíos del mundo, en nombre de esa visión del mundo cuasirreligiosa. Eso es algo que apenas si se comprende hoy día, y como mera constatación de hechos, es cierto que parece casi increíble. Pero ahí están las pruebas, en las declaraciones de los dirigentes nazis y de los organizadores de los exterminios, y son incontrovertibles.

Cabe empezar con la asombrosa declaración de Die-ter Wisliceny, capitán de las SS que trabajó en estrecha relación con Eichmann y fue ejecutado en 1947 por su participación en la tentativa de exterminar a los judíos eslovacos, griegos y húngaros. El 18 de noviembre de 1946, en preparación para su juicio en Checoslovaquia, describió detalladamente cómo se había iniciado la gran matanza. Antes de describir cómo se había formulado y aplicado la política de genocidio, tuvo algo que decir acerca de una cuestión «sin la cual es imposible tener una idea clara de la situación: las razones que llevaron a Hitler y a Himmler a emprender el exterminio de los judíos europeos». De lo que hablaba era de la visión del mundo que obsesionaba a aquellos hombres, y que él reflejaba como sigue:

> El antisemitismo constituía una de las bases principales del programa del Partido Nazi. Fundamentalmente, era producto de dos ideas:
>
> 1) las teorías biológicas pseudocientíficas del profesor Günther[162], y
>
> 2) una visión mística y religiosa que considera que el mundo está

gobernado por poderes del bien y del mal.

Conforme a esa visión, los judíos representaban el principio del mal, y sus auxiliares eran la Iglesia (la Compañía de Jesús), la masonería y el bolchevismo. Las obras sobre esta visión del mundo son bien conocidas, los antiguos escritos del Partido Nazi están llenos de esas ideas. Existe una linea recta que va de los *Protocolos de los Sabios de Sion* al *Mito* de Rosenberg[163]. Es absolutamente imposible mellar en modo alguno esa visión del mundo mediante razonamientos lógicos o racionales; es una especie de religiosidad y lleva a la gente a constituirse en secta. Bajo la influencia de esas obras, millones de personas creyeron en esas cosas, acontecimiento que sólo puede compararse con fenómenos parecidos de la Edad Media, como las cazas de brujas.

A ese mundo del mal, los místicos de la raza oponen el mundo del bien, de la luz, encarnado en personas rubias y de ojos azules, de quienes se supone que son la fuente de toda capacidad de crear una civilización o de edificar un Estado. Entonces se decía que aquellos dos mundos estaban empeñados en un combate eterno, y la guerra de 1939, que había desencadenado Hitler, no representaba más que la batalla final entre esas dos fuerzas.

En general se piensa de Himmler que era un político de hielo y cínico. Esa opinión es absolutamente errónea. En toda su actitud, Himmler era un místico que abrazaba aquella «visión del mundo» con un fanatismo religioso[164].

Por otras fuentes sabemos que la misma visión del mundo obsesionó a Hitler a lo largo de toda su carrera política. Ya existen signos de esa obsesión en la primerísima de sus afirmaciones políticas. En 1919 Hitler estuvo empleado por el mando de distrito del ejército en Múnich en calidad de «oficial de educación», con la misión de inmunizar a las tropas contra la democracia y el socialismo. El 16 de septiembre de 1919 escribió una carta a un tal Gemlich que revela con toda claridad cómo concebía su misión. Ya las palabras iniciales se refieren a «el peligro que representan hoy los judíos para nuestro pueblo», y después pasa rápidamente a quejarse de que el antisemitismo alemán corriente carece todavía de la coherencia ideológica que lo convertiría en un movimiento político eficaz. No basta, protesta, con que no le gusten a uno los judíos; los alemanes deben comprender que los judíos forman una entidad racial con características raciales muy

marcadas, la más dominante de las cuales es la pasión por el lucro material. A eso se debe que los judíos sean «la tuberculosis racial de los pueblos». No basta con meros pogromos para hacer frente a un enemigo tan peligroso: «debe producirse un renacimiento de las fuerzas morales y espirituales de la nación» mediante «el esfuerzo implacable de líderes natos con una visión nacionalista y un sentimiento interno de responsabilidad». Un gobierno formado por hombres así limitará los derechos de los judíos ante la ley, pero no se detendrá ahí: su objetivo final debe ser «la eliminación *(Entfernung)* de todos los judíos»[165]. Así decía el antiguo cabo desconocido que hacía dos días había asistido a su primera reunión con el diminuto Partido Obrero Alemán, el núcleo del futuro Partido Nazi.

Probablemente, ya entonces conocía Hitler los *Protocolos,* pues se habían anunciado en *Auf Vorposten* y los antisemitas profesionales los iban comentando. Desde luego, para la fecha en que se dio él a conocer en público, en 1923, su pensamiento estaba empapado de ellos. Cuando Alemania pasó por el infierno de la gran inflación, en la que se liquidaron los ahorros de la clase media y la clase obrera, Hitler ofreció esta explicación de la catástrofe: «Según los *Protocolos de Sion,* a los pueblos se los ha de reducir a la sumisión por el hambre. La segunda revolución bajo la estrella de David es el objetivo de los judíos en nuestro tiempo», en el entendimiento de que la primera revolución era la propia República de Weimar[166]. Al año siguiente, en la cómoda prisión en que estuvo alojado tras el *putsch* abortado de Múnich, Hitler dictó *Mein Kampf,* y gran parte de esa obra, aburrida pero reveladora, está dedicada a las maniobras por las que se supone que los judíos intentan dominar el mundo. Se nos dice que la masonería es el truco por el que ellos obligan a la clase gobernante a servir a sus fines, mientras a las clases más bajas se las captura por medio de la prensa. El capitalismo, el liberalismo y la democracia son los trucos por los que los judíos indujeron a la burguesía a derrocar a la aristocracia, y al proletariado a derrocar a la burguesía. Una vez logrado esto, los judíos introducen ahora el bolchevismo como medio de dominar a las masas que los han

llevado al poder.

La fuente de todo esto es obvia, y Hitler tuvo al menos la cortesía de reconocerla, pese a que hacía mucho tiempo que Philip Graves había demostrado que los *Protocolos* eran una falsificación:

> La medida en que toda la existencia del pueblo (judío) está basada en una mentira constante –escribió en *Mein Kampf*– se revela de manera incomparable en los *Protocolos de los Sabios de Sion,* que tan tremendamente odian los judíos. El *Frankfurter Zeitung*[167] se pasa la vida lloriqueando al público que es sabido que se trata de una falsificación, y ésa es la prueba más segura de que son auténticos. Lo que muchos judíos hacen quizá inconscientemente queda aquí conscientemente expuesto. Pero eso es lo que importa. Es absolutamente indiferente cuál sea el cerebro judío que haya producido esas revelaciones. Lo que importa es que descubren, con una fiabilidad verdaderamente aterradora, el carácter y la actividad del pueblo judío, y los revelan con su lógica interna y sus objetivos finales. Pero la realidad nos aporta el mejor comentario. Quien examine la evolución histórica de los últimos cien años desde el punto de vista de este libro comprenderá inmediatamente por qué arma tal escándalo la prensa judía. Pues cuando este libro se haya convertido en algo con lo que un pueblo esté generalmente familiarizado, cabrá considerar que la amenaza judía ya está vencida[168].

Años después, cuando Alemania estaba sumida en la Gran Depresión, Hitler explicó aquel desastre mundial de forma parecida a como había explicado la inflación alemana. Hermann Rauschning ha dejado constancia de su comentario:

> Naturalmente, fueron los judíos quienes inventaron el sistema económico de fluctuación y expansión constantes al que llamamos capitalismo, esa invención genial con su mecanismo tan sutil y al mismo tiempo tan sencillo, que actúa por sí solo. No nos equivoquemos con él, es un invento genial, que tiene el ingenio del mismo diablo.
>
> El sistema económico de nuestros días es creación de los judíos. Está sometido a su control exclusivo. Es su superestado, impuesto por ellos por encima de todos los estados del mundo en toda su gloria. Pero ahora los hemos desafiado con el sistema de la revolución permanente...
>
> He leído los *Protocolos de los Sabios de Sion* y simplemente me han

horrorizado. ¡Qué astucia la de nuestro enemigo, qué ubicuidad la suya! Vi inmediatamente que debíamos copiarlo, claro que a nuestro propio estilo... Verdaderamente, es la batalla crítica del mundo...

–¿No cree usted –objeté– que atribuye demasiada importancia a los judíos?

–¡No, no, no! –exclamó Hitler–. Es imposible exagerar la calidad formidable del judío como enemigo.

–Pero –dije– los *Protocolos* son una falsificación manifiesta... A mí me parece evidente que no pueden ser verdaderos.

–¿Por qué no? –gruñó Hitler.

No le importaba un pelo, dijo, que el libro fuese históricamente cierto. Si no lo era, su verdad intrínseca le parecía tanto más convincente...[169].

Se trata de declaraciones más o menos públicas de un político evidentemente sin escrúpulos, y si no se tuvieran más datos, cabría preguntarse hasta qué punto Hitler el político hablaba por Hitler el hombre. Pero es que sí hay muchos más datos, y lo que Hitler tenía que decir acerca de la conspiración judía cuando estaba charlando entre amigos es todavía mucho más extraño. La más antigua de estas fuentes data de antes del *putsch* de Múnich de 1923, y consiste en un librito del poeta bohemio y periodista Dietrich Eckart titulado *El bolchevismo de Moisés hasta Lenin: diálogo entre Adolf Hitler y yo,* publicado póstumamente en 1924[170]. Se trata de una fuente fidedigna, pues Eckart no sólo era uno de los fundadores del Partido Nazi, sino uno de los poquísimos amigos verdaderos que jamás tuvo Hitler *(Mein Kampf,* dicho sea de paso, termina con una invocación a su memoria)[171]*. Resulta absolutamente inconcebible que un hombre así hubiera deformado las opiniones de su amigo en un libro destinado a la publicación[172].

El librito contiene alusiones a obras anteriores, y éstas son las que cabría esperar: los *Protocolos*[173], *El judío internacional* de Ford, Gougenot des Mousseaux, el *Manual de la cuestión judía* de Fritsch. Pero al combinar todo eso con especulaciones *völkisch* racistas, Hitler llega a toda una «filosofía de la historia», una interpretación de la existencia humana desde sus orígenes que tiene una cierta originalidad demencial. Tal como Hitler la ve, la historia humana forma parte de la naturaleza y

sigue las mismas leyes que el resto de la naturaleza. Si ha seguido un mal camino, ello demuestra que existe alguna fuerza que se dedica a frustrar la obra de la naturaleza, y que de hecho así ha venido actuando desde hace miles de años. De ello se desprende un esquema de la historia que la representa como una larga degeneración. La naturaleza exige desigualdad, jerarquía, subordinación del inferior al superior, pero la historia humana ha consistido en una serie de revueltas contra ese orden natural, que llevan a un igualitarismo cada vez mayor. Este proceso se compara con el de la enfermedad, con la obra de un bacilo:

> Una proliferación por todo el mundo, que unas veces es lenta y otras da un salto adelante. Por todas partes chupa y chupa. Al principio existe una gran abundancia, al final ya no queda más savia; se ha secado.

La fuerza que se halla tras este proceso desastroso es el espíritu judío, «que ha estado ahí desde el principio». Ya en el antiguo Egipto los Hijos de Israel socavaron una sociedad sana y «natural». Lo hicieron mediante la introducción del capitalismo –con José como el primer capitalista–, pero sobre todo mediante la incitación a la revuelta de los estamentos inferiores, hasta que los egipcios nacionalistas se levantaron airados y expulsaron del país a los agitadores; ése es el auténtico significado del Éxodo. Moisés, en consecuencia, es el primer bolchevique y un auténtico precursor de Lenin, quien tanto Hitler como Eckart suponían que era judío. Y así se inició un proceso que se ha repetido después una vez tras otra. A ojos de Hitler, los estratos inferiores consisten, en todo el mundo, en un material humano parecido, mezclado racialmente y por tanto inferior. La esencia de la conspiración judía mundial es que utiliza este batiburrillo racial para derrocar a las clases superiores racialmente puras, y por ese medio impulsar su campaña hacia la dominación mundial.

En conversaciones con su amigo, Hitler decía claramente lo que se cuidaba mucho de decir en público: el mismo cristianismo era parte de la conspiración judía. Claro que Jesús no era judío, sino «ario», pero no fue Jesús sino Pablo quien

creó el cristianismo. Al exaltar el pacifismo y el espíritu igualitario, Pablo privó al Imperio romano de la visión jerárquica y militar que era su sostén, y con ello aseguró su caída, y todo ello con objeto de que los judíos pudieran avanzar un paso más hacia su objetivo de la dominación mundial. En tiempos modernos, los judíos han repetido una vez tras otra la misma maniobra, y los resultados han sido la Revolución francesa, el liberalismo, la democracia y, por último, el bolchevismo; la Revolución rusa, con sus millones de víctimas, no es más que el último episodio en la guerra eterna de los judíos contra los demás pueblos del mundo. Pero Hitler no se detiene ahí: todo episodio histórico que se le viene a la cabeza se evalúa desde el mismo punto de vista, por escasa que sea su relación con los judíos y sus actividades. Así, Lutero cometió un error desastroso al atacar a la Iglesia católica, pues al hacerlo debilitó a los alemanes en su lucha contra los judíos; debería haberse dado cuenta de que los judíos estaban utilizando el catolicismo para sus propios fines y haber encaminado sus ataques contra aquellas manipulaciones ocultas. De hecho, si Lutero tuvo algún mérito, fue el de haber atacado a los judíos más adelante; y cuando Hitler hablaba del espíritu de Lutero, se refería a una sola cosa: su hostilidad hacia los judíos.

En este librito, pues, se llega al meollo mismo de la interpretación que hacía Hitler de la historia y de la existencia humana. Estaba plenamente convencido de que los judíos, en todas partes y en todo momento, aspiran a la dominación mundial; de que en todas partes y en todo momento pretenden derrocar a los efectivamente dominantes, a las minorías de pura sangre que la naturaleza ha establecido como clase gobernante en todas las naciones, y de que en todas partes y en todo momento utilizan a los estratos inferiores, a las masas de sangre impura, para que hagan su trabajo por ellos. Y lo que Eckart registró en 1923 o antes, lo confirmó Hitler poco después, no tanto en *Mein Kampf* como en aquel otro libro que escribió en 1928 y que permaneció inédito y desconocido hasta 1961, cuando se publicó traducido al inglés con el título de *Hitler's Second Book* (El segundo libro de Hitler) en Gran

Bretaña, y con el de *Hitler's Secret Book* (El libro secreto de Hitler), en Estados Unidos.

Básicamente, esta obra no es más que una exhortación a una alianza entre Alemania y la Italia fascista; pero incluso en este caso, Hitler se siente obligado a añadir, como una especie de epílogo, algunas páginas de invectivas antisemitas. Y este epílogo lleva el argumento un paso más allá: nos enteramos de que el judío no sólo utiliza a las masas racialmente impuras para sus fines, sino de que tiene toda una estrategia para asegurarse de que se vayan haciendo cada vez más impuras racialmente, y por tanto cada vez más dóciles.

> Su objetivo final es la desnacionalización, la bastardización promiscua de otros pueblos, el rebajamiento del nivel racial de los pueblos más elevados, así como la dominación de ese batiburrillo racial mediante la extirpación de la *intelligentsia* del pueblo y su sustitución por miembros de su propio pueblo[174].

Por eso,

> tras la revolución bolchevique [el judío] aniquiló totalmente los vínculos del orden, de la moral, de la costumbre, etc., abolió el matrimonio como institución elevada y proclamó en su lugar la cópula general, con el objeto de crear una mezcolanza general humana inferior mediante una bastardización caótica, que por sí misma sería incapaz de dirigir y que acabaría por no saber hacer nada sin los judíos como único elemento intelectual... Ahora se esfuerza por llevar a los estados restantes a esa misma condición[175].

Asqueado por ese «terrible crimen de lesa humanidad», Hitler omitió explicar cómo podía la promiscuidad entre los rusos alterar la composición biológica de la población rusa.

La mente de Hitler no era de las que se desarrollan o maduran. Sus charlas de sobremesa en el cuartel general cuando era comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Alemanas durante la Segunda Guerra Mundial han quedado fielmente transcritas. Si se examinan para ver lo que decía acerca de los judíos, se encuentran exactamente las mismas ideas que había propugnado en el decenio de 1920, y a veces expresadas exactamente con las mismas palabras. La forma en que ve el desarrollo de la historia es la misma: decadencia y

podredumbre, desviación de un orden jerárquico original. La causa que imagina es la misma: el principio del mal y de lo antinatural encarnado en los judíos y que actúa sobre las poblaciones racialmente impuras. Incluso las imágenes son las mismas: imágenes de enfermedad, de infección, de pestilencia, con constantes alusiones a los judíos como bacilos.

> El descubrimiento del virus judío –le decía a Himmler en 1942– es una de las mayores revoluciones que han ocurrido en el mundo. La batalla en que estamos empeñados hoy es del mismo tipo que la batalla en que se empeñaron en el siglo pasado Pasteur y Koch. ¡Cuántas enfermedades tienen su origen en el virus judío!... La única forma de que recuperemos la salud es eliminar al judío[176].

Y esto nos lleva al meollo de aquella gran fantasía. Existe en *Mein Kampf* un pasaje extraordinario que debería haber atraído más atención de la que suscitó:

> Si el judío conquistara, con la ayuda del credo marxista, las naciones de este mundo, su corona sería la guirnalda fúnebre de la raza humana, y el planeta volvería a girar en el espacio despoblado como lo hacía millones de años atrás... De aquí que yo me crea en el deber de obrar en el sentido del Todopoderoso Creador: al combatir a los judíos, cumplo la tarea del Señor[177].

Uno se siente impulsado a preguntar: ¿qué quería decir este hombre? ¿Qué posible sentido puede tener hablar de una Tierra totalmente despoblada? Y la respuesta a esas preguntas, cuando se enfrenta uno con ellas, ayuda mucho a explicar los monstruosos actos perpetrados por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Claro que no tiene nada que ver con la guerra atómica, porque Hitler escribió esas palabras en 1924. A lo que se refiere es a que sólo una parte diminuta de lo que se suele considerar como la humanidad está formada por seres humanos, y concretamente por los que él imaginaba de origen nórdico –más, por razones políticas, los japoneses–. El resto –lo que él calificaba de mezcolanza racial– no pertenece a la humanidad, sino a una especie inferior. Al utilizar a esos seres para eliminar a los estratos dirigentes –que a su juicio debían *ipso facto* ser nórdicos–, el judío, en consecuencia, priva a la Tierra de su población humana. Lo que quedará no serán

más que animales disfrazados de seres humanos bajo la dirección de los judíos, que son seres demoníacos disfrazados de seres humanos.

Incluso para los criterios demenciales del racismo alemán, aquellas ideas eran excéntricas y extremistas. Por desgracia, eran las del hombre que llegó a convertirse en el dictador de Alemania, lo cual significó que en lugar de seguir siendo la propiedad de un grupo de chalados desconocidos, se convirtieron en el credo de las SS. Fue en nombre de aquellas extrañas fantasías, disfrazadas de verdades científicas, en el que las SS en el apogeo de su poder aterrorizaron y martirizaron a Europa desde el Canal de la Mancha hasta el Volga. Cómo se exponía la versión especial de Hitler sobre la conspiración mundial a aquellos hombres se ve en una hoja distribuida por el cuartel general de las SS:

> Al igual que la noche sigue al día, al igual que la luz y las tinieblas son eternas enemigas, así el mayor enemigo del hombre dominador del mundo es el propio hombre. El subhombre –ese ser que parece como si biológicamente fuera absolutamente de la misma especie, dotado por la Naturaleza de manos, pies y una especie de cerebro, con ojos y boca– es sin embargo un ser completamente diferente y terrible, no es más que una tentativa de ser humano, con una cara casi humana, pero cuya mente y cuyo espíritu son más viles que los de cualquier animal. Dentro de ese ser hay un caos cruel de pasiones salvajes e incontroladas: una voluntad innominada de destrucción, la vileza más descarada. ¡Un subhombre y nada más!... Jamás ha permitido ese subhombre que haya paz, jamás ha permitido el descanso... Para subsistir necesitaba el lodo, necesitaba el infierno, pero no el sol. Y este submundo de subhombres encontró a su dirigente: ¡el judío eterno![178].

Una vez que se aplicara ese credo, no podía conducir más que a la matanza. Las víctimas no fueron sólo los seis millones de judíos asesinados como vectores de una peste imaginaria. Como ya hemos visto, a ojos de Hitler Rusia era el país en el que los judíos, mediante la revolución, habían «infectado» de modo más completo a la población, lo cual sin duda tuvo mucho que ver con la extraordinaria ferocidad de las SS en los territorios ocupados de la Unión Soviética. Cuando se inició el ataque alemán, Himmler anunció que el objetivo era matar a

treinta millones de rusos. De hecho, el número de rusos muertos se sitúa en los veinte millones, y la forma en que se dejaba a ejércitos enteros de prisioneros de guerra tras barreras de alambre de espino para que se muriesen de hambre, y se metía a todos los habitantes de aldeas en un establo para quemarlos vivos, guarda sin duda relación con el hecho de que a aquella gente se la consideraba como seres subhumanos, bastardizados por los judíos y alistados a su servicio.

En cuanto a los judíos, es posible que Hitler siempre se propusiera exterminarlos. En la primera de sus declaraciones políticas, la carta a Gemlich de 1919, ya había hablado de su «eliminación total»; Dietrich Eckart escribe que, según él, sería inútil destruir sinagogas y escuelas judías, pues el espíritu judío está encarnado en cada uno de los judíos y actuará mientras exista alguno. Es de reconocer que en aquellos primeros días, en sus discursos públicos evitaba toda referencia a las matanzas, pero incluso entonces dejaba caer algunas frases ominosas:

> Lo que se está preparando hoy será algo más grande que la Gran Guerra. ¡El combate se disputará en suelo alemán y por todo el mundo! No hay más que dos posibilidades: seremos el cordero del sacrificio o los vencedores[179].

Estas frases proceden de un discurso de 1923, y el tema es la lucha contra los judíos. Todavía más ominoso es un pasaje de *Mein Kampf* en el cual se prevé claramente lo que iba a ocurrir veinte años después en los campos de exterminio. Si Alemania, dice Hitler, perdió la guerra fue únicamente porque los marxistas judíos minaron la voluntad de combatir, y continúa:

> Si al principio de la guerra o durante la guerra se hubiera administrado gas tóxico a 12 o 15.000 de esos corruptores del pueblo... el sacrificio de millones en el frente no habría sido en vano. Por el contrario, la eliminación de 12.000 miserables en el buen momento quizá hubiera salvado las vidas de un millón de alemanes decentes, tan valiosas para el futuro[180].

En otro lugar de *Mein Kampf* habla del derrocamiento del «judaísmo mundial» con un fervor verdaderamente

apocalíptico. Ya hemos visto antes cómo en el cristianismo popular de la Edad Media, así como en el cristianismo excéntrico de Serguéi Nilus, se consideraba a los judíos como servidores del Anticristo, y destinados a la misma suerte: a la destrucción, en preparación del milenio, por Cristo regresado en majestad. Ahora bien, en el Apocalipsis de San Juan se muestra al Anticristo tratando de asaltar el cielo y viéndose rechazado al infierno; y lo curioso es que Hitler, pese a su odio por el cristianismo, era perfectamente capaz de utilizar aquellas imágenes milenarias de la Biblia cuando hablaba del destino de los judíos.

> El judío recorre su camino fatal –escribía– hasta el día en que otra fuerza se alza ante él y en descomunal combate devuelve junto a Lucifer a quien había tratado de asaltar el cielo[181].

La sensación apocalíptica es inconfundible, y algo tomaron de ella Himmler y las SS. Por lo menos en algunos momentos, aquella gente consideró que el exterminio de los judíos era el preludio necesario de una especie de milenio germánico. De nuevo conviene estudiar los datos internos aportados por Wisliceny:

> Cuando [Himmler] empezó a seguir los consejos de astrólogos y a inclinarse hacia todas las artes ocultas, las SS se fueron convirtiendo gradualmente en una nueva especie de secta religiosa...

Era algo menos nuevo de lo que suponía Wisliceny: también la Europa medieval había conocido sectas apocalípticas que creían tener una misión ordenada por la divinidad de purificar el mundo mediante el exterminio de los judíos[182].

Wisliceny decía también que a juicio de Hitler, la guerra de 1939 era sobre todo el combate final contra el judaísmo, y a partir de 1939 el propio Hitler hablaba en público de la guerra precisamente en esos términos. Como ya hemos visto, los editores alemanes de los *Protocolos* siempre habían insistido en que la Primera Guerra Mundial había sido culpa de los judíos; ahora Hitler los acusaba de la guerra que estaba a punto de desencadenar en el mundo, y al mismo tiempo profetizaba el genocidio que estaba a punto de realizar. En un discurso

pronunciado en el Reichstag, el 30 de enero de 1939, declaró

> Hoy voy a ser profeta una vez más: si los financieros judíos internacionales de Europa y fuera de Europa logran sumir a las naciones una vez más en una guerra mundial, entonces el resultado no será la bolchevización de la Tierra, y con ella la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa[183].

Aquella profecía constituyó un tema que Hitler siguió elaborando durante toda la guerra. Repitió su amenaza ante el Reichstag el 1 de septiembre de 1939, en el momento mismo de la invasión de Polonia. El 30 de enero de 1941 lo repitió en el Sportspalast de Berlín:

> Y no quiero que se olvide la sugerencia que hice ya el 1 de septiembre de 1939 en el Reichstag alemán: que si el mundo se ve sumido en una guerra general, el judaísmo en su totalidad se verá acabado en Europa. Que se rían de esto hoy, como se han reído antes de mis profecías. Los meses y los años venideros demostrarán que también es este caso he acertado[184].

En junio de 1941 se inició la invasión de la Unión Soviética, y con ella el exterminio de los judíos rusos, y para el 30 de enero de 1942 Hitler podía decir todavía con más confianza:

> Comprendemos cabalmente que esta guerra no puede terminar más que con el exterminio de los pueblos arios o con la desaparición del judaísmo en Europa. Ya dije el 1.° de septiembre de 1939 en el Reichstag alemán –y yo me cuido mucho de hacer profecías temerarias– que esta guerra no terminará como se imaginan los judíos, es decir, con el exterminio de los pueblos arios de Europa, sino que su resultado será la aniquilación del judaísmo[185].

En el transcurso de 1942 se establecieron campos de exterminio en Polonia, a los que se deportó a judíos de toda Europa. En su mensaje de Año Nuevo de 1943, Hitler podía anunciar:

> Ya he dicho que la esperanza del judaísmo internacional de que destruiría a Alemania y a otros pueblos europeos en una nueva guerra mundial será el peor de los errores cometidos por los judíos en miles de años; porque no van a destruir al pueblo alemán, sino a sí mismos, y acerca de eso no cabe hoy día la menor duda...[186].

Todas eran declaraciones públicas hechas por el Führer al pueblo alemán en general; explicaciones, por así decirlo, de la política adoptada por el gobierno alemán para combatir las últimas maniobras de «los financieros judíos internacionales», alias los Sabios de Sion.

Una vez más se ve uno obligado a preguntarse hasta qué punto reflejaban las creencias del propio Hitler, y una vez más, se halla que existe una perfecta identidad. En una conversación privada con Himmler, en octubre de 1941, decía Hitler:

> Con el exterminio de esta plaga haremos a la humanidad un favor del que nuestros soldados no pueden tener ni idea... Desde el podio del Reichstag profeticé al judaísmo que, en caso de que la guerra resultara inevitable, el judío desaparecería de Europa. Esa raza de criminales tiene sobre su conciencia a los dos millones de muertos (alemanes) de la Primera Guerra Mundial, y ahora centenares de miles más...[187].

En las últimas semanas anteriores a su suicidio volvió al tema:

> He jugado limpio con los judíos. En vísperas de la guerra les hice una última advertencia. Les advertí que si volvían a sumir al mundo en una guerra, esta vez no saldrían incólumes, que esos bichos se verían exterminados definitivamente en Europa. Replicaron a aquella advertencia con una declaración de guerra... Hemos sajado el absceso judío. El mundo del futuro nos estará eternamente agradecido[188].

En el testamento político que dictó la noche del 28 al 29 de abril de 1945 (se mató el 30), volvió a insistir:

> No es verdad que yo, ni nadie en Alemania, quisiera la guerra en 1939. La querían y la provocaron exclusivamente los políticos internacionales que eran de origen judío o que trabajaban en pro de los intereses judíos...

Y en las últimas palabras de su testamento, las últimas palabras que escribió, exhortaba a la élite de la nación alemana a «la oposición implacable al empozoñador mundial de todos los pueblos, el judaísmo internacional»[189].

¿Cómo han de interpretarse esas expresiones? Las

circunstancias en que se formularon demuestran que en cierto sentido eran sinceras; pero ¿cómo puede Hitler haberse creído que los judíos habían causado la guerra que él mismo había provocado? La única respuesta es que para Hitler todo lo que se opusiera a su propia ansia ilimitada de dominación aparecía automáticamente como parte de la conspiración judía mundial. Y así parece haber ocurrido efectivamente en cada fase de su carrera, comprendida la guerra. Toda nación, grande o pequeña, que tratara de defender su territorio o sus intereses contra las reivindicaciones insaciables de Alemania demostraba por ese mismo hecho que era un instrumento en manos de los Sabios de Sion.

Cuando se reflexiona sobre las consecuencias de ello, se plantean varias preguntas más. Se ha dicho a veces que Hitler no era más que un supermaquiavélico, un hombre sin convicciones ni lealtades, un cínico total para quien todo el objetivo y todo el valor de la vida eran el poder y más poder. Desde luego existía un Hitler así; pero el otro Hitler, el hombre obsesionado y perseguido por fantasías acerca de la conspiración judía mundial, era igual de real[190]. Lo que desearía uno saber es hasta qué punto actuaba el cuasi lunático incluso dentro del oportunista calculador. ¿Qué proporción del dinamismo que impulsó aquella asombrosa carrera –desde la creación del Partido Nazi, pasando por la lucha por el poder y el establecimiento de la dictadura y del terror–, qué proporción de todo aquello procedía del sueño secreto de derrotar a la conspiración judía mundial mediante el exterminio de los judíos? Sin duda se trata de una pregunta sin respuesta posible, pero es una pregunta que se les ocurrió incluso a algunos nazis importantes, aunque desde luego ellos la expresaban de diferente forma.

> ¿Por qué, si no –preguntaba el juez supremo del partido, Walter Buch, que escribía en la revista del partido durante la guerra–, por qué otra cosa hemos combatido, hemos soportado hambre y privaciones, por qué otra cosa han caído esos valientes de las SA y de las SS, los muchachos de las Juventudes Hitlerianas, si no ha sido por la posibilidad de que un día el pueblo alemán comenzara su lucha por la liberación contra los opresores judíos? En esa lucha estamos empeñados ahora... Adolfo Hitler alcanzará la victoria...[191].

Y además, ¿hasta qué punto adoptaban Hitler y sus compañeros más cercanos como modelo a los imaginarios Sabios de Sion? Según Rauschning, Hitler había adoptado los *Protocolos* como su libro político de cabecera, y en el decenio de 1930 se escribieron tres libros enteros para demostrar cómo la política nazi seguía casi en cada detalle el plan establecido en ellos[192]. El argumento se puede llevar demasiado lejos, pero eso no significa que sea totalmente falso. Merece la pena reflexionar sobre dos juicios más recientes.

Escribre Hannah Arendt:

> Los nazis empezaron con la ficción de una conspiración y adoptaron como modelo, de forma más o menos consciente, el de la sociedad secreta de los Sabios de Sion...[193].

Léon Poliakov, por su parte, comenta que los dirigentes nazis empezaron por drogarse con la subliteratura sensacionalista del tipo de los *Protocolos* y acabaron por trasladar aquellas fantasías morbosas a una realidad más terrible de lo imaginable[194]. Y hay mucho de cierto en eso. El combate implacable de una banda de conspiradores por lograr la dominación del mundo, un imperio mundial basado en un pueblo pequeño, pero muy organizado y regimentado; un desprecio absoluto por la humanidad en general; una glorificación de la destrucción y de la miseria masiva; todas esas cosas se hallan en los *Protocolos* y pertenecían a la esencia misma del régimen nazi. Por decirlo con la mayor precaución: en aquella ridícula patraña de los días de los pogromos rusos, Hitler oyó la llamada de un espíritu hermano y respondió a ella con todo su ser.

---

149. *Mitteilungen ases dem Verein zur Abwehr des Antisemitismus,* N.° de 29 de septiembre de 1922, pág. 98.

150. Palabra derivada de *das Volk,* 'el pueblo'.

151. Acerca de la visión *völkisch* del mundo, del decenio de 1860 hasta Hitler, véase G. L. Mosse, *The Crisis of German Ideology,* Nueva York, 1964; y sobre sus comienzos, desde las guerras napoleónicas hasta 1850, véase Eleonore Sterling, *Er ist wie Du,* Múnich, 1956.

152. Sobre Paul de Lagarde, véase F. Stern, *The Politics of Cultural Despair,* Berkeley y Los Ángeles, 1961, y una relación más breve en G. L. Mosse, *op. cit.,* Cap. 2.

153. F. Stern, *op. cit.,* pág. 63, nota.

154. Acerca de los adversarios del racismo, véase además de G. L. Mosse, G. J. Pulzer, *The Rise of Political Anti-semitism in Germany and Austria,* Nueva York y Londres, 1964.

155. Respecto de la sociología de la visión *völkisch* del mundo, véase, además de Pulzer y Mosse, el penetrante artículo de H. P. Bahrdt, «Gesellschaftliche Voraussetzungen des Antisemitismus», en el simposio *Entscheidungsjahr* 1932 (comp. W. E. Mosse), Tubinga, 1965, y las obras de P. W. Massing, Eva G. Reichmann y A. Leschnitzar, enumeradas en la Nota bibliográfica.

156. Cf. E. Bennathan, «Die demographische und wirschaftsliche Struktur der Juden», en *Entscheidungsjahr 1932,* págs. 87-131.

157. La obra de Pulzer trata de la contribución austriaca (a menudo olvidada) a la tradición antisemita.

158. Una excepción fue un partido que nació en 1903 en Sudetenland, aquella antigua avanzadilla de germanismo en la frontera eslava: el Partido Obrero Alemán, más tarde Partido Obrero Alemán Nacional Socialista, y que después de la guerra cooperó estrechamente con el Partido Nazi en Alemania.

159. Pulzer, op. *cit.,* págs. 208, 231, 244.

160. D. Frymann (seudónimo de Heinrich Class), *Wenn ich der Kaiser wär,* Leipzig, 1912, y cf. A. Kruck, *Geschichte des Alldeutschen Verbandes. 1890-1939,* Wiesbaden, 1954, págs. 30 y ss.

161. W. Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP. Hitlers Weg bis 1914,* Fráncfort y Bonn, 1965, págs. 145 y ss. Véase asimismo G. Franz-Willing, *Die Hitlerbewegung,* Vol. I; *Der Ursprung 1919-1922,* Hamburgo y Berlín, 1962, pág. 27; y H. Phelps, «Hitler and the Deutsche Arbeiterpartei», en *American Historical Review,* Vol. 68, N.° 4 (julio de 1963), págs. 974-986.

162. El profesor Hans K. Günther fue el teórico oficial del racismo del Tercer Reich.

163. La obra de Rosenberg, *Mythus des 20. Jahrhunders (El mito del siglo xx*) era una de las escrituras básicas del nazismo.

164. Texto en Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* Berlín-Grunewald, 1955, págs. 91-92.

165. Publicado íntegramente en E. Deuerlein, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* Múnich, Vol. VII (1959), documento 12, págs. 203-205.

166. *Adolf Hitlers Reden,* comp. E. Boepple, Múnich, 1933, pág. 71.

167. Importante periódico liberal alemán.

168. *Mein Kampf,* 11.ª edición, Múnich, 1942, pág. 337.

169. H. Rauschning, *Hitler Speaks,* Londres, 1939, págs. 235-236.

170. *Der Bolschevismus von Moses bis Lenin-Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir,* Múnich, 1924; analizado en E. Nolte, «Eine frühe Quelle zu Hitlers Antisemitismus», en *Historische Zeitschrift,* junio de 1961, págs. 584-606.

171 * Como cabe apreciar por la nota 20, el autor cita por la kilométrica 11.ª edición de 1942, de la cual no hemos podido encontrar ninguna traducción al castellano. En la mayor parte de los casos se ha retraducido, pues, del inglés. *(N. del T.)*

172. La propaganda nazi se mantuvo silenciosa sobre el libro, precisamente porque era demasiado revelador.

173. Hitler revela que conoce «el sueño del káiser», que como ya hemos visto figura en la edición de Zur Beek de los *Protocolos.*

174. *Hitler's Secret Book,* trad. S. Attanasio, Nueva York, 1961, pág. 213.

175. *Ibid.,* pág. 215.

176. *Hitler's Table Talk,* comp. por H. R. Trevor-Roper, Londres, 1953, pág. 332.

177. *Mein Kampf,* pág. 70. Págs. 26 y 27 de la edición en español de *Mi Lucha* (Buenos Aires, Luz Ediciones Modernas, S. A., trad. Alberto Saldívar P.). *(N. del T.)*

178. L. Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* pág. 217.

179. *Adolf Hitler, sein Leben und seine Reden,* comp. por A. V. von Koerber, Múnich, 1923, pág. 106.

180. *Mein Kampf,* pág. 772.

181. *Ibid.,* pág. 751.

182. Cf. N. Cohn, *En pos del Milenio,* Madrid, 1981, págs. 67-79, 102-103.

183. M. Domarus, Hitler, *Reden und Proklamationen, 1932-1945,* Neustadt/ Aisch, 1962-1963, Vol. II, pág. 1058.

184. *Ibid.,* pág. 1633.

185. *Ibid.,* Vol. II, págs. 1828-1829.

186. *Deutschland im Kampf,* comp. por A. I. Berndt y Oberst Wedel, n.° 81 (enero de 1943), pág. 45.

187. *Hitler's Table Talk,* págs. 79 y 87.

188. *Le Testament Politique de Hitler. Notes recueillies par Martin Bormann,* París, 1959, pág. 86.

189. En H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler,* Londres, 1950, págs. 195 y 198.

190. Cf. E. Faul, «Hitlers Ueber-Machiavellismus», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* Vol. 2 (1954), y sobre todo la pág. 368.

191. Citado en M. Winreich, *Hitler's Professors,* Nueva York, 1946, pág. 89.

192. Véase la Nota bibliográfica.

193. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism (*2.ª ed.), Londres, 1958, pág. 366.

194. L. Poliakov, prefacio a *Le* IIIe *Reich et les Juifs* (ed. francesa), París, 1959.

. La obra de Rosenberg, *Mythus des 20. Jahrhunders (El mito del siglo XX*) era una de las escrituras básicas del nazismo.

. Texto en Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* Berlín-Grunewald, 1955, págs. 91-92.

. Publicado íntegramente en E. Deuerlein, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* Múnich, Vol. VII (1959), documento 12, págs. 203-205.

. *Adolf Hitlers Reden,* comp. E. Boepple, Múnich, 1933, pág. 71.

. Importante periódico liberal alemán.

. *Mein Kampf,* 11.ª edición, Múnich, 1942, pág. 337.

. H. Rauschning, *Hitler Speaks,* Londres, 1939, págs. 235-236.

. *Der Bolschevismus von Moses bis Lenin-Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir,* Múnich, 1924; analizado en E. Nolte, «Eine frühe Quelle zu Hitlers Antisemitismus», en *Historische Zeitschrift,* junio de 1961, págs. 584-606.

* Como cabe apreciar por la nota 20*,* el autor cita por la kilométrica 11.ª edición de 1942, de la cual no hemos podido encontrar ninguna traducción al castellano. En la mayor parte de los casos se ha retraducido, pues, del inglés. *(N. del T.)*

. La propaganda nazi se mantuvo silenciosa sobre el libro, precisamente porque era demasiado revelador.

. Hitler revela que conoce «el sueño del káiser», que como ya hemos visto figura en la edición de Zur Beek de los *Protocolos.*

. *Hitler's Secret Book,* trad. S. Attanasio, Nueva York, 1961, pág. 213.

. *Ibid.,* pág. 215.

. *Hitler's Table Talk,* comp. por H. R. Trevor-Roper, Londres, 1953, pág. 332.

. *Mein Kampf,* pág. 70. Págs. 26 y 27 de la edición en español de *Mi Lucha* (Buenos Aires, Luz Ediciones Modernas, S. A., trad. Alberto Saldívar P.). *(N. del T.)*

. L. Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* pág. 217.

. *Adolf Hitler, sein Leben und seine Reden,* comp. por A. V. von Koerber, Múnich, 1923, pág. 106.

. *Mein Kampf,* pág. 772.

. *Ibid.,* pág. 751.

. Cf. N. Cohn, *En pos del Milenio,* Madrid, 1981, págs. 67-79, 102-103.

. *Mitteilungen ases dem Verein zur Abwehr des Antisemitismus,* N.° de 29 de septiembre de 1922, pág. 98.

. Palabra derivada de *das Volk,* 'el pueblo'.

. Acerca de la visión *völkisch* del mundo, del decenio de 1860 hasta Hitler, véase G. L. Mosse, *The Crisis of German Ideology,* Nueva York, 1964; y sobre sus comienzos, desde las guerras napoleónicas hasta 1850, véase Eleonore Sterling, *Er ist wie Du,* Múnich, 1956.

. Sobre Paul de Lagarde, véase F. Stern, *The Politics of Cultural Despair,* Berkeley y Los Ángeles, 1961, y una relación más breve en G. L. Mosse, *op. cit.,* Cap. 2.

. F. Stern, *op. cit.,* pág. 63, nota.

. Acerca de los adversarios del racismo, véase además de G. L. Mosse, G. J. Pulzer, *The Rise of Political Anti-semitism in Germany and Austria,* Nueva York y Londres, 1964.

. Respecto de la sociología de la visión *völkisch* del mundo, véase, además de Pulzer y Mosse, el penetrante artículo de H. P. Bahrdt, «Gesellschaftliche Voraussetzungen des Antisemitismus», en el simposio *Entscheidungsjahr* 1932 (comp. W. E. Mosse), Tubinga, 1965, y las obras de P. W. Massing, Eva G. Reichmann y A. Leschnitzar, enumeradas en la Nota bibliográfica.

. Cf. E. Bennathan, «Die demographische und wirschaftsliche Struktur der Juden», en *Entscheidungsjahr 1932,* págs. 87-131.

. La obra de Pulzer trata de la contribución austriaca (a menudo olvidada) a la tradición antisemita.

. Una excepción fue un partido que nació en 1903 en Sudetenland, aquella antigua avanzadilla de germanismo en la frontera eslava: el Partido Obrero Alemán, más tarde Partido Obrero Alemán Nacional Socialista, y que después de la guerra cooperó estrechamente con el Partido Nazi en Alemania.

. Pulzer, op. *cit.,* págs. 208, 231, 244.

. D. Frymann (seudónimo de Heinrich Class), *Wenn ich der Kaiser wär,* Leipzig, 1912, y cf. A. Kruck, *Geschichte des Alldeutschen Verbandes. 1890-1939,* Wiesbaden, 1954, págs. 30 y ss.

. W. Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP. Hitlers Weg bis 1914,* Fráncfort y Bonn, 1965, págs. 145 y ss. Véase asimismo G. Franz-Willing, *Die Hitlerbewegung,* Vol. I; *Der Ursprung 1919-1922,* Hamburgo y Berlín, 1962, pág. 27; y H. Phelps, «Hitler and the Deutsche Arbeiterpartei», en *American Historical Review,* Vol. 68, N.° 4 (julio de 1963), págs. 974-986.

. El profesor Hans K. Günther fue el teórico oficial del racismo del Tercer Reich.

194
167
166
192
151

170
152
153
180
149
172
184
177
159
187
190
174
162
161
164
189
156
169
185
182
176
163
157
188
155
173
183
178
160
150
175
186
191
158

. M. Domarus, Hitler, *Reden und Proklamationen, 1932-1945,* Neustadt/ Aisch, 1962-1963, Vol. II, pág. 1058.

. *Ibid.,* pág. 1633.

. *Ibid.,* Vol. II, págs. 1828-1829.

. *Deutschland im Kampf,* comp. por A. I. Berndt y Oberst Wedel, n.° 81 (enero de 1943), pág. 45.

. *Hitler's Table Talk,* págs. 79 y 87.

. *Le Testament Politique de Hitler. Notes recueillies par Martin Bormann,* París, 1959, pág. 86.

. En H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler,* Londres, 1950, págs. 195 y 198.

. Cf. E. Faul, «Hitlers Ueber-Machiavellismus», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* Vol. 2 (1954), y sobre todo la pág. 368.

. Citado en M. Winreich, *Hitler's Professors,* Nueva York, 1946, pág. 89.

. Véase la Nota bibliográfica.
193
165
181

. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism (*2.ª ed.), Londres, 1958, pág. 366.

. L. Poliakov, prefacio a *Le* IIIe *Reich et les Juifs* (ed. francesa), París, 1959.
168

9. El mito en la propaganda nazi

1

La propaganda nazi explotó los *Protocolos* y el mito de la conspiración judía mundial en todas sus fases, desde que nació el partido a principios del decenio de 1920 hasta el derrumbamiento del Tercer Reich en 1945. Primero los explotó para ayudar al partido a llegar al poder, después para justificar un régimen de terror, más tarde para justificar la guerra, después para justificar el genocidio, y por último para aplazar la rendición a los aliados. La historia del mito durante aquellos años, de los diferentes objetivos a cuyo servicio se puso, refleja fielmente el apogeo y la caída del propio Tercer Reich.

En los primeros días, el principal propagandista del mito y de los *Protocolos* fue Alfred Rosenberg, el «ideólogo» oficial del partido. Rosenberg era un báltico de origen menos puramente alemán de lo que le agradaba pretender (uno de sus abuelos era letón). Como procedía de Reval, su nacionalidad de origen era rusa, e incluso después de la Revolución hizo sus exámenes de arquitectura en Moscú. Tenía veintitantos años cuando la Revolución despertó en él el interés por la política y lo convirtió en un antibolchevique fanático. En 1918 marchó con las tropas alemanas que se retiraban de Rusia, igual que Vinberg, a quien conocía bien y que influyó mucho en él. En Alemania ingresó en el Partido Nazi, recién fundado, y se hizo amigo íntimo de Hitler.

Aunque Hitler nunca lo tomó muy en serio y ya estaba perdiendo influencia antes de que el partido llegara al poder, Rosenberg dejó una huella permanente en la ideología nazi. El partido era rabiosamente antisemita ya desde el momento de su fundación en 1919, pero no llegó a obsesionarse con el comunismo ruso hasta 1921-1922, y ello parece haber sido en gran parte obra de Rosenberg. Él fue quien estableció el vínculo entre el antisemitismo ruso del tipo de las Centurias Negras y el antisemitismo de los racistas alemanes; más concretamente, adoptó la visión de Vinberg del bolchevismo

como conspiración judía y la reinterpretó en términos *völkisch.* La fantasía consiguiente, expuesta en innumerables artículos y folletos, se convirtió en un tema obsesivo del pensamiento de Hitler y en la visión del mundo y la propaganda del Partido Nazi.

Rosenberg era el más culto de los dirigentes nazis, lo que no es mucho decir. Aunque se hacía pasar por experto en bolchevismo, jamás leyó una línea de Marx ni de Engels, jamás estudió la historia ni la teoría del socialismo y no sabía nada en absoluto del movimiento revolucionario ruso. Bastaba con saber que Kerensky era un judío, llamado Kirbis *[sic]* y que Lenin era un «tártaro-kalmuko» (debería haber comparado notas con Hitler, que como ya hemos visto tenía sus propias ideas al respecto). No cabe duda de que gran parte de su información procedía de Vinberg y otros emigrados rusos de derecha: muchos de sus artículos publicados en el *Völkischer Beobachter,* periódico del partido, se basaban casi totalmente en *Luch Sveta,* mientras que grandes partes de su *magnum opus, El mito del siglo XX,* ilegible, se habían plagiado directamente de los escritos de Vinberg.

Entre 1919 y 1923 Rosenberg publicó, además de innumerables artículos, cinco folletos sobre la conspiración mundial de los judíos (con o sin los masones), una traducción abreviada de aquel notable precursor decimonónico que fue Gougenot des Mousseaux y todo un volumen de comentarios sobre los *Protocolos.* Y mientras que su grueso *Mito del siglo XX* no tuvo casi lectores (y, desde luego, ninguno entre los dirigentes nazis), aquellos primeros folletos tuvieron una influencia considerable. Típico de ellos es *Pest in Russland* (La peste en Rusia), publicado en 1922. En él nos enteramos de que la Rusia zarista no se ganó la enemistad de los judíos (como cabía suponer) por los pogromos y la opresión, sino por su resistencia al capitalismo financiero. A fin de superar ese obstáculo y al mismo tiempo castigar a los recalcitrantes rusos, los judíos utilizaron su habilidad dialéctica, desarrollada en siglos de comentarios sobre el Talmud, contra las masas rusas, a las que fácilmente convencieron para que exterminaran a la elite nacional. Aquello permitió a los judíos nacionalizar la

industria rusa, lo cual significó simplemente que se la apropiaron para enriquecerse ellos, sus amigos y parientes extranjeros. Ya no faltaba más que organizar el Ejército Rojo en torno a un núcleo de letones y (sorprendente novedad) de antiguos comerciantes de seda chinos, y por fin se podía forzar al pueblo ruso a someterse al capitalismo.

En todo ello se le reservaba un papel especial a Walter Rathenau. A ojos de Rosenberg, Rathenau tenía estrechas relaciones con los omnipotentes bolcheviques judíos de la Unión Soviética, que compartían con él las riquezas que le extraían a la industria rusa, mientras que él, a cambio, organizó mediante el tratado de Rapallo la explotación del pueblo alemán en beneficio «de la Bolsa y de los judíos soviéticos». Si se les permitía a él y sus compinches que se salieran con la suya, dentro de poco los letones y los chinos bajo mando judío estarían matando a los obreros alemanes. ¿Quién podía, por tanto, negar que esa gente estaba «madura desde hace tiempo para la cárcel y el patíbulo»? Poco después de publicarse este folleto murió Rathenau asesinado por unos muchachos que opinaban exactamente lo mismo. Era un comienzo adecuado de una carrera que terminaría, una generación después, con la ejecución de Rosenberg como uno de los principales criminales de guerra.

Claro que aquellos escritos de Rosenberg eran propaganda política, ideada para servir al Partido Nazi en su lucha por el poder, pero su estilo es, más bien, el de la profecía apocalíptica. Como ya hemos visto, el propio Hitler tenía sus momentos apocalípticos, pero con Rosenberg no era cuestión de momentos, sino de un estado de ánimo permanente. «El judío representa en nuestra historia a nuestro opuesto metafísico», escribía en 1923, al final de su comentario a los *Protocolos.*

> Eso es algo que *jamás* comprendimos claramente... *Hoy,* por fin, parece como si a lo eternamente extranjero y hostil, ahora que ha ascendido a un poder tan monstruoso, se lo advierte y se lo odia como lo que es. Por primera vez en la historia, el instinto y el conocimiento alcanzan la conciencia clara. El judío se halla en la cumbre misma del poder a la que ha trepado tan ansiosamente, y

> espera a caer en el abismo. Su última caída. Después de ella no habrá lugar para los judíos en Europa ni en América. Hoy comienza, en medio del derrumbamiento de todo un mundo, una nueva era, un rechazo fundamental en todas las esferas de muchas ideas heredadas del pasado. Uno de los signos de vanguardia de la próxima lucha por la nueva organización del mundo es esta comprensión del carácter mismo del demonio que ha causado nuestra caída actual. Entonces se abrirá el camino de una nueva era[195].

Eso es lo que opinaba Rosenberg de los *Protocolos* en 1923; un decenio después, una nueva edición de su obra llevaba un prefacio –que debe haber aprobado él, si es que no lo escribió– en el que se celebra el advenimiento del Tercer Reich:

> El luminoso pueblo del centro –Alemania– combate para salir de las garras del dominio judío mundial y llegar a un vigoroso renacimiento, desgarra las mallas de la red en la que lo habían enredado los tramperos talmúdicos y cual ave fénix resurge de las cenizas de una filosofía materialista ya quemada. El Reich alemán es el foco del mundo, y una nación purificada se revela a quienes tengan ojos para ver con su claro brillo, como una nueva aurora de la creación. Los espíritus del submundo se echan atrás, aterrados ante este resurgir... El judaísmo, el espíritu de la decadencia, el demonio tenebroso de los pueblos creadores, se siente golpeado en el corazón. El círculo de los planes judíos para lograr la dominación del mundo no se había cerrado todavía, era demasiado temprano para volver a lanzar a los pueblos a una guerra sangrienta entre sí... Que la nueva edición de este libro vuelva a revelar al pueblo alemán en qué ilusión estaban atrapados, hasta que el gran movimiento alemán la hizo trizas... y hasta qué punto estaba arraigada esta percepción entre los dirigentes del nacionalsocialismo desde el comienzo mismo del movimiento[196].

Rosenberg era un alma sencilla y de verdad se creía las patrañas que escribía. Josef Goebbels, que pasó a ser jefe de propaganda del partido en 1928, era mucho más cínico, y la propaganda que sacaba estaba integrada sobre todo de mentiras deliberadas. Un buen ejemplo fue la variante de los *Protocolos* que patrocinó en diciembre de 1929. Con el título de «Mercado de esclavos» apareció –en carteles y en las publicaciones del partido– la última decisión de los financieros internacionales judíos: como Alemania no podía pagar todas

las reparaciones de guerra, debía colmar el déficit con la exportación de jóvenes de ambos sexos. A éstos los seleccionarían especialmente los amos judíos de Alemania; naturalmente, los muchachos judíos estarían exentos. «Traducido del yidish al alemán, eso significa: exportación forzada de alemanes. De eso no puede caber duda». La fuente de aquel cuento que se citaba era el *Berliner Tageblatt,* periódico perfectamente respetable en el que no había aparecido ni una palabra de todo aquello[197].

Aquella historia estuvo presente en la campaña precedente a las elecciones de 1930 al Reichstag, que señalaron el comienzo del auge espectacular del Partido Nazi. De 1928 a 1933, el partido se elevó del noveno puesto en el Reichstag, con menos de un millón de votos y sólo 12 escaños, a un primer puesto destacado, con más de diecisiete millones de votos y 288 escaños. Cada fase de esa ascensión fue acompañada de más oleadas de propaganda antisemita. Sería fácil argumentar –y se ha hecho en varias ocasiones– que el éxito del partido se debió sobre todo a su antisemitismo, e incluso que todos los que votaban a los nazis debían ser unos antisemitas fanáticos. Y sin embargo...

Hitler jamás habría llegado al poder sin la depresión mundial, que en un determinado momento llevó el número de parados inscritos en toda Alemania a los seis millones, y sumió a casi toda la población –tanto las clases medias y el campesinado como los obreros industriales– en una miseria y una ansiedad crónicas. En aquel ambiente –tanto más desesperado cuanto que el país estaba empezando a recuperarse de las sacudidas previas de la derrota militar y una inflación devastadora–, Hitler podía desplegar toda la gama de su demagogia. Atacó a los aliados victoriosos, especialmente a los franceses, por esclavizar al pueblo alemán, y al régimen republicano alemán por no hacer frente a la crisis, y a los partidos de izquierda por dividir a la nación, y a los partidos de derecha por su ineficacia, y a los plutócratas y los monopolistas por explotar a todos los demás. De hecho, atacaba a todo el mundo, aunque sus ataques más feroces se reservaran para los judíos. Y, sobre todo, brindaba una imagen

de determinación férrea, de disposición a actuar y a hacerlo radicalmente, en una sociedad no acostumbrada a las incertidumbres que son inseparables de la democracia, y especialmente de una democracia nueva e inexperta. Todas estas cosas ayudaron a Hitler a llegar al poder; o, mejor dicho, le ayudaron a conseguir el 37,3% del voto total, que fue el máximo que obtuvo jamás en unas elecciones verdaderamente libres (las de julio de 1932). Y lo único en lo que parecen estar de acuerdo todos los testigos es que la Alemania en la que Hitler llegó al poder no era, de hecho, un país presa de un antisemitismo frenético, hipnotizado por el mito de la conspiración judía mundial y sediento de sangre judía. Es de reconocer que de la edición más popular de los *Protocolos* se habían vendido casi 100.000 ejemplares en una docena de años, pero de la novela más famosa, antibelicista e izquierdista, de Remarque, *Sin novedad en el frente,* editada en 1929, se habían vendido un cuarto de millón de ejemplares en un solo año, y eran muchas las otras novelas «progresistas» que también tenían grandes ventas.

Tampoco se puede dar por hecho que ni siquiera la totalidad del mismo Partido Nazi, con su número relativamente pequeño de miembros, que era de un millón aproximadamente, fuera fanáticamente antisemita. En 1934 Theodore Abel, un emprendedor sociólogo estadounidense, publicó anuncios en los que solicitaba biografías de miembros del partido en las que se indicaran los motivos por los que habían ingresado en él. Hubo 600 miembros que enviaron voluntariamente sus biografías. La asombrosa realidad es que el 60% de aquellos nazis no mencionaron el antisemitismo en absoluto. Algunos incluso se disociaron expresamente de ese aspecto de la política del partido:

> Se me aceleraba el pulso cuando oía hablar de la Patria, la unidad y la necesidad de un jefe supremo. Sentía que mi sitio estaba entre esta gente. Lo único que no podía tragar era lo que decían de los judíos. Me daban náuseas incluso después de haber ingresado en el partido.

Además, el análisis estadístico mostraba que mientras en

casi la mitad de las biografías procedentes de miembros de las clases medias, comprendidas las profesiones liberales, aparecían sentimientos antisemitas, esos sentimientos figuraban en menos del 30% de las procedentes de trabajadores industriales o agrícolas[198]. Si la verdadera dedicación a la causa antisemita era tan excepcional dentro del partido como sugiere esa encuesta, difícilmente puede haber estado generalizada entre la masa de la población que no ingresó en el partido.

Pero después de hacer todas estas matizaciones, sigue siendo cierto que muchísimos de los 17 millones que votaron a los nazis en 1933 deben haber estado dispuestos a exponer a sus ciudadanos judíos, por lo menos, a la pérdida de algunas libertades civiles. Y tampoco puede caber duda de que había muchos antisemitas fanáticos, por ejemplo en el movimiento estudiantil nacional (que los nazis ya se lo habían apropiado en 1931) y entre los 400.000 miembros de las SA (*Sturmabteilung,* Tropas de Asalto), varios cientos de miles de los cuales habrían manifestado su total acuerdo con el que contestó a las preguntas de Abel diciendo:

> La historia del mundo perdería todo sentido si el judaísmo, con su espíritu corrosivo, encarnación de todos los males, llegara a obtener la victoria sobre lo verdadero y lo bueno, que está abarcado en la idea de Adolfo Hitler. Creo que nuestro guía, Adolfo Hitler, ha sido un don del cielo a la nación alemana y es nuestro salvador, que trae la luz a las tinieblas[199].

Ése era el fruto de cincuenta años de propaganda culminados en catorce años de una propaganda intensiva, virulenta e incesante desde la guerra, destinada sobre todo a los jóvenes. Fueron frutos mortales, pues fue precisamente aquella mezcla de fanatismo de una minoría ante la indiferencia de la mayoría lo que hizo posible toda la evolución ulterior, desde las primeras restricciones hasta el exterminio final[200].

En febrero de 1933 Hitler era canciller, y el 1 de abril se inició la persecución de los judíos con un boicoteo obligatorio de 24 horas a todos sus comercios. Ya entonces se invocaron los *Protocolos* como justificación de aquella primera medida

antisemita, sobre todo por Julius Streicher en el *Völkischer Beobachter*. El «Plan de Basilea»[201] había estado a punto de cumplirse, pero «¡El sábado 1.º de abril, a las 10 de la mañana, el pueblo alemán inicia sus acciones defensivas contra los criminales mundiales judíos! ¡Nacionalsocialistas! ¡Atacad al enemigo del mundo!»[202]. El boicoteo fue un ensayo; como nadie protestó, el gobierno pasó a introducir su legislación antisemita. Los judíos quedaron excluidos enseguida de la administración pública y de las profesiones liberales, y en septiembre de 1935, las Leyes de Núremberg acabaron de expulsarlos de la comunidad de la nación alemana. En la campaña incesante de propaganda que acompañó a aquellas medidas, los *Protocolos* y la conspiración judía mundial desempeñaron un enorme papel. El *Völkischer Beobachter* los invocaba constantemente, mientras que *Der Stürmer,* el semanario de Streicher, alternaba variaciones sobre los *Protocolos* e historias siniestras de doncellas alemanas violadas por judíos y de niños alemanes víctimas de asesinatos rituales. Las actividades de *Der Stürmer* tenían especial importancia, pues aquella vil revista tenía una tirada de casi medio millón de ejemplares –una de las mayores de todas las publicaciones periódicas de Alemania– y se exhibía en tablones especiales de anuncios en todas las ciudades y los pueblos del país; lo más siniestro de todo era que se utilizaba en las escuelas.

Los mismos *Protocolos* gozaban de publicidad oficial. Una edición del partido contenía un llamamiento urgente a todos los ciudadanos:

> Todo alemán tiene el deber de estudiar la aterradora confesión de los Sabios de Sion y compararlos con la miseria sin límites de nuestro pueblo; y después extraer las conclusiones necesarias y hacer que este libro llegue a las manos de todos los alemanes... Los racistas alemanes debemos dar gracias a la Providencia por iluminar nuestro camino precisamente en el momento en que todo parecía perdido. Nos esperan difíciles combates. Lo primero es desintoxicar el alma del pueblo alemán y avivar su comprensión de la nobleza de la raza aria. ¡Con Dios, por la resurrección de Alemania![203].

Lo cierto es que los *Protocolos* se vendían muy bien y, al contrario que el otro texto sagrado del Tercer Reich, *Mein*

Kampf, no sólo se compraban, sino que se leían. Y también es seguro que muchos de los que los leían llegaban a creérselos fanáticamente[204]. Menos de dos años después de la llegada de Hitler al poder, los niveles intelectuales y morales de Alemania habían descendido a un punto en el que un ministro de Educación podía ordenar que los *Protocolos* fueran uno de los libros de texto básico de las escuelas.

Aquella evolución de las circunstancias no afectó sólo a los judíos. En la Rusia zarista se había utilizado el mito de la conspiración judía mundial como medio de desacreditar al movimiento revolucionario; en la República de Weimar los nazis los habían utilizado como medio de desacreditar al régimen democrático; ahora, en el Tercer Reich, se utilizaban como medio no sólo de desacreditar a los posibles adversarios de la dictadura, sino también de justificar todo el régimen de terror. En 1935 escribía Reynhard Heydrich, el principal lugarteniente de Himmler, que se había aplastado a todas las organizaciones de oposición, pero al mismo tiempo insistía en que la conspiración mundial judeo-masónica mantenía su objetivo de socavar, emponzoñar y destruir al pueblo alemán.

> Debemos aprender, en la historia de los últimos milenios, a reconocer al enemigo. Entonces veremos de golpe que hoy, por primera vez, estamos atacando al enemigo por las raíces mismas de su fuerza. ¿Es de extrañar que se defienda con tanta más fiereza?

Reconocía que aquella supuesta actividad de la gran conspiración era tan poco evidente que resultaba casi imposible detectarla:

> Cuando tras la toma del poder desapareció toda la oposición visible y empezó el combate espiritual, muchos de nuestros SS carecían de las armas para el combate, pues no reconocían el carácter omnipresente del enemigo.

Pero insistía:

> Los combatientes hemos de hacer frente a la situación: nos hacen falta años de duros combates para rechazar definitivamente al enemigo en todos los terrenos, para destruirlo y hacer que Alemania esté a salvo, en su sangre y en su espíritu, contra nuevas incursiones

del enemigo[205].

Lo que significaba esto en la práctica era que a cualquier persona a quien el régimen deseara perseguir y destruir, por el motivo que fuese, se la podía denunciar como agente de la perenne conspiración judía mundial. También significaba que negar la realidad de aquella conspiración mundial equivalía a autocalificarse de enemigo del régimen y exponerse a la persecución y la destrucción. Así fue como un mito antisemita, montado inicialmente por unos cuantos curas excéntricos como reacción a la Revolución francesa, se convirtió en el decenio de 1930 en un truco gracias al cual un gobierno despótico podía consolidar su dominio sobre una gran nación europea.

El mito de la conspiración judía mundial era también un medio por el cual el gobierno intentó hacer que su política exterior resultara aceptable al pueblo alemán. Aquella política tenía por objetivo la guerra, pero ése es un objetivo que ningún gobierno europeo moderno –ni siquiera el de Hitler– podía reconocer abiertamente. Por eso, a partir de 1933 se presentó la política exterior alemana ante todo como una defensa contra un cerco mortífero organizado por los judíos. En particular, se pintaba a la Unión Soviética tal como Hitler se la había imaginado siempre: como un país de infrahombres gobernado por judíos. Goebbels se distinguía periódicamente por sus estallidos a este respecto en las concentraciones anuales que organizaba el partido en Núremberg. En 1935 declaró que el bolchevismo era una conspiración satánica que no podía haberse concebido más que en el cerebro de un nómada, mientras que la Alemania nazi era un baluarte contra el cual se rompería la marea asiático-judía. Un año después anunció que el bolchevismo era un absurdo patológico y criminal inventado y organizado por los judíos con el fin de destruir a las naciones europeas y establecer la dominación del mundo sobre sus ruinas[206]. También Streicher tenía algunas cosas elocuentes que decir. Cuando en 1935 por fin se admitió a la Unión Soviética en la Sociedad de Naciones, argumentó que los gobiernos de las democracias que habían apoyado esa medida debían estar formados por los famosos 300 hombres mencionados por Rathenau, y «esos 300 hombres son

miembros de la raza judía y conspiradores de la masonería»[207].

Entre tanto, varios investigadores diligentes publicaban obras con títulos como el de *Los judíos que tiene Stalin detrás,* a fin de demostrar que en la Unión Soviética todas las personas de alguna importancia eran judías. Como, en realidad, casi todos los judíos que se habían destacado en el Partido Comunista de la Unión Soviética estaban justo entonces siendo liquidados por Stalin, no se trataba de una tarea fácil, pero de todos modos se realizó mediante el simple mecanismo de asignar orígenes judíos a toda persona que tuviera un apellido letón, armenio o tártaro, y a muchos rusos sin más. También es cierto que poco después se aplicó el mismo procedimiento a países distintos de la Unión Soviética. Pronto, todo político de cualquier país que tratase de frustrar los planes de Hitler –y para empezar Roosevelt– quedó calificado de judío, judío a medias, o, al menos, casado con una judía. El Ministerio de Propaganda de Goebbels difundió enormes cantidades de informaciones propagandísticas en ese sentido –aunque él se las creía en muy escasa medida–, al igual que varias oficinas del partido a cargo de Rosenberg, que sí creía bastante en ella. En 1939-1940 hubo que proceder a extrañas contorsiones para ajustarse a las necesidades del pacto germano-soviético de no agresión; incluso se llegó a descubrir que la Unión Soviética no estaba gobernada por judíos en absoluto, y que toda aquella idea había sido un engaño del que la Gran Bretaña judaizada había hecho víctima a unos alemanes inocentes. Pero aquello era demasiado incluso para alguien tan ingenioso como Goebbels, y debe haber sido un alivio que en 1941 la identificación entre judíos y comunistas resultara acertada después de todo.

No obstante, contra cualesquiera otros objetivos que se dirigiera aquella propaganda, y para cualesquiera otros objetivos a los que destinara, el blanco principal eran siempre los propios judíos, y su principal propósito era presentar a esos seres humanos como seres demoníacos. Al final de ese camino está el asesinato, y ya antes de la guerra quienes manejaban los *Protocolos* iban sugiriendo una posibilidad que empezaba a tomar forma en sus imaginaciones. Para fines de 1936, *Der*

Stürmer esperaba deseoso que se produjera una operación mundial de limpieza:

> La movilización de la voluntad del pueblo alemán de destruir el bacilo alojado en su cuerpo es una declaración de guerra a todos los judíos del mundo... Su resultado final decidirá el problema de si el mundo se verá redimido por las virtudes alemanas o destruido por la ponzoña judía... Creemos en la victoria final del pueblo alemán y por ende en la liberación de toda la humanidad no judía. Quienes venzan al judío mundial salvarán a la Tierra del Diablo[208].

En la concentración del partido celebrada en Núremberg en 1937, Goebbels se sobrepasó a sí mismo:

> Europa debe ver el peligro y reconocerlo... Señalaremos sin miedo al judío como inspirador e iniciador, como el que se lucra con esas espantosas catástrofes... Mirad, ahí está el enemigo del mundo, el destructor de civilizaciones, el parásito entre los pueblos, el hijo del Caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio que causa la degeneración de la humanidad[209].

En octubre de 1938 ya se podía ser más exacto, y *Der Stürmer* podía decir de los judíos: «No se pueden tolerar las bacterias, los bichos y las plagas. Por razones de limpieza y de higiene, hay que hacerlos inocuos *matándolos a todos*»[210].

Todo eso podría no haber sido más que oratoria de no haber sido por la guerra, la cual hizo que la mayoría de los judíos de Europa cayeran en poder de Hitler, que disponía de espacios inmensos y remotos en los que llevar a cabo las operaciones de exterminio[211]. Como ya hemos visto, Hitler había definido su guerra como una guerra en la que estaba empeñado el «judaísmo mundial» contra la Alemania nacionalsocialista, y una vez iniciadas las operaciones de exterminio, aquel tema se hizo constante en la propaganda interna alemana. No es que la propaganda hablara alguna vez sin ambigüedades de las ejecuciones y de los masivos asesinatos con gas (eso estaba estrictamente prohibido), pero sugería constantemente que a los judíos se les estaba haciendo pagar por la guerra con sus vidas. Fue una maniobra curiosa, como si los dirigentes nazis estuvieran tratando de implicar en su culpabilidad a todo el pueblo de Alemania, pero sin reconocer nunca esa culpabilidad

abiertamente.

Muy poco después de que las fuerzas alemanas invadieran Rusia, se publicó un folleto patrocinado por Goebbels con el título de *Los soldados alemanes ven la Unión Soviética.*

> La cuestión judía –decía– se está resolviendo con una perfección imponente... Como ha dicho el Führer...: «¡Si el judaísmo logra incitar a las naciones europeas a una guerra insensata, eso supondrá el fin de esa raza en Europa!». El judío debería haber sabido que el Führer está acostumbrado a que sus palabras se tomen en serio, y ahora debe atenerse a las consecuencias. Éstas son inexorablemente duras, pero necesarias si aspiramos a que al final reinen entre las naciones la tranquilidad y la paz[212].

En noviembre de 1941 el propio Goebbels había dejado constancia de que él justificaba públicamente la matanza de los judíos:

> En este combate histórico –declaró– cada judío es nuestro enemigo... Todos los judíos, por su nacimiento y por su raza, pertenecen a una conspiración internacional contra la Alemania nacionalsocialista... Cada soldado alemán que cae en esta guerra entra en la cuenta deudora de los judíos. Ha caído sobre su conciencia, y en consecuencia, habrán de pagarlo[213].

En un discurso pronunciado en Karlsruhe en mayo de 1942, el jefe del Frente Obrero Alemán, Robert Ley, fue todavía más lejos: «No basta con aislar al enemigo judío de la humanidad: hay que exterminar al judío»[214]. Aquel mismo mes, la revista del partido *Volk und Rasse* anunciaba: «La comprensión correcta del judío debe exigir su total extinción[215].

En 1943 se estaba resucitando incluso el mito ya anticuado del asesinato ritual judío. En el decenio de 1930 ese tema se había reservado prácticamente a Streicher y *Der Stürmer;* pero ahora había gente con doctorados universitarios que empezaban a escribir tomos solemnes para demostrar que los asesinatos rituales representaban en miniatura lo que demostraba a gran escala la guerra: el plan judío de matanza de todos los cristianos. Himmler se quedó tan encantado con uno de aquellos libros que hizo distribuir ejemplares a todos los altos mandos de las SS, y envió centenares más para que se

distribuyeran entre las escuadras de exterminio en Rusia. Y tuvo otra idea brillante:

> Deberíamos emplear inmediatamente investigadores en Inglaterra[216] para seguir y comprobar los artículos sobre juicios y anuncios de la policía relativos a niños desaparecidos, de forma que podamos incluir anuncios breves en nuestras emisiones para señalar cuándo un niño ha desaparecido en tal o cual sitio, y decir que probablemente es resultado de un asesinato ritual judío... Creo que podríamos infundir al antisemitismo una virulencia increíble mediante propaganda antisemita en inglés, quizá incluso en ruso, con especial publicidad de los asesinatos rituales[217].

Hitler, Himmler y Goebbels compartían la ilusión de que se podría minar la moral británica y la estadounidense mediante la propaganda acerca de la conspiración judía mundial. Es cierto que aquella propaganda tuvo algún efecto en Francia, e incluso en Gran Bretaña en el invierno de 1939 a 1940, cuando se habló mucho y vagamente acerca de la «guerra de los judíos», pero después lo tuvo cada vez menos, y fue un error fantástico lo que llevó a Goebbels en 1943 a consagrar del 70 al 80% de todas las emisiones al exterior a temas antisemitas[218]. Los dirigentes nazis, sin embargo, estaban tan firmemente imbuidos de su idea que verdaderamente preveían el surgimiento en Gran Bretaña y en Estados Unidos de grandes movimientos antisemitas que derrocarían a los gobiernos democráticos, harían la paz con Alemania y se sumarían a la tarea de exterminar a los judíos. Una percepción de su estado de ánimo es la que nos da Johann von Leers[219], a quien Rosenberg había impuesto como catedrático en la Universidad de Jena, y que se había especializado en los *Protocolos,* el *Discurso del Rabino* y los cuentos sobre asesinatos rituales. Véase lo que decía en el prefacio a su libro *Die Verbrechnatur der Juden* (La naturaleza criminal de los judíos), publicado en 1942:

> Si se puede demostrar la naturaleza hereditariamente criminal del judaísmo, entonces no sólo está cada pueblo justificado moralmente en el exterminio de los criminales hereditarios, sino que todo pueblo que siga teniendo y protegiendo a judíos es exactamente tan culpable de un delito contra la seguridad pública como quien cultiva

gérmenes del cólera sin observar las precauciones adecuadas.

Para entonces, la marcha de la guerra se iba volviendo contra Alemania, de forma que se invocó la conspiración judía mundial para reforzar la voluntad alemana de seguir combatiendo. En febrero de 1943, el *Deutscher Wochendienst* («Servicio Semanal Alemán»), formado por instrucciones confidenciales enviadas por Goebbels a los escritores y oradores políticos, hacía la siguiente recomendación:

> Destaquemos que si perdemos la guerra no es que caigamos en manos de otros estados, sino que todos quedaremos aniquilados por el judaísmo mundial. El judaísmo está firmemente decidido a exterminar a todos los alemanes. El derecho internacional y las costumbres internacionales no constituirán protección alguna contra la voluntad judía de aniquilación total[220].

Claro que aquélla era una propaganda cínica y calculada, pero también era otra cosa: una descripción apenas disimulada de lo que en aquellos momentos les estaban haciendo los alemanes a los judíos, pues, a medida que iban disminuyendo las posibilidades alemanas de ganar la guerra, la campaña de exterminio de los judíos fue aumentando en furia y desesperación, como si los dirigentes nazis estuvieran decididos a que al menos esa victoria, la más indispensable de todas, no se les fuera de las manos. A principios de 1943 se construyeron en Auschwitz nuevas cámaras de gas y se inauguraron solemnemente los nuevos crematorios en presencia de visitantes distinguidos llegados de Berlín. En 1943 y 1944 se aceleró el proceso de exterminio hasta que, en el verano de 1944, sólo en Auschwitz se gaseaba e incineraba a 12.000, 15.000 y hasta 22.000 judíos al día.

En el otoño de 1944 estaba llegando a su conclusión el Holocausto, pero la campaña acerca de la conspiración judía mundial seguía sin amainar. En septiembre, el *Deutscher Wochendienst* insistía en que los oradores y los escritores debían presentar al judaísmo como el único enemigo verdadero y único instigador y prolongador de la guerra. La propaganda distribuida a las tropas en el frente oriental hablaba con toda claridad del exterminio –del que en todo caso

tenían abundante información– y lo justificaba como medida puramente defensiva. Lo que sigue, por ejemplo, procede de una publicación de las fuerzas armadas, patrocinada por los más altos mandos militares:

> Todavía hay algunas personas de nuestro pueblo que se sienten un tanto inseguras de sí mismas cuando hablamos del exterminio de los judíos en nuestro espacio vital. Han sido necesarias la fuerza de carácter y la energía del hombre más grande que ha producido nuestro pueblo en mil años para arrancar de nuestros ojos el engaño judío. *La plutocracia judía y el comunismo judío se han juramentado para perseguir al pueblo alemán que ha escapado a la esclavitud.* ¿Quién puede hablar en este combate de piedad o de caridad cristiana, etc.? *Hay que destruir al judío dondequiera que lo encontremos*[221].

En octubre de 1944 se habían matado entre cinco y seis millones de judíos, y Alemania estaba a punto de verse invadida por el este y el oeste. Himmler, en previsión de que los rusos entraran pronto en Auschwitz, y quizá con la esperanza de congraciarse con los aliados occidentales, ordenó acabar con los exterminios sistemáticos (aunque todavía morirían decenas de millares de hambre y agotamiento). Cabría haber esperado que en aquel punto cesara por fin la charla acerca de los *Protocolos* y de la conspiración judía mundial, pero no fue así.

> Los judíos –escribía Goebbels en enero de 1945– son la encarnación de ese impulso destructivo que en estos años terribles arde en la guerra de los enemigos contra todo lo que consideramos noble, bello y merecedor de conservarse... ¿Quién impulsa a los rusos, a los ingleses y a los estadounidenses al fuego y ofrece hecatombes de vidas de otra gente en un combate sin perspectiva contra el pueblo alemán? ¡Los judíos!... Al final de esta guerra los judíos van a pasar por su Cannas. No es Europa quien va a perecer, sino ellos...[222].

En medio de esta última agonía del Tercer Reich, en un Berlín reducido a un montón de cascotes y a punto de ser invadido, el Ministerio de Propaganda volvió al primero de aquellos millones de asesinatos. El 29 de diciembre de 1944, y con miras a la prensa alemana, repitió la mentira que había engañado a los asesinos de Rathenau hacía una generación:

> La cuestión central de esta guerra es la ruptura de la dominación del mundo por los judíos. Si fuera posible dar jaque mate a los 300 reyes judíos secretos que dominan el mundo, los pueblos de la Tierra hallarían la paz al fin[223].

Era un reconocimiento de la derrota, estrictamente comparable a esa derrota final que es el destino del paranoico. Tras la mayor y más cruel, sin comparación posible, de las matanzas de la historia, los dirigentes nazis no se sentían ni un paso más cerca de su meta.

Quedaba al principal administrador de todo el exterminio, Adolfo Eichmann, sugerir una explicación de tan singular fracaso. En su juicio, celebrado en Jerusalén en 1961, Eichmann mantuvo que el propio Hitler no había sido más que un peón y una marioneta en manos de «las altas finanzas internacionales y satánicas del mundo occidental», lo cual significaba, claro está, los misteriosos, indescubribles y omnipotentes Sabios de Sión[224].

2

Al final, ¿qué logró toda aquella propaganda? Es una pregunta que no tiene respuesta fácil. La imagen que a Hitler y Goebbels les agradaba presentar al mundo era la de una nación sólidamente unida en una determinación apasionada para derrotar la conspiración judía mundial. Ante el hecho casi increíble del asesinato de cinco o seis millones de judíos, muchas personas fuera de Alemania consideraron fácil, al final de la guerra, aceptar esa imagen como si fuera exacta. Pero ¿hasta qué punto era correcta?

La imagen que se desprende de observaciones directas hechas en Alemania bajo el régimen nazi es más compleja. Es perfectamente cierto que gran parte de la población alemana estaba infectada de antisemitismo, y en una forma que iba mucho más allá del prejuicio, más bien vago, existente en las democracias occidentales. El antisemita alemán típico quería que a los judíos alemanes se los excluyera de los cargos públicos, se los sometiera a inhabilitaciones en cuanto a educación y carrera, se los llevara a una posición de minoría

desposeída. Pero ahí se detenían sus aspiraciones. Por injustas e incivilizadas que fueran, sin embargo eran muy diferentes de las aspiraciones de Hitler y sus camaradas.

En los dos primeros años del régimen nazi, todas aquellas aspiraciones se vieron cumplidas y más que cumplidas. Los judíos desaparecieron de todos los puestos destacados e influyentes, cesaron prácticamente todos los contactos entre los judíos y los no judíos y se inició la emigración en masa de los primeros. Y entonces se planteó la cuestión de «y ahora, ¿qué?». Era concebible que el antisemitismo limitado de la mayoría expirase porque ya no tenía un blanco real. También era concebible que se exacerbara a un nivel superior de intensidad, y se transformara en un fanatismo asesino. Con la explotación del mito de la conspiración judía mundial, la dirección nazi esperaba abortar la primera de esas posibilidades y lograr la segunda. ¿Hasta qué punto tuvo éxito?

Un observador muy agudo y experimentado, Michael Müller-Claudius, que llevaba muchos años estudiando la evolución del antisemitismo, realizó investigaciones en 1938 y 1942. Tras el pogromo organizado oficialmente el 9 y el 10 de noviembre de 1938, cuando escuadras de jóvenes nazis destruyeron y saquearon sinagogas, comercios y casas de judíos por toda Alemania, y mataron a docenas de ellos, Müller-Claudius celebró conversaciones sin carácter oficial con 41 miembros del partido de todos los estratos sociales. Al comentario casual de: «Bueno, ¿estamos empezando por fin a materializar el programa contra los judíos?», obtuvo las siguientes reacciones: 26 personas, o sea, el 62% del total, expresaron una franca indignación con los excesos; otras 13 personas, o sea, un 32%, respondieron de forma neutra; dos personas (un estudiante y un empleado de banco) lo aprobaron, y lo hicieron por creer en la conspiración judía mundial. A juicio de este 5%, la violencia contra los judíos estaba justificada porque «hay que responder al terror con el terror»[225].

Cuatro años después, Müller-Claudius realizó una nueva investigación. Fue en el otoño de 1942, cuando a los judíos alemanes que quedaban se los estaba deportando con destino

desconocido hacia el este, en apariencia a realizar trabajos como contribución al esfuerzo de guerra. Aquella vez envió una serie de preguntas astutamente ideadas a 61 miembros del partido, una vez más elegidos entre todos los estratos sociales. El resultado fue diferente en varios respectos. Sólo 16 de las personas, o sea, el 26%, manifestaron signos de preocupación por los judíos, mientras que la proporción de los indiferentes había ascendido al 69% (42 personas). En cambio, la proporción de fanáticos seguía sin variar: tres personas, o sea, el 5% del total. Y a ojos de ese grupo, igual que antes, la conspiración judía mundial era algo evidente, y el exterminio de los judíos era una necesidad absoluta: «Es evidente que la destrucción de los judíos es uno de los objetivos de la guerra. Sin él, la victoria final no sería segura». «El judaísmo internacional provocó la guerra... Tras la victoria final, la raza judía debe dejar de existir» «(El Führer) tiene el deber para con la humanidad de liberarla de los judíos... El Führer ordenará cómo hay que exterminarlos»[226].

Estas aportaciones de Müller-Claudius, que se han visto básicamente confirmadas por otros observadores atentos, permiten calcular con una cierta objetividad lo que lograron Hitler y Goebbels y lo que no lograron[227]. Por una parte, la masa de la población alemana nunca se fanatizó verdaderamente en contra de los judíos, nunca estuvo obsesionada con el mito de la conspiración judía mundial y no podía concebir la guerra verdaderamente como un combate apocalíptico contra el «Judío Eterno»; pero, por otra parte, se fue disociando de los judíos de forma cada vez más completa a medida que iban pasando los años. En 1942, la mayoría de la gente sospechaba, al menos, que a los judíos les estaban pasando cosas horribles, y un número considerable debía saber, por razones profesionales, lo que les estaba ocurriendo, y a muy pocos les importaba algo. El contraste entre 1938 y 1942 revela hasta qué punto toda la población estaba condicionada, no tanto en el sentido de un odio positivo, sino en el de una total indiferencia.

Claro que se debe dejar un margen para la tradicional sumisión alemana a la autoridad, para las tensiones y las

fatigas de la guerra, para el terror cada vez más implacable que se ejercía contra la misma población. Pero el hecho es que cuando se comprendió que se estaba matando a los recluidos en asilos para lunáticos se expresaron vigorosas protestas, y con un efecto considerable, mientras que en pro de los judíos apenas se elevó alguna voz. El motivo parece bastante claro. A todo el que hablara en pro de los judíos se lo clasificaba inmediatamente como miembro de su conspiración, a quien no le correspondía más que compartir su destino, y eran muy pocos los dispuestos a exponerse a sí mismos y a sus familias a tales peligros. En esas circunstancias resulta muy tentador encubrir la propia timidez mediante la identificación, al menos parcialmente, con la actitud oficial. No hacía falta hablar de los Sabios de Sion; bastaba con estar de acuerdo en que los judíos tenían algo de siniestro, y en todo caso no merecían que nadie se preocupase de ellos. Y la dirección nazi logró, por lo menos, imbuir esa actitud en la inmensa mayoría de la población.

A juicio de casi todos los alemanes, los judíos dejaron en absoluto de estar considerados como compatriotas y desaparecieron las últimas huellas de solidaridad; en cuanto a los judíos de los países ocupados por Alemania, apenas alguien les dedicó un pensamiento. Se generalizó un estado de ánimo de sumisión pasiva. Y entre tanto, los fanáticos, aunque no se hicieron más numerosos que antes, adquirieron una importancia nueva. Esparcidas entre la población civil y las fuerzas armadas había personas –indudablemente centenares de miles, quizá incluso un par de millones– que aceptaban el mito de la conspiración con todas sus implicaciones asesinas, y que estaban dispuestas a denunciar a quien lo pusiera en duda al SD (Servicio de Seguridad). Se trataba de un estado de cosas que, pese a no llegar ni de lejos al ideal de Hitler, permitía a éste seguir adelante sin problemas con el exterminio de los judíos europeos[228].

En gran medida, se puede decir lo mismo de la organización que se encargó en la práctica de planear y realizar el exterminio. También en este caso sólo una minoría eran verdaderos fanáticos. En los niveles más altos había muchos

oportunistas criminales para quienes todo aquel asunto no era más que una posibilidad de extorsión, saqueo y ascenso profesional. También entre los guardias de los campos había muchos oportunistas, que sencillamente preferían una vida cómoda ante los peligros y las dificultades del frente, y había igualmente algunos verdaderos sádicos, sedientos de oportunidades de dar palizas y torturar. Y a todos los niveles abundaban los meros conformistas: gente que se limitaba a seguir la línea del menor esfuerzo, que sencillamente iba donde se le mandaba y hacía lo que se le decía de modo automático. Sin embargo, es cierto que toda aquella gente necesitaba un pretexto para sus actividades, alguna excusa que les permitiera matar y seguir matando con la conciencia tranquila. Y a todos los niveles de la SD y de las SS había fanáticos ansiosos de ofrecer precisamente esa justificación, en forma del mito de la conspiración judía mundial.

Así fue como ese antiguo mito, reinterpretado por Hitler, se convirtió en parte de la ideología del cuerpo de asesinos profesionales más implacable y eficaz de toda la historia de la humanidad. El psicoanalista Bruno Bettelheim concluyó que los guardias de las SS de Dachau y Buchenwald creían absolutamente en la conspiración judía mundial[229]. Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, consideró en su momento que el exterminio de los judíos era algo necesario, «de forma que Alemania y nuestra posteridad se viesen liberadas de una vez para siempre de sus implacables adversarios»; y si más adelante consideró que el exterminio era algo equivocado después de todo, fue únicamente porque al desacreditar a Alemania, «acercaba mucho más a los judíos a su objetivo final de la dominación del mundo»[230]. Para muchos miembros de las SS, el mito de la conspiración era mucho más que una ideología o una visión del mundo; era algo que tomaba posesión de sus psiques, de modo que, por ejemplo, eran capaces de quemar vivos a niños sin ninguna sensación consciente de compasión ni de culpabilidad[231].

Los jefes de aquellos hombres no esperaban menos de ellos. En octubre de 1943, en Posen, Himmler dijo a un grupo de altos mandos de las SS:

> Teníamos un deber moral con nuestro pueblo, el deber de exterminar a ese pueblo que quería exterminarnos a nosotros... La mayoría de ustedes sabe lo que es ver un montón de 100 cadáveres, de 500 o de 1.000. Pasar por esa experiencia y sin embargo, con unas pocas excepciones, haber seguido siendo personas decentes, eso es lo que nos ha endurecido. Es una página gloriosa de nuestra historia, que nunca se ha escrito y jamás se escribirá...[232].

Había otros todavía menos reticentes. En agosto de 1942, Hitler y Himmler visitaron la ciudad polaca de Lublin para tratar de métodos de exterminio con el austríaco Odilo Globocnik, jefe local de las SS y de la SD. Cuando un miembro del séquito de Hitler preguntó si no debía quemarse a los judíos muertos, en lugar de enterrarlos, «dado que quizá una generación futura tenga ideas distintas acerca de estos asuntos», el general Globocnik replicó:

> Pero, señores, si después de nosotros surge una generación tan cobarde y putrefacta que no comprende nuestra labor, que es tan buena y tan necesaria, entonces, señores, todo el nacionalsocialismo no habrá servido de nada. Por el contrario, deberían ponerse placas de bronce con la inscripción de que fuimos nosotros, nosotros, los que tuvimos el valor de realizar esta gigantesca tarea.

Hitler manifestó su acuerdo: «Sí, mi buen Globocnik, tú lo has dicho, eso es lo que opino yo también»[233]. Un día, el Dr. Pfannenstiel, de las SS (que era al mismo tiempo profesor de higiene en la Universidad de Marburgo), visitó el campo de exterminio de Treblinka. Las SS del campo dieron un banquete en su honor, y en su discurso de gracias el médico dijo:

> Vuestra tarea es un gran deber, un deber útil y necesario... Cuando se contemplan los cadáveres de los judíos se comprende la grandeza de vuestra buena labor[234].

Son palabras extraordinarias e indican un fenómeno extraordinario. A mediados del siglo XX, en el corazón de la civilizada Europa, había aparecido un grupo numeroso de hombres en los cuales no residía ni huella de lo que tradicionalmente se venía conociendo como conciencia y humanidad. Aquellos técnicos del genocidio iban

tranquilamente a lo suyo, e incluso hoy día los que comparecen ante los tribunales alemanes no parecen estar arrepentidos en absoluto. No cabe duda de que fueron muchos los factores –temperamento innato, experiencias en la infancia y formación ulterior– que se combinaron para producir aquel resultado. Pero también es cierto que para hacer lo que hicieron, aquellos hombres necesitaban una ideología, y que eso fue lo que les dieron los *Protocolos* y el mito de la conspiración judía mundial.

---

195. A. Rosenberg, *Die Protokolle der Weisen von Zion und die Jüdische Weltpolitik,* Múnich, 1923, pág. 147.

196. Prefacio a la edición de 1933 de los *Protokolle* de Rosenberg.

197. *C. V. Zeitung,* Vol. VIII (1929), pág. 561, y Vol. IX (1930), pág. 15.

198. T. Abel, *Why Hitler Came into Power,* Nueva York, 1938, pág. 164.

199. *Ibid.,* pág. 243.

200. Las conclusiones de W. S. Allen en *The Nazi Seizure of Power: the experience of a single German town, 1930-1935*, Chicago, 1965, págs. 77-78, sugieren que las divergencias entre los nazis fanáticos y la mayor parte de la población eran aún mayores de lo que aquí se indica. Mientras que para los fanáticos el antisemitismo era un asunto trascendental, la mayor parte de la gente consideraba la propaganda antisemita como mera palabrería, que no tenía nada que ver con los judíos a los que conocían personalmente, y que en todo caso no llevaría a una persecución en serio. El estudio de Allen se refiere a una sola ciudad de mediano tamaño (Hannover), y sus conclusiones no son necesariamente válidas para todo el país. Pero hay algo que parece indudable: el antisemitismo desempeñó un papel limitado en la llegada de Hitler al poder; la indiferencia sí que desempeñó un papel importante para facilitar la persecución ulterior. Véanse págs. 266-267.

201. «Plan de Basilea» porque se decía que los *Protocolos* tenían su origen en el primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea.

202. Artículo de Streicher publicado en el *Völkische Beobachter,* 31 de marzo de 1933.

203. *Die Geheimnisse der Weisen pon Zion,* Parteiverlag, Múnich, 1933, págs. 3 y 21.

204. Bauer, «Antinazistische Prozesse und politisches Bewusstsein», en

Antisemitismus: zur Pathologie der bürgerlichen Gesellschaft, comp. por H. Huss y A. Schröder, Fráncfort, 1965, pág. 177.

205. Citado en H. Buchheim, *Die SS – Das Herrschaftsinstrument. Befehl und Gehorsam* (Vol. I de *Anatomie des SS-Staates),* Olten y Friburgo en Bresgau, 1965, págs. 114-115.

206. Acerca de la propaganda antisemita de Goebbels en 1935-1938, véase E. K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda 1925-1945,* Michigan State U. P., 1965, y Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda.* Londres, 1964.

207. J. Streicher, «Der Feind des Völkerfriedens», en *Der Judenkenner,* N.° 5 (marzo de 1935), pág. 94.

208. Citado en L. W. Bondy, *Racketeers of Hatred. Julius Streicher and the Jew-baiters' International,* Londres, 1946, págs. 36-37.

209. Texto en *Der Parteitag des Arbeit* (es decir, trabajos del congreso de 1937), Zentralverlag der NSDAP, Múnich, 1938, pág. 157.

210. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 61.

211. Ya antes de la guerra habían muerto centenares de judíos en los campos de concentración, pero el número de presos políticos muertos era mucho mayor. Fue la guerra lo que permitió la posibilidad de destruir a la población judía de Europa.

212. Citado en M. Weinreich, *Hitler's Professors,* Nueva York, 1946, pág. 141.

213. Citado en Weinreich, *op. cit.,* págs. 144-145.

214. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 157.

215. Citado en Weinreich, *op. cit.,* pág. 185.

216. *[sic]* ¡Innovador empleo de los espías en tiempo de guerra!

217. Texto en L. Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* Berlín-Grunewald, 1955, pág. 360.

218. *The Goebbels Diaries,* comp. por Louis P. Lochner, Londres, 1948, pág. 287.

219. Después de la guerra, Von Leers huyó, se hizo musulmán y, con el nombre de Omar Amin, trabajó como asesor del presidente Nasser en asuntos de propaganda. Murió en 1965.

220. Citado en R. Hilberg, *The Destruction of the European Jews,* Chicago,

1961, pág. 655.

221. Texto en Weinreich, *op. cit.,* pág. 212.

222. Citado en *Ibid.,* pág. 203.

223. *Politischer Dienst* (Arbeitsmaterial für Presse und Publizistik), n.° 370 (distribuido por Abteilung Deutsche Presse der Presseabteilung der Reichsregierung).

224. L. Poliakov, *Le Procès de Jérusalem,* París, 1963, págs. 284-285.

225. M. Müller-Claudius, *Der Antisemitismus und das deutsche Verhängnis,* Fráncfort, 1948, págs. 162-166.

226. *Ibid.,* págs. 166-172. Todo el libro es un estudio valiosísimo del antisemitismo en Alemania desde el decenio de 1920 hasta el final del Tercer Reich, y merecería ser más conocido de lo que es.

227. Un examen experto de 1.000 prisioneros de guerra alemanes en el período 1942-1944 reveló que el 24% eran más o menos críticos del régimen; el 65% tenía el tipo de actitud que sugiere que, si se les hubiera preguntado por los judíos, habrían reaccionado con indiferencia, y el 11% eran nazis fanáticos. Esta proporción bastante elevada de fanáticos no es sorprendente, ya que la muestra de Müller-Claudius estaba formada exclusivamente por personas con la suficiente edad como para haber pertenecido al partido en 1933 como muy tarde, mientras que la mayor parte de los prisioneros de guerra habían pasado la adolescencia bajo el régimen nazi. Véase Henry V. Dicks, «Personality Traits and National Socialist Ideology», en *Human Relations,* vol. III, n.° 2 (junio de 1950), págs. 111-154, Londres y Ann Arbor.

228. Para un profundo estudio socio-psicológico de la población alemana bajo el régimen nazi: Wanda von Baeyer-Katte, *Das Zerstörende in der Politik,* Heidelberg, 1958.

229. B. Bettelheim, *The Informed Heart,* Londres, 1961, pág. 226.

230. R. Höss, *Commandant of Auschwitz,* Londres, 1959, págs. 153 y 178.

231. Cf. Elie A. Cohen, *Human Behavior in the Concentration Camp,* trad. al inglés de M. H. Braaksma, Nueva York, 1953, págs. 273 y siguientes.

232. Texto en L Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* pág. 215.

233. *Trials of War Criminals before the Nürnberg Military Tribunal under Control Council Law N.° 10,* U. S. Government Printing Office, Washington, Vol. I, págs. 866 y ss. (declaración de Kurt Gerstein).

234. *Ibid.,* pág. 870.

231
202
210
201
214
227
203
213
195
226

. Un examen experto de 1.000 prisioneros de guerra alemanes en el período 1942-1944 reveló que el 24% eran más o menos críticos del régimen; el 65% tenía el tipo de actitud que sugiere que, si se les hubiera preguntado por los judíos, habrían reaccionado con indiferencia, y el 11% eran nazis fanáticos. Esta proporción bastante elevada de fanáticos no es sorprendente, ya que la muestra de Müller-Claudius estaba formada exclusivamente por personas con la suficiente edad como para haber pertenecido al partido en 1933 como muy tarde, mientras que la mayor parte de los prisioneros de guerra habían pasado la adolescencia bajo el régimen nazi. Véase Henry V. Dicks, «Personality Traits and National Socialist Ideology», en *Human Relations,* vol. III, n.° 2 (junio de 1950), págs. 111-154, Londres y Ann Arbor.

. Para un profundo estudio socio-psicológico de la población alemana bajo el régimen nazi: Wanda von Baeyer-Katte, *Das Zerstörende in der Politik,* Heidelberg, 1958.

. *Politischer Dienst* (Arbeitsmaterial für Presse und Publizistik), n.° 370 (distribuido por Abteilung Deutsche Presse der Presseabteilung der Reichsregierung).

. L. Poliakov, *Le Procès de Jérusalem,* París, 1963, págs. 284-285.

. M. Müller-Claudius, *Der Antisemitismus und das deutsche Verhängnis,* Fráncfort, 1948, págs. 162-166.

. *Ibid.,* págs. 166-172. Todo el libro es un estudio valiosísimo del antisemitismo en Alemania desde el decenio de 1920 hasta el final del Tercer Reich, y merecería ser más conocido de lo que es.

. Después de la guerra, Von Leers huyó, se hizo musulmán y, con el nombre de Omar Amin, trabajó como asesor del presidente Nasser en

asuntos de propaganda. Murió en 1965.

. Citado en R. Hilberg, *The Destruction of the European Jews,* Chicago, 1961, pág. 655.
223

. Texto en Weinreich, *op. cit.,* pág. 212.

. Citado en *Ibid.,* pág. 203.
230
198
221
200
206

. Citado en H. Buchheim, *Die SS – Das Herrschaftsinstrument. Befehl und Gehorsam* (Vol. I de *Anatomie des SS-Staates),* Olten y Friburgo en Bresgau, 1965, págs. 114-115.

. Acerca de la propaganda antisemita de Goebbels en 1935-1938, véase E. K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda 1925-1945,* Michigan State U. P., 1965, y Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda.* Londres, 1964.

. J. Streicher, «Der Feind des Völkerfriedens», en *Der Judenkenner,* N.° 5 (marzo de 1935), pág. 94.

. Citado en L. W. Bondy, *Racketeers of Hatred. Julius Streicher and the Jew-baiters' International,* Londres, 1946, págs. 36-37.

. «Plan de Basilea» porque se decía que los *Protocolos* tenían su origen en el primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea.

. Artículo de Streicher publicado en el *Völkische Beobachter,* 31 de marzo de 1933.

. *Die Geheimnisse der Weisen pon Zion,* Parteiverlag, Múnich, 1933, págs. 3 y 21.

. Bauer, «Antinazistische Prozesse und politisches Bewusstsein», en *Antisemitismus: zur Pathologie der bürgerlichen Gesellschaft,* comp. por H. Huss y A. Schröder, Fráncfort, 1965, pág. 177.

. *Ibid.,* pág. 243.

. Las conclusiones de W. S. Allen en *The Nazi Seizure of Power: the experience of a single German town, 1930-1935*, Chicago, 1965, págs. 77-78, sugieren que las divergencias entre los nazis fanáticos y la mayor parte de

la población eran aún mayores de lo que aquí se indica. Mientras que para los fanáticos el antisemitismo era un asunto trascendental, la mayor parte de la gente consideraba la propaganda antisemita como mera palabrería, que no tenía nada que ver con los judíos a los que conocían personalmente, y que en todo caso no llevaría a una persecución en serio. El estudio de Allen se refiere a una sola ciudad de mediano tamaño (Hannover), y sus conclusiones no son necesariamente válidas para todo el país. Pero hay algo que parece indudable: el antisemitismo desempeñó un papel limitado en la llegada de Hitler al poder; la indiferencia sí que desempeñó un papel importante para facilitar la persecución ulterior. Véanse págs. 266-267.

. *[sic]* ¡Innovador empleo de los espías en tiempo de guerra!

. Texto en L. Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* Berlín-Grunewald, 1955, pág. 360.

. *The Goebbels Diaries,* comp. por Louis P. Lochner, Londres, 1948, pág. 287.

. Citado en M. Weinreich, *Hitler's Professors,* Nueva York, 1946, pág. 141.

. Citado en Weinreich, *op. cit.,* págs. 144-145.

. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 157.

. Citado en Weinreich, *op. cit.,* pág. 185.

. Texto en *Der Parteitag des Arbeit* (es decir, trabajos del congreso de 1937), Zentralverlag der NSDAP, Múnich, 1938, pág. 157.

. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 61.

. Ya antes de la guerra habían muerto centenares de judíos en los campos de concentración, pero el número de presos políticos muertos era mucho mayor. Fue la guerra lo que permitió la posibilidad de destruir a la población judía de Europa.

. T. Abel, *Why Hitler Came into Power,* Nueva York, 1938, pág. 164.
216

. A. Rosenberg, *Die Protokolle der Weisen von Zion und die Jüdische Weltpolitik,* Múnich, 1923, pág. 147.

. Prefacio a la edición de 1933 de los *Protokolle* de Rosenberg.

. *C. V. Zeitung,* Vol. VIII (1929), pág. 561, y Vol. IX (1930), pág. 15.
212
217

196
233
199
204
224
211
208
205
220

. Cf. Elie A. Cohen, *Human Behavior in the Concentration Camp,* trad. al inglés de M. H. Braaksma, Nueva York, 1953, págs. 273 y siguientes.

. Texto en L Poliakov y J. Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden,* pág. 215.

. *Trials of War Criminals before the Nürnberg Military Tribunal under Control Council Law N.° 10,* U. S. Government Printing Office, Washington, Vol. I, págs. 866 y ss. (declaración de Kurt Gerstein).

. *Ibid.,* pág. 870.

. B. Bettelheim, *The Informed Heart,* Londres, 1961, pág. 226.

. R. Höss, *Commandant of Auschwitz,* Londres, 1959, págs. 153 y 178.
234
218
228
215
197
209
225
219
207
232
222
229

10. El proceso de unos mercaderes de falsificaciones

1

Ya en el decenio de 1890 monseñor Meurin había convocado a los gobernantes de Europa a coaligarse contra la conspiración judía. En 1906 el zar Nicolás II y el conde Lamsdorff intentaron, por ineficazmente que fuera, edificar un sistema de alianzas precisamente sobre esa misma base. Tal como la concebían aquellos pioneros, la «Internacional Antisemita» habría sido una organización intergubernamental para la represión de los movimientos revolucionarios, radicales, e incluso meramente liberales de toda Europa. Los nazis adoptaron la idea y le dieron un nuevo contenido. Eso parece haber sido obra sobre todo de un alemán de las provincias bálticas de Rusia, Max Erwin von Scheubner-Richter, durante el breve período en que fue un importante teórico del Partido Nazi (murió de un tiro en el *putsch* de Múnich de 1923, cuando marchaba del brazo de Hitler). Cuando Scheubner-Richter reflexionó sobre el hecho de que hay judíos por todo el mundo, dio con la idea de que el antisemitismo podría constituir un medio de que el nacionalsocialismo alemán hallara aliados en el extranjero.

Al contrario que sus predecesores, el arzobispo de San Luis y el ministro ruso de Relaciones Exteriores, Scheubner-Richter no creía que aquellos aliados tuvieran que ser necesariamente gobiernos; exactamente igual podían ser los revolucionarios de derechas. Ya en aquella fase de la historia del partido se tropieza con el lema, copiado del famoso final del *Manifiesto comunista:* «¡Antisemitas de todos los países, uníos!». El propio Hitler adoptó la idea con entusiasmo; Hermann Rauschning señala lo que decía:

> El antisemitismo es un expediente revolucionario útil... La propaganda antisemita en todos los países es un medio casi indispensable de ampliar nuestra campaña política. Ya verá usted qué poco tiempo necesitamos para poner del revés las ideas y los criterios de todo el mundo simplemente con el ataque al judaísmo.

> Se trata, sin duda, del arma más importante de mi arsenal propagandístico...[235]

Efectivamente, los nazis propagaron por todo el mundo el mito de la conspiración judía mundial, con la esperanza de que socavara la resistencia a su propia campaña por lograr la dominación del mundo. Y en esta campaña desempeñaron un papel vital los *Protocolos.* De los tres libros que formaban las sagradas escrituras del nazismo y que se vendieron por millones *–Mein Kampf, El mito del siglo XX,* de Rosenberg, y los *Protocolos–,* este último fue el único que se exportó para la propaganda exterior.

La propagación y la defensa de los *Protocolos* fuera de Alemania fue sobre todo obra de una organización llamada Weltdienst («Servicio Mundial»), dirigida por un coronel retirado, Ulrich Fleischhauer. Discípulo de Theodor Fritsch y amigo de Dietrich Eckart, Fleischhauer fundó después de la Primera Guerra Mundial un centro para la difusión de propaganda antisemita, la editorial U. Bodung de Erfurt. En el momento en que Hitler llegó al poder, en 1933, recibió un memorando, ostensiblemente de «unos cuantos nacionalistas sin miedo de Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Suiza, Austria y Hungría», en el que se exhortaba a que se estableciera una «oficina de asistencia técnica» como núcleo de un movimiento antisemita internacional. La oficina se ocuparía de establecer el enlace entre los antisemitas de diversos países y de la difusión de la «ilustración» antisemita por todo el mundo «ariocristiano». El llamamiento tuvo éxito: se dio aliento oficial a la organización de Fleischhauer para que se lanzara a una gran expansión, que de paso daba empleos cómodos a varios de los «nacionalistas sin miedo». Con el nombre de Weltdienst, el centro de Erfurt adquirió una cierta importancia y notoriedad en los años que transcurrieron hasta el estallido de la guerra. En 1937 podía presumir de que

> por primera vez en la historia universal, el judaísmo internacional se veía enfrentado con una contraorganización internacional, la cédula de una verdadera Sociedad de las Naciones... Nuestra labor llega a los confines de la Tierra[236].

Fleischhauer negó siempre que el Weltdienst tuviera relación con el gobierno alemán ni con el Partido Nazi, pero hoy se sabe que aquellas declaraciones, que siempre habían sido inherentemente inverosímiles, eran falsas. De 1933 a 1937, el Weltdienst estuvo subvencionado por el Ministerio de Propaganda, y a partir de 1937 por la oficina de política exterior del Partido Nazi, a las órdenes de Rosenberg. Ese respaldo le permitió llevar a cabo propaganda de diversos tipos. Publicaba una revista quincenal, también titulada *Weltdienst,* cuyo objetivo se enunciaba en la cabecera de cada ejemplar:

> Ilustrar a los gentiles mal informados, cualquiera que sea el Estado o el país al que pertenezcan. Estas hojas de información, que se refieren a las maquinaciones del hampa judío, forman en consecuencia parte necesaria del armamento intelectual de todo gentil.

Aquella publicación se traducía a muchos idiomas[237], al igual que los diversos folletos antisemitas que la complementaban. El Weltdienst organizaba, además, conferencias internacionales, que a diferencia de las organizadas por Julius Streicher, se celebraban en secreto; en la conferencia de Erfurt de 1937 estuvieron representados nada menos que veintidós países. El objetivo de toda aquella actividad era crear una red internacional basada en la fe ciega en los *Protocolos* y en la conspiración judía mundial.

Ya en 1934-1935 dos destacados juicios, uno celebrado en Sudáfrica y el otro en Suiza, llamaron la atención sobre lo que estaba ocurriendo. En julio y agosto de 1934 una sala local del Tribunal Supremo, con sede en Grahamstown, Provincia Oriental, Sudáfrica, aceptó una demanda civil presentada por el reverendo Abraham Levy, ministro de la sinagoga de Western Road, Port Elizabeth, contra tres dirigentes de la organización de tipo nazi llamada Movimiento de las Camisas Grises. Demandaba a tres hombres, Johannes von Strauss Von Moltke, Harry Victor Inch y David Hermannus Olivier por haber publicado un documento difamatorio que iba en el mismo sentido que los *Protocolos.* El proceso causó gran

agitación en Sudáfrica. Su importancia política se vio realzada por los propios acusados, que se presentaron de uniforme: Von Moltke con el de los nacionalsocialistas gentiles de Sudáfrica, los otros con el del Movimiento de las Camisas Grises; y justo antes de que empezara el juicio *Die Waarheid* (es decir, La verdad), periódico de los Camisas Grises, publicó largos extractos de los *Protocolos*[238].

El falso documento había sido leído en dos mítines políticos y se había impreso en el periódico *Die Rapport,* que dirigía Olivier. Al igual que los *Protocolos,* se decía de él que era un esquema del plan judío para la dominación del mundo, pero en cuanto a torpeza y sadismo, supera a todas las falsificaciones antisemitas anteriores y refleja fielmente la nueva era iniciada con la llegada al poder de los nazis[239]. La conclusión del documento da buena idea de su calidad:

> Engañaremos al público para que su fe en eso de «Vivir y dejar vivir» se intensifique mil veces. Haremos que digieran tantas estupideces pútridas como puedan comprender sus mentes decadentes y sucias. Hitler, el lunático Goering, Von Papen y sus colunáticos, con el contingente del Asilo (o sea, los Camisas Pardas), son culpables de devastación y de crímenes contra la civilización que hemos edificado nosotros. Han violado a nuestras mujeres, asesinado a nuestros ancianos, bombardeado y dinamitado nuestras sinagogas, han echado a nuestros hijos a sus perros de caza, han hecho que nuestros pequeños bailen sobre carbones ardientes hasta freírse. Han hecho que nuestros maridos pasen por entre pasillos de porras y los han golpeado mientras pasaban...
>
> Hermanos, aunque desde hace siglos incontables se nos ha odiado y despreciado, en el próximo futuro las razas de la Tierra os besarán los pies y os adorarán, se inclinarán ante ti *[sic]* y cantarán tus loas. Te pedirán compasión y *se la negarás.* Te reconocerán como el Elegido, el *Infalible.* Nuestro jefe elegido será el primer Soberano de toda la Tierra. El Mundo Comunista. Y por fin la Torah del Talmud y las Profecías se verán cumplidas. Puedo decir que estamos en el umbral.
>
> Por vuestras vidas, no mencionéis una palabra, ni siquiera a los vuestros, de lo que contienen estas páginas. Ya conocéis nuestra Ley. Ya sabéis el resultado...
>
> Emitido por el círculo restringido del comité de vigilancia de propaganda antinazi C.X.V.O. 3838 y autorizado para su uso por el

síndico y los seis miembros del consejo únicamente.

«Rabbi»

También merece la pena dejar constancia de la forma en que explicó Victor Inch cómo había entrado en posesión del documento. Según él, dos muchachos a quienes después los judíos habían «hecho desaparecer» le habían pasado unas cartas robadas; las cartas le habían puesto en la pista de la conspiración y lo habían inspirado para introducirse en la sinagoga de Western Road, donde halló el documento encima de una mesa. Naturalmente, a los jueces no les resultó difícil advertir que el relato era inventado.

Pero si Inch era un mentiroso, otro de los acusados, David Olivier, estaba verdaderamente equivocado. Aquel hombre estaba convencido de que al tener el documento en su posesión corrían peligro las vidas de sus colegas Inch y Von Moltke; en una ocasión, incluso reunió un comando de 150 agricultores para rescatar a este último, a quien creía secuestrado por los judíos. De hecho, los tres acusados representaban, en miniatura, la combinación de desvergüenza y credulidad que era la esencia misma de la Internacional Antisemita. Y eso es lo que pensaron también los magistrados de Grahamstown, que impusieron a Olivier una simple multa de 25 libras, 750 libras a Von Moltke y de 1.000 a Inch, quien, además, fue procesado por lo penal con varios cargos, entre ellos el de perjurio y el de presentación de un documento falso; el resultado fue, además de la multa, una sentencia a seis años y tres meses de trabajos forzados.

2

En el proceso de Berna de 1934-1935, que llamó la atención en todo el mundo, estaba directamente implicado el Weltdienst. Lo que esto significaba exactamente lo reveló una correspondencia que se conserva en la Biblioteca Wiener. Esas cartas confidenciales revelan, de manera más segura que cualquier tipo de propaganda publicada, la vida interior de la Internacional Antisemita: tanto los errores de buena fe como la

deshonestidad calculadora, tanto los feroces conflictos internos como la unidad básica de objetivos. Creo que merece la pena rescatar esos extraños documentos del olvido.

La historia se inicia unos meses después de la llegada de Hitler al poder. El 13 de junio de 1933 el Frente Nacional, organización antisemita suiza, organizó una manifestación en Berna; entre la propaganda que se distribuyó había ejemplares de la 13.ª edición de la versión de Theodor Fritsch de los *Protocolos.* La comunidad judía de Berna –junto con otras comunidades judías de Suiza– aprovechó la oportunidad para demostrar ante los tribunales la falsedad de los *Protocolos.* Se citaron a cinco personas, unas miembros del Frente Nacional, otras de la Unión de Nacionalsocialistas Suizos, conforme a la ley suiza, que prohibía la impresión, la publicación y la venta de escritos indecentes; los más destacados eran Theodor Fischer, director del periódico antisemita *Eidgenossen,* y un músico llamado Silvio Schnell. El tribunal de Berna designó un experto en los *Protocolos* y pidió a cada una de las partes que designara un experto propio. Como no era de extrañar, la defensa no estaba nada dispuesta a aceptar la designación de expertos, y cuando se rechazaron sus objeciones siguió sin presentar alguno. Por fin designó a un pastor protestante alemán, pero nadie pudo hallar a aquel caballero. Cuando se reunió el tribunal en octubre de 1934, al cabo de más de un año de retraso, todavía seguía sin haber más que dos expertos, en lugar de los tres estipulados; no se había hallado a nadie que estuviera seriamente dispuesto a defender la autenticidad de los *Protocolos.*

Además estaba la cuestión de los testigos. Los demandantes presentaron una serie impresionante de ellos, que iban desde Chaim Weizmann, que habló sobre los objetivos del sionismo, hasta el francés Du Chayla y rusos no judíos, como Burtsev, Svatikov y Nicolaevsky, que entre todos contribuyeron mucho a iluminar la tenebrosa y tortuosa historia de los *Protocolos.* En respuesta a todo aquello, la defensa no pudo presentar más que a un testigo, cuya contribución se limitó a decir que los *Protocolos* no eran el único documento de su género –¿no existía también el *Discurso del Rabino?–,* de forma que debían

ser auténticos. En general, la defensa se encontró en una situación tan desventajosa que decidió empezar a buscar, por retrasado que fuera, el apoyo de expertos. Se solicitó un aplazamiento con ese fin, y se suspendieron las sesiones hasta fines de abril de 1935.

A partir de aquel momento, los papeles principales no los desempeñaron los propios acusados ni su defensor, sino un tal Ulrich von Roll, miembro destacado del Frente Nacional que ostentaba el título de *gauleiter* del cantón de Berna, y sobre todo un personaje siniestro llamado Boris Toedtli. Dos años más tarde, en noviembre de 1936, la policía suiza registró la casa de Toedtli en Berna; las cartas encontradas allí, que llevaron a la detención de Toedtli acusado de espionaje, dan una visión vívida de las maniobras que practicaban entre telones en el proceso de Berna por una parte los nazis suizos y por otra el Weltdienst.

El proceso se aplazó el 31 de octubre. El 19 de noviembre Ulrich von Roll dio un paso temerario e irreparable: envió a la sede del Partido Nazi en la Casa Parda de Múnich la siguiente llamada de ayuda:

> Me vuelvo a vosotros para pediros cortésmente si podéis y queréis poneros a nuestra disposición, y hasta qué punto... ¿Os sería posible enviarnos un experto que en un principio nos ayudara, pero que más tarde quizá pudiera actuar como testigo de nuestra parte?... ¿No creéis que vuestra cooperación tendrá interés o incluso importancia desde vuestro propio punto de vista y desde el punto de vista de las ideas que defiende el NSDAP?[240]

La iniciativa de Von Roll tuvo resultados: en un par de semanas se contactó con Fleischhauer en Erfurt. Inmediatamente, la correspondencia adopta un aire de clandestinidad: a todos los implicados, alemanes, suizos y rusos, se los menciona únicamente por seudónimos. Este procedimiento conspiratorio resulta comprensible cuando se advierte que los nazis no suizos no pedían simplemente el asesoramiento de un experto. El 16 de enero de 1935, Ulrich von Roll escribía a Fleischhauer:

> O recibes un permiso oficial de exportación de divisas, y entonces lo

mismo da que nos envíes el dinero directamente a Berna o lo envíes por Basilea o Solothurn, o si no alguien nos trae el dinero por la frontera, y entonces se puede ingresar en nuestra cuenta de Basilea o en otra parte, igual que en cualquier otra cuenta...

Pero Von Roll tendría que lamentar pronto este arreglo. El 21 de febrero manifiesta su exasperación en una carta enviada a uno de los acusados en el proceso:

A mí me parece deplorable que todos dependamos tanto de Erfurt, especialmente en los aspectos financieros. Desde luego, los de allí serían mucho más modestos y accesibles si no supieran exactamente hasta qué punto dependemos de ellos...

El Weltdienst hacía todo lo que podía por encubrir su injerencia en los asuntos internos de Suiza: el dinero se enviaba en nombre de un «comité internacional». Von Roll debe haber sospechado –y con toda razón– que el comité no existía en realidad, y debe haber expresado sus sospechas[241]. La respuesta que recibió es digna de Fleischhauer en sus momentos más pomposos y arrogantes:

Me deja absolutamente asombrado y sin habla tu exigencia de que te dé los nombres de los responsables del comité.

He tenido experiencias de todos los tipos, pero una así... –no hallo expresión parlamentaria con que calificarla– no me la había encontrado nunca.

¿Para qué quieres los nombres de las personas responsables del comité? ¡Alégrate de que exista y basta!...

Además, escribes: «... es posible que Herr Farmer[242] esté haciendo este papel...». A lo que replico:

1. en nuestra organización nadie tiene papeles;
2. en nuestra organización nadie hace «papeles»;
3. en nuestra organización trabajamos para la gran causa;
4. en nuestra organización no hay lugar para las curiosidades ni las exigencias inauditas;
5. en nuestra organización no se hace más que un trabajo honesto y con un fin claro;
6. en adelante no permitiremos que se nos moleste con preguntas como las tuyas y no responderemos a más cartas;
7. Farmer no está en el comité.

Von Roll estaba enterándose del coste de aceptar ayuda de la Alemania nazi. Él creía sinceramente ser un patriota suizo, y al contrario que los nazis suizos más extremistas, no podía aceptar con facilidad la sumisión total que exigía Erfurt. En su desesperación, pasó a solicitar ayuda de la princesa Karadja, residente en Locarno-Monti. La princesa, que era la madre del cónsul general de Rumanía en Berlín, era muy rica, y sobre todo tenía amigos ricos, de los cuales recababa apoyo para varios proyectos antisemitas. La Liga de Protección a los Arios, que se decía era un proyecto anglo-estadounidense, era creación suya. El 8 de febrero envió a Von Roll un informe sobre la Liga que, con su mezcla de idealismo inflado y de ceguera voluntaria, expresa perfectamente la actitud política de incontables nazis:

> Yo no trabajo para el proceso, sino para el *movimiento* en general. Mi intención es, antes de morir (si Dios me hace ese favor), dejar en contacto a gente de todos los países con la que estoy en contacto yo, de forma que puedan cooperar *entre sí* cuando yo haya desaparecido.
>
> Deseo edificar una «fachada», toda blanca, brillante y luminosa. No debe tener nada sospechoso. *Nada secreto.* No pido juramentos ni muestro desconfianza... ¡¡¡PERO *nadie penetrará* más allá del vestíbulo!!! (No tengo el más mínimo deseo de saber lo que pasa en los cuartos de atrás. ¡La buena gente como *usted* y otros deben organizarlos conforme a sus propias ideas! Yo soy «la mano izquierda», y no quiero saber lo que hace «la mano derecha»). Supongo que estará usted de acuerdo con esta política. A mí me parece de verdad importante para nuestra causa disponer de una fachada y un vestíbulo preciosos, ¿no lo cree usted?
>
> Por eso no creo tener nada que ver con la «destrucción». Quienes se ocupan de eso deben, naturalmente, mantener sus intenciones en secreto. Pero deben conocerse y asegurarse de que sus colaboradores son de fiar. Cada uno de los comités conectados con la Liga debe tener *plena autonomía.* La fachada no puede aceptar la responsabilidad por los diversos grupos.
>
> Debo confesar que estoy verdaderamente contenta y orgullosa con lo que ya he logrado en tan poco tiempo.

El 1 de marzo, Von Roll escribió a la princesa con la vana esperanza de hallar una fuente alternativa de fondos en la Liga de Protección de los Arios:

> Mi posición es tan difícil, naturalmente, porque no he recibido dinero más que de Erfurt... A mí me parece verdaderamente estúpido que Erfurt quiera simplemente dictarlo todo, que es evidentemente lo que pretende. Así, nuestro proceso suizo se transforma en un asunto alemán, y eso es algo sencillamente imposible para Suiza. Pero hay algo notable: en Alemania sencillamente no lo entienden. Allí pretenden que existe un comité internacional que no tiene nada que ver con Alemania y por tanto está capacitado para dirigir el proceso de la forma que se le antoje... Mis colaboradores de aquí están completamente de acuerdo conmigo en todo esto, pero sustentan la opinión de que, al ser la parte más débil, debemos ceder ante la más fuerte, o sea Erfurt, porque dependemos de ellos. Por eso no puedo hallar el apoyo necesario en ninguna parte... Quiero impedir que nos convirtamos en una sucursal de Erfurt, del nacionalsocialismo o de Alemania.

Maniatado por aquellos escrúpulos, Von Roll no era enemigo para su colega Boris Toedtli. Lo que Toedtli pensaba de Von Roll se ve claramente en una carta que escribió el 9 de marzo al acusado Silvio Schnell:

> En cuanto a V. R., pocas veces he visto nada tan vil. Ayer me enseñó G. su estado de cuentas. ¡Una absoluta estafa!... ¡Que escriba! En tu lugar, yo ni siquiera le contestaría, ¡es una pena tirar el dinero en un sello! Sigue metiéndose en nuestros asuntos y deberíamos poder deshacernos de él de una vez para siempre. No hace más que causar cada vez más confusión con su palabrería.

Al contrario que Von Roll, Toedtli no estaba maniatado por sentimientos de lealtad a Suiza, y estaba más dispuesto a ponerse enteramente a disposición de Erfurt. Cuando terminó el juicio de Berna y estaba pendiente un recurso de casación, escribió a Fleischhauer dos cartas singularmente francas. La primera, de fecha 6 de octubre de 1935, dice lo siguiente:

> Schnell escribe que a él y a mí se nos acusa por todas partes de estar al servicio de Alemania, y dado lo que son las opiniones y las circunstancias en Suiza, eso significa que uno ha muerto moralmente. Aunque esas acusaciones no sean literalmente ciertas, la verdad es que luchamos en primer lugar por apoyar a Alemania en su combate contra las fuerzas de las tinieblas.

La otra carta, de fecha 5 de julio de 1936, contiene el

siguiente pasaje:

> Herr Ruef[243] me ha consejado que te escriba para pedir una recompensa por mi trabajo. Considera que el control alemán de divisas comprenderá que hemos estado luchando por Alemania en primer lugar, y por eso tenemos derecho a pedir algo a cambio.

Extraños sentimientos en un hombre que era suizo de nacimiento y de descendencia. Pero resultan más comprensibles (aunque no más laudables) cuando se conoce el tipo de vida que había llevado Boris Toedtli[244]. Aunque sus dos progenitores eran suizos, habían vivido muchos años en Rusia, y él mismo había nacido en Kiev en 1896. En su juventud había combatido en la guerra mundial, y después en la guerra civil, naturalmente del lado de los «blancos», y llegó a oficial. Había perdido el oído en una explosión, lo habían capturado los bolcheviques, casi había muerto de tifus y, entre tanto, a su padre le habían confiscado su fábrica. A la familia se le permitió emigrar a Suiza, pero nunca se recuperó financieramente. Boris Toedtli se hizo fotógrafo, pero no lograba cubrir sus necesidades. Sus tentativas de probar otros caminos tuvieron todavía menos éxito, y cuando lo detuvieron seguía dependiendo económicamente de sus padres y sus suegros. En 1933, cuando aparecieron en Suiza movimientos de tipo nazi, ingresó primero en uno y después en otro. En el Frente Nacional llegó a ser el segundo de Von Roll, a quien ya hemos visto cómo trataba de despojar de su puesto.

Es un cuadro ya conocido. Como tantos nazis, Toedtli era un desclasado con ambiciones insatisfechas de hacer una carrera de clase media. Y al igual que tantos rusos «blancos», vivía para el día en que Rusia se deshiciera de lo que él consideraba una tiranía judeo-masónica.

> Soy antisemita por experiencia personal –decía–. Eso es lo que explica todo mi comportamiento... Mi familia y yo lo perdimos todo en Rusia. El único culpable fue el judío, y no en absoluto el pueblo ruso.

Frustrado, resentido, analfabeto político, verdaderamente reunía las condiciones ideales para convertirse en un campeón

de los *Protocolos*.

Un año después del proceso de Berna, Rodzaevsky, jefe del Partido Fascista Panruso, envió desde su sede en Jarbin un documento por el que se designaba a Toedtli su representante en Europa, encargado de dirigir a los jefes regionales en Francia, Bélgica, Inglaterra, Italia, Argelia, Marruecos y el Congo, y con facultades especiales para negociar con las autoridades alemanas. Aquella medida, que daba a Toedtli algún margen como organizador de espionaje y terrorismo, también resultó ser su némesis, pues le llevó a su detención por la policía suiza[245]. Pero mucho antes de eso, Toedtli había estado en contacto con rusos «blancos» en París y Yugoslavia. En el invierno de 1934-1935, mientras Von Roll sostenía sus difíciles relaciones con Erfurt, Toedtli mantenía correspondencia con antiguos generales y coroneles zaristas, miembros de las Centurias Negras y similares. Lo que pretendía era presentar a aquella gente como testigos de descargo cuando se reanudara el proceso de Berna. De hecho, la dependencia financiera de los nazis suizos respecto de los fondos alemanes, que tanto preocupaba a Von Roll, estaba causada sobre todo por aquellas maniobras de su rival Toedtli. A los rusos «blancos» había que facilitarles visados, pasaportes, alojamiento, billetes de tren y en algunos casos honorarios, y todo aquello era lo que pagaba el Weltdienst, o mejor dicho, el Ministerio de Propaganda de Alemania.

Las respuestas recibidas por Toedtli de los diversos rusos «blancos» las conservó un colaborador del Weltdienst, y están ahora en la Biblioteca Wiener[246]. Algunas de ellas todavía resultan interesantes hoy, pues al no estar destinadas a su publicación, revelan de forma muy directa e ingenua las extraordinarias fantasías imperantes en aquellos círculos.

Algunos de los rusos «blancos» sabían perfectamente bien que los Sabios de Sion no existían, pero aquello no importaba nada, pues seguían creyendo en la conspiración revelada en los *Protocolos*. Así el 4 de noviembre de 1934, el general Krasnov escribía lo siguiente a Toedtli:

> Debo decirle que su asunto es de una dificultad desusada por el siguiente motivo. Los *Protocolos de Sion* son, que yo sepa, apócrifos

por lo que respecta a la forma, es decir, los compuso Nilus, pero sobre la base de decisiones judías precisas. Por tanto, los *yids* siempre tendrán la razón, desde el punto de vista de la forma, pues estrictamente hablando no había *protocolos,* había decisiones sueltas que los *yids* publicaron en lugares y momentos diversos, y que Nilus reunió en un solo todo con el título de *Protocolos de Sion.* No sé por qué escogió Nilus esa forma de publicarlos. A lo mejor fue para que tuvieran más difusión, para que fuera mayor el círculo de lectores interesados en ellos. Pero así les dio a los judíos una salida perpetua: no sólo pueden negar la autenticidad de los *Protocolos,* sino también la autenticidad de lo que está escrito en ellos. Al tribunal no le preocupa la esencia de los *Protocolos,* sino que se ocupa del hecho fundamental: no han existido «protocolos» de ese tipo, y con eso basta.

El 5 de noviembre el tristemente célebre «Markov II» –Nikolai Yevgenevich Markov, antiguo diputado derechista de la Duma e importante figura de la Unión del Pueblo Ruso– adujo un argumento todavía más tortuoso:

en el tribunal todas las cuestiones giraban en torno a quién había escrito los *Protocolos* y cuándo. No los había escrito nadie, pues son el resultado de la labor de una conspiración mundial de mil años, un programa que se ha desenmascarado una vez tras otra, que cambia constantemente en cuanto a los métodos adoptados para su realización, pero que era constante en cuanto a su esencia: el mesianismo, la lucha por dominar al mundo y someter a la humanidad.

El día de Año Nuevo una carta enviada desde Belgrado y firmada por I. Lanskoy ofrecía una sugerencia asombrosa:

Es *muy* importante investigar exactamente el viaje que hizo Nahum Sokolov[247] al regresar del congreso de Basilea en 1897. Es indispensable verificar su ruta: ¿qué ferrocarriles utilizó, dónde se detuvo y a dónde iba? ¿Cruzó la frontera rusa?; y, en tal caso, ¿por dónde?

Comprendo todas las dificultades que plantea esa tarea, pero creo que un detective experimentado no la consideraría imposible.

No es de extrañar que Von Roll, enfrentado con ofrecimientos de este tipo y hostigado al mismo tiempo por las intrigas de Toedtli, empezara a concebir un profundo

desagrado por los rusos «blancos». El 28 de enero escribía lo siguiente a «Markov II» (¡nada menos!):

> ... los rusos son los peores de todos... exageran las cosas hasta tal punto que hay veces en que uno desearía abandonarlo todo. No, la verdad es que no resulta nada divertido: nuestro combate con nuestros adversarios es menos difícil que nuestra lucha con nuestros colaboradores. Verdaderamente, hay que ser joven y tener buenos nervios[248].

Pero toda aquella actividad tuvo un resultado: la defensa por fin pudo presentar a un «experto», como exigía el tribunal. Se trataba de Ulrich Fleischhauer, quien pese a su carrera como editor y distribuidor de obras antisemitas, fue aceptado por el tribunal. Si no se distinguió por su erudición, al menos sí lo hizo por su celo. Naturalmente, se esperaba de los «expertos» que evitaran todo contacto con los testigos, pero eso no impidió a Fleischhauer invitar a Erfurt a una selección de rusos «blancos», donde les hizo ensayar las declaraciones que se suponía habían de prestar. Fue una mera pérdida de tiempo[249], pues al final el tribunal se negó a llamar a declarar a ninguno de los rusos «blancos»; lo que quizá fuera una lástima, pues eso ha permitido a editores ulteriores de los *Protocolos* denunciar, hasta hoy mismo, que en Berna nunca se presentó correctamente la prueba de la autenticidad de los *Protocolos.* En realidad, la «prueba» la expuso de forma prolongadísima Fleischhauer, quien presentó una opinión escrita de 416 páginas impresas, e hizo una declaración oral que duró seis días[250].

Para apreciar el nivel al que desarrolló su argumentación Fleischhauer basta con estudiar sus comentarios sobre Maurice Joly y el *Diálogo en el Infierno.* No podía negar que en gran parte los *Protocolos* estaban copiados del *Diálogo,* de modo que adoptó el argumento, expresado por primera vez por lord Douglas en 1921, de que Maurice Joly era judío, y su libro, independientemente de su significado declarado, una versión en clave del plan judío de dominación del mundo. Joly podía ser católico bautizado, podía no hallarse ni un solo dato de antepasados judíos por el lado materno ni por el paterno, pero ¿no había sido el masón Gambetta el que había pronunciado el

discurso funerario junto a su tumba? ¿No era eso prueba suficiente? Y si acaso no lo era, Fleischhauer tenía una prueba más que aportar. Había descubierto que un personaje de la novela *Alt-Neuland* de Theodor Herzl, el fundador del sionismo, se llamaba Joe Levy. Y para obtener el apellido «Joly» basta con quitar la «e» de Joe y las letras «ev» de Levy, procedimiento que, a su juicio, tiene un significado secreto para los judíos[251].

No es de sorprender que al tribunal le resultara imposible entender demasiado de aquellas especulaciones, pero eso no impidió a Fleischhauer seguir con ellas mucho después de terminado el juicio. Y tampoco fue el único. Debe haberle producido una inmensa satisfacción recibir la comunicación siguiente, de fecha 6 de febrero de 1937, de un barón italiano que era suscriptor de *Weltdienst:*

> Tiene usted toda la razón al decir que todos los Joly eran unos revolucionarios convencidos. Y ¡qué revolucionarios! La policía del Estado Vaticano solía considerarlos una verdadera peste y emisarios directos del Diablo.

Es cierto que la información del barón acerca de aquellos seres misteriosos era limitada. «Mi material», reconocía, «es más bien escaso y está formado por las tradiciones de mi familia y unos cuantos estudios breves».

El proceso de Berna terminó el 14 de mayo de 1935. El magistrado Meyer falló que los *Protocolos* eran en gran medida un plagio del libro de Joly y pertenecían a la categoría de literatura indecente, e impuso una multa a los dos principales acusados. Su comentario difícilmente podía haber sido más crítico:

> Espero llegar a ver el día en que nadie pueda comprender por qué unos hombres que en otros sentidos son cuerdos y razonables tienen que torturarse el cerebro durante catorce días en torno a la autenticidad o el carácter ficticio de los *Protocolos de Sion*... Considero que los *Protocolos* son un absurdo ridículo[252].

Y cuando Fleischhauer solicitó unos honorarios de 80.000 francos suizos por sus servicios como experto, el tribunal

rápidamente redujo la suma en nueve décimas partes.

Pero no acabó ahí el asunto. Los acusados recurrieron, y el tribunal de casación de Berna escuchó el caso en el otoño de 1937. El 1 de noviembre, el tribunal falló que los *Protocolos* no eran falaces y que la ley sobre literatura indecente no les era aplicable; por consiguiente, la sentencia quedó casada. Eso permitió a editores ulteriores de los *Protocolos* decir que el tribunal de casación se había negado a comprometerse en cuanto a la autenticidad de los *Protocolos.* En realidad, el tribunal dijo que los *Protocolos* eran basura, cuyo único objetivo era político: incitar al odio y al desprecio por los judíos, y se preguntó si, en aras de la armonía social, no deberían encontrarse medios de prohibir unos «insultos y una difamación tan absolutamente injustificados e inauditos». El tribunal, además, se negó a conceder daños y perjuicios a los recurrentes, porque «quien quiera difundir escritos infamatorios de la mayor grosería posible debe pagar sus propios gastos»[253].

El proceso de Berna, pues, logró todo lo que cabía razonablemente esperar: las actuaciones habían revelado que los *Protocolos* eran una invención ideada para causar persecuciones y matanzas, y se había informado sobre ella en centenares de periódicos de todo el mundo. Casi huelga decir que aquello no les importó lo más mínimo a los nazis y sus cómplices: la conferencia celebrada por el Weltdienst en 1937, a la que asistieron «muchos expertos, escritores y dirigentes políticos de más de veinte países», aprobó una resolución solemne en la que se reafirmaba la autenticidad de los *Protocolos.* Fleischhauer se convirtió, repentinamente, en un personaje famoso y muy solicitado como conferenciante; cuando habló en Múnich, los rectores de las dos universidades de la ciudad no desdeñaron aparecer como invitados de honor. Después de todo, como insistió la prensa alemana, ¿quién podía dudar de que el proceso lo habían instigado y montado los Sabios de Sion, tan llenos de recursos, que además habían sobornado a los magistrados?

---

235. H. Rauschning, *Hitler Speaks,* Londres, 1939, pág. 233.

236. Acerca del Weltdienst, véase L. W. Bondy, *Racketeers of Hatred,* págs. 66-105; Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda,* págs. 72-73; y O. J. Rogge, *The Official German Report,* Nueva York, 1961, sobre todo las págs. 76-78.

237. Durante la guerra, el número de esos idiomas pasó de media docena a 18. Pero para entonces se había expulsado a Fleischhauer, y su organización se había fusionado con el Instituto del NSDAP de Investigaciones sobre la Cuestión Judía, de Fráncfort.

238. *Die Waarheid* se autocalificaba de «órgano oficial del Partido Nacional Sudafricano incorporado con el Movimiento Nacionalsocialista Gentil de Sudáfrica y los Camisas Grises de Sudáfrica». En el número de 1 de junio de 1934 se publicaron pasajes de los *Protocolos.*

239. De los principales aspectos del juicio quedó constancia en el fallo que leyeron sir Thomas Graham y el magistrado Gutsche en el Tribunal Supremo, el martes 21 de agosto de 1934. El fallo está impreso en su totalidad en un folleto de 64 páginas publicado por Grocott and Sherry, Grahamstown: *Judgment, Grey Shirt Li bel Action at Grahamstown.* El documento falsificado figura en las págs. 5-8.

240. Existen fotocopias de la correspondencia de Von Roll aquí impresa en el Legajo B de los archivos de la Biblioteca Wiener.

241. Después de la guerra se demostró que el Ministerio de Propaganda de Alemania, por conducto del Weltdienst, gastó 30.000 marcos en el proceso de Berna (véase Rogge, *op. cit.,* pág. 77).

242. Farmer es el seudónimo de Pottere, miembro destacado de la organización de Erfurt.

243. Abogado de la defensa.

244. La información sobre Toedtli, comprendida la relación de su carrera que dio a la policía suiza, figura en el Legajo 77 de los archivos de la Biblioteca Wiener.

245. A Toedtli lo detuvieron antes de que pudiera hacer demasiado daño, y su sentencia fue por ello leve: dos meses de cárcel y el 90% de las costas. Huyó a Alemania para no tener que cumplir su condena, pero en diciembre de 1939 el pacto germano-soviético le obligó a salir de Alemania y regresar a Suiza, donde inmediatamente lo detuvieron. Murió durante la guerra.

246. En el Legajo 1 de la Colección Freyenwald.

247. Nahum Sokolov (1861-1936), judío polaco, fue una de las principales figuras de la historia inicial del sionismo. A partir de 1920 fue presidente de la Ejecutiva de la organización sionista, y desde 1921 presidente de

todos los congresos sionistas. En 1897 viajó de la Polonia rusa para asistir al Primer Congreso Sionista de 1897; de ahí esa comunicación.

248. Copia en el Legajo 18 de la Colección Freyenwald.

249. Salvo para «Markov II», a quien se le asignó un puesto permanente como jefe de la sección rusa del Weltdienst. Otros rusos «blancos» tuvieron menos suerte; en vista de las revelaciones que acompañaron a la detención de Toedtli, a muchos de ellos se los expulsó de Francia.

250. Documentos capturados después de la guerra demuestran que a Fleischhauer le escribieron esa opinión otras personas, sobre todo Pottere.

251. Boletín n.° 6, en *Der Berner Prozess um die «Protokolle der Weisen von Zion»* (se trata de una colección de boletines sobre el desarrollo de la segunda parte del proceso, en abril-mayo de 1935. Hay copia en la Biblioteca Wiener).

252. *Ibid.,* Boletín N.° 23.

253. Existe copia mecanografiada del fallo de 1937 en el Legajo 20 de la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener. Las páginas pertinentes son las 41-45.

252
236
245
239
248
243
246
235
240
250
253
242
251
241
238

. Nahum Sokolov (1861-1936), judío polaco, fue una de las principales figuras de la historia inicial del sionismo. A partir de 1920 fue presidente de la Ejecutiva de la organización sionista, y desde 1921 presidente de todos los congresos sionistas. En 1897 viajó de la Polonia rusa para asistir al Primer Congreso Sionista de 1897; de ahí esa comunicación.

. En el Legajo 1 de la Colección Freyenwald.

. A Toedtli lo detuvieron antes de que pudiera hacer demasiado daño, y su sentencia fue por ello leve: dos meses de cárcel y el 90% de las costas. Huyó a Alemania para no tener que cumplir su condena, pero en diciembre de 1939 el pacto germano-soviético le obligó a salir de Alemania y regresar a Suiza, donde inmediatamente lo detuvieron. Murió durante la guerra.

. Existen fotocopias de la correspondencia de Von Roll aquí impresa en el Legajo B de los archivos de la Biblioteca Wiener.

249

. De los principales aspectos del juicio quedó constancia en el fallo que leyeron sir Thomas Graham y el magistrado Gutsche en el Tribunal Supremo, el martes 21 de agosto de 1934. El fallo está impreso en su totalidad en un folleto de 64 páginas publicado por Grocott and Sherry, Grahamstown: *Judgment, Grey Shirt Li bel Action at Grahamstown.* El documento falsificado figura en las págs. 5-8.

. *Die Waarheid* se autocalificaba de «órgano oficial del Partido Nacional Sudafricano incorporado con el Movimiento Nacionalsocialista Gentil de Sudáfrica y los Camisas Grises de Sudáfrica». En el número de 1 de junio de 1934 se publicaron pasajes de los *Protocolos.*

. La información sobre Toedtli, comprendida la relación de su carrera que dio a la policía suiza, figura en el Legajo 77 de los archivos de la Biblioteca Wiener.

. Abogado de la defensa.

. Farmer es el seudónimo de Pottere, miembro destacado de la organización de Erfurt.

. Después de la guerra se demostró que el Ministerio de Propaganda de Alemania, por conducto del Weltdienst, gastó 30.000 marcos en el proceso de Berna (véase Rogge, *op. cit.,* pág. 77).

237

. Durante la guerra, el número de esos idiomas pasó de media docena a 18. Pero para entonces se había expulsado a Fleischhauer, y su organización se había fusionado con el Instituto del NSDAP de Investigaciones sobre la Cuestión Judía, de Fráncfort.

. Acerca del Weltdienst, véase L. W. Bondy, *Racketeers of Hatred,* págs. 66-105; Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda,* págs. 72-73; y O. J. Rogge, *The Official German Report,* Nueva York, 1961, sobre todo las págs. 76-78.

. H. Rauschning, *Hitler Speaks,* Londres, 1939, pág. 233.

244
247

. Boletín n.° 6, en *Der Berner Prozess um die «Protokolle der Weisen von Zion»* (se trata de una colección de boletines sobre el desarrollo de la segunda parte del proceso, en abril-mayo de 1935. Hay copia en la Biblioteca Wiener).

. Documentos capturados después de la guerra demuestran que a Fleischhauer le escribieron esa opinión otras personas, sobre todo Pottere.

. Salvo para «Markov II», a quien se le asignó un puesto permanente como jefe de la sección rusa del Weltdienst. Otros rusos «blancos» tuvieron menos suerte; en vista de las revelaciones que acompañaron a la detención de Toedtli, a muchos de ellos se los expulsó de Francia.

. Copia en el Legajo 18 de la Colección Freyenwald.

. Existe copia mecanografiada del fallo de 1937 en el Legajo 20 de la Colección Freyenwald de la Biblioteca Wiener. Las páginas pertinentes son las 41-45.

. *Ibid.,* Boletín N.° 23.

11. La Internacional Antisemita

1

En cuanto Hitler llegó al poder en Alemania, empezó a propagarse por todo el continente americano el mito de la conspiración judía mundial. En Canadá, sus más ardientes partidarios fueron los Camisas Azules, reclutados entre los franco-canadienses. Los Camisas Azules, también llamados Parti National Social Chrétien, tenían muchas cosas en común con los Camisas Grises sudafricanos, y de hecho existía un nexo viviente entre las dos organizaciones: Henry Hamilton Beamish, un inglés que también era fundador de The Britons y que había hecho más que nadie, desde 1920, por propagar los *Protocolos* en Gran Bretaña. En el decenio de 1930, Beamish se puso en contacto con el Weltdienst y se convirtió en una especie de viajante de comercio de la forma más virulenta del antisemitismo. Residente en Rodesia, y durante algún tiempo miembro del Parlamento de este país, Beamish compareció como testigo voluntario de descargo en el proceso de Grahamstown, y también visitó Canadá, donde se puso al servicio de Adrien Arcand, el jefe de los Camisas Azules. El folleto *The Key of the Mistery (La clave del misterio),* que consistía en textos falsificados y deformados como ejemplos de la conspiración judía mundial, lo había publicado Arcand en Montreal, y en Sudáfrica fue objeto de gran publicidad, tanto en su versión inglesa como afrikáans. Por su parte, Beamish esperaba hacerse una carrera como ministro de Propaganda en un Canadá dominado por Arcand. La historia decidió de otro modo, y cuando llegó la guerra, tanto Beamish como Arcand fueron confinados; pero incluso entonces una sociedad secreta, la Orden de Jacques Cartier, siguió distribuyendo *La clave del misterio* y material parecido con la esperanza de debilitar el esfuerzo de guerra canadiense[254].

En los Estados Unidos poco se había oído hablar de los *Protocolos* y de la conspiración judía mundial desde que Henry Ford se había retractado en 1927; pero también allí la

situación cambió inmediatamente después de la llegada de Hitler al poder[255]. En seguida, la propaganda nazi se concentró en reforzar un aislacionismo ya muy fuerte y generalizado, mezcla de temor a la guerra, de un desagrado general por las complicaciones europeas y de una especial suspicacia hacia Gran Bretaña, y como era natural, la propaganda se dirigía en primer lugar a la comunidad de habla alemana de los Estados Unidos. Cuando estalló la guerra, los miembros de la Bund Germano-Americana (cuyo nombre inicial había sido el de Amigos de la Nueva Alemania) eran ya 25.000, casi todos ellos nacidos en Alemania, y la mitad todavía de nacionalidad alemana. Aquellas personas –que pertenecían casi todas a la misma clase media baja que predominaba en el propio movimiento nazi alemán– se vieron inundadas de literatura enviada directamente desde Alemania, de la cual formaban parte incontables toneladas de los *Protocolos* en la edición de Zur Beek, del viejo libro de Wichtl sobre la conspiración judía y la Primera Guerra Mundial, y de la traducción al alemán de *El judío internacional* de Ford. Pero en seguida aparecieron agencias puramente estadounidenses que comerciaban el mismo tipo de propaganda; en 1939 había 120 de ellas. Por lo general eran insignificantes en cuanto a número de afiliados e influencia[256], pero había dos excepciones, dirigidas respectivamente por un sacerdote católico y por un fundamentalista protestante: la Unión Nacional para la Justicia Social y el Frente Cristiano, del padre Charles E. Coughlin, y los Defensores de la Fe Cristiana del reverendo Gerald B. Winrod.

El padre Coughlin, «el cura de la radio», era un converso tardío al antisemitismo[257]. A principios del decenio de 1930 ya había adquirido una reputación nacional como orador radiofónico sobre temas de religión y política, pero los judíos no le interesaban nada. Cuando Roosevelt inició el New Deal, Coughlin le dio su apoyo; sin embargo, en 1935 se había apartado del presidente y atacó furiosamente al New Deal por no ser lo bastante radical. Sinceramente preocupado, parecería, por la miseria masiva causada por la Gran Depresión, e impaciente con la posición moderada de Roosevelt, Coughlin

creó un nuevo partido político, la Unión Nacional para la Justicia Social, que pronto alcanzó al menos los cuatro millones de miembros. Pero la Unión sufrió una derrota desastrosa cuando presentó un candidato a la Presidencia en 1936, y no consiguió el voto electoral de ningún estado. Tras dos años de relativo silencio, en 1938 Coughlin empezó repentinamente a defender en sus comentarios radiofónicos la creación de un Estado corporativo y autoritario. Al mismo tiempo, fundó una nueva organización, el Frente Cristiano, como alianza de cristianos de todas las creencias contra el comunismo y contra la plutocracia, y dejó bien claro que consideraba a Roosevelt el sirviente de esas dos fuerzas.

Coughlin se iba acercando al borde de las arenas movedizas del antisemitismo, pero al final fueron las consideraciones de política exterior las que lo metieron en ellas. En 1938 su periódico, *Social Justice,* se mostraba cada vez más interesado en los asuntos extranjeros, y su actitud era la del aislacionismo más extremista de la época. Además, al igual que muchos otros estadounidenses de origen irlandés, Coughlin odiaba a Gran Bretaña, y por eso era lógico esperar que él y *Social Justice* acabaran por hacerse eco de la propaganda alemana acerca de la conspiración judía mundial. Aquel paso final se dio, efectivamente, en el verano de 1938, en el momento álgido de la crisis de los Sudetes. Al mismo tiempo que justificaba el asalto de Hitler a Checoslovaquia y aullaba contra Churchill, *Social Justice* publicó unos artículos de George S. Viereck, el principal propagandista de la Alemania nazi, que complementó con la publicación de los *Protocolos.* Fue la mayor campaña de esa índole desde la época del *Dearborn Independent,* pues *Social Justice* tenía una tirada de un millón de ejemplares. Además, en noviembre Coughlin fue explicando los *Protocolos* en sus emisiones dominicales, e incluso resucitó la historia de que una empresa judía de Nueva York había financiado la Revolución bolchevique. Según el Instituto Estadounidense de Opinión Pública, tenía un público habitual de 3,5 millones de oyentes, más de dos millones de los cuales lo encontraban convincente. Al final, incluso implicó a su propia iglesia de Royal Oak, Michigan, en su campaña antisemita. Su Santuario de la

Florecita –muy bien situado en la autopista de Detroit y dotado de tiendas de recuerdos, puestos de perritos calientes, una posada y un garaje– atraía a multitudes de turistas y se convirtió en un importante centro de distribución de los *Protocolos*. «El propio Cristo ha patrocinado este librito para vuestra protección», escribía en los folletos, en los que se enumeraban las tiendas que no tenían empleados judíos –aunque se sabe que el patrocinador más inmediato era la Liga de Empresarios Germano-Estadounidenses–.

Pero Coughlin no era representativo del catolicismo estadounidense. El cardenal Mundelein, de Chicago, respondió a su campaña antisemita con la franca declaración de que «no está autorizado para hablar en nombre de la Iglesia católica, y tampoco representa la doctrina ni el sentir de la Iglesia». Otro crítico católico decidido fue Frank Hogan, el presidente del Colegio de Abogados de los Estados Unidos. Pero sus superiores inmediatos no censuraron al turbulento cura, lo cual le dio facilidades para convencer a gran número de católicos de que su voz era efectivamente la voz de la Iglesia. Logró atraer a seguidores fidelísimos, sobre todo entre los católicos menos prósperos y educados de origen irlandés, más de 400 agentes de la policía de Nueva York pertenecían a su Frente Cristiano. El círculo íntimo de sus seguidores comprendía incluso algunos sacerdotes, entre ellos el presidente de la Sociedad Internacional de la Verdad Católica, el reverendo Edward Lodge Curran[258]. Había también 2.000 parroquias dispuestas a vender ejemplares de *Social Justice*.

En total, no cabe duda de que Coughlin logró introducir en la población católica de los Estados Unidos un tipo más virulento de antisemitismo del que se había conocido hasta entonces. Y tampoco cabe duda de que su movimiento sirvió efectivamente a los intereses nazis, aunque él mismo no tuviera vínculos directos con el gobierno de Alemania ni con organizaciones nazis en los Estados Unidos. No por nada la Bund Germano-Americana era uno de los principales distribuidores de *Social Justice,* y el *Der Stümer* de Streicher reproducía pasajes de la publicación, pues *Social Justice* reflejaba muy fielmente las emisiones de onda corta de los

propagandistas de Goebbels. De hecho, en una ocasión Coughlin imprimió gran parte de uno de los discursos importantes del propio Goebbels, y le puso su propia firma; es difícil identificarse más con algo. Nada cambió cuando empezó la guerra en Europa en 1939, ni siquiera cuando dos años después entraron los Estados Unidos en la contienda. Todavía en marzo de 1942, *Social Justice* acusaba a los judíos de haber iniciado la guerra. Aquello acabó con el periódico y con Coughlin, pues en aquel momento intervino el gobierno: se prohibió *Social Justice* y, en respuesta a una iniciativa oficial, el arzobispo de Detroit, impuso por fin silencio a Coughlin.

Como Coughlin, también el fundamentalista protestante Gerald B. Winrod, de Wichita, Kansas, había llegado tarde al antisemitismo. Winrod, predicador por designación propia, sin ninguna formación teológica académica, había fundado en 1925 los Defensores de la Fe Cristiana a fin de combatir el modernismo en la religión. Hasta que Hitler estuvo a punto de tomar el poder no advirtió Winrod –y de manera repentina– que la verdadera causa del modernismo, y en realidad de todos los demás males, era el «bolchevismo judío». Inmediatamente se dedicó a publicar una serie de escritos en los cuales se demostraría la realidad de la conspiración judía mundial a partir del Apocalipsis de San Juan. Ya en 1932 había preparado un libro sobre los *Protocolos* titulado *The Hidden Hand* (La mano oculta). En 1922 se vendieron 22.000 ejemplares de su librito *The Protocols and the Coming Super Man* (Los Protocolos y la llegada del Superhombre), y pronto siguieron *The Truth about the Protocols* (La verdad sobre los Protocolos) y *The Anti-Christ and the Tribe of Dan* (El Anticristo y la tribu de Dan). En 1936 ya se habían impreso casi 100.000 ejemplares de sus libritos antisemitas, mientras que la distribución de sus folletos –de una docena de páginas o menos, distribuidos gratis– era de varios millones; sólo en un mes se repartieron 75.000 ejemplares, sobre todo en las cárceles y los hospitales. La revista mensual *The Defender* tenía 100.000 suscriptores y creó una edición en castellano, *El defensor hispano,* destinada a Puerto Rico, Cuba y México. Winrod *se convirtió* también en uno de los principales

distribuidores de los mismos *Protocolos*. Y como locutor radiofónico, conferenciante y organizador de reuniones acerca de los *Protocolos,* era infatigable.

Si Coughlin se autocalificaba de «la única fuente imparcial de la verdad», Winrod también mantenía que actuaba bajo la inspiración divina; «no cabe duda –escribía en uno de sus folletos– de que éste es uno de los libros más importantes que jamás me ha inspirado a escribir el Espíritu Santo»[259]. Mezclaba sus ataques a los judíos con otros casi igual de virulentos a la Iglesia católica, y hallaba la mayor parte de sus seguidores donde tradicionalmente habían sido siempre más fuertes los sentimientos anticatólicos: en el «Cinturón Bíblico» que iba de Texas a Missouri, y sobre todo en Kansas. Sus partidarios eran por lo general las gentes de los pueblos y del campo, casi siempre pobres y poco instruidas, gentes que escasamente habían visto si acaso a un judío, pero que estaban convencidas de que las grandes ciudades, con sus organizaciones sindicales, sus formas complicadas de vida, sus poblaciones políglotas de inmigrantes recientes, eran, no se sabe cómo, centros de una conspiración judía contra el «americanismo fundamental». Para aquella gente, Winrod tenía un verdadero atractivo: cuando se presentó a senador por Kansas, se consideró necesario iniciar una campaña para «mantener el fascismo fuera de Kansas», e inclusó así logró 54.000 votos en unas elecciones con cuatro candidatos.

De hecho ¿hasta qué punto apoyaba Winrod a los nazis? Cabría pensar que un hombre cuyo horizonte mental estaba circunscrito al Apocalipsis de San Juan tendría pocas simpatías por el neomisticismo *Blut und Boden*[260]*; pero no era así. Desde el principio mismo del régimen nazi, Winrod encomió a Hitler y a Goebbels, citó el *Stürmer* y anunció que «la revolución de Hitler ha salvado a Alemania, y quizá a toda Europa, de una invasión del comunismo judío, dirigida desde Moscú»[261]; a cambio, su libro *The Hidden Hand* se tradujo al alemán. Cuando se inició el proceso de Berna, fue a Alemania y se puso en contacto con Fleischhauer y el Weltdienst. De vuelta a los Estados Unidos, comentó detalladamente el juicio en una serie de artículos que adornaron las páginas del *Defender* de febrero

a julio de 1935, y calificó a los acusados de «buenos patriotas suizos», a Fleischhauer de brillante campeón de la verdad, y al juez de criminalmente parcial. Poco después, el *Defender* comparaba a Adolfo Hitler con Martín Lutero y anunciaba:

> Alemania está sola. De todos los países de Europa, Alemania es el único que ha tenido el valor de desafiar al Ocultismo Masónico Judío, al Comunismo Judío y al Poder Monetario Judío internacional[262].

Aunque Winrod representaba para la democracia estadounidense una amenaza menor que el padre Coughlin y ni siquiera empezó a organizar un movimiento político, no obstante, dentro de sus límites, aquel predicador ultraprotestante prestó más servicios a la causa nazi que el cura católico. La prensa alemana lo calificaba del «Streicher estadounidense», e hizo todo lo posible por merecer ese título.

No vale la pena exagerar la importancia de los innumerables grupos antisemitas que surgieron en Estados Unidos en el decenio de 1930; ninguno de ellos tuvo la menor oportunidad de provocar una gran conmoción, y mucho menos la revolución de la que hablaban, pero no por eso carecen totalmente de importancia histórica. Con sus libros y folletos, sus emisiones de radio y sus conferencias, infundieron en un público de varios millones de personas la idea de que el New Deal era un reinado del terror impuesto por los judíos a la población de los Estados Unidos. Publicaban titulares catastrofistas como: «Minnesota al borde del abismo rojo mientras el asesinato aterra a los electores»; «Un dictador se cierne sobre los Estados Unidos; los rojos concentran sus energías tras el déspota projudío»; «En Estados Unidos existe una lista de los enemigos del bolchevismo judío a los que asesinar». Incluso la campaña contra la sífilis se presentaba como parte de la conspiración: «... todo este plan lleva a la inoculación generalizada de los gentiles con gérmenes sifilíticos de vacuna»[263]. Aunque eran pocos quienes creían a pies juntillas en la conspiración judía mundial, no cabe duda de que eran muchos los desorientados por aquella constante agitación de ansiedades muy profundas y escasamente

conscientes.

Entre los que se encargaban de la agitación había algunos que se mostraban ansiosos por emplear la violencia física. William Dudley Pelley, jefe de los Camisas de Plata, esperaba «un baño de violencia», y «el mayor pogromo de la historia»; William Zachery, su segundo, gritó en un mítin público: «Quiero que todos vayáis a conseguiros armas, y quiero que todos consigáis cantidad de municiones». Otro propagandista antisemita, James B. True, escribía en su publicación *Industrial Control Report:*

> Exhorten a sus representantes en el Congreso a que se opongan a todas las leyes de control y de registro de armas. Recuerden que la Constitución da a todos los ciudadanos de los Estados Unidos el derecho de portar armas y, si los indicios no fallan, vamos a necesitar ese derecho[264].

Una entrevista que concedió aquel mismo individuo al reverendo Dr. L. M. Birkhead, director nacional de los Amigos de la Democracia, revela con total candor un estado de ánimo que, como sabemos ahora, era el de muchos de los propios jefes nazis:

> Observé que True tenía el aspecto y la determinación del fanático. Esparcidos por su mesa de trabajo había seis palos que parecían ser mangos de hacha. Cuando los examiné, vi que tenían una correa de cuero a un extremo, y se parecían mucho a las porras de la policía. Cuando el señor True me empezó a explicar que tenía en el Sur una organización militante a la que estaba equipando con armas para matar a los judíos, empecé a comprender para qué eran aquellas «porras de bolsillo». Eran los «matajudíos» del señor True.
>
> «¿Qué quiere usted hacer con su organización?», pregunté al señor True.
>
> Rápido como el rayo replicó: «Derrotar al único enemigo verdadero que tienen hoy los Estados Unidos». Ese enemigo, según parece, es el comunismo judío que el New Deal trata de imponer a los Estados Unidos.
>
> «Quizá tengamos que hacer algo más militante que votar», dijo el señor True con el énfasis de quien cree que habría que sustituir las urnas por las armas.
>
> Le pregunté qué significaba exactamente eso de ser más militante.
>
> «Lo que quiero decir es que quizá las cosas hayan ido demasiado

lejos para que podamos salvar al país por medios políticos», replicó True. «... No veo más salida que un pogromo. Tenemos que matar a los judíos. A ésos los votos no les importan nada.»

«¿Podría preguntarle, señor True, si no simplifica demasiado el problema?», dije a modo de interrupción. «Supongamos que pudiéramos poner a los quince millones de judíos contra una pared y fusilarlos. Seguiríamos teniendo... los mismos problemas de siempre.»

True contestó: «Ahí es donde se equivoca usted. Nuestro problema es muy sencillo. Si nos deshacemos de los judíos estaríamos en el camino hacia la Utopía mañana mismo. Los judíos son el origen de todos nuestros problemas. Es algo evidente para cualquiera que haya estudiado este problema, y yo lo he estudiado muy a fondo. ¿Quién está tratando de destruir nuestra Constitución y la forma americana de gobierno? El judío. Fíjese en la forma en que contratan los judíos a esos "negrazos" para que ataquen a las mujeres blancas en el Sur. Y eso está en el Talmud. El Talmud enseña al judío que eso está bien... El comunismo es la parte principal de la conspiración judía hoy día. No hay más que ver Rusia, donde son los judíos los que gobiernan».

«Quiero despedirme de usted con una idea», dijo el señor True cuando me levanté para marcharme. «Predigo un pogromo en América. No veo cómo puede evitarse»[265].

Es de reconocer que los grupos encabezados por Pelley y por True eran insignificantes, pero la misma actitud se encuentra incluso entre algunos elementos del Frente Cristiano del padre Coughlin. En la primavera y el verano de 1939, mientras Hitler se preparaba para iniciar su guerra, los sicarios de Coughlin advertían a grandes públicos en Nueva York que era inminente un golpe comunista-judío, que cualquier día podían despertarse y ver que por las calles corría la sangre: «¡Sangre cristiana, vuestra sangre, la sangre de muchachos cristianos y dirigentes cristianos!»[266]. Se utilizaba aquel peligro imaginario para justificar la matanza. George van Nosdall, que era uno de los organizadores de Coughlin, dijo en un mitin del Frente Cristiano: «Muchachos, vamos a ponernos al trabajo. Yo estoy listo para poner a esos malditos judíos contra el paredón». En otro mitin vociferó:

Cuando acabemos con lo que les vamos a hacer a los judíos en América les va a parecer que el trato que les han dado en Alemania

no era nada... Pronto correrán las tripas judaicas por las calles de Nueva York.

Otro organizador incluso encargaba a su público: «Cuando estéis en una multitud, gritad: "¡A matar al judío!"»[267].

Claro que todas estas frases, en un país como los Estados Unidos, eran pura palabrería, pero merece la pena señalar, no obstante, que incluso en los Estados Unidos muchos de los que se ocupaban de los *Protocolos* eran precisamente el tipo de personas que bajo el régimen nazi se convirtieron en los organizadores y los ejecutores del genocidio.

Las operaciones del Weltdienst se extendían también a Sudamérica, especialmente a Argentina. Una comisión encargada de investigar las actividades antiargentinas se sintió alarmada al averiguar, en 1943, hasta qué punto los alemanes residentes se habían dejado utilizar por Erfurt como distribuidores de los *Protocolos.* Martínez Zuviría, futuro ministro de Justicia bajo Perón, escribió dos libros, *Oro* y *Kahal,* sobre la conspiración judía mundial, y puntualmente la comunidad alemana le rindió homenaje. Algunos clérigos católicos cooperaron de buena gana en aquella propaganda, que una vez más adoptó los matices religiosos que había poseído en los días de monseñor Meurin. La revista mensual *Clarinada* escribía en agosto de 1937:

Clarinada combate a los judíos por ser los inventores, los jefes y los sicarios del comunismo en todo el mundo. *Clarinada* combate a los judíos porque –siguiendo las directrices de los Sabios de Sion– corrompen la moral cristiana y estimulan los vicios y los defectos humanos a fin de aniquilar la conquista espiritual de la humanidad causada por Jesucristo, la primera víctima de los deicidas[268]*.

Un año después, *Clarinada* se ganó una cita en *Der Stürmer* al sugerir un remedio:

Es una lástima que no se esté enterrando vivos a todos los judíos sin distinción, de modo que por fin pueda reinar la paz entre la gran familia argentina[269].

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, los *Protocolos* gozaban todavía de más favor incluso que en 1920, antes de que se los desenmascarase por primera vez. En los países de Europa oriental, donde había grandes minorías judías e importantes movimientos fascistas, el mito de la conspiración judía mundial constituyó un tema constante de propaganda y de debate político. En Polonia, la Falanga de Piasecki intentó en octubre de 1937 detener al presidente Moscicki y matar a todos sus colaboradores más o menos liberales so pretexto de que eran agentes de la judeomasonería internacional[270]. Pero, sobre todo, aquellas fantasías las invocaban los gobiernos que eran aliados de la Alemania nazi o dependían de ella, y así ocurría incluso en países en los que no había judíos.

En España hacía más de cuatro siglos que no había judíos, pero eso no impidió a los nacionales presentar la Guerra Civil como un combate contra la judeomasonería[271]; sus periódicos llevaban titulares en el sentido de que «Nuestra guerra es una guerra contra el judaísmo», y asombraban a sus lectores con historias del poder, la riqueza y la astucia prodigiosas de un gobierno judío al que nunca se había mencionado antes. Fuera de España, aquella propaganda tuvo un éxito enorme entre sectores simpatizantes del general Franco; así, entre los seguidores del padre Coughlin era común decir que las fuerzas de la República española representaban el poderío asediado de los Sabios de Sion. Y años después, en octubre de 1944, cuando ya había muerto la mayoría de los judíos del continente europeo, una radio oficial española, dependiente de Falange, seguía proclamando: «El peligro judío no es una fantasía sin fundamento... No hay nada más urgente que combatir al comunista y al judío»[272].

El caso de Japón fue el más extraño de todos, pues en aquel país los judíos eran algo tan completamente desconocido que nadie podía imaginarse qué clase de seres eran. Sin embargo, Hitler había dicho en *Mein Kampf* que el judaísmo «teme la presencia de un Estado nacional japonés en su reino milenarista judío y desea que la ruina de ese Estado preceda al establecimiento de su propia dictadura»[273], y bastaba con aquella sugerencia. El Gobierno japones necesitaba alguna

excusa para justificar a los ojos del mundo su ataque contra China, y el mito de la conspiración judeo-masónica constituía esa excusa. Según Fujivara, delegado japonés en el congreso del Weltdienst de 1938,

> la judeomasonería está obligando a los chinos a convertir a China en la punta de lanza de un ataque al Japón, y con ello obliga al Japón a defenderse contra esa amenaza. El Japón no está en guerra con China, sino con la masonería, representada por el general Chiang Kai-shek, sucesor de su amo, el masón Sun Yat-sen.

La guerra de China llevaba «el signo sagrado del sacrificio»; los soldados japoneses no morían por ningún interés nacional estrecho, sino en aras de todo el mundo, por «salvar [al cual] de las garras judeo-masónico-bolcheviques» luchaban. La conclusión era obvia: «¡No nos abandonéis a quienes somos el baluarte aislado del Extremo Oriente!»[274]. Entre tanto, también visitaba el Tercer Reich el general japonés Shioden, que se ponía en contacto con Streicher y el Weltdienst y visitaba el museo antimasónico de Núremberg. Resultó ser un buen alumno, pues en julio de 1939 el *Stürmer* publicaba orgulloso una carta suya:

> Celebro informaros de que la copiosa información y el material que reuní durante mi estancia en Alemania ya está traducido al japonés por expertos. Esto contribuirá a la ilustración de los japoneses sobre el plan judío de dominación del mundo...[275].

Ahí ya se entra en el terreno de la farsa, pero es característico de la historia de los *Protocolos* que se pase constantemente de la farsa a la tragedia más sombría. Ya hemos visto cómo, de los hombres que propalaron los *Protocolos,* algunos eran auténticos *pogromoshchiki* en su fuero interno que esperaban ansiosos la oportunidad de organizar matanzas[276]. Que tuvieran o no la oportunidad dependió totalmente de lo que ocurrió en sus países durante la Segunda Guerra Mundial. En las democracias en guerra, aquella gente cayó en el olvido –cuando no desapareció en la cárcel–, pero en las partes de Europa en las que los jefes nazis lograron llevar a la práctica sus planes de genocidio, varias figuras

zarrapastrosas, conocidas hasta entonces únicamente como editores o impresores de los *Protocolos,* se vieron transformadas súbitamente en importantes administradores, con la responsabilidad de formular y aplicar leyes antisemitas. Igual que antes, pero en una escala mucho más amplia, el mercader de los *Protocolos* se convirtió en mercader de la muerte. Merece la pena contemplar brevemente algunos casos.

En Francia, el campeón más activo de los *Protocolos* en los años inmediatamente anteriores a la guerra había sido un tal Darquier de Pellepoix. Como mero *monsieur* Darquier, aquel hombre tenía tras de sí toda una carrera de fracasos hasta que se dedicó a la política antisemita. Había tenido un buen puesto en una empresa francesa en Amberes, pero lo despidieron por especular contra el franco. Repuesto, lo enviaron a Londres, pero allí lo detuvieron por embriaguez y escándalo público. Después emigró a Australia, donde se compró un rancho de ovejas, pero quebró. De vuelta a Francia, se vio implicado accidentalmente en la manifestación derechista del 6 de febrero de 1934, y tuvo la suerte de quedar herido en los desórdenes, puesto esto le dio la feliz idea de fundar una «Asociación de Heridos el 6 de febrero». Añadió a su apellido las palabras «de Pellepoix», se puso un monóculo e inició una campaña antisemita cuya violencia fue muy superior a cualquier acto organizado por Action Française. Aquello le dio una cierta fama, pues en 1935 salió elegido concejal de París como representante del distinguido distrito de Ternes.

Después, Darquier fundó un nuevo movimiento, el Rassemblement Antijuif de France, con un programa copiado de la legislación antisemita promulgada en el Tercer Reich. A los judíos franceses había que privarlos del derecho de voto y excluirlos de la administración y de las fuerzas armadas, y las propiedades de las organizaciones judías debían confiscarse en beneficio de «la comunidad francesa arruinada por la política judeo-masónica». Pero el programa contenía además un punto más vago y todavía más amenazador: «La expulsión de todos los judíos que puedan contaminar la salud moral o física de la nación»[277]. Lo que aquello significaba en realidad se reveló en una declaración pública que hizo Darquier en mayo de 1937:

«La cuestión judía debe resolverse, y con toda urgencia: o se expulsa a los judíos o habrá que matarlos a todos»[278].

En aquella época, eran pocos los que se pudieran tomar en serio una afirmación así, pero uno de esos pocos era el propio Darquier, que hizo todo lo posible por ir abriendo el camino. En los dos últimos años de paz, el Rassemblement Antijuif de France se concentró en publicar y distribuir obras sobre la conspiración judía mundial. Fue en las asambleas organizadas por Darquier en 1937 donde primero se distribuyó en Francia el folleto canadiense *La clave del misterio,* y sobre todo, la revista quincenal del movimiento, *La France enchainée,* publicaba constantemente anuncios de los *Protocolos,* «libro profético que debería leer todo francés». Todo el que consiguiera cinco suscripciones a la revista recibía, en premio, cinco ejemplares gratuitos de los *Protocolos,* y en 1938 apareció el orgulloso anuncio de que

> El Rassemblement Antijuif acaba de publicar una edición anotada de los *Protocolos de los Sabios de Sion* al precio de dos francos. Se ha puesto este precio bajísimo para que todos los franceses puedan reconocer las maquinaciones del Enemigo N.° 1: el judío... Al publicar esta nueva edición nos dirigimos a todos los franceses que no estén totalmente cloroformizados o castrados. ¡Francia debe despertar![279].

No fue coincidencia que aquel anuncio se publicara en el momento más grave de la crisis de Múnich. A lo largo de agosto y septiembre de 1938, *La France enchainée* publicó artículos con titulares como «Peligro de Guerra: conspiración judeorrusa en Checoslovaquia»; «Se acerca la guerra, la guerra de los judíos»; «¿Osarán los judíos desencadenar la guerra mundial?». La publicación de la nueva edición de los *Protocolos* fue acompañada del anuncio siguiente:

> Es el judaísmo el que ha creado el frente democrático. Es el judaísmo el que ha sacado a los Estados Unidos de su espléndido aislamiento. Es el judaísmo el que quiere la guerra. ¿Francia soldado del judío? ¡No! Todo el mundo ha de proclamar la verdad[280].

De hecho, bajo la máscara del patriotismo, Darquier servía a los intereses del Tercer Reich, y los nazis lo sabían

perfectamente: su recompensa inmediata fue el aplauso del *Völkischer Beobachter*. También las autoridades francesas lo sabían. Los efectos de la propaganda de Darquier fueron tan considerables, sobre todo en Alsacia, que el gobierno francés tuvo que adoptar la medida, que en aquella época era extraordinaria, de limitar la libertad de prensa. El 25 de abril de 1939 se promulgó un decreto por el que se prohibía, bajo pena de multa o de cárcel, toda la propaganda antisemita. Darquier se vio procesado y condenado a tres meses de cárcel. En el tribunal gritó: «He intentado combatir la invasión judía que está sumergiendo a Francia».

Fue la guerra la que le dio su oportunidad. Como capitán del ejército se volvió a ver encarcelado por propaganda subversiva, pero salió en libertad a tiempo para que lo capturasen los alemanes, que tuvieron el buen sentido de ponerlo en libertad inmediatamente. En las nuevas circunstancias Darquier hizo una rápida carrera política, y en el segundo gabinete Laval (mayo de 1942) fue designado comisario general de Asuntos Judíos, como sucesor de Xavier Vallat. Con ese cargo, supervisó la deportación de los 9.000 judíos extranjeros que se entregaron a los alemanes[281]. Al final de la guerra lo juzgaron en rebeldía y lo sentenciaron a muerte, pero logró abrirse camino hasta España.

En Italia, la historia de los *Protocolos* va inextricablemente unida al nombre de Giovanni Preziosi[282]. El antisemitismo político era algo desconocido en Italia antes de la Primera Guerra Mundial[283], y cuando el antiguo sacerdote Preziosi se dedicó a la propaganda política durante la guerra tampoco le preocupaban las maquinaciones judías, sino las alemanas. En un libro que publicó en 1916, titulado *La Germanía alla conquista dell'Italia,* aducía que Alemania dominaba a Italia por medio de la gran banca comercial. Hasta después de la guerra no decidió que aquel mismo banco era en realidad judío e instrumento de una conspiración judía. A partir de 1920, la revista de Preziosi *La vita italiana* se dedicó a argumentar que tanto las democracias internacionales como la masonería, el socialismo internacional y el bolchevismo eran medios por los que un poder judío oculto trataba de someter al mundo, pero

en especial a las naciones más pobres y más dinámicas, a los intereses judíos. ¿Quién podía negar que de los tres estadistas que se habían opuesto en Versalles a las reivindicaciones de Italia, dos –Wilson y Clemenceau– estaban en manos de los judíos, mientras que uno –Lloyd George (!)– era él mismo judío? Y ¿qué eran todas aquellas maniobras sino las manifestaciones más recientes de una conspiración que databa por lo menos de la destrucción del Templo en el año 70 después de Cristo?

En 1921 Preziosi publicó una traducción de los *Protocolos,* y a partir de 1922, él y su revista quedaron firmemente integrados en la red internacional. Así, el número de agosto de 1922 de *La vita italiana* contenía un artículo del propio Preziosi en el que se justificaba el asesinato de Rathenau; otro artículo firmado «P. Praemunitus», que era el título de la primera edición estadounidense de los *Protocolos,* y sobre todo un artículo titulado «Los judíos, la pasión y la resurrección de Alemania (Pensamientos de un alemán)», que iba firmado por «Un bávaro», y que hoy día se sabe que era del propio Adolfo Hitler. De hecho, Preziosi fue el único publicista de Italia que desde un principio aceptó plenamente a Hitler y el nazismo. Incluso los fascistas en general tenían considerables reservas acerca de aquel movimiento afín, pero infinitamente más implacable, que iba extendiendo su poder al norte de los Alpes. En particular, no eran antisemitas, y se escandalizaron mucho cuando en 1933 los nazis empezaron a revelar hasta dónde llegaba su brutalidad. En cambio, a Preziosi no le escandalizaba nada.

Durante dieciocho años Preziosi y el grupito en torno a *La vita italiana* estuvieron aislados y no fueron muy eficaces. Incluso cuando se reeditaron los *Protocolos,* en 1937, las librerías se negaron a encargarlos y la prensa a reseñarlos. Después, en 1938, Mussolini decidió que a fin de dar verdadera solidez a la alianza con Alemania era indispensable iniciar una campaña antisemita, y la vida de Preziosi cambió de la noche a la mañana. Ahora había varios periódicos importantes que prestaban una atención favorable a los *Protocolos,* y pronto la obra recibió el patrocinio oficial del servicio italiano de

propaganda exterior, el Comité de Acción por la Universalidad de Roma. Aquel mismo año Preziosi era nombrado ministro de Estado.

Pero fue el armisticio italiano de septiembre de 1943 lo que llevó a Preziosi a la cumbre de su carrera. Había caído Mussolini, y los alemanes trataban de formar un nuevo gobierno en la parte de Italia que ocupaban. Preziosi fue a Alemania e impresionó tanto a Rosenberg que éste lo eligió como su candidato para presidir el nuevo gobierno. Aquellas esperanzas se desvanecieron cuando los alemanes rescataron a Mussolini del cautiverio aliado y lo instalaron como jefe del ejecutivo. Pero Preziosi tenía otros recursos. Empezó a hacer emisiones de radio para Italia en las que culpaba de la capitulación a la conspiración judeo-masónica y exigía una «purga» de la masonería y una «solución integral de la cuestión judía». Además, envió a Mussolini una carta de las que el Duce debe haber recibido pocas, en la que le advertía de las consecuencias de no hacer frente a la «conspiración»; también envió copia a Hitler. Mussolini cedió, y en marzo de 1944 nombró a aquel individuo –a quien siempre había despreciado y detestado– inspector general de Razas. Aquel mismo año, más tarde, Preziosi recibió además el rango de embajador.

Al principio, Preziosi concentró sus esfuerzos en introducir en la República Social Italiana –nombre del régimen de Mussolini en el norte de Italia– leyes por las que se confiscaban las propiedades de los judíos, se los excluía –junto a los semijudíos– de la administración pública y se prohibían los matrimonios mixtos. No tuvo éxito, y reaccionó en *La vita italiana* denunciando que la República estaba en manos de masones que actuaban en pro de los judíos. Pero, de hecho, todo aquello no era sino el preparativo de un plan mucho más siniestro.

En junio de 1944 Preziosi presentó a Mussolini un memorando en el que lo exhortaba a que convirtiera su Inspección en una versión italiana de la Gestapo, con facultades ilimitadas para llevar a cabo actividades policíacas en toda la República y para exigir la colaboración de todas las autoridades públicas y las formaciones militares. Era algo,

anunciaba, que imponían las «injusticias» que ocurrían a diario en la República. Lo que él pensaba era que el pueblo italiano estaba ayudando a los judíos a evadirse de la deportación y del exterminio a manos de los alemanes. Si hubiera logrado lo que se proponía, no cabe duda de que el número de judíos italianos muertos habría sido superior al que fue (se calcula en unos 10.000, sobre una población judía total de 25.000); pero al final Mussolini decidió dejar a los alemanes que se las arreglaran por sí sólos. El gobierno de la República seguía debatiendo aquel asunto en la primavera de 1945, cuando cayó derrocado por una insurrección popular. Para evitar que la multitud lo matara, Preziosi se suicidó.

Darquier y Preziosi no actuaban por su cuenta; ambos estaban al servicio de gobiernos que no estaban interesados en matar judíos, lo cual limitaba mucho sus propias actividades. Su homólogo húngaro László Endre se encontró en una posición más afortunada, tras unos comienzos igual de oscuros[284]. A lo largo del decenio de 1930, Endre participó activamente en la propaganda antisemita, y poco antes de que estallara la guerra publicó un libro dedicado enteramente a «demostrar» la autenticidad de los *Protocolos;* pero nunca alcanzó la más mínima importancia política mientras Hungría conservó su independencia. Incluso después de que Hungría entrase en la guerra como aliada de Alemania, el regente, el almirante Horthy, se negó totalmente a permitir que los alemanes deportasen y exterminasen a los judíos, aunque estaba dispuesto a permitir que los húngaros los hostigasen algo. Pero en marzo de 1944 Horthy adoptó medidas para retirar las tropas húngaras del frente ruso, lo cual llevó a la inmediata ocupación de Hungría por el ejército alemán y a la imposición de un nuevo gobierno totalmente sumiso. Además, llegó Eichmann, que se lanzó a la tarea de deportar a los 800.000 judíos húngaros. Su colaborador húngaro más íntimo fue Endre, ahora secretario de Estado y encargado por el nuevo gabinete de esa tarea tan grata. El 15 de mayo, día de las primeras deportaciones, Endre inauguró en Budapest un Instituto de Investigaciones Raciales, y aprovechó la oportunidad para declarar que «el Gobierno ha decidido

solucionar la cuestión judía de una vez para siempre, y en el menor tiempo posible». Hizo lo que pudo, y fue en gran parte gracias a su energía a lo que se debió que en seis semanas se enviara en trenes de mercancías a 450.000 judíos a las cámaras de gas de Auschwitz: cien en cada vagón, sin agua ni comida para un viaje de tres días y tres noches.

Al final de la guerra Endre fue ejecutado. Según otro húngaro de ideas parecidas, la noche en que fue ejecutado, el 21 de marzo de 1946, envió el siguiente mensaje de despedida:

> Los *Protocolos de los Sabios de Sion* son verdaderos... Los medios de establecer un reinado mundial están en manos [de los judíos] y éstos destruirán todo lo que pueda constituir un obstáculo al nuevo Estado mundial... La política judía consiste en *exterminar* no sólo a quienes han hecho algo, sino *incluso a quienes todavía podrían hacer algo o podrían haber hecho algo*...[285].

Ésa era la Internacional Antisemita en la época nazi. No cabe duda de que los hombres a quienes hemos estudiado se veían impulsados por todo género de motivos. Algunos creían que la administración de la matanza era una oportunidad única de ejercer el poder y gozar de prestigio; otros ansiaban apropiarse de las pertenencias de los muertos; y otros eran sádicos que buscaban la gratificación en la persecución, la tortura y la muerte de personas indefensas. Todo ello es cierto, pero hay un hecho innegable: detrás de las matanzas existía un ciego fanatismo inspirado en gran parte por los *Protocolos* y por el mito de la conspiración judía mundial. Una vez tras otra se encuentra uno con el mismo clima extraño y apocalíptico, con las sugerencias de una descomunal batalla final en la que se eliminará a las huestes demoníacas, el mundo quedará liberado del pulpo que lo estrangula y nacerá una nueva era. Ese clima es inconfundible en muchos de los discursos y escritos políticos de la época. Pero para hallar su manifestación suprema y más ingenua hay que dejar de lado esas expresiones –que después de todo nunca podían ser del todo francas– y pasar a una novela publicada en 1937 por un escritor francés que más tarde colaboraría en Francia con los nazis, Ferdinand Céline. En *Bagatelles pour une massacre,* Céline jura que los *Protocolos* y el *Discurso del Rabino* son auténticos, y continúa:

Recordemos, por placer y para acordarnos, las principales disposiciones de los *Protocolos*... No puede haber nada más tonificante para un ario que el leerlas... Hacen más por nuestra salvación que miles de plegarias...

¿Sabéis que todo el poder ejecutivo de todos los judíos del mundo se llama la «Kahal»?... Asamblea de los Sabios de Israel... Nuestro destino... depende totalmente del buen favor de los grandes judíos, «los grandes ocultos». No resulta estúpido pensar que nuestro destino sigue debatiéndose, sin duda, en los consistorios de la Kahal, tanto como en las logias masónicas, y de hecho mucho más.

En resumen, franceses... iréis a la guerra en el momento que decida el barón de Rothschild... en el momento fijado de pleno acuerdo con sus soberanos primos de Londres, Nueva York y Moscú...

¡Quiero algo sólido!... ¡Realidades!... ¡Los que de verdad son responsables!... ¡Tengo hambre!... ¡Un hambre enorme!... ¡Un hambre mundial! Un hambre de revolución... un hambre de conflagración planetaria... ¡de movilización de todos los mataderos del mundo! ¡Un apetito que sin duda es divino, divino, divino! ¡Bíblico![286].

El propio Céline era un cuasi paranoico, y por ese mismo motivo veía con perfecta claridad lo que ocurriría si alguna vez los creyentes en los *Protocolos* alcanzaban el poder absoluto. A su entender, los *Protocolos* eran una justificación del genocidio; y en eso precisamente se convirtieron.

---

254. La obra de L. W. Bondy, *Racketeers of Hatred,* sigue siendo una valiosa fuente de información acerca de las personalidades de la Internacional Antisemita, entre ellas Beamish y Arcand.

255. Respecto a Estados Unidos, véase: D. Strong, *Organized Anti-Semitism in America,* Washington, 1941, Copyright Public Affairs Press; J. R. Carlson, *Under Cover,* Nueva York, ed. de 1943; y O. J. Rogge, *The Official German Report.*

256. Los Camisas de Plata de William Dudley Pelley llegaron a contar con 15.000 miembros en un año (1933-1934), pero desaparecieron rápidamente cuando en 1935 Pelley se vio procesado y condenado por vender acciones sin valor.

257. Acerca de Coughlin, véase C. J. Tull, *Father Coughlin and the New Deal,* Syracuse University Press, New York, 1965.

258. También incluía al inevitable ruso «blanco» George Agayeff.

259. Citado en Strong, *op. cit.,* pág. 72.

260 * «Sangre y tierra»: Término para definir la pertenencia a un grupo en función de su linaje *(Blut)* y de su territorio *(Boden)* (N. del Editor).

261. Citado en Rogge, *op. cit.,* pág. 213.

262. *lbid.,* pág. 214.

263. Citado en Strong, *op. cit.,* pág. 160.

264. Las observaciones de Pelley, Zachery y True se citan en Strong, *op. cit.,* págs. 152-157.

265. Strong, *op. cit.,* págs. 124 y ss.

266. Citado en Carlson, *op. cit.,* pág. 60.

267. Strong, *op. cit.,* pág. 158.

268 * Retraducido del inglés. *(N. del T.)*

269. Citado en Bondy, *op. cit.,* págs. 242-243.

270. Véase L. Blit, *The Eastern Pretender,* Londres, 1965, págs. 70-72.

271. Es cierto que tras la gran expulsión de 1492 quedaron en España cantidades cada vez menores de criptojudíos «marranos». Pero, evidentemente, los nacionales no pensaban en ellos.

272. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 211.

273. Hitler, *Mein Kampf,* pág. 724.

274. Citado en H. Rollin, *L'Apocalypse de notre temps,* pág. 514.

275. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 246.

276. Ésa era la tendencia incluso en Inglaterra. La Unión Británica de Fascistas de Mosley era más bien neutra acerca de los *Protocolos,* y aunque su antisemitismo era real, nunca fue del tipo exterminador. Pero los *Protocolos* aportaron la base ideológica de la Liga Fascista Imperial (mucho más extremista y numéricamente insignificante), cuyo jefe era Arnold Leesse, con estrechos contactos con los nazis y claramente partidario de gasear a todos los judíos. Leesse, dicho sea de paso, también propagó el mito de los asesinatos rituales (C. Cross, *The Fascists in Britain,* Londres, 1961, págs. 153-154).

277. El programa figura en Rollin, *op. cit.,* pág. 556.

278. Reproducido en el periódico francés *La Lumière,* de 22 de mayo de 1937.

279. Citado en Rollin, *op. cit.,* pág. 556.

280. *Ibid.,* pág. 555.

281. Al final, Laval se negó a entregar a los judíos franceses. Los judíos franceses que perecieron (unos 85.000) fueron sobre todo los que tomaron los propios alemanes en la Zona Ocupada.

282. Acerca de Preziosi, véase R. De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo,* Turín, 1961, págs. 54-64 y 502-518.

283. El antisemitismo clerical relacionado sobre todo con *La Civiltà Cattolica* no tuvo influencia en la política nacionalista.

284. Acerca de Endre, véase J. Weidlein, *Der ungarische Antisemitismus,* Schorndorf, 1962, págs. 166 y ss.; y E. Levai, *Black Book on the Martyrdom of Hungarian Jewry,* Zúrich y Viena, 1948.

285. L. Marschalko, *The World Conquerors,* trad. A. Soranyi, Londres, 1958, pág. 241.

286. F. Céline, *Bagatelles pour une massacre,* París, 1937, págs. 277-289. En abril de 1938 la revista literaria francesa más distinguida, la *Nouvelle revue française,* publicó una crítica de Marcel Arland en la que se elogiaba el libro por su «eficacia» y como buen ejemplo de la elocuencia francesa: destacó, para elogiarlo en especial, un pasaje en el que se evocaban los asesinatos rituales.

. Respecto a Estados Unidos, véase: D. Strong, *Organized Anti-Semitism in America,* Washington, 1941, Copyright Public Affairs Press; J. R. Carlson, *Under Cover,* Nueva York, ed. de 1943; y O. J. Rogge, *The Official German Report.*

. La obra de L. W. Bondy, *Racketeers of Hatred,* sigue siendo una valiosa fuente de información acerca de las personalidades de la Internacional Antisemita, entre ellas Beamish y Arcand.

. Acerca de Coughlin, véase C. J. Tull, *Father Coughlin and the New Deal,* Syracuse University Press, New York, 1965.

. Los Camisas de Plata de William Dudley Pelley llegaron a contar con 15.000 miembros en un año (1933-1934), pero desaparecieron rápidamente cuando en 1935 Pelley se vio procesado y condenado por vender acciones sin valor.

. Citado en Strong, *op. cit.,* pág. 72.

. También incluía al inevitable ruso «blanco» George Agayeff.
267
262
259

. Las observaciones de Pelley, Zachery y True se citan en Strong, *op. cit.,* págs. 152-157.

. Citado en Strong, *op. cit.,* pág. 160.

. Citado en Carlson, *op. cit.,* pág. 60.

. Strong, *op. cit.,* págs. 124 y ss.

* Retraducido del inglés. *(N. del T.)*

. Strong, *op. cit.,* pág. 158.

. Citado en Bondy, *op. cit.,* págs. 242-243.

* «Sangre y tierra»: Término para definir la pertenencia a un grupo en función de su linaje *(Blut)* y de su territorio *(Boden)* (N. del Editor).

. *lbid.,* pág. 214.

. Citado en Rogge, *op. cit.,* pág. 213.
263
282
279
276

. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 246.

. Citado en H. Rollin, *L'Apocalypse de notre temps,* pág. 514.

. El programa figura en Rollin, *op. cit.,* pág. 556.

. Ésa era la tendencia incluso en Inglaterra. La Unión Británica de Fascistas de Mosley era más bien neutra acerca de los *Protocolos,* y aunque su antisemitismo era real, nunca fue del tipo exterminador. Pero los *Protocolos* aportaron la base ideológica de la Liga Fascista Imperial (mucho más extremista y numéricamente insignificante), cuyo jefe era

Arnold Leesse, con estrechos contactos con los nazis y claramente partidario de gasear a todos los judíos. Leesse, dicho sea de paso, también propagó el mito de los asesinatos rituales (C. Cross, *The Fascists in Britain,* Londres, 1961, págs. 153-154).

. Citado en Rollin, *op. cit.,* pág. 556.

. Reproducido en el periódico francés *La Lumière,* de 22 de mayo de 1937.

. Es cierto que tras la gran expulsión de 1492 quedaron en España cantidades cada vez menores de criptojudíos «marranos». Pero, evidentemente, los nacionales no pensaban en ellos.

. Véase L. Blit, *The Eastern Pretender,* Londres, 1965, págs. 70-72.

. Hitler, *Mein Kampf,* pág. 724.

. Citado en Bondy, *op. cit.,* pág. 211.

. F. Céline, *Bagatelles pour une massacre,* París, 1937, págs. 277-289. En abril de 1938 la revista literaria francesa más distinguida, la *Nouvelle revue française,* publicó una crítica de Marcel Arland en la que se elogiaba el libro por su «eficacia» y como buen ejemplo de la elocuencia francesa: destacó, para elogiarlo en especial, un pasaje en el que se evocaban los asesinatos rituales.

. L. Marschalko, *The World Conquerors,* trad. A. Soranyi, Londres, 1958, pág. 241.
268

. *Ibid.,* pág. 555.
286

. Acerca de Preziosi, véase R. De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo,* Turín, 1961, págs. 54-64 y 502-518.

. Al final, Laval se negó a entregar a los judíos franceses. Los judíos franceses que perecieron (unos 85.000) fueron sobre todo los que tomaron los propios alemanes en la Zona Ocupada.

. Acerca de Endre, véase J. Weidlein, *Der ungarische Antisemitismus,* Schorndorf, 1962, págs. 166 y ss.; y E. Levai, *Black Book on the Martyrdom of Hungarian Jewry,* Zúrich y Viena, 1948.

. El antisemitismo clerical relacionado sobre todo con *La Civiltà Cattolica* no tuvo influencia en la política nacionalista.
255
258

280
283
260
257
265
273
272
278
281
269
285
266
256
271
254
284
264
274
277
261

Apéndices

I. El *Discurso del Rabino*[287]

Sobre este antecedente de los *Protocolos,* véanse págs. 46-49[288]*.

Nuestros padres han legado a los elegidos de Israel el deber de reunirnos una vez al siglo en torno a la tumba del Gran Maestre Caleb, el santo rabino Simeón ben Jehuda, cuyo conocimiento da a los elegidos de cada generación poder sobre toda la Tierra y autoridad sobre todos los descendientes de Israel.

Desde hace dieciocho siglos Israel está en guerra con ese poder que primero se le prometió a Abraham, pero que la Cruz le arrebató. Pisoteado, humillado por sus enemigos, viviendo siempre bajo la amenaza de muerte, de persecución, de violación, y de todo tipo de violencia, el pueblo de Israel no ha sucumbido, y si está disperso por toda la Tierra es porque ha de heredar toda la Tierra.

Nuestros sabios llevan dieciocho siglos combatiendo valerosamente contra la Cruz y con una perseverancia que nada puede desalentar. Gradualmente nuestro pueblo se va levantando y su poder aumenta día tras día. Es nuestro el Dios que Aarón levantó para nosotros en el desierto, el Becerro de Oro, la deidad universal de nuestra era.

El día en que nos hayamos convertido en los únicos poseedores de todo el oro del mundo, tendremos en nuestras manos el verdadero poder, y entonces se cumplirán las promesas que se le hicieron a Abraham.

El oro, el mayor poder de la Tierra... el oro, que es la fuerza, la recompensa, el instrumento de todo poder... la suma de todo lo que el hombre teme y ansía... *ése* es el único misterio, la mayor comprensión del espíritu que gobierna el mundo. *¡Ése* es el futuro!

Dieciocho siglos han pertenecido a nuestros enemigos, y el siglo actual y los siglos futuros deben pertenecernos a nosotros, el pueblo de Israel, y no cabe duda de que nos pertenecerán.

Ahora, por décima vez, en mil años de una guerra terrible e incesante contra nuestros enemigos, los elegidos de una generación dada del pueblo de Israel se reúnen en este cementerio, en torno a la tumba de nuestro Gran Maestre Caleb, el santo rabino Simeón ben Jehuda, para acordar cómo hemos de utilizar en provecho de nuestra causa los grandes errores y pecados que nuestros enemigos los cristianos no cesan de cometer.

Cada vez, el Sanedrín nuevo ha proclamado y predicado una

lucha implacable contra nuestros enemigos, pero en ninguno de los siglos anteriores lograron nuestros antepasados concentrar tanto oro en nuestras manos, ni por lo tanto poder, como el que nos ha concedido el siglo XIX. Por eso podemos esperar, sin ilusiones vanas, que pronto lograremos nuestro objetivo, y podemos contemplar el futuro con confianza.

Para nuestra gran suerte, ya no padecemos las persecuciones y las humillaciones, los días tenebrosos y dolorosos que el pueblo de Israel ha soportado con tan heroica paciencia, gracias al progreso de la civilización entre los cristianos, y ese progreso es el mejor escudo tras el que ocultarnos y actuar, a fin de franquear, con paso firme y rápido, el espacio que nos separa de nuestro supremo objetivo.

Contemplemos la condición material de Europa, analicemos los recursos que han entrado en posesión de los judíos desde comienzos del siglo en curso meramente al concentrar en sus manos la cantidad de capital que controlan en estos momentos. Así, en París, Londres, Viena, Berlín, Amsterdam, Hamburgo, Roma, Nápoles, etc., y en todas las ramas de Rothschild, en todas partes, los judíos son los amos de las finanzas, simplemente porque poseen tantos miles de millones; por no mencionar que en cada ciudad de segunda o tercera magnitud son los judíos quienes controlan el numerario en circulación, y que en ninguna parte puede realizarse una operación financiera, una empresa importante, sin la influencia directa de los hijos de Israel.

Hoy día, todos los emperadores, reyes y príncipes reinantes están cargados de deudas contraídas para mantener los grandes ejércitos permanentes en que se apoyan sus tronos tambaleantes. La Bolsa evalúa y regula esas deudas, y en gran medida nosotros somos los amos de las bolsas de todo el mundo. Por ende, debemos estudiar cómo lograr que cada vez pidan más préstamos, al objeto de convertirnos en los reguladores de todos los valores y, como garantía del capital que prestemos a los países, adquirir el derecho de explotar sus ferrocarriles, sus minas, sus bosques, sus altos hornos y fábricas y otros tipos de bienes raíces, incluidos sus impuestos.

En todos los países, la agricultura seguirá siendo la mayor fuente de riqueza. La posesión de grandes extensiones de tierra siempre acarreará honores y mucha influencia a los propietarios. De ello se desprende que debemos concentrarnos en asegurarnos de que nuestros hermanos en Israel adquieran tierras en gran escala. Por consiguiente, en la medida de lo posible debemos alentar la división de las grandes fincas, a fin de que podamos adquirirlas con más rapidez y facilidad.

So pretexto de ayudar a las clases trabajadoras, debemos hacer que el mayor peso de los impuestos recaiga sobre los latifundistas, y cuando todas las propiedades hayan caído en nuestras manos, todo el trabajo de los proletarios gentiles se convertirá en una fuente de enormes utilidades para nosotros.

Como la Iglesia cristiana es uno de nuestros enemigos más peligrosos, hemos de trabajar obstinadamente para disminuir su influencia; por consiguiente, en toda la medida de lo posible debemos implantar en las mentes de quienes profesan la religión cristiana las ideas del libre pensamiento, del escepticismo y el cisma, y provocar las disputas religiosas que de forma tan natural producen divisiones y sectas en la cristiandad.

Lógicamente, debemos empezar por desacreditar a los ministros de esa religión. Declarémosles la guerra abierta, suscitemos sospechas acerca de su piedad, acerca de su conducta privada. Así, mediante el ridículo y el chismorreo, socavaremos el respeto en que se tiene a su estado y su hábito.

Cada guerra, cada revolución, cada levantamiento político o religioso hacen que se acerque el momento en que lograremos el supremo objetivo de nuestro viaje.

El comercio y la especulación, dos actividades tan fecundas en utilidades, no deben salir nunca de las manos judías, y cuando nos hayamos convertido en los propietarios podremos, gracias a la obsequiosidad y la astucia de nuestros agentes, penetrar en la primera fuente de influencia y poder verdadero. Queda entendido que no nos interesan más que las ocupaciones que comportan honores, privilegios o poder, pues las que exigen conocimientos, trabajo e incomodidades pueden y deben dejarse a los gentiles. Para nosotros, la magistratura es una institución de la mayor importancia. Una carrera jurídica es la que más hace por desarrollar la facultad de civilización y por iniciarnos en los asuntos de nuestros enemigos naturales, los cristianos, y así es como podremos tenerlos a nuestra merced. ¿Por qué no pueden los judíos ser ministros de Educación cuando tantas veces han tenido la cartera de Hacienda? Los judíos deben aspirar también a puestos de legisladores, de forma que puedan trabajar para derogar las leyes que los *goyim,* esos pecadores e infieles, han promulgado en contra de los hijos de Israel, que con su devoción invariable a las leyes de Abraham son los verdaderos creyentes.

Además, a este respecto nuestro plan está a punto de cumplirse cabalmente, pues en casi todas partes se ha reconocido el progreso y se nos han reconocido los mismos derechos civiles de que gozan los cristianos. Pero lo que ha de obtenerse, lo que ha de ser el objeto de nuestro esfuerzo incesante, es que la ley de quiebras se

haga menos severa. Gracias a eso nos haremos con una mina de oro que será mucho más rica de lo que jamás fueron las minas de California.

El pueblo de Israel debe orientar su ambición hacia esa cumbre del poder que trae consideración y honores. El medio más seguro de alcanzarla es obtener el control supremo de todas las operaciones industriales, comerciales y financieras, al mismo tiempo que evitamos cuidadosamente toda trampa y tentación que pueda exponernos a procesamiento ante los tribunales nacionales. Al optar por la especulación, los hijos de Israel desplegarán, por ende, toda la prudencia y todo el tacto que son la característica de su genio congénito para los negocios.

Debemos familiarizarnos con todo lo que le consigue a uno un puesto distinguido en la sociedad: la filosofía, la medicina, el derecho, la economía política. Dicho en una palabra, todos los sectores de las ciencias, de las artes, la literatura, son un terreno muy vasto en que nuestros éxitos deben darnos un gran papel y demostrar nuestro talento.

Estas vocaciones son inseparables de la especulación. Así, la interpretación de una composición musical, por mediocre que sea, dará a nuestro pueblo una excusa para poner al compositor judío en un pedestal y rodearlo de una aureola de gloria. En cuanto a las ciencias, a la medicina y a la filosofía, también deben quedar incorporadas en nuestro dominio intelectual.

Los médicos entran en conocimiento de los secretos más íntimos de las familias. La salud y la vida de los cristianos, nuestros enemigos mortales, están en sus manos.

Debemos alentar los matrimonios entre judíos y cristianos, pues el pueblo de Israel no pierde nada con ese contacto y no puede sino ganar con esos matrimonios. Nuestra raza, elegida de Dios, no puede corromperse por la introducción de una cierta cantidad de sangre impura, y con esos matrimonios nuestras hijas conseguirán alianzas con familias cristianas de cierta influencia y poder. El estar emparentado con gentiles no implica desviarse del camino que hemos decidido seguir; por el contrario, con un poco de habilidad nos convertirá en árbitros de su destino.

Es aconsejable que los judíos se abstengan de tomar como amantes a mujeres de nuestra santa religión, y que para esa función escojan vírgenes cristianas. A nosotros nos convendría mucho sustituir el santo sacramento del matrimonio en la iglesia por un simple contrato ante alguna autoridad civil, ¡pues entonces las mujeres gentiles vendrían corriendo a nuestro campo!

Si el oro es el primer poder del mundo, entonces el segundo es innegablemente la prensa. Pero ¿qué puede lograr la segunda sin

el primero? Como los objetivos arriba enumerados no pueden alcanzarse sin la ayuda de la prensa, nuestras gentes deben ocupar las direcciones de todos los diarios de todos los países. Nuestra posesión del oro, nuestra capacidad para idear medios de explotar los instintos mercenarios, nos convertirán en los árbitros de la opinión pública y nos permitirán dominar a las masas.

Así, si avanzamos paso a paso por este camino, con esa perseverancia que es nuestra gran virtud, rechazaremos a los gentiles y destruiremos su influencia. Dictaremos al mundo en qué debe depositar su fe, a qué debe rendir homenaje y a qué maldecir. Puede ser que algunas personas se levanten contra nosotros y nos lancen insultos y anatemas, pero las masas dóciles e ignorantes nos escucharán y se pondrán de nuestra parte. Cuando seamos señores absolutos de la prensa podremos transformar las ideas sobre el honor, sobre la virtud, sobre la rectitud de carácter, podremos asestar un golpe a esa institución que hasta ahora ha sido sacrosanta, la familia, y podremos lograr su desintegración. Extirparemos toda creencia y toda fe en todo lo que nuestros enemigos los cristianos han venerado hasta ahora, y con el atractivo de las pasiones como arma, declararemos la guerra abierta a todo lo que esa gente respeta y venera.

¡Que se comprenda y tome nota de todo esto, que cada hijo de Israel absorba estos principios verdaderos! Entonces nuestra fuerza crecerá como un árbol gigantesco, cuyas ramas darán los frutos llamados riqueza, placer, poder, como compensación por la condición odiosa que desde hace largos siglos ha sido la única suerte del pueblo de Israel. Cuando alguien de nuestro pueblo dé un paso adelante, que otro lo siga de cerca; si le resbala el pie, que sus correligionarios lo recojan y le presten ayuda y asistencia. Si se convoca a un judío ante los tribunales del país en el que vive, que sus hermanos en religión se apresuren a prestarle ayuda y asistencia, ¡pero únicamente si él ha actuado de conformidad con la Ley de Israel, tan estrictamente observada y mantenida desde hace tantos siglos!

Nuestro pueblo es conservador, fiel a las ceremonias religiosas y a las costumbres que nos legaron nuestros antepasados.

Redunda en nuestro interés el que por lo menos demos muestras de celo en las cuestiones sociales del momento, especialmente por lo que respecta a mejorar la suerte de los trabajadores, pero en realidad nuestros esfuerzos deben orientarse a obtener el control de ese movimiento de la opinión pública y dirigirlo.

La ceguera de las masas, su disposición a rendirse a esa elocuencia sonora pero vacua que llena las plazas públicas, hace

que sean una presa fácil y un doble instrumento de popularidad y de crédito. No tendremos dificultades en encontrar esa misma elocuencia entre nuestro pueblo para la expresión de falsos sentimientos que encuentran los cristianos en su sinceridad y entusiasmo.

En la medida de lo posible, debemos hablar al proletariado, someterlo a quienes disponen de la gestión del dinero. Por ese medio podremos hacer que las masas se rebelen cuando lo deseemos. Los llevaremos a levantamientos y revoluciones, y cada una de esas catástrofes constituye un gran paso adelante para nuestros intereses concretos y nos acerca rápidamente a nuestro único objetivo: la dominación del mundo, como se le prometió a nuestro padre Abraham.

---

287. Traducción del autor del francés, con retraducción al castellano tras consultar la traducción mencionada del duque de la Victoria. *(N. del T.)*.

288 * Existe traducción al castellano en M. E. Jonini, *Los Peligros Judío-Masónicos. Los Protocolos de los Sabios de Sion,* México, Época, 1979, en la peculiar versión lingüística del duque de la Victoria.

288

* Existe traducción al castellano en M. E. Jonini, *Los Peligros Judío-Masónicos. Los Protocolos de los Sabios de Sion,* México, Época, 1979, en la peculiar versión lingüística del duque de la Victoria.

. Traducción del autor del francés, con retraducción al castellano tras consultar la traducción mencionada del duque de la Victoria. *(N. del T.)*.
287

II. Algunos pasajes paralelos de los Protocolos y del *Diálogo en el Infierno*

Véase la historia de cómo el falsificador de los *Protocolos* plagió el *Diálogo en el Infierno* de Maurice Joly en las páginas 101-103. Los siguientes pasajes se han tomado de la primera edición británica de los *Protocolos* (1920), que es una traducción bastante libre del ruso. Si se tiene presente que la versión rusa es en sí misma una traducción del texto francés perdido, resulta notable que el paralelismo con el libro de Joly, del que son ejemplo estos pasajes, sea tan próximo. Pero la similitud entre el libro de Joly en francés y la edición francesa de los *Protocolos* de Lambelin es todavía mayor.

En la primera edición británica, el texto no está dividido en capítulos o «protocolos» separados. Los números de los «protocolos» que figuran a continuación y en el Apéndice III remiten a la edición rusa de Nilus y a la mayor parte de sus múltiples traducciones[289]*.

Diálogo en el Infierno

DIÁLOGO PRIMERO

El instinto malo en el hombre es más poderoso que el bueno. El temor y la fuerza tienen más imperio sobre él que la razón. Todos los hombres aspiran al dominio, y ninguno dejaría de ser opresor si pudiera; todos o casi todos están dispuestos a sacrificar los derechos de los demás por sus intereses. ¿Qué es lo que sujeta a estas bestias devoradoras que llamamos hombres? En el origen de las sociedades es la fuerza brutal y desenfrenada; más tarde fue la ley, es decir, siempre la fuerza, reglamentada de una manera formal. En todas partes aparece la fuerza anticipándose al derecho. La libertad política no es más que una idea relativa.

DIÁLOGO SÉPTIMO

Instituiré inmensos monopolios financieros, depósitos de la riqueza pública, de los cuales dependerán tan estrechamente ... que

Protocolos

PROTOCOLO «PRIMERO»

... el número de hombres con instintos perversos es mucho más grande que el de los que tienen instintos nobles. Por lo cual, para gobernarlos, se obtienen mejores resultados mediante la violencia y la intimidación que con las discusiones académicas. Todo hombre aspira al poder, cada uno desearía ser un dictador si pudiera serlo, y pocos son los que no estarían dispuestos a sacrificar el bien del prójimo por alcanzar sus miras personales.

¿Quién ha contenido a estas [las bestias] salvajes y devoradoras que se llaman hombres? ¿Qué los ha gobernado hasta ahora? En las primeras épocas de la vida social estaban sometidos a la fuerza bruta y ciega, después a la ley, que en realidad es la misma fuerza, aunque disfrazada. Esto me lleva a deducir que por ley natural el derecho reside en la fuerza. La libertad política no es un hecho, sino una idea.

PROTOCOLO «SEXTO»

Bien pronto empezaremos a organizar grandes monopolios, depósitos de riquezas colosales, de los cuales ...

formas más puras, las grandes fortunas se hacen con los jefes políticos al día siguiente de una crisis política.

Una vez empleados todos los medios de que disponemos para anular la competencia y reformar el mercado en beneficio del Estado, todos los sectores que escapen a nuestro control serán tan pequeños que no valdrá la pena protestar.

La aristocracia de los guerreros, la nobleza, ha desaparecido, existe la burguesía [rentista] bajo el poder de la burguesía [industrial]. Pero conservamos todavía algunos gobiernos, porque son necesarios para nosotros; porque cada uno representa una de las formas de explotación que nos convienen. Bastará, dispensable, despojar a los gobiernos de sus atributos inútiles para hacer de ellos el mejor mercado agrícola e industrial. Así se lograría la unidad, [la] tan preferible al más bajo precio posible.

Es necesario, porque la misma existencia de la propiedad depende de ello, que la industria, ya dominante, pase a ser el único objeto de especulación, que la industria, ya en peligro, tenga el monopolio, que la industria sea explotada.

Sin especulación, la industria acrecentará los capitales privados...

DUCAMP «PROFORMA»

La literatura y la poesía han sido [siempre] rebajadas por todas las prostituciones de la prensa periódica. [Cuando] el periodismo quiere hacer literatura, la literatura se hace periodística. Es así como la prensa periódica ha llegado a ejercer sobre la literatura la influencia más deletérea. Si los periódicos que representan la oposición, y sin excepción, son leídos por todo el mundo, es porque [el] gobierno debe ser [cuestionado], ello por razones [que] no hacen al caso. Pero [el] público no lee los periódicos editados por nosotros porque tengan opiniones comunes, [sino] porque tienen opiniones contrarias a las suyas. Cuando la disidencia [es] tan [grande], [el] lazo [se] rompe, [y] el público [ya] no lee [ni] a [los] unos [ni] a [los] otros. Si hay [que] hablar [de] política, [se] habla [de] la oposición [del periódico], pero [no] [se] [lo] [lee]. Yo existe [un] periodismo francés [que] [es] [un] [sistema] [de] [corrupción] [y] [de] [mentiras] [que] [ha] [llegado] [a] [ser] [una] [profesión] [de] [fe] [para] [todos] [los] [que] [viven] [de] [ella].

profesionales secretos, como los antiguos augures, y ninguno de sus miembros revelará el conocimiento del secreto si no recibe la orden de hacerlo. [Ningún editor] se atreverá a traicionar el secreto, pues no se admitirá en el mundo literario a alguien que no tenga en su pasado [algunas faltas] vergonzosas. Bastaría que diera muestra de la más mínima desobediencia para que se revelara inmediatamente esa falta. Mientras esas faltas las conozcan sólo unos pocos, el prestigio del periodista atrae la opinión pública de todo el país. La gente le sigue y lo admira.

Nuestros cálculos deben extenderse principalmente a las provincias. Es indispensable que creemos en ellas las ideas que [illegible] podamos presentar a la capital como [illegible] de las provincias, de manera que a la misma hora, en toda la superficie del país, se hará sentir la influencia, antes de que la capital llegue siquiera a sospecharlo.

Es imperativo que, hasta que disfrutemos del [poder completo], las capitales estén bajo la influencia de la opinión de las provincias, es decir, de la mayoría, [illegible] que nosotros habremos preparado previamente. Necesitamos que las capitales, en el momento [psicológico] crítico, no tengan tiempo para discutir el hecho consumado, sino que lo acepten simplemente porque ya lo ha aceptado la mayoría provinciana.

fácilmente el secreto de sus oráculos. Nada ganarían con traicionarse, pues tienen casi todos ellos llagas más o menos vergonzosas. Es probable que en el centro de la capital, confinado en determinada categoría de personas, estas cosas no constituyan un misterio, pero en otras partes nadie sospechará su existencia, y la gran mayoría de la nación seguirá con entera confianza la huella que yo le habré trazado.

...La mayor parte de la influencia de [la prensa] está destinada a la[s] provincia[s] donde tendré en todo momento la temperatura de la opinión [illegible] la[s] capital[es] [illegible] hablar a los periódicos en tal o cual sentido, [illegible]

Claro que, [illegible]

Cuando sea preciso, [illegible] suceso extraordinario, [illegible] [prohibiré] a los periódicos comentar tales sucesos; [illegible]

Cuando entremos en el período del nuevo régimen –es decir, en la fase de la transición a nuestro reinado– no permitiremos a la prensa que publique información sobre casos criminales; es necesario que el pueblo crea que el nuevo régimen es tan satisfactorio que hasta se ha dejado de cometer crímenes.

---

289 * Hemos dejado la nota metodológica del autor, pero debemos señalar que en esta traducción se ha utilizado, para los *Protocolos,* la de la edición de Jouin, del duque de la Victoria (México, Época, 1979), ya mencionada, con múltiples correcciones a sus muchos errores. En cuanto al *Diálogo,* se ha utilizado la excelente traducción de Matilde Horne (2.ª ed.; Madrid, Muchnik, 1982), que contiene también una comparación, aunque más breve, entre el *Diálogo* y los *Protocolos.* En algunos casos, por necesidad de concordancia de textos, se ha modificado algo la versión de M. Horne, lo cual se indica con corchetes. *[N. del T.]*

---

* Hemos dejado la nota metodológica del autor, pero debemos señalar que en esta traducción se ha utilizado, para los *Protocolos,* la de la edición de Jouin, del duque de la Victoria (México, Época, 1979), ya mencionada,

con múltiples correcciones a sus muchos errores. En cuanto al *Diálogo,* se ha utilizado la excelente traducción de Matilde Horne (2.ª ed.; Madrid, Muchnik, 1982), que contiene también una comparación, aunque más breve, entre el *Diálogo* y los *Protocolos.* En algunos casos, por necesidad de concordancia de textos, se ha modificado algo la versión de M. Horne, lo cual se indica con corchetes. *[N. del T.]*

III. Algunos pasajes de los *Protocolos* que no se basan en el *Diálogo en el Infierno*[290]

Los siguientes extractos dan una idea bastante buena del mundo mental de los derechistas rusos durante el decenio de 1890. No sólo revelan lo que pensaba aquella gente de los judíos, o intentaba que pensaran otros, sino también, en algunos puntos, las ideas políticas y sociales que ellos mismos mantenían, pues, paradójicamente, e igual que los nazis después de ellos, aquellos antisemitas solían atribuir sus propios valores y aspiraciones al imaginario gobierno judío.

PRIMER «PROTOCOLO»

Solamente un autócrata puede concebir vastos proyectos y asignar a cada cosa su papel exacto en el engranaje de la maquinaria estatal. Por eso, concluimos que para el bienestar de un país conviene que su gobierno esté en manos de una sola persona responsable. Sin el despotismo absoluto no puede existir la civilización, pues la civilización no puede avanzar más que bajo la protección del gobernante, quien quiera que sea, y no en manos de las masas.

La multitud es bárbara, y como tal actúa en todas las ocasiones. En cuanto ha logrado la libertad, se apresura a convertirla en anarquía, que es en sí la cumbre de la barbarie.

¡Contemplad a esos animales alcoholizados, embrutecidos por la bebida, que la libertad tolera sin límites! ¿Vamos a permitirnos nosotros y permitir a nuestros semejantes que hagan lo mismo? El pueblo cristiano está estupidizado por el alcohol, la juventud enloquecida por los clásicos y las orgías prematuras a las que le han inducido nuestros agentes que actúan como profesores, institutrices de casas ricas, escribientes, etc., por las mujeres que hemos enviado a sus lugares de diversión –a las que añado las llamadas «mujeres de sociedad»–, sus seguidores voluntarios en la corrupción y el lujo...

TERCER «PROTOCOLO»

Hoy puedo aseguraros que estamos a pocos pasos de nuestro objetivo final. Sólo queda una pequeña distancia y quedará cerrado el ciclo de la Serpiente Simbólica, emblema de nuestro pueblo. Cuando se cierre ese círculo, todos los estados de Europa

quedarán atenazados, por así decirlo, por cadenas indestructibles[291].

Pronto se derrumbarán las estructuras de la construcción[292] que existen en la actualidad, porque nosotros les estamos haciendo perder el equilibrio a fin de desgastarlo rápidamente e impedir que funcionen...

... Bajo nuestros auspicios, el pueblo exterminó a la aristocracia que había apoyado y defendido al pueblo en su propio interés, pues ese interés es inseparable del bienestar del pueblo. Hoy día, tras haber destruido los privilegios de la aristocracia, el pueblo cae en el yugo de astutos especuladores y advenedizos.

Nos proponemos presentarnos como si fuéramos los libertadores del trabajador, llegados para salvarlo de esa opresión, y le sugeriremos que ingrese en las filas de nuestros ejércitos de socialistas, anarquistas y comunistas. Siempre protegeremos a estos últimos y haremos como que los ayudamos por principios de fraternidad y en aras del interés general de la humanidad evocado por nuestra masonería socialista. La aristocracia, que de derecho compartía el trabajo[293] de las clases laboriosas, estaba interesada en que éstas estuvieran bien alimentadas, sanas y fuertes. A nosotros nos interesa lo contrario, es decir, la degeneración de los gentiles[294]. Nuestra fuerza consiste en mantener al trabajador en un estado constante de necesidad e impotencia, pues así lo mantendremos sumiso a nuestra voluntad, y en su propio medio no hallará nunca la fuerza ni la energía suficientes para revolverse contra nosotros. El hambre dará al Capital más derechos sobre los trabajadores de los que jamás podría el poder legal de ningún soberano conferir a la aristocracia.

Gobernamos a las masas mediante el uso de los sentimientos de celos y de odio alimentados por la opresión y la necesidad. Y mediante esos sentimientos nos desembarazamos de quienes erigen obstáculos en nuestro camino.

Cuando llegue el momento de coronar a nuestro «Señor del Mundo»[295] nos encargaremos de que por los mismos medios –es decir, mediante la utilización del populacho– podamos destruir todo lo que se constituya en una barrera a nuestro avance.

Los gentiles ya no pueden pensar sin nuestra ayuda sobre cuestiones científicas. Por eso no advierten la necesidad vital de determinadas cosas que nosotros nos encargaremos de reservar para el momento en que llegue nuestra hora, es decir, que en las escuelas se enseñe la única verdadera y la más importante de todas las ciencias, la ciencia de la vida humana y de las condiciones sociales, ambas de cuyas cosas requieren una división del trabajo y, por consiguiente, la clasificación de la gente en

castas y clases...

La verdadera ciencia de las condiciones sociales, a cuyos secretos no admitimos el acceso de los gentiles, convencería al mundo de que el empleo y el trabajo deberían estar asignados a castas determinadas, con objeto de no causar padecimientos humanos debidos a una educación que no corresponde al trabajo que ha de hacer cada uno. Si el pueblo estudiara esa ciencia, se sometería por su propia voluntad a las fuerzas dominantes y a las castas de gobierno clasificadas por ellas. Conforme a las circunstancias actuales de la ciencia y el camino que le hemos permitido recorrer, el pueblo, en su ignorancia, cree ciegamente en la letra impresa y en ilusiones erróneas convenientemente inspiradas por nosotros, y experimenta resentimiento contra todas las clases que considera superiores a él. Porque no comprende la importancia de cada casta. Ese odio se hará todavía más intenso en los casos de crisis económicas, porque entonces paralizará los mercados y la producción. Crearemos una crisis económica universal, por todos los medios subrepticios que nos sean posibles, y con la ayuda del oro, que está todo en nuestras manos. Simultáneamente sacaremos a las calles de toda Europa enormes masas de obreros. Entonces, esas masas se lanzarán de buena gana sobre todos a los que, en su ignorancia, han envidiado desde la infancia, verterán su sangre y entonces podrán saquear sus bienes.

A nosotros no nos harán daño, porque sabremos el momento del ataque y adoptaremos medidas para proteger nuestros intereses.

Hemos persuadido a los gentiles de que el liberalismo los llevaría a un reinado de la razón. Nuestro despotismo será de esa índole, pues estará en condiciones de sofocar todas las rebeliones y de exterminar, con su justo rigor, cualquier idea liberal de todas las instituciones.

Cuando el pueblo advirtió que se le daban todo género de derechos en nombre de la libertad, se creyó que era el amo y trató de asumir el poder. Claro que, como cualquier ciego, tropezó con innúmeros obstáculos. Entonces, como no quería volver al antiguo régimen, puso su poder a nuestros pies. Recordemos la Revolución francesa, a la que llamamos «la grande», los secretos de cuya preparación conocemos bien, pues fueron obra nuestra. Desde entonces hemos llevado a las naciones de decepción en decepción, de forma que renuncien incluso a nosotros en favor del Rey-Déspota de la sangre de Sion, que estamos preparando para el mundo...

... En los días en que los pueblos creían que sus soberanos lo eran por voluntad divina, se sometían pacíficamente al despotismo de sus monarcas. Pero a partir del día en que inspiramos al populacho la idea de sus propios derechos empezaron a considerar a los reyes como simples mortales. A ojos de las masas, la santa unción desapareció de las cabezas de sus monarcas, y cuando lo privamos de su religión, el poder se quedó en la calle, como si fuera del dominio público, y nosotros lo arrebatamos. Además, entre nuestras dotes administrativas contamos también la de gobernar a las masas y las personas mediante teorías y frases astutamente construidas, normas de vida y estratagemas de todo tipo. Todas esas teorías, que los gentiles no comprenden en absoluto, se basan en el análisis y la observación, combinados con un razonamiento tan hábil que nuestros rivales no pueden igualarlo, igual que no pueden competir con nosotros en el trazado de planes de acción política y de solidaridad. La única sociedad que conocemos y que podría competir con nosotros en esas artes podría ser la de los jesuitas. Pero hemos logrado desacreditarlos a ojos de las masas estúpidas como organización palpable, mientras que nosotros nos hemos quedado entre bastidores y mantenemos nuestra organización en secreto...

Hemos logrado enfrentar todos los intereses nacionales y personales de los gentiles, al instituir entre ellos prejuicios religiosos y tribales desde hace casi veinte siglos. A todo ello se debe el que ni un solo gobierno halle apoyo en el de sus vecinos cuando recurren a ellos contra nosotros, pues cada uno de ellos cree que el actuar en contra nuestra podría ser desastroso para su propia existencia. Somos demasiado poderosos; el mundo tiene que contar con nosotros. Los gobiernos no pueden concertar ni un pequeño tratado sin que nosotros participemos secretamente en él...

NOVENO «PROTOCOLO»

... Se dice que las naciones podrán levantarse en armas contra nosotros si se descubren prematuramente nuestros planes, pero en previsión de ello podemos contar con poner en acción una fuerza tan formidable que hará temblar al más valiente. Para entonces se habrán construido en todas las ciudades ferrocarriles metropolitanos y pasos subterráneos. Desde esos lugares subterráneos haremos volar todas las ciudades del mundo, con sus instituciones y sus documentos.

VIGESIMOCUARTO «PROTOCOLO»

Ahora me ocuparé de los medios de reforzar la dinastía del Rey David, para que dure hasta el último día.

En nuestra forma de garantizar la dinastía nos orientaremos básicamente por los mismos principios que han dado a nuestros sabios la dirección de los asuntos mundiales, es decir, la dirección y la educación de la raza humana.

Varios miembros del linaje de David prepararán a los reyes y sus herederos, a los que no se elegirá por derecho de sucesión, sino por sus propias capacidades. A los sucesores se los iniciará en nuestros misterios políticos ocultos y nuestros planes de gobierno, con gran cuidado de que nadie más se imponga de ellos.

Esas medidas serán necesarias para que todos sepan que sólo quienes pueden gobernar están iniciados en los misterios del arte de la política. Estarán iniciados en las conclusiones extraídas de todas las observaciones de nuestro sistema político y económico y de todas las ciencias sociales. Dicho en una palabra, se les explicará todo el espíritu de las leyes que ha establecido la naturaleza misma para regir a la humanidad.

A los sucesores directos del Rey se los dejará de lado si durante sus estudios se advierte que son demasiado frívolos o blandos o si dan muestras de otras tendencias que puedan ser perniciosas para su poder, e incluso peligrosas para el prestigio de la corona.

Únicamente a los hombres que sean capaces de gobernar con firmeza, aunque quizá con crueldad, les confiarán nuestros Sabios las riendas del gobierno.

En caso de enfermedad o pérdida de energía, nuestro Soberano estará obligado a entregar las riendas del gobierno a sus parientes que hayan demostrado ser más capaces.

Los planes inmediatos del Rey, y más aún sus planes para el futuro, no serán conocidos ni siquiera por quienes se llamen sus consejeros más íntimos. El futuro no lo conocerán más que nuestro Soberano y los Tres que lo hayan iniciado.

En la persona del Rey, que gobernará con una voluntad inquebrantable y se controlará a sí mismo, además de a la humanidad, el pueblo reconocerá, por así decirlo, a sí mismo y a todas sus vías humanas. Nadie sabrá lo que pretende con sus órdenes, y por eso nadie osará obstruir su misteriosa vía.

Naturalmente, el Soberano ha de tener una inteligencia que pueda realizar nuestros planes. Por eso no ascenderá al trono hasta que nuestros Sabios hayan determinado su capacidad intelectual.

Para que todos sus súbditos amen y veneren a su Soberano, éste debe comunicarse directamente con su pueblo en público y a menudo. Esa medida pondrá en armonía los dos poderes, es decir,

el de la población y el del gobernante, a los que hemos separado en los países gentiles al hacer que el uno tema al otro.

Teníamos que hacer que esos dos poderes se temieran el uno al otro, a fin de que, una vez separados, cayeran bajo nuestra influencia.

El Rey de Israel no debe estar bajo el imperio de sus propias pasiones, especialmente bajo el de la sensualidad. No debe permitir que sus instintos animales imperen sobre su inteligencia. No cabe duda de que la sensualidad, más que ninguna otra pasión, destruye las potencias intelectual y de clarividencia: distrae el pensamiento del hombre hacia el peor aspecto de la naturaleza humana.

El Pilar del Universo, en la persona del Soberano Universal, de la Sagrada semilla de David, ha de sacrificar todas las pasiones personales en beneficio de su pueblo.

Firmado por los representantes
de Sion del grado 33.

En muchas ediciones, entre ellas las primeras rusas de 1903 a 1906, así como en la primera edición británica de 1920, al texto de los *Protocolos* sigue un epílogo sobre la serpiente simbólica (véase el pasaje del tercer «protocolo», más arriba, y el mapa que figura en la ilustración número 3). El pasaje clave es el siguiente:

Según los anales del sionismo judío secreto, Salomón y otros sabios judíos habían elaborado ya, en el año 929 a. C., un plan teórico de conquista de todo el universo por medios pacíficos.

Con el transcurso de la historia, el plan lo fueron elaborando y terminando en todos sus detalles los que se han ido iniciando en esta cuestión. Esos sabios decidieron conquistar el mundo por medios pacíficos para Sion con la astucia de la serpiente simbólica, cuya cabeza representaría para los iniciados la administración judía, y el cuerpo de la serpiente representaría al pueblo judío, y la administración siempre estaría oculta, incluso a la propia nación judía. A medida que esa serpiente iba penetrando en los corazones de las naciones con las que tropezaba, socavaba y devoraba a todo el poder no judío de esos estados. Está dicho que la serpiente ha de terminar su labor siguiendo estrictamente el camino designado, hasta que termine el camino que debe recorrer con el regreso de la cabeza a Sion, y hasta que por ese medio la serpiente haya dado toda la vuelta a Europa y la haya rodeado, y

hasta que, gracias a haber encadenado a Europa, haya abarcado al mundo entero. Eso lo conseguirá al utilizar todos los medios para someter a los demás países mediante una conquista económica...

La única forma de que la cabeza de la serpiente regrese a Sion será que haya desaparecido el poder de todos los Soberanos de Europa, es decir, cuando mediante las crisis económicas y la destrucción general, introducidas en todas partes, se haya logrado una desmoralización espiritual y una corrupción moral, sobre todo con la asistencia de judías disfrazadas de francesas, italianas, etc.[296]. Son quienes con más seguridad pueden generalizar la licenciosidad en las vidas de los dirigentes que se hallan a la cabeza de las naciones.

Las mujeres al servicio de Sion sirven de reclamo para quienes, a causa de ellas, están siempre necesitados de dinero, y que por eso están dispuestos a vender su conciencia por dinero. En realidad, ese dinero no se lo prestan más que judíos, pues rápidamente esas mismas mujeres hacen que vuelva a manos de los judíos sobornadores, pero con esas transacciones se compran esclavos para la causa de Sion.

Naturalmente, para que una empresa así tenga éxito ninguno de los funcionarios ni de los particulares debe sospechar el papel que desempeñan las mujeres empleadas por el judaísmo. Por eso, los directores de la causa de Sion han formado, por así decirlo, una casta religiosa: la de celosos seguidores de la Ley Mosaica y de las normas del Talmud. Todo el mundo ha creído que la máscara de la Ley de Moisés es la norma verdadera de vida de los judíos. A nadie se le ha ocurrido investigar el efecto de esa norma de vida, dado especialmente que todos los ojos se fijaban en el oro que la casta podía aportar y que daba a esta casta una libertad absoluta para sus intrigas económicas y políticas.

Se incluye un croquis de la serpiente simbólica que indica lo siguiente: su primera llegada a Europa fue en el 429 a. C. en Grecia, donde, en la era de Pericles, la serpiente empezó a devorar la fuerza de aquel país. La segunda etapa fue Roma, en época de Augusto hacia el 69 a. C.[297]. La tercera en Madrid, en época de Carlos V, en 1552. La cuarta en París hacia 1700, en época de Luis XVI[298]. La quinta en Londres a partir de 1814 (después de la derrota de Napoleón). La sexta en Berlín en 1871, tras la guerra franco-prusiana. La séptima en San Petersburgo, sobre el cual se cierne la cabeza de la serpiente con la fecha de 1881.

Todos los estados que ha atravesado la serpiente han visto conmovidos los cimientos de sus constituciones. Alemania, pese a su aparente poderío, no es excepción a la regla. En cuanto a las circunstancias económicas, Inglaterra y Alemania se han librado

de momento, pero únicamente hasta que la serpiente logre conquistar Rusia, que es en lo que ahora se concentran todos sus esfuerzos. En el mapa no se indica el recorrido que le queda a la serpiente, pero se indica con flechas su próximo paso por Moscú, Kiev y Odesa.

Hoy ya sabemos perfectamente hasta qué punto esas últimas ciudades forman los centros de la raza judía militante. Constantinopla está indicada como la última etapa del recorrido de la serpiente antes de llegar a Jerusalén.

Ya sólo queda una corta distancia para que la serpiente pueda terminar su camino y una la cabeza y la cola...

---

290. Tomados por el autor de la primera edición británica de los *Protocolos (1920)*. [También en este caso se ha seguido en la medida de lo posible (que no es mucho decir) la traducción citada del duque de la Victoria. *(N. del T.)]*

291. Cf. el Epílogo de los *Protocolos, infra,* y el mapa que figura como ilustración N.° 4.

292. *[Sic.]* Error por «constitucional».

293. Debería decir «compartido los frutos del trabajo».

294. En la versión británica más corriente, este pasaje dice «la *matanza de los Goyim»,* en cursiva.

295. Debería decir «Gobernante del Mundo».

296. En el manuscrito presentado por Nilus al Comité de Censura de Moscú, en este punto se nombraba a algunas damas. Entre los nombres, que se eliminaron por orden del comité, no sólo figuraba la famosa actriz Sarah Bernhardt, sino también «La Bella Otero», una española que no tenía nada de judía. Resulta extraordinario pensar que «La Bella Otero» viviría hasta sesenta años después. Murió a fines de 1965, justo cuando se estaba terminando este libro.

297. La fecha yerra en unos 40 años antes de Augusto.

298. Error por Luis XIV.

291
296

. Tomados por el autor de la primera edición británica de los *Protocolos*

(1920). [También en este caso se ha seguido en la medida de lo posible (que no es mucho decir) la traducción citada del duque de la Victoria. *(N. del T.)]*

. *[Sic.]* Error por «constitucional».

. Cf. el Epílogo de los *Protocolos, infra,* y el mapa que figura como ilustración N.° 4.

. En la versión británica más corriente, este pasaje dice «la *matanza de los Goyim»,* en cursiva.

. Debería decir «compartido los frutos del trabajo».

. En el manuscrito presentado por Nilus al Comité de Censura de Moscú, en este punto se nombraba a algunas damas. Entre los nombres, que se eliminaron por orden del comité, no sólo figuraba la famosa actriz Sarah Bernhardt, sino también «La Bella Otero», una española que no tenía nada de judía. Resulta extraordinario pensar que «La Bella Otero» viviría hasta sesenta años después. Murió a fines de 1965, justo cuando se estaba terminando este libro.

. Debería decir «Gobernante del Mundo».

. La fecha yerra en unos 40 años antes de Augusto.
290

. Error por Luis XIV.
292
295
293
297
298
294

IV. Los *Protocolos* y la venida del Anticristo

(Véase más arriba, págs. 53-57, y la ilustración n.º 6). Aunque los *Protocolos* habían de formar parte importante de uno de los principales credos totalitarios del siglo XX, procedían de una tradición apocalíptica secular. Hasta qué punto tenían una relación inicial con la leyenda del Anticristo se desprende claramente de la nota que añadió Serguéi Nilus en su edición de 1905[299]:

... No cabe ya lugar a dudas. Con toda la fuerza y el terror de Satanás, el Rey triunfante de Israel se aproxima a nuestro mundo degenerado. El Rey nacido de la sangre de Sion, el Anticristo, está cerca del trono del poder universal.

Los acontecimientos del mundo se precipitan con enorme rapidez: disensiones, guerras, rumores, hambres, epidemias y terremotos[300]; lo que ayer era prácticamente imposible se ha convertido hoy en hecho consumado. Los días pasan rápidos, diríase, en beneficio del pueblo elegido. No hay tiempo para adentrarse detenidamente en la historia de la humanidad desde el punto de vista de los «misterios de la iniquidad» revelados[301] para demostrar históricamente la influencia que han tenido los «sabios de Israel» en las desgracias de la humanidad, para predecir el porvenir cierto de la humanidad que ya se acerca ni para revelar el último acto de la tragedia universal.

Sólo la Luz de Cristo y la de su Santa Iglesia Universal pueden penetrar en los abismos satánicos y revelar la magnitud de su perversidad.

Siento en mi corazón que ha llegado la hora de convocar el Octavo Congreso Ecuménico al que, olvidándose de las querellas que los han dividido desde hace tantos siglos, acudan los pastores y los representantes de toda la cristiandad para hacer frente a la venida del Anticristo.

---

299. Traducción de la primera edición (1920) de los *Protocolos*.

300. «Signos» tradicionales de los últimos días del mundo.

301. La alusión es a la profecía del Anticristo en Tesalonicenses II, 2

. Traducción de la primera edición (1920) de los *Protocolos.*
299
300

. «Signos» tradicionales de los últimos días del mundo.

. La alusión es a la profecía del Anticristo en Tesalonicenses II, 2
301

Nota bibliográfica

La historia de los *Protocolos* se ha narrado muchas veces, con diversos grados de exactitud, en artículos periodísticos y en libros sobre imposturas famosas. Pero entre las dos guerras mundiales también se publicaron más de una docena de obras dedicadas exclusivamente al estudio histórico y crítico de los *Protocolos.* Entre los primeros estudios, que ya han adquirido un interés histórico por sí solos, figuran: en Gran Bretaña: L. Wolf, *The Jewish Bogey,* Londres, 1920; P. Graves, *The Truth about the Protocols* (reimpresión de los artículos de *The Times),* Londres, 1921. En Estados Unidos: H. Bernstein, *The History of a Lie,* Nueva York, 1921; John Spargo, *The Jew and American Ideals,* Nueva York y Londres, 1921. En Alemania: O. Friedrich, *Die Weisen von Zion. Das Buch der Fälschungen,* Lubeka, 1920; H. L. Strack, *Jüdische Geheimgesetze?,* Berlín, 1921; B. Segel, *Die Protokolle der Weisen-von Zion, kritisch beleuchtet,* Berlín, 1924, y una versión popular de la misma obra: *Welt-Krieg, Welt-Revolution, Welt-Verschwörung, Welt-Oberregierung* (traducida al inglés con el título de *The Protocols of the Elders of Zion, the greatest lie in history,* Nueva York, 1934); y una obra en ruso, de Yu. Delevski, *Protokoly Sionskij Mudretsov,* Berlín, 1923, que contiene material documental poco conocido. Durante el período nazi salieron a la luz toda una serie de nuevos estudios: H. Rollin, *L'Apocalypse de notre temps: les dessous de la propagande allemande d'aprés des documents inédits,* París, 1939, que es una obra importante de erudición original; P. Charles, S. J., *Les Protocoles des Sages de Sion,* París, 1938 (separata de *Nouvelle Revue Théologique);* otro estudio más completo de Bernstein, *The Truth about the Protocols of Zion,* Nueva York, 1935; el ingenioso *Portraits of mean men: a short history of the Protocols of the Elders de Zion,* de J. Gwyer, Londres, 1938; dos obras inspiradas directamente por el proceso de Berna: V. Burtsev, *Protokoly Sionskij Mudretsov' Dokazanny Podlog* (Los «Protocolos de los Sabios de Sion», una falsificación demostrada), París, 1938, y E. Raas y G. Brunschvig, *Vernichtung einer Fälschung: der Prozess um die ofundenen*

«Weisen von Zion», Zurich, 1938; así como tres obras en que se denunciaba a Hitler como discípulo de los Sabios: A. Stein, *Adolf Hitler, Schüler der «Weisen von Zion»,* Karlsbad, 1936; I. Heilbut, *Die öffentlichen Verleumder. Die Protokolle der Weisen von Zion und ihre Antvendung in der heutigen Weltpolitik,* Zúrich, 1937, y R. Blank, *Adolf Hitler, ses aspirations, sa politique, sa propagande et les Protocols des Sages de Sion,* París, 1938. Hay un estudio valioso de las diversas ediciones de los *Protocolos* hecho por E. Cherikover, probablemente en 1934: *Les Protocoles, leur origine et leur diffusion.* Parece que jamás se publicó, pero Rollin lo conocía y está disponible a multicopista en la Biblioteca Wiener. El estudio más reciente, J. S. Curtiss, *An Appraisal of the Protocols of Zion,* Nueva York, 1942, es un examen meticuloso de los hechos de la falsificación generalmente conocidos, pero sin contar con el beneficio de las investigaciones de Rollin. En época más reciente, dos eruditos han arrojado nueva luz sobre los propagadores rusos y alemanes de la falsificación y los vínculos entre ellos: Walter Laqueur, en *Russia and Germany, a century of conflict,* Londres, 1965, y el finado James Webb en *The Occult Establishment,* La Salle, Illinois, 1976.

Se calcula que los libros, folletos y artículos en los que se defienden y se explican los *Protocolos* son más de mil. La siguiente lista de algunas ediciones de los *Protocolos* en sí durante el período abarcado por este libro, es decir, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, dará alguna idea de la difusión de la falsificación:

En Rusia

Versión abreviada en el periódico de Krushevan, *Znamya,* San Petersburgo, del 26 de agosto al 7 de septiembre de 1903.

Texto completo en el Capítulo XII de la segunda edición de S. A. Nilus, *Velikoe v Malora i Antijrist...* Tsarskoie Selo, 1905.

En G. Butmi, *Vragi Roda Chelovecheskago,* San Petersburgo, 1906.

En nueva edición del libro de Nilus, retitulado *Bliz Gryadushchi Antijrist,* Moscú, 1911.

En otra edición más del libro de Nilus, con el nuevo título de *Bliz Est, Pri Dverej,* Moscú, 1917.

Sionskiye Protokoly, Novocherkask, 1918. Texto de Nilus impreso

por la imprenta del Ejército Cosaco del Don, editado según se sabe por A. Rodionov.

Emigración rusa

Luch Sveta, Vol. III, con fecha de mayo de 1920, contiene el texto completo del libro de Nilus, edición de 1911, Berlín.

Vserminy tayni zagovor. Protokoly sionskij mudretsov (po Nilusu), Nueva York, 1921.

Protokoly sionskij mudretsov (po tekstu S. A. Nilusa). V semirny tayni zagovor, Berlín, 1922.

M. K. Gorchakov, *Sionskiye Protokoly. «Doloy Zlo!»,* París, 1927.

En Alemania y Austria

Gottfried zur Beek (seudónimo de Ludwig Müller, también llamado Müller von Hausen), *Die Geheimnisse der Weisen von Zion,* Charlottenburg, 1919 (en realidad, 1920). Seis ediciones en 1920. El Partido Nazi adquirió en 1929 los derechos de esta edición. En 1933, una versión abreviada había tenido 15 reimpresiones, y 22 en 1938.

T. Fritsch, *Die zionistischen Protokolle,* Leipzig, 1920. Esta versión había llegado en 1938 a su 13.ª edición.

E. von Engelhardt, *Jüdische Weltmachtpläne,* Leipzig, 1936.

Die Protokolle der Weisen von Zion. Das Weltroberungsprogram der Juden, publicado por Erste Wiener Vereins-Buchdruckerei, Viena, 1940.

En Gran Bretaña

The Jewish Peril: Protocols of the Learned Elders of Zion, Londres, 1920.

Protocols of the Learned Elders of Zion. Traducción de V. E. Marsden, editado por The Britons Publishing Society, Londres, 1921. Reimpreso después con diversos títulos. Actualmente con el de *World Conquest through World Government. The Protocols of the Learned Elders of Zion.* La traducción de Marsden se publicó también en diversas partes del Imperio británico; por ejemplo, en 1934 se publicó una edición en Nueva Zelanda.

En la obra de Lesley Fry, *Waters Flowing Eastwards,* París, 1921 y 1933. Traducción de Marsden. El libro lo publicó la *Revue internationale des sociétés secretes.*

En Estados Unidos

The Protocols and World Revolution; including a translation and analysis of the «Protocols of the Meeting of the Zionist Men of Wisdom», Boston, 1920. Obra de rusos «blancos».

«Praemonitus Praemunitus», The Protocols of the Wise Men of Zion, Nueva York, 1920.

The Protocols of the Meetings of the Learned Elders of Zion, Chicago, 1934, The Patriotic Publishing Co. Traducción de Marsden.

The Protocols of the Learned Elders of Zion, Chicago, 1935. Right Cause Publishing Co.

En Francia

«Protocols». Procès-verbaux de réunions secrètes des Sages d'Israël, París, 1920. Publicado por *La Vieille France.*

Jouin, Monseñor E., *Le Péril judéo-maçonnique,* Vol. I, *Les «Protocols» des Sages de Sion,* París, 1920. La versión de Nilus, aunque no traducida directamente del ruso. Vol. IV, *Les «Protocols» de 1901 de G. Butmi,* París, 1922. La *Revue internationales des sociètés secretes* publicó ediciones baratas de ambos volúmenes, comprendida una nueva edición de la versión de Nilus en 1934.

R. Lambelin, *«Protocols» des Sages de Sion,* París, 1921. Traducido de Nilus. Reimpreso muchas veces hasta 1939.

U. Gohier, *Les Protocoles des Sages d'Israèl,* París, 1924 y 1925.

En la obra de Lesley Fry, *Le retour des flots vers l'Orient. Le Juif notre maître,* París, 1931. Publicada por la *Revue internationale des sociétés secrètes.*

W. Creutz, *Les Protocoles des Sages de Sion,* París, 1934. *Le Complot Juif. Les Protocols des Sages de Sion,* París, s. f. Publicado por el Rassemblement Anti-Juif de France (Darquier de Pellepoix) *circa* 1938.

En Polonia

Bacznos´c! ! Przeczytaj i daj innym. Rok 1897-1920 (Protokoly posiezén Mdrców Sjonu), Varsovia, *circa* 1920.

Protokoly Me¸drców Sjonu. Varsovia, publicado por la organización Rozwój.

«Wrog przed brama¸!» Bydgoszcz, 1930.

Protokóly Me¸drców Sjonu, Varsovia, etc., 1934.

En la emigración polaca

«Mane. Tekel Upharsin!»... Ksiega Straszliwa Protokóly Obrad Me¸drców Sjonu. Nueva York, 1920.

En Rumanía

Ion I. Mot¸a, *Protocolaele Int¸eleptilor S¸ionuliv* Ora˘stie, 1923. *Politica Secreta˘ a Ovreilor Pentu Cucerirea Lumii Cre¸stine.* Bucarest, 1934.

En Hungria

Sion Bölcseinek Jegyzökönyvei. A Bolsevikiek Bibliája, Budapest, 1922.

En Checoslovaquia

Ze Shromažd˘eni Sioniskych Mudrcu˚, Praga, 1927.

En Yugoslavia

M. Tomic˘, *Prave Osnove ili Protokoli Sionskij Mudraca,* Split-S˘ibernik, 1929.
Patrioticus, *Ko potkopava c˘ovec˘anstvo,* Belgrado, 1934.
Protokoli skupova sionskij mudraca, Belgrado, 1939.
Jedan vazan dokument, traducción al croata publicada en Berlín, 1936.

En Grecia

«Drasis» publicó en 1928 una traducción de los *Protocolos* al griego que se reimprimió varias veces; por ejemplo, en 1934 y 1940.

En Italia

L'Internazionale Ebraica. Protocoli dei «Savi Anziani» di Sion, Roma, 1921. Publicado por *La Vita Italiana* (G. Preziosi). Nuevas ediciones en 1937 y 1938.

En castellano

Los Protocolos. Los Sabios de Sion. El Gobierno Mundial Invisible. El Programa Judío para Subyugar al Mundo. Publicado por la editorial Hammer de Fritsch, Leipzig, 1930.

Alfonso Jaraix (trad.), *Los poderes ocultos de España,* Barcelona, 1932.

Protocolos de los Jefes de Israel, Madrid, 1932.

Duque de la Victoria (trad.), *Los Protocolos de los Sabios de Sion* (5.ª ed.), Madrid, 1935. Traducido del francés (Lambelin).

La Internacional Hebraica: Los «Protocolos» de los Sabios Ancianos de Sion, Roma, 1938. Traducido de la edición italiana de 1937-1938.

En Portugal

F. P. de Sequeira (comp.), *Os Planos da Autocracia Judaica,* Oporto, s. a.

En Holanda

J. Nijse, *De Protocollen van de Wijzen van Sion,* con una introducción de P. Molenbroek, Amsterdam, s. a. La misma versión, con la introducción de Molenbroek, la publicaron otras editoriales. La 7.ª edición se publicó en Ámsterdam en 1943.

En flamenco

L. Welter, *Het Jodendom ontmaskerd als de Aartsvijand,* Courtrai-Bruselas-París, 1937.

En valón

A. Robert, *Les Protocols des Sages de Sion,* Bruselas, 1935.

En Suecia

Förlåten Faller... Det Tillkommende Världssjälvhärskardömet Enligt «Sions Vises Hemliga Protokoll», Helsinfors, 1919.

Israels Vises Hemliga Protokoll. Judarnas Strategiska Plan att Med Lögn och List Erövra Världsherravädet, Estocolmo, 1934.

En Noruega

Den nye verdenskeiser; en sensajonell avsløring av de hemmelige trådtrekkere bak verdens-politikkens kulisser. Oslo, 1944.

En Letonia

Zianas protokoli... No kreewu walodas tulkojis un isdewis J. O., Riga, 1923.

En Brasil

G. Barroso, *Os Protocolos dos Sábios de Sia¯o,* San Pablo, 1936-1937.
T. Moreiro, *Os Protocolos dos Sábios de Sia¯o. O Dominio do Mundo pelos Judeus,* Río de Janeiro, s. a.

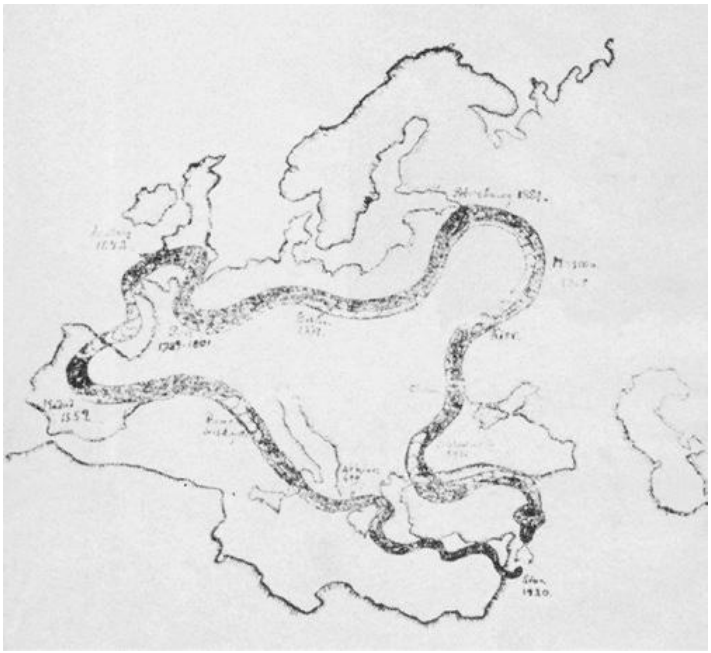
Esta lista abarca sólo el período comprendido hasta 1945, y ni siquiera es completa respecto de ese período. Por ejemplo, no se incluyen las ediciones en árabe, que fueron varias ya en los decenios de 1920 y 1930; y desde luego hubo en Sudamérica más ediciones que las dos brasileñas que se han enumerado..

Archivo de imágenes

Todas las ilustraciones (de la 1 a la 18) se reproducen por cortesía de la Biblioteca Wiener, de Londres.

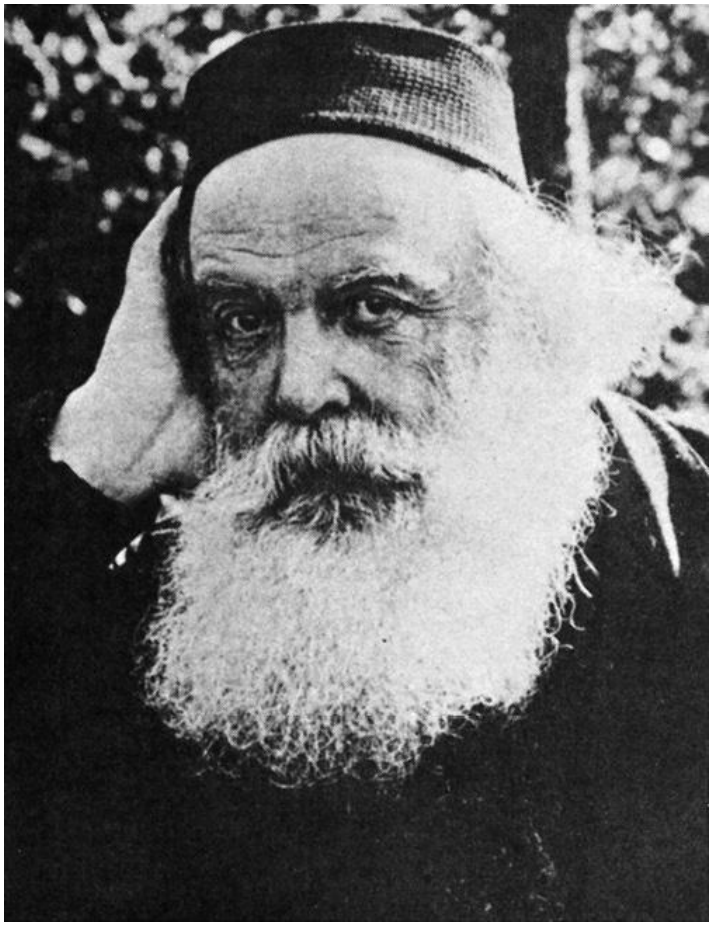
1. Maurice Joly (1829-1978), autor del *Diálogo en el Infierno entre Montesquieu y Maquiavelo*

2. Pyotr Ivanovich Rachkovsky, jefe de la sección exterior de la Ojrana de 1884 a 1902.

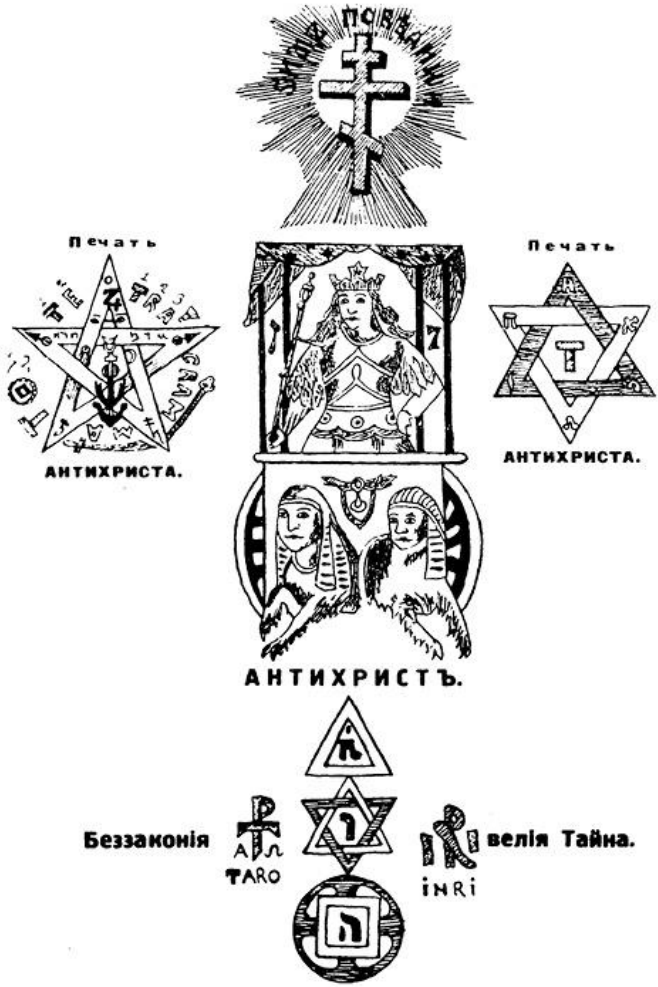


3. La «serpiente simbólica», que se dice representa el progreso de la conspiración judía a partir del siglo V a. C. Desde Palestina, la cabeza de la serpiente va avanzando por los estados de Europa hasta que, con la inmigración sionista, vuelve a su punto de origen. Eso significa que el mundo está gobernado desde Palestina, y señala la culminación de la conspiración. A lo largo de toda su historia, los *Protocolos* han ido acompañados de imágenes y descripciones de esta serpiente.

4. «El Sueño del káiser». Caricatura publicada por el semanario inglés *Truth* en 1890, y que era un comentario satírico sobre las ambiciones de Guillermo II y sus consecuencias. Se reprodujo en muchas ediciones de los *Protocolos,* como si fuera el plan de los Sabios. De oeste a este, los países figuran como «República Ibérica», «República Británica«, «República Francesa», «República Italiana», «Repúblicas Alemanas», «República Danesa», «República Sueca y Noruega», «República Austriaca», «República Polaca», «República Búlgara», «República Finlandesa» y «Desierto Ruso».



5. Serguéi Nilus, cuya edición rusa de los *Protocolos* en su libro *Lo grande en lo pequeño* formó la base de la mayor parte de las ediciones no rusas.



6. El Anticristo y sus emblemas. Encima de ellos está la cruz ortodoxa como talismán contra los poderes del mal. Tomado de la edición de 1911 de *Lo grande en lo pequeño.* La figura que lleva el pie «Anticristo» es en realidad el Rey del Tarot.

7. Frontispicio del anuario *Luch Sveta,* en el cual se publicaron por vez primera los *Protocolos* fuera de Rusia. En este caso, la tarea de iluminar la tenebrosa conspiración de los Sabios se indica como una misión religiosa.

Die Geheimnisse der Weisen von Zion

„Alles dieses wußte ich schon vor 11 Jahren; wie ging es aber zu, daß ich es doch nicht glauben wollte?"

Herausgegeben von

Gottfried zur Beek

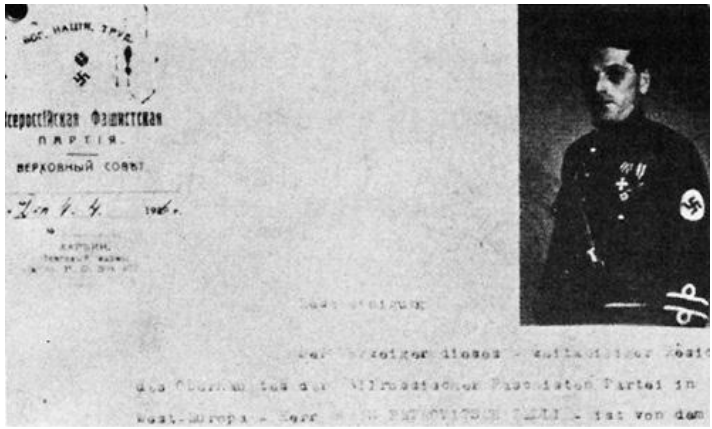
3. Auflage

Verlag „Auf Vorposten" in Charlottenburg 4
1919

8. Cubierta de la primera versión no rusa de los *Protocolos.* El jabalí era el emblema de la sociedad antisemita alemana que publicó esta edición.

9. De un folleto de anuncio de los *Protocolos,* fechado en 1925. La editorial U. Bodung pertenecía al coronel Fleischhauer, del Weltdienst.

10. Alfred Rosenberg, el «filósofo» oficial del Partido Nazi y uno de los principales defensores de los *Protocolos*.



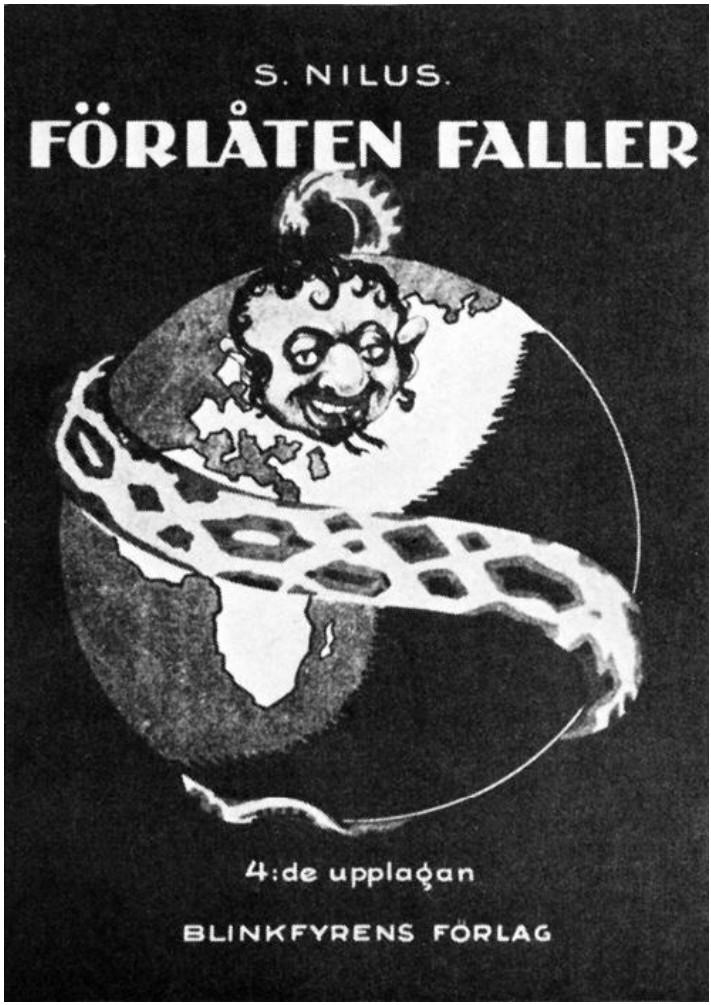
11. Documento expedido a Boris Toedtli, ciudadano suizo y agente ruso «blanco», por el jefe del Partido Fascista Panruso en Jarbin. Este documento le autorizaba a designar y expulsar a agentes del partido en Europa.

12. Hoja volandera en la que se celebra el quinto aniversario del Partido Fascista Panruso. En el emblema se combinan la esvástica, el águila de la Rusia imperial y San Miguel matando al dragón, el antiguo emblema de las Centurias Negras.

13. Cubierta de una edición popular francesa de los *Protocolos,* hacia 1934. Obsérvese que la firma del dibujante, en la parte inferior izquierda, está escrita en inglés *(N. del T.)*.

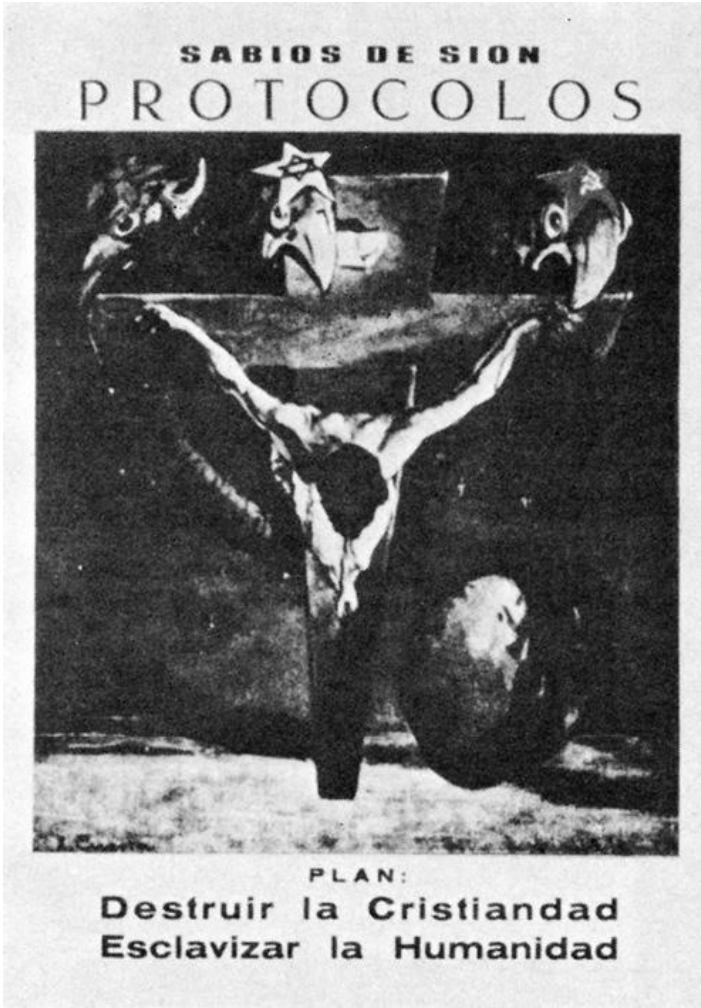
14. Cubierta de otra edición popular francesa, hacia 1934

15. Frontispicio de una edición polaca, Poznan, 1937. El pie dice: «Después de Rusia y de España, ¡es el turno de Polonia! ¡Que pase por un baño de sangre! ¡Que no queden más que ruinas y cenizas! ¡El judío ya lleva a la Muerte a recoger su cosecha en Polonia! ¡Contemplemos esa columna en marcha y estemos alerta, porque pobres de nosotros! ¡¡¡Pobres!!!...»



16. Cubierta de una edición sueca, Hangö, 1924.

17. Cubierta de una edición brasileña, São Paulo, 1937.



18. Cubierta de una edición española, Madrid, 1963. Las tres cabezas de la serpiente representan la religión judía, el Estado de Israel y el comunismo.

Título original: *Warrant for Genocide. The Myth of the Jewish World - Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*

Edición en formato digital: 2020

Copyright © Norman Cohn, 1967, 1996
Copyright © Serif, 1996, 2005
Traducción de: Fernando Santos Fontela
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-051-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es